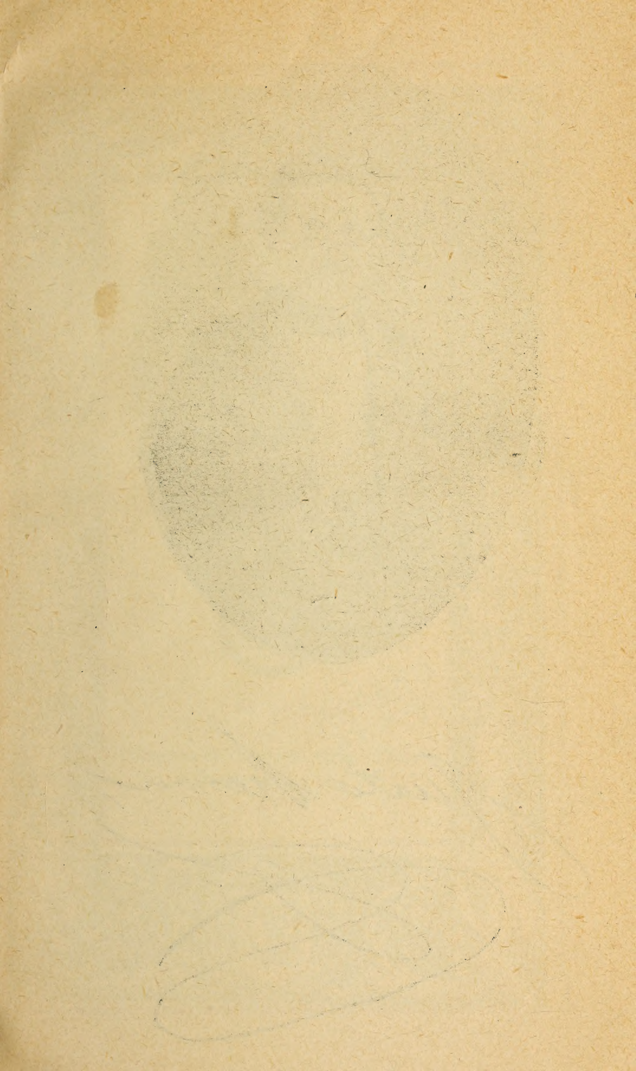

3 1761 09373074 5

BIBLIOTECA

DE

AUTORES MEXICANOS

NOVELISTAS





Justo Sierra



OBRAS

DEL DOCTOR

D. JUSTO SIERRA

TOMO I.

"UN AÑO EN EL HOSPITAL DE S. LAZARO"
[NOVELA]

I

MÉXICO

Tipografía de Victoriano Agüeros, Editor
Primera de Mesones núm. 18
1905



NOTICIA BIOGRAFICA DEL AUTOR

Jurisconsulto eminente y literato distinguido, cuya memoria venera el pueblo yucateco, D. Justo Sierra es acreedor como el que más á figurar en esta Biblioteca.

Nació en el pueblo de Tixcacaltuyú el 24 de Septiembre de 1814. Pobre como era su familia, y viviendo en aquel rincón ignorado de la Península, Sierra no hubiera podido brillar en nuestro cielo literario si la protección de una familia distinguida del país no hubiese hecho transladar á aquel niño, en quien se descubrían tan brillantes disposiciones, á la capital del Estado, en donde comenzó sus estudios con notable aprovechamiento.

Por el año de 1829 cursó filosofía bajo la dirección del presbítero D. Domingo Campos, y teología en 1832.

Estudió los Cánones y el Derecho civil, dirigido por el célebre Dr. D. Domingo López de Somoza, y fué tal su aplicación, tan clara la inteligencia que mostró en aquellos estudios, que llegó á ser en el Seminario Conciliar de San Ildefonso el más aventajado, y supo conquistar una beca de oposición en el palenque literario.

Era tal su afición á la lectura de las buenas obras, tal su meditación y tan grande el fruto que sacaba de ella, que llegó á ser, como dice muy bien uno de sus biógrafos, el señor obispo D. Crescencio Carrillo, un prodigio de buen gusto y de erudición.

Habiendo sido tan rápidos sus primeros estudios, y tan defectuosos en su concepto, se dedicó para enmendar esta falta, con notable ahinco, al estudio de los clásicos latinos, en cuya lectura hallaba su alma elevada la fuente más rica de saber.

La historia general, así sagrada como profana, había sido objeto de sus estudios, de tal suerte, que al oírle nos parecía escuchar á un contemporáneo de las edades pasadas.

La historia particular de Yucatán era su estudio favorito, y no tememos asegurar que lo que poseemos de ella, lo debemos á su incansable afán. El, superando toda clase de obstáculos, empleaba las horas de su juventud en registrar nuestros archivos y en consultar sobre muchos puntos á los que habían sobrevivido á otras épocas. Así,

mientras sus compañeros de colegio empleaban sus horas libres en las distracciones que busca siempre la juventud, Sierra hojeaba los empolvados manuscritos de las oficinas, ó bien oía la relación de los acontecimientos pasados, de boca de algún anciano. La obra del R. P. Cogolludo, la única historia antigua de Yucatán que poseemos, y que ha sido la fuente en donde han bebido los escritores modernos, no se perdió, gracias al empeño de Sierra, que la hizo reimprimir, escribiendo una introducción de mérito para ella, y anotándola en algunas partes, gastando de su propio peculio, para conseguir este noble fin, gruesas sumas.

La célebre obra de Mr. Stephens sobre las ruinas esparcidas en el suelo yucateco, obra que, en nuestro concepto es la mejor que se ha escrito hasta hoy sobre el particular, por la exactitud de sus descripciones, fué traducida del inglés por Sierra y anotada también por él mismo.

El "Viaje á los Estados Unidos," de D. Lorenzo Zavala, fué igualmente publicado por él, precedido de un notable estudio sobre la vida pública y escritos de este célebre yucateco, cuyo nombre está enlazado con grandes épocas de nuestra historia nacional.

No podemos dejar pasar esta ocasión sin recomendar este notable trabajo del señor Sierra á los que deseen conocer de-

tenidamente al gran político Zavala, á quien si bien es cierto pueden hacerse algunos cargos, débese, sin embargo, gran respeto y profunda consideración. Repetimos que el trabajo de Sierra es notable por más de un título, y que para juzgar concienzudamente al hombre cuya vida está íntimamente ligada con la del pueblo mexicano, preciso es tener presentes las consideraciones juiciosísimas de su compatriota.

Sierra abrazó la carrera del foro, graduándose de doctor en la Nacional y Pontificia Universidad del Estado.

En el año de 1841 dió á luz el primer periódico literario que se publicó en Yucatán con el título del "Museo Yucateco." A la publicación del "Museo," que comprende dos tomos en cuarto, hoy rarísimos, como antes hemos dicho, siguió la del "Registro Yucateco," que llegó á constar de cuatro tomos, también en cuarto, de cerca de quinientas páginas cada uno. (*)

Redactó después Sierra el "Fénix," durante algunos años, periódico en cuyas columnas se encuentran escritos de verdadero mérito y de gran importancia para el Estado, pudiendo citar de entre otros mu-

(*) En él se publicó la novela del Sr. Sierra intitulada "Un año en el Hospital de San Lázaro," firmada con el pseudónimo de José Turrisa.—(N. del E.)

chos las interesantes "Efemérides yucatecas" y "La hija del judío," preciosa novela que vió la luz pública en el folletín, de importancia histórica también; obras ambas debidas á la laboriosidad y al talento del infatigable escritor de que nos ocupamos, y sus "Consideraciones sobre el orígen, tendencias y probable remedio de la guerra de castas en la Península," estudio profundo y notabilísimo.

"La Unión Liberal" fué, entre otros periódicos políticos cuyos nombres no recordamos, redactada igualmente por Sierra.

Fruto de un viaje que hizo á aquellas regiones en el desempeño de una comisión del Gobierno del Estado fué la obra intitulada: "Impresiones de un viaje á los Estados Unidos y al Canadá," de que poseemos tres tomos y cuya última parte quedó inédita por desgracia, así como otros muchos trabajos literarios é históricos que sabemos tenía hechos, pero cuyo paradero ignoramos. Este fin que ha cabido á los últimos escritos de Sierra, es verdaderamente digno de lamentarse, porque habiéndosele hecho accesibles los archivos todos del Estado, llegó á poseer documentos raros é importantísimos que le proporcionaron mucha luz en sus investigaciones históricas, y es tanto más sensible esta circunstancia, cuanto que, á causa de las persecuciones de que fué víctima este sabio yucateco en el año de 1857, tuvo forzosa-

mente que abandonar la ciudad de Campeche, en donde entonces residía, y con esta rápida separación quedaron perdidos para siempre mil y mil documentos que él había extraído de los archivos, autorizado por el Gobierno.

Como no nos hemos propuesto seguir á Sierra en su vida política, nos abstendremos de entrar en las consideraciones de lo mucho que influyó esta persecución para abreviar su existencia, pudiendo muy bien decirse que desde entonces comenzó aquella á declinar más ostensiblemente.

Tales son, rápidamente bosquejados, los servicios que Sierra prestó al país como literato. Como jurisconsulto, débensele las "Lecciones de derecho marítimo internacional" que arregló para la Escuela Nacional de Comercio, obra la primera en su género que se ha dado á luz no sólo en Yucatán sino en toda la Nación, y el "Proyecto del Código Civil Mexicano," compuesto por él de orden suprema.

Permítasenos detenernos al llegar á este asunto, porque no podemos ser indiferentes á ese injustificable olvido en que se ha querido dejar el nombre de nuestro compatriota en estos últimos años, al darse á luz varias obras calcadas, se puede decir, sobre la suya.

En 1859 el Gobierno nacional, por conducto del señor D. Manuel Ruiz, ministro de Justicia entonces, encargó á Sierra,

desde Veracruz, la formación de un "Proyecto de Código Civil," que en virtud de sus facultades omnímodas, el Presidente habría hecho promulgar en toda la República; cortando así de un solo golpe uno de los obstáculos mayores para la buena administración de justicia en los pueblos constituídos en federación, cual es la diversidad en la legislación civil. Esta honrosa cuanto difícil comisión fué confiada al jurisconsulto yucateco, quien la recibió en los momentos en que las dolencias que le aquejaban habían llegado á tomar proporciones alarmantes, por los motivos que antes expusimos. Conociendo, sin embargo, el bien incalculable que traería á su país la realización de tan elevada empresa, á pesar de los tristes vaticinios de los facultativos, no vaciló en sacrificar las esperanzas que tenía de restablecerse, al cumplimiento de un patriótico deber.

Encerróse en un convento de la ciudad de Mérida (La Mejorada) para poder dedicarse exclusivamente á sus labores, ayudado en aquel ímprobo trabajo por algunos jóvenes que son hoy día la honra del foro del Estado. Nosotros recordamos haber visto multitud de veces al Dr. Sierra dirigiéndose á aquel convento, pintados ya en su semblante los síntomas de una muerte próxima.

En el mes de Diciembre del expresado año de 1859, Sierra remitía á Veracruz el

primer libro del Código Civil. En la comunicación que dirigió al Ministro, leemos estas notables palabras que revelan el ahinco del autor y la importancia de la obra:

"Elevo á manos de usted el primer libro del proyecto de un Código Civil Mexicano. Aunque mis labores están ya adelantadas hasta el quinto título del libro tercero, no ha habido tiempo para poner en limpio sino la copia que va adjunta. Puede usted estar seguro de que no alzaré la mano del trabajo, que deseo vivameste corresponda á las elevadas miras del Supremo Gobierno.

"El método que he seguido es muy sencillo; es el método francés con las desviaciones que he juzgado necesarias, bien para conservar lo que del derecho patrio es ciertamente inmejorable, ó bien para introducir las mejoras que demanda el espíritu de la época. De algo me han valido mis apuntes de codificación; pero lo que realmente me ha servido de guía, han sido las discusiones del Código Civil francés, los comentarios del Sr. Rugron, los Códigos de la Luisiana, de Holanda, de Vaud, de Piamonte, de Nápoles, de Austria, de Baviera y de Prusia, comparados con el francés; y sobre todo, el proyecto de Código Civil español, sus concordancias con nuestros antiguos, y el derecho romano, publicado con motivos y comentarios por el señor García Goyena, uno de

los más eminentes jurisconsultos españoles de la escuela moderna."

El 18 de Enero de 1860, el infatigable Sierra enviaba al Gobierno el segundo y tercer libro del proyecto que se le encomendó. ¡A pocos meses el pueblo yucateco lloraba la muerte de este esclarecido jurisconsulto! ¡Aquella tarea inmensa, concluída en tan corto tiempo, le había costado la vida!

Excusado es decir que el Gobierno general nunca volvió á acordarse de aquel servicio eminente, aunque el libro de Sierra ha sido después la base sobre la que se ha ido desarrollando la codificación civil de toda la República.

La viuda y los hijos del escritor yucateco tampoco han querido traer á la memoria del Supremo Gobierno, que no tuvo ni tiempo para dar las gracias á su comisionado por aquel servicio; han creído dar así una muestra de respeto á la memoria del sabio que profesó durante toda su vida la doctrina de hacer el deber por el deber, sin esperar jamás recompensa.

El Estado de Veracruz, siempre del lado de la inteligencia y de las virtudes cívicas, fué el primero, y quizá el único, que tributó un homenaje de respeto y estimación al ilustrado Dr. Sierra y á su apreciable obra. En 1861 se hallaba al frente del gobierno de aquel Estado el ilustre patriota General Ignacio de La Llave, y funcio-

naba de presidente de la honorable legislatura el distinguido jurisconsulto D. Manuel M. Alba.

Estas dos inteligencias comprendieron al instante el gran mérito del trabajo de Sierra, y animados del noble deseo de introducir una importante reforma en la legislación del Estado, concibieron la idea de poner en observancia aquel proyecto; con verdadera satisfacción vimos escritos de puño y letra del señor Lic. Alba los dos decretos siguientes, que formarán una página honrosa en la legislación veracruzana:

"Ignacio de la Llave, Gobernador constitucional del Estado Libre y Soberano de Veracruz, á sus habitantes. sabed:

Que la honorable legislatura del Estado me ha dirigido el decreto siguiente:

Núm. 68.—El Congreso del Estado libre y soberano de Veracruz, en nombre del pueblo, decreta:

Art. 1o. Regirá en el Estado, desde la publicación de este decreto. el siguiente Código Civil, escrito por el jurisconsulto C. Justo Sierra.

Art. 2o.—Se derogan todas las leyes anteriores que tratan de las mismas materias contenidas en el expresado Código.

Heróica Veracruz, Diciembre 6 de 1861.—Manuel M. Alba, Diputado Presidente.—F. Cabrera, Diputado Secretario.

Por tanto, imprímase, publíquese. cir-

cúlese y comuníqueseles á quienes corresponda para su estricta observancia.

Heróica Veracruz, Diciembre 6 de 1861. —Ignacio de la Llave.—Juan Lotina, Secretario."

"Núm. 69.—El Congreso del Estado, etc. Ha merecido bien del Estado veracruzano el ilustre jurisconsulto C. Justo Sierra, hijo del Estado de Yucatán, por sus útiles trabajos en la formación del proyecto de Código Civil Mexicano, presentado al ciudadano Presidente de la República, y mandado observar en el Estado por el decreto núm. 68 de esta fecha.

Heróica Veracruz, Diciembre 5 de 1861. —Manuel M. Alba, Diputado Presidente. —F. Cabrera, Diputado Secretario.

Por tanto, etc.—Ignacio de La Llave.— Juan Lotina, Secretario."

Confiado en esta capital el proyecto del Dr. Sierra á una comisión de sabios abogados, antes de la Intervención, y después á otra compuesta de notabilidades de nuestro foro para hacer las reformas que el transcurso del tiempo y los nuevos elementos introducidos en nuestras leyes reclamaban, ha venido á convertirse en el Código Civil del Distrito, adoptado ya por varios Estados; siendo de advertir que la Comisión que formó el proyecto, en su larga introducción no se dignó hacer, una vez sola, mención del trabajo de Sierra.

Idéntica cosa le sucedió en el Estado de Veracruz, á fines de 1868. El Lic. D. Fernando de J. Corona, entonces presidente del Tribunal Superior, presentó á la legislatura, para su aprobación, un nuevo proyecto de Código civil, que es casi á la letra el mismo de Sierra, salvo algunas adiciones introducidas por el gobierno imperial y las ligeras modificaciones que de su propio caudal hizo en algunos capítulos.

Sin embargo, en la comunicación que dirigió á la legislatura en 18 de Diciembre del año expresado, no se dignó indicar la fuente de donde tomó su proyecto. Esto es sensible por las personas que cometen tales olvidos, porque al fin la verdad sobrenada y los perjudicados no son por cierto los verdaderos autores.

Nos hemos detenido en este particular, porque la obra del Dr. Sierra es de interés verdaderamente nacional, y hemos querido arrancar del injusto olvido en que se le ha dejado, el nombre de nuestro sabio compatriota, á quien debemos este pequeño tributo por la amistad con que se sirvió honrarnos, siendo nosotros todavía muy jóvenes, niños, puede decirse.

Fácil será graduar el concepto de que gozaba entre sus conciudadanos, por los honrosos antecedentes ya descritos; conceptos que le hizo ocupar los más distinguidos puestos en la carrera política, entre ellos el de representante del Estado en

el Congreso Nacional, de que llegó á ser presidente, y esto, cuando Yucatán cuidaba de enviar á la Representación nacional hijos suyos que no desmintiesen la fama gloriosa de los Rejon, los Zavala, Quintana y otros, que han hecho resonar con los magníficos acentos de su elocuencia el santuario de las leyes en nuestra patria.

Sierra fué doctor del gremio y claustro de la Universidad de Yucatán, presidente de la Academia de Ciencias y Literatura de Mérida, y miembro de otras varias academias y sociedades literarias.

Ha sido uno de los pocos hombres con quienes la sociedad yucateca no ha sido ingrata, sino antes bien, le ha tributado siempre el homenaje más cumplido de admiración y respeto; de tal suerte, que al descender al sepulcro el día 15 de Enero de 1861, la consternación y el duelo de la capital del Estado fueron lo más espontáneo y mayor que hasta entonces se había visto.

FRANCISCO SOSA.

UN AÑO EN EL HOSPITAL DE SAN LAZARO



UN AÑO

EN

El Hospital de San Lázaro

Era la noche del 23 de Mayo de 1840. No habiendo tenido por conveniente el gobierno aceptar las bases que, para una capitulación, propuso el comandante de las tropas encerradas en Campeche, por medio del cónsul francés Mr. Pharamond, y del comandante de la estación francesa en el golfo Mr. Cosmao, al de las fuerzas sitiadoras, no quedó otro recurso que estrechar el asedio de la plaza. Las familias se desbandaban á centenares hacia todas direcciones. La confusión reinaba dentro y fuera de la plaza sitiada. Rotas las hostilidades, mi puesto estaba en el reducto de San Miguel; y bajo una granizada de balas y bombas, salí en una ca-

lesa, de la plazuela de San Román, conduciendo los papeles de la comandancia, de que yo era secretario. Enfrente del castillejo desmantelado de San Fernando, el caballo de la calesa se resistió tenazmente á ir más lejos. Al fuego de las baterías había seguido una deshecha tempestad, y las nubes caían desgajándose en impetuosos torrentes de lluvia y electricidad. La escuadrilla, surta en el puerto, secundaba con recias andanadas de artillería la turbación de los cielos. Siéndome imposible avanzar ni retroceder, entré á guarecerme en San Fernando; pero las dos pequeñas habitaciones que contiene, estaban henchidas de enfermos y heridos, que sufrían mil molestias en un recinto tan estrecho. Serenada un tanto la atmósfera, resolví continuar mi marcha á pie, con el pequeño lio de papeles bajo del brazo, porque la calesa ya no estaba allí. ¡Vanos esfuerzos! La noche estaba obscurísima, y el camino intransitable, porque de las colinas y oteros inmediatos, corrían al mar una multitud de arroyuelos formados por la lluvia, y que obstruían enteramente el paso.

De repente percibí el sonido de una vihuela, y á la luz de los relámpagos, halleme frente á frente del hospital de San Lázaro. Un pavor extraordinario se apoderó de mí. Mis cabellos, aunque depri-

midos por la humedad, y pegados enteramente á la cabeza, se me erizaron de espanto. Yo miraba con tal horror aquel domicilio de miseria y confusión, que nada en el mundo me hubiera hecho entrar voluntariamente en un lugar, cuyo nombre estaba en mi mente identificado con escenas tan horribles y extravagantes, como las que leemos en los cuentos fantásticos de Hoffman. No estaba en mi mano, mucho menos en aquella conyuntura, vencer la repugnancia que sentía. En medio de una tempestad deshecha, á las puertas de un hospital, á pocos pasos de un cementerio, hallándonos rodeados de todos los horrores de la guerra, y escuchando voces confusas, mezcladas con el sonido armonioso de aquella vihuela, todo eso me pareció tan extraño é inusitado, que apenas me atrevía á pensar en una situación tan singular, sin sentir que las carnes se me horripilaban. Pero, en fin, el cielo volvía á encapotarse, las horas avanzaban, y mi posición iba haciéndose más rara cada momento. Me resolví al cabo.... llamé con mal seguro pulso, tocando aquella puerta misteriosa; y vino á abrirme una persona que yo conocía mucho por algunas rarezas de su carácter, que otros llamarían locuras. Su vista en aquel sitio acabó de desconcertarme; pero muy pronto me volvió el espíritu al cuerpo, cuando en vez de ha-

llarme en el festín de los Centauros y los Lapitas, ó encerrado en un círculo parecido al coro misterioso de monjas que giraban al rededor de "Roberto el Diablo," me encontré con gentes amigas, divertidas y de buen humor; de esas gentes que no penan por nada, y que en la dispersión general de aquellos días, invadieron el hospital de San Lázaro, al cual miraban como un punto de seguridad y de recreo. ¡Loado sea Dios, pues hay hombres para todo! Allí pasé, en ruidosa plática, todo el resto de la noche.

Y allí también recogí las noticias de una triste historia, que hoy, en forma de cartas, comienzo á publicar. La mayor parte de los sucesos que en ella se refieren, son verdaderos en el fondo, aunque variados los personajes, y aun la época del acontecimiento principal. En este punto, no he querido renunciar á mis privilegios de narrador de leyendas y novelas. Acaso el interés de la presente no será mayor cosa, ni la forma que he adoptado cuadrará á todos los lectores. Yo mismo tengo una decidida aversión á las novelas escritas en forma de cartas, á excepción, tal vez, de las del inimitable "Richardson." Pero eso mismo me ha estimulado á vencer semejante preocupación, que lo es sin duda alguna, pues que personas muy entendidas opinan de diversa manera, aunque es verdad que en

materia de gustos poco puede decirse. Bueno ó malo este pequeño ensayo, no he podido resistir á la tentación de presentarlo al juicio de mis amigos, seguros, como deben estar, de que su crítica la aceptaré con deferencia y estimación.

Mérida, 1° de Enero de 1845.

José Turrisa.



CARTA I.

Melchor á Manuel.

Mérida, 9 de Diciembre de 1823.

Mi querido Manuel: como te dije en mi anterior, por ayer debía llegar Antonio de la hacienda de su familia, á donde se había retirado por consejo de nuestro buen D. Alejo. D. Pablo estaba consternadísimo y alarmado, con las funestas noticias que el cura le comunicó, sobre el estado de la salud de un hijo, que ama mucho más aún después de la sensible muerte de Dª Felipa. El doctor y yo esperábamos el momento crítico, desde las cinco de la tarde.... Al toque de las oraciones de la noche llegó en efecto.... ¡Ay, querido amigo! me es imposible explicarte la impresión que en mi ánimo causó la presencia de nuestro amigo, del compañero de nuestra infancia, y en quienes todos tenían tantas y tan fundadas

esperanzas. No hay remedio. La fatal enfermedad se ha desarrollado espantosamente, y en opinión del doctor, no existe poder sobre la tierra, que sea capaz de cortar su rápido progreso, pues que la ciencia sólo sería parte á prolongar la penosa agonía que le espera. El infeliz hizo algunos esfuerzos para aparecer sereno y jovial, preguntó por sus parientes, me habló de tí, de sus deseos de verte, de sus dibujos, de la colección de pájaros disecados que ha formado, en fin, de todo lo que más pudiera lisonjearle y agradarnos. Pero seguramente no supimos ocultar nuestra emoción, que harto la revelaban el aire pensativo de Dancourt, las lágrimas mal reprimidas de D. Pablo, y mi respiración oprimida y angustiada. Ello es que de improviso me tomó la mano, fijó en mí una mirada ardiente, lanzó un profundo gemido, y se arrojó, medio desmayado, en mis brazos: ¡pobre Antonio, pobre Antonio!

Merced á nuestros esfuerzos, volvió á poco rato de aquel vértigo. Procuramos tranquilizarlo, aunque necesitábamos de tanto consuelo como el enfermo, y lo llevamos á la cama. Dancourt, ese sabio modesto á quien Yucatán, y Mérida especialmente, debe un sinnúmero de bienes: Dancourt, que mira á Antonio con singular predilección, permaneció al lado

de su lecho hasta las diez y media, hora en que yo también me retiré.

No me atrevo á pensar en la tristísima suerte que espera á Antonio. Tan joven, tan lleno de vida y lozanía, con un brillante porvenir hasta ahora poco.... y hoy.... ¡Qué mundo tan engañoso! Antonio está de tal manera desfigurado, que, á pesar de lo prevenidos que estábamos para verle en esa horrible situación, nos sorprendió extraordinariamente. Su piel arde, y el pulso late con notable desigualdad. Su color es lívido á veces, y á veces es de un rojo subidísimo. Los ojos están desencajados, el cabello y las cejas han caído casi del todo. Su aliento es pestilente, y las manos y los pies están cubertos de úlceras pútridas y malignas. ¡Qué mutación en tan poco tiempo! ¿Quién ha de creer que este Antonio de hoy, es aquel joven robusto, galán y lozano, que era el amor y encanto de cuantos lo trataban? ¿Cómo ha podido la naturaleza destruir con tal rapidez, y de una manera tan horrible, esa obra suya de las más acabadas?

¡Ideas funestas se me presentan, querido Manuel! Esta enfermedad casi improvisada, yo sospecho que tiene un origen más antiguo. La decencia, el pudor, el respeto debido á un padre como D. Pablo, acaso han obligado á Antonio á no descubrirse, ni aun con nosotros. Es-

te es un misterio para mí; pero el doctor lo penetró, aunque tarde, y de allí provino, sin duda, el malhadado viaje á la hacienda de campo. Yo creo que debe escudriñarse todo esto, para ver si es posible, conocida la causa del mal, arrancarlo de raíz, y salvar una vida tan preciosa. Pero no: yo me alucino. No es posible montar de nuevo esta máquina admirable. cuando se han relajado sus poderosos resortes.

No sé, amigo mío: realmente no sé lo que me pasa cuando pienso en ciertas cosas. Una catástrofe, en que no me atrevo á fijar mucho la consideración, va á preceder, me parece, á la pérdida de nuestro amigo. El, no hay duda, está "lazarino." Imposible es que esto se oculte á la vigilante policía de la ciudad, y ya sabes la rigidez de los reglamentos en este punto, y que no se relajan, ni en favor de la persona más caracterizada. ¿Entrevés ya la suerte que espera á nuestro pobre amigo? ¡Plugiese á Dios que me equivocase! Yo daría hasta la última gota de mi sangre, para que se librase de esa suerte tan infausta.

En este momento recibo un billete de nuestro buen D. Pablo, en que me invita con empeño á pasar á su casa. Algo ocurre, amigo mío. Yo suspendo aquí mi carta, para continuarla á mi vuelta. No me despido.

Somos 10.

¡Veinticuatro horas de borrasca! ¡Qué día y qué noche! Todo está consumado. La crisis ha sido violenta, horrible; pero gracias á Dios que pasó, y el pobre enfermo, después de una lucha espantosa, se ha resignado con la voluntad divina.

La pintura que en su billete me hacía D. Pablo del crítico estado de nuestro amigo, me obligó á apresurar el paso, y llegué á la vez que entraban Dancourt, el padre Suárez y el cura V***, provocados estos dos últimos por el primero, á fin de que, poniéndose de acuerdo, se dedicasen los tres, todos ellos insignes médicos, á la curación del pobre Antonio, si había alguna esperanza de buen éxito. A súplica del afligidísimo D. Pablo, pasé inmediatamente á la alcoba del enfermo, á quien encontré arrodillado al pie de su cama, con la cabeza sobre ella, envuelta entre las sábanas, y lanzando tan hondos gemidos, que partían el corazón. Me detuve unos momentos contemplando aquel espectáculo lastimoso. Yo no podía articular una sola palabra; pero hizo un movimiento y me vió. Corrió hacia mí con los brazos abiertos, é iba yo á recibirlo, y estrecharlo entre los míos, cuando de improviso se detuvo, y "no, no, me

gritó, no debo abrazarte si soy tu amigo. Ya no hay padre, no hay familia, no hay amigos, no hay mundo para mí. Todo se ha acabado en un momento. Yo estoy "lazarino," enteramente "lazarino," leproso, proscrito de la sociedad, muerto civilmente. ¡Dios mio! ¡Muero, estando vivo aún! ¿Por qué permites que yo conozca la extensión de mi desgracia, haciendo así que sufra multiplicados martirios? ¿Tan grande ha sido mi culpa, que me condenas á un castigo tan atroz, tan odioso, tan insoportable? Perdón, perdón, Dios mio.... yo soy un necio; pero esta prueba es durísima." Lleno de amargura, y casi sollozando, interrumpí aquel arrebato, y á pesar de su abierta resistencia, lo abracé y estreché contra mi corazón, y se mezclaron nuestras lágrimas; pero no pude por entonces articular la más ligera expresión de consuelo. ¡Tan conmovido me encontraba en aquel lance, que duró más de media hora! Pasado este tiempo, nos sentamos en silencio, que se prolongó algunos minutos más; y mientras los médicos conferenciaban largamente en la sala, pasaba entre nosotros otro diálogo no menos triste. Antonio fué el primero que rompió el silencio, después de aquel acceso.

—Si fueras como aquellos amigos de Job, ahora te tocaría hablar, querido Melchor. Me dirías: ¿qué sé yo lo que me

dirías? Me dirías tal vez, que "los que obran iniquidad, y siembran dolores, y los siegan, perecieron al soplo de Dios, y fueron consumidos por el viento de su ira."

—Pero, amigo mio, ¿por qué había yo de decirte eso? ¿por qué te había de hacer una acusación tan injusta?

—Mira, Melchor, yo debo pagar mis culpas. Dios sabe lo que hace. ¿Por qué no he de conformarme con mi actual estado? A ratos me encuentro tan resignado con él, que dejo materialmente de sentir toda su amargura... Bien: viviré aislado, no veré los objetos más caros á mi corazón; pero yo os escribiré á todos.... leeré mis buenos libros.... me pasearé por las espléndidas orillas del mar. ¡Qué hermoso es el mar! Se habrán acabado mis ilusiones y proyectos; pero viviré de recuerdos gratísimos. No es lo mismo una existencia que otra.... es verdad, bien lo veo, y harto lo entiendo así; pero moriré.... sí.... moriré pronto, es decir, dentro de dos años, dentro de uno tal vez.... ó menos. ¡Moriré joven, muy joven, cuando se comienza á vivir! No importa: en sonando la hora fatal, ¿qué más da haber vivido ciento, que veintitrés años? En ese momento todo es igual: absolutamente igual.

—Por Dios, Antonio, no te atormentes así, ni nos hagas sufrir con semejantes discursos. Tú estás enfermo, es verdad; pero tu mal no es incurable, y yo tengo esperanza....

—¡Esperanza! ¡esperanza para un "lazarino!" ¿Qué hablas tú de esperanza, mal amigo? Para mí.... no hay esperanza.

—¿Y por qué no? Además: ¿quién te ha dicho que tú estás "lazarino?" Aun cuando tuvieras la desgracia de estarlo, yo he oído decir que suele curarse esa enfermedad, y sé de algunos casos en que el arte ha superado toda la resistencia que ofrecen los malos humores de un "lazarino." Todo lo hace el método, el buen régimen de vida, y sobre todo la juventud, que tiene mil medios para resistir una larga curación. No te desanimes, Antonio mío, y procura moderar esa tu imaginación volcánica. Acuérdate que tienes padre, que tienes familia y amigos.

—¡Ah Melchor, tú también quieres alucinarme! No sabes, amigo mío, el mal que me haces. Te agradezco esas palabras de consuelo, mi querido Melchor; pero yo te ruego que no me las repitas, porque desconcertarías mis cálculos todos.

—No quería ser indiscreto; pero....

—¡Ah, no, no es eso! Tú conoces, ¡im-

posible fuera que no lo conocieras!, que yo estoy "lazarino," y que un "lazarino" tiene que ir al hospital de S. Lázaro, á vivir y morir con los lazarinos, á comer y dormir con ellos.... ¡Régimen, método, juventud! Todo eso no importa nada, cuando el mal está desarrollado. Escúchame amigo Melchor. Yo caí en una fragilidad vergonzosa, cometí una culpa que me proporcionó una mala compañía: me precipité, caí en un fango inmundo y tuve.... el "gálico." ¿Lo sabías? Pues bien, sábelo hoy. Cuando yo me ví en tal estado, la vergüenza y el arrepentimiento vinieron; pero vinieron tarde. No quise descubrirme á mis amigos, y al doctor y mi familia mucho menos. Por ciertos medios que me facilitó un antiguo libertino, uno de esos infames, avezados á todo linaje de maldades, logré que desapareciesen las señales exteriores de esa maligna enfermedad, y mi sangre y mis humores todos se volvieron veneno, ponzoña horrible, que ha estado corroyendo los resortes de mi vida. Yo lo sé mejor que tú, Melchor: yo estoy "lazarino" sin remedio: yo debo morir de esta enfermedad espantosa; porque el pobre lazarino, quiero decir, el que padece de una enfermedad como la mía, el "lazarino," es horroroso por todas sus circunstancias. ¿Piensas acaso que no he observado el origen, progresos y estado

presente de mi dolencia? ¿Crees que desde el punto en que yo preví su término, me he figurado un momento que tendría otro remedio que la muerte? Verdad es que alguna ocasión solía alucinarme á mí mismo; pero así como en los locos habituales, un intervalo lúcido pasa con rapidez, como desapercibido, así esa ilusión se disipaba al instante. Por lo que es resignación, te lo diré francamente... aun no estoy todavía bastantemente resignado. Tengo momentos.... yo no sé. En los pocos días que pasé en la hacienda, y en cuyo tiempo el mal se ha presentado ya de frente, no me ha sido posible habituarme á esa resignación, de que tanto necesito. ¡Si supieras cuán doloroso es perderlo todo de un solo golpe!.... ¡Si leyeras aquí, aquí en mi corazón, todo cuanto pasa en él! ¡Si penetraras en lo interior de mi cerebro, y vieras una á una las imágenes siniestras y espantosas que en él se pintan! ¡Si vieras el tropel inmenso de ideas que en un momento se me ofrecen! Miserias, luto, sangre, angustias, agonías.... todo me agobia horriblemente, amigo mío, todo me atormenta; pero ¡qué tormentos tan crueles, Dios misericordioso, qué tormentos tan crudos para una débil criatura! Piedad, Dios mío, piedad..... piedad....

Y se levantó en el acto, en ese acto de delirio que comenzaba de nuevo; y con

el rostro notablemente encendido, midió diez ó doce veces la estancia con sus pasos precipitados. No puedo ni bosquejarte este cuadro, mi querido Manuel, ni sé en lo que habría terminado la escena, si felizmente no la hubieran interrumpido los tres médicos.

El cura V***, que tiene un ojo penetrante, y un tacto delicadísimo para conocer y calificar las enfermedades más graves é intensas, no bien hubo observado el semblante del enfermo, se mordió los labios, y en su mirada escudriñadora leí la fatal sentencia de nuestro amigo. Dancourt seguía profundamente pensativo, sin poder ocultar su emoción. Más sereno y apacible, más risueño, el padre Suárez hizo una serie de preguntas, cuyas respuestas parecían satisfacerle mucho; y hasta yo mismo llegué por un momento á persuadirme que algo podría conseguirse. La "consulta" que tuvieron los tres, al medio día, me hizo perder definitivamente toda esperanza, y desde entonces sólo pensamos en los preparativos para el ominoso viaje al hospital de San Lázaro.

Los médicos volvieron, al cerrar la tarde, á notificar su dictamen al paciente, porque era preciso, y porque en eso teníàn grave responsabilidad si hubieran dejado de hacerlo. Además, creímos prudente que no debía malograrse la oportu-

nidad de aquel momento, en que Antonio estaba tranquilo, y profundamente convencido de la malignidad de su dolencia, y de la necesidad de someterse á los reglamentos de la policía. Felizmente, durante la visita, no tuvo ningún arrebato. "No me oculten ustedes nada, decía á los médicos, porque sería inútil. Háblenme con entera libertad y franqueza, pues yo tengo que arreglar algunos asuntos, antes de partir para Campeche. Yo sé que estoy "lazarino:" que los "lazarinos" deben de ir á sepultarse vivos en San Lázaro, porque su mal no tiene remedio, y porque las leyes, no sé yo si buenas ó malas, han proscrito á los pobres leprosos. ¿Pero este viaje deberá ser pronto, mañana, de aquí á dos días? Concédanme ocho no más, si es posible, y partiré gustosísimo, es decir, no precisamente gustosísimo, pero sí consolado." Como debes suponer, los médicos, principalmente D. Alejo, se enternecieron, y le prodigaron todos los consuelos imaginables. El padre Suárez le aseguró que podía disponer de quince días, pues al efecto iba á dar pasos de éxito seguro. Algunas lágrimas no más se cruzaron al terminar esta escena. ¡Ese padre Suárez, qué alma tan ardiente y apasionada tiene! Joven, como es, ¡qué conocimiento tan profundo posee de los males de la vida, y de las miserias de la pobre humanidad! ¡Qué

delicadeza y miramiento para sentar la mano sobre las llagas del corazón!

Después que salieron los médicos, me dijo Antonio con solemnidad. "Preguntabas, Melchor, que ¿quién me había dicho que yo estaba "lazarino?" Ya lo oíste: déjame, pues, meditar en las postrimerías del hombre." Sentóse en una poltrona, y desde aquel momento comenzó una agonía horrible, fatigosa y angustiada. Una especie de estertor, convulsivo y anheloso, se apoderó del enfermo, que duró desde las siete de la noche, hasta la una de la mañana. ¡Seis horas de martirio! En todo ese tiempo no habló una sola palabra. Gruesas lágrimas brotaban de sus ojos, medio cerrados. Ninguno de los circunstantes se atrevía á hacer el más ligero ruido. Dancourt volvió pronto, colocó su silla al lado del paciente, y no abandonó el pulso de éste, mientras duró el deliquio. "No hay cuidado, nos decía el doctor en voz remisa, no hay cuidado: es una crisis moral, que pronto va á pasar. No hay fiebre...." Pasó en efecto; pero las primeras palabras de Antonio, fueron palabras de maldición; una blasfemia. Ese fué el término de la crisis, que, por lo pronto, nos hizo creer que había degenerado en un delirio funesto. "¿Dios implacable, formaste á la criatura para re-

crearte en sus tormentos? ¡Perezca el día en que ví la primera luz!"

—¡Cómo es eso, hijo mío! gritó D. Pablo. ¿Son dignas esas palabras horribles de un hijo mío, de un hijo educado en las máximas santas del cristianismo? ¿Piensas acaso, hijo infeliz, que los sufrimientos, que la angustia y el dolor de tu padre, son inferiores á los que tú padeces? ¿No me ves resignado con la voluntad del Todopoderoso, y bendecirlo, y adorarlo....?

Antonio interrumpió este discurso, arrojándose á los pies de D. Pablo. "Perdón, Dios mío: perdón, padre mío" gritaba sollozando. ¡Ah! no puedo concluir esta pintura.

De allí en adelante, la escena cambió. A excepción de una ú otra ligera ráfaga de exaltación, la voz, los ademanes y los discursos de Antonio, eran tranquilos, dulces y tiernos. Sus reflexiones eran profundamente filosóficas; y cuando hablaba del mundo, de la vida y de sus encantos, se me figuraba oir oráculos y sentencias de la venerable antigüedad. ¡Qué alma tan bella y tan sensible! ¡Qué pérdida tan irreparable vamos á sufrir, mi caro amigo! Puedes suponer cómo nos hallaremos todos en este momento, en que, por la novedad, nuestras almas no pueden acostumbrarse aún á estas primeras impresiones, tan tristes como pro-

fundas. Escusado me parece decirte cuál es la situación del contristadísimo D. Pablo. Figúrate lo horroroso de la enfermedad, el amor que tienen á Antonio todos los suyos; y por lo que tú experimentes al sabes esta triste y lamentable historia, podrás inferir lo que pasa en aquella casa, antes morada de la paz, de la alegría y del contento.... y hoy... ¡Pobre Antonio, mi querido Manuel, y pobres nosotros que vamos á perderlo!!

A las siete de la mañana me retiré. Antonio me dijo que iba á descansar para escribirte. Lo dejé profundamente dormido, y yo vine á repararme algo de la mala noche. He dormido en efecto cuatro buenas horas, antes de concluir esta carta, que comencé á escribirte ayer muy temprano. Consérvate bueno, amigo mío. Se me pasaba decirte que D. Pablo me encargó te previniese, de su parte, que realices, ó no, la última factura que te remitió á esa plaza en la goleta de Cupull, procures venir en el primer buque americano que se te proporcione, si no pudiese ser en la misma goleta de Cupull. Nunca podrá verificarse esto antes de la partida de Antonio para San Lázaro; pero de todos modos, es preciso que obsequies la insinuación de tu deudo y favorecedor D. Pablo, abandonando allí los negocios, para que vengas á consolar á

este padre afligidísimo, que pronto va á verse privado de su hijo.

Adiós. Si te escribiese Antonio, te incluiré su carta dentro de la mía. Tu invariable amigo, que te espera cuanto antes, para abrazarte y llorar juntos.



CARTA II.

Antonio á Manuel.

Mérida, 12 de Diciembre de 1823.

Manuel mío querido: acuérdome, como si hoy pasara el suceso, que siendo nosotros muy niños, nos llevó el negro Joaquín á una fiesta, que los frailes solemnizaban en San Francisco. Era de noche, y en medio de las músicas, de los gritos de júbilo, de los aplausos, y de un estrepitoso repique de campanas, comenzó á elevarse un vistosísimo globo, inflado de humo, y sembrado de luminarias y banderolas. Era éste, sin embargo de sencillo, espectáculo muy raro entonces en la ciudad. Todos anunciaban que el globo se perdería en las nubes; y más de seis mil personas coronaron las murallas de la ciudadela, y las azoteas inmediatas.... De improviso, una ráfaga de aire hizo

columpiarse al globo con violencia.... cien rápidas oscilaciones siguieron.... la cestilla, llena de betún y de materias inflamables, se volcó dentro del globo, y en veinte segundos se inflamó aquel coloso, se redujo á pavesas, y todo quedó sumido en obscuridad espantosa, después de haberse iluminado brillantemente la atmósfera. Las gentes se dispersaron en silencio, y tú y yo llorábamos amargamente, porque el globo había concluído su carrera, cuando la comenzaba aún. Yo no sé por qué este suceso, tan insignificante en sí, hizo en mi alma tan profunda impresión: ello es que siempre le he recordado con un vago afecto de pavor y espanto. Acaso un fatal presentimiento me anunciaba que en aquel globo debía ver, sin comprenderlo, la imágen ó la alegoría de mi corta existencia.

Tal vez te sorprenderá esta última especie, y la seguridad con que te la refiero. Nada es, sin embargo, más cierto, querido amigo. Has de saber que yo estoy "lazarino," que tengo que abandonarlo todo, pasar los pocos días que me quedan en la tierra, lejos de cuanto he amado en el mundo, y morir en el solitario hospital de San Lázaro, en medio de los más agudos dolores y sufrimientos, cubierto de miseria y podredumbre. ¡Tal es la tristísima suerte que me espera! ¡Se acabó todo para mí! La creación ha des-

aparecido súbitamente á mis ojos, en el momento mismo en que yo comenzaba á conocer y á apreciar sus bellezas. ¡¡¡Yo estoy "lazarino!!!" ¿Sabes tú todavía lo que es un "lazarino?" Figúrate un hombre cubierto de pústulas malignas, que destilan cierto licor acre y corrosivo, de un fetor espantoso: la piel escamosa, y sembrada de grietas: calvo, sin cejas, y la nariz deprimida: las orejas prolongadas, los pies adoloridos, las manos contraídas, y hecho un volcán el cerebro. Allí tienes un mal acabado retrato de lo que viene á ser el infeliz acometido de esta espantosa y mortífera enfermedad, para la cual ¡oh idea horrible! no hay remedio conocido. Imagínate al pobre "lazarino," que las leyes no pueden tolerar, por un temor, fundado ó infundado, de que el mal se comunique á otras personas, y se generalice en la población: imagínate, digo, al pobre "lazarino" en la flor de su edad, arrebatado, por una policía vigilante, del seno de sus padres y amigos, llevado á un hospital lejano, aislado, casi solitario, y en donde se come, conversa y duerme con espectros, esto es, con los demás "lazarinos," que esa misma policía ha encerrado en aquel fúnebre recinto, prohibiendo á todos el acercarse á un lugar, de donde sólo pueden salir veneno, contagio, pestilencia y muerte.... ¡Oh Dios mío! He aquí un bosquejo de la si-

tuación de tu Antonio, de tu amigo y compañero inseparable. Cuando vivíamos juntos, hasta ahora pocos meses, entregados al estudio y á la lectura, dibujando hermosos paisajes, haciendo brotar de la flauta torrentes de suavísima armonía, llenos de salud, de vida y de contento, ¿podrías creer, querido mío, que, dentro de tan poco tiempo, ese germen horrible, que se ocultaba en mis entrañas, pudiese desarrollarse con tal rapidez, mezclarse en la masa de mis humores, rendirme de esta manera, y que de un solo golpe arrancase del corazón mis proyectos, mis ilusiones, mis goces, mi felicidad y mi ventura?

Al despedirme del mundo para siempre, he creído un deber mío el referirte, aunque tu alma sensible se contriste demasiado, mi situación actual, y los motivos que la han producido. Voy á abrirte mi corazón, como lo he verificado ya con Melchor; pero te ruego que mientras viva, que será poco tiempo, no reveles á persona alguna los pormenores en que voy á entrar, para ahorrarme la vergüenza de que sepan mis crímenes; porque en tal caso, mis remordimientos serían mayores y más dolorosos, que los que ahora experimento. Esto haría insoportable la vida.

Recordarás, sin duda, que á pesar de

las observaciones de los maestros, para quienes siempre fuí dócil: de las amenazas de mis padres, á quienes he rendido la veneración más profunda; y de tus advertencias, que jamás he dejado de escuchar con deferencia y estimación, yo entretenía ciertas relaciones con aquel joven español, que vivía ahora tres años en casa de D. N**, paisano suyo, que por compasión lo había recogido, mientras le era posible proporcionarle una colocación, que ya comenzaba á ser difícil, por las circunstancias políticas del país. Pues este desventurado me encontró un día en la "Cruz de Gálvez," de una manera como casual, aunque á mí me pareció que estaba en acecho en una callejuela inmediata, para abordarme á mí, ó al primero que se acercase. ¡La fatalidad me escogió para ser la víctima de aquel impío! Entramos luego en conversación: me habló de sus padres, de sus amigos, de su querida patria, de sus desgracias, y después.... de su pobreza. Supo apoderarse tan bien de mi corazón, que desde aquella hora le ofrecí mi amistad, mi bolsillo, y todos los pocos medios que en su favor podía emplear un hijo de familia como yo. Su relato fué para mí tan interesante, que á pesar de haberme suplicado, con mucho calor, que no refiriese á persona alguna su conversación, ni hablase á mis padres de aquella nueva amistad, no me

atreví á sospechar de su persona, ni de su conducta. ¡Me parecía tan sentido y natural todo cuanto me dijo! ¡Qué quieres! ¡Yo era tan joven, tan sensible, y he amado con tal ternura á todos mis semejantes! Yo no podía creer que mi generosidad, mi confianza sin límites, pudiese suministrar recursos á un malvado, para perder á un joven inexperto, educado en la más rígida moral, sencillo, y que no había hecho daño á mortal alguno. El libro del gran mundo, es un libro abierto para todo el género humano; pero no todos podemos leer en él, ó, mejor dicho, no todos podemos comprender sus provechosas lecciones, sino después de una dolorosa experiencia. ¡Hombre malvado!; á él debo mis desgracias, mi enfermedad, y mis remordimientos: á él, que sólo obtuvo de mí, cariño, amistad, benevolencia y dinero. Ve escuchando y horrorízate.

Pronto observaron las personas que se interesaban por mí, que me hallaba ligado con aquel mal hombre. Fuese que tenían algún antecedente de su conducta, ó que, más suspicaces y experimentados, acertasen en sus juicios con más seguridad, ello es, como recordarás, que mis padres me hicieron serias demostraciones, el doctor advertencias muy oportunas, y hasta tú solías increparme. ¡Injusticia del mundo! exclamaba yo: ¿es po-

sible que un infeliz, sólo por serlo, se atraiga la aversión hasta de personas sensatas? Entretanto, yo guardaba silencio. Mis padres me parecieron demasiado escrupulosos, el doctor y tú impertinentes ó alucinados. Así fué que, con precaución y reserva, yo me dejé arrastrar de mi natural inclinación: estreché más y más mi amistad con aquel desventurado, que reputaba víctima de su desgracia; y continué en su trato, dándole con afecto y cariño todo cuanto necesitaba.

Díjome un día que era casado, y que su esposa, en unión de una hermana que siempre la había acompañado, estaban á punto de llegar.

Yo creo que ese hombre vió la sorpresa pintada en mi frente. Por la primera vez, dudé algo de la sinceridad de su lenguaje anterior. En efecto: en los minuciosos relatos que de su vida y aventuras me había hecho, jamás me había insinuado la especie de que fuese casado; antes al contrario, yo me figuré, por lo que me decía frecuentemente, que su emigración y desgracias le habían impedido realizar su matrimonio con una doncella valenciana, á quien amaba con mucha ternura. Verdad es que nunca en este punto había sido muy explícito; pero como por sus palabras yo había llegado á entenderlo así, después de meditarlo un momento, le hice, del mejor

modo posible, la observación que me ocurría.

—¡Ah! sí, es verdad, me dijo: confieso humildemente que no le he hablado á usted con la franqueza y claridad que debía; pero, amigo querido, atribúyalo usted á lo que guste, menos á desconfianza, ni á ningún otro siniestro motivo. ¡He recibido tantos golpes, tantos desengaños funestos! Esa doncella es mi esposa. ha llegado á la Habana en solicitud mía, porque la informé de mi venida á la América, sin designarle el punto: felizmente, ó no sé si por mi desgracia, no ha faltado quien le manifestase que yo estaba en Yucatán, y acabo de recibir, por conducto de un amigo mío, esta carta, que puede usted leer si tiene alguna duda.

Sacó de su cartera un pliego, que yo no quise examinar por miramiento. Pero él se empeñó en leer su contenido, suplicándome lo escuchase. Era una carta muy sentida y apasionada de la que él llamaba su esposa, quien le decía, en conclusión, que en el primer barco se dirigiría á Sisal.

—Suponga usted, amigo de mi alma, me dijo concluyendo la lectura de la carta, la sorpresa que esta novedad me ha causado, y el compromiso en que irremisiblemente voy á verme, sin recursos, sin conexiones, y sin tener á quien confiarme.

Había en este modo de decir, cierto aire algo villano, que me desconcertó un tanto. Sin embargo, hice un esfuerzo sobre mí mismo, diciéndole:

—Usted sabe que, aunque mis padres son medianamente ricos, yo no puedo disponer, sino de lo poco que debo á su bondad, y empleo en mis inocentes diversiones. Cuente usted, no obstante, con lo que yo tengo ahorrado, que todo llegará á doscientos pesos: es algún auxilio, y ¡ojalá pudiera proporcionarle mayor suma!

—¡Oh, mi querido amigo! Bendita sea la Divina Providencia, que, por medio de un joven tan sensible y generoso, se digna protegerme, y velar por las criaturas abandonadas. Yo doy á usted, amigo incomparable, un millón de gracias, por el auxilio que me ofrece, y espero en Dios que muy pronto he de mostrarle toda la extensión de mi profundo reconocimiento.

Y me tomaba la mano, la besaba, me abrazaba, y lloraba á lágrima suelta.

Al día siguiente, puse en sus manos trece onzas de oro, y marchó á Sisal en busca de su esposa, que debía llegar de un momento á otro. Al partir volvió á encargarme la mayor reserva, y me dijo que había amueblado una casita, en una calle poco frecuentada y lejana. Jamás se me ocurrió preguntarle el motivo de no

traer públicamente á su esposa, presentarla en la sociedad, y vivir con ella sin misterio, en un país en donde nada absolutamente tenía que temer. De él nació el decirme, en nuestra última entrevista, que no lo haría tan pronto, porque aun no había podido colocarse debidamente; y que mientras esto no sucediese, el exponerse á perder el arrimo de su viejo paisano, que lo protegía, era para él una desgracia irreparable, en el estado actual de sus negocios. Nada me ocurrió contra una resolución, que me pareció tan natural y tan plausible; y lejos de eso, yo mismo le dí algunas instrucciones, para guardarse mejor de ser visto y observado.

Pasaron ocho días. Al cabo de ellos recibí un billete de mi amigo, en que al darme la noticia de su feliz llegada, en unión de su esposa y la hermana de ésta, me enviaba, á la vez, la dirección de la casa en que se habían alojado, suplicándome que pasase á verlos, tan luego como me fuese posible. No pude resistir á un mal reprimido sentimiento de curiosidad, si así quieres llamarlo; y pronto corrí en busca de los recién venidos. ¡He allí mi perdición, y mi muerte! Mi falso amigo me presentó á aquellas dos funestas mujeres, que emplearon en mi obsequio las palabras más dulces, y más lisonjeras á mi amor propio; á ese amor propio, que

tan frecuentemente nos ciega, llevándonos después á los bordes de un precipicio, para arrojarnos y sumirnos en él para siempre jamás. Yo no puedo expresarte hoy la vivísima impresión que me causó la vista de aquellas dos sirenas engañosas. Paulina, la que se llamaba esposa de mi pérfido amigo, tendría veintitrés años; y Juanita, su hermana, como diecisiete. Criaturas hermosísimas, y de una locución tan dulce y melodiosa, que desde aquel momento me sentí arrebatado, involuntariamente, á una esfera desconocida, llena de voluptuosidad y goces inexplicables. Juanita, sobre todo, me hirió tan vivamente, que desde aquella hora de maldición, le entregué mi alma, mi amor, mi vida, mi conciencia, y poco después.... hasta el honor. Compadécete de mí, y permíteme que pase ligeramente sobre algunas escenas, que no puedo recordar sin ruborizarme y estremecerme. Sólo te diré, para que puedas quedar enterado, reservando á tu penetración todo lo demás, que en aquella casa me hicieron jugar el dinero de mis padres, y perderlo, y encenegarme en la lascivia, y en todos los desórdenes consiguientes. Yo robé dinero á mi padre, y una multitud de alhajas preciosas á mi madre; llegando al extremo de hacer vender hasta mis libros y ropa de uso. Creo que ninguno

se apercibió de lo que ocurría, porque este drama inmundo pasó con la mayor rapidez. En solo quince días, entregué en manos de aquellos verdugos infames, todo cuanto tenía yo de más noble y recomendable, siendo tal mi deslumbramiento y mi frenesí, que en ese espacio transcurrido, no pude, ni quise hacer una sola reflexión, sin embargo de sentir que el torrente me arrastraba, me arrebataba y me lanzaba hasta donde no podría calcular... ¡ay de mí!.... hasta el hospital de San Lázaro.

Amaneció un día. No fué un día de desengaños, que harto desengañado debía yo estar; sino día de lección tremenda. Me dirigí á casa de mis falsos amigos, de mis cómplices en el crimen. Llamé á la puerta... nadie vino á abrirme. Una especie de terror involuntario se apoderó de mí. Clavado en aquel sitio, mil ideas horribles me asaltaban. A mis reiterados golpes, una mujer anciana, que vivía en la casa vecina, asomó por la ventana su arrugado y fatídico rostro. "¡Ah!, gritó al verme: hace una hora que le estoy esperando: los huéspedes han partido á media noche. Aquí tiene usted un billete que me entregaron para darle. Con que, buenos días, caballerito. Si tuviese usted necesidad de mí, ya su cofrade... y sus conocidas.... habrán dado á usted buenos informes de mi establecimien-

to, y de lo bien que sirvo á los amigos. Eso sí: en mi casa se juega limpio: yo no admito más que gente decente." Maquinalmente tomé el billete, que me alargaba aquella infame y asquerosa bruja. Estaba yo petrificado de horror... la ira me sofocaba... ¡quién sabe lo que yo hubiera hecho, si en aquel momento la mano divina no me hubiera detenido! Reflexioné unos minutos, eché el billete en el bolsillo sin leerlo, cerró la malvada vieja su ventana gruñendo entre dientes yo no sé qué palabras obscenas, y corrí á casa á encerrarme en mi cuarto. Un poco más sereno, rompí el sello de la esquela, que aun conservo, y leí lo siguiente:

"Pobre mozo. La estación de los nortes ha pasado. Me urge ir á cierta guarida de la costa, en donde tengo á cubierto, hace cinco meses, mi pequeño guairo. Mi gente debe estar ya reunida, para salir mañana á la mar. Yo soy, si no lo ha comprendido bien, lo que en buen español acostumbramos llamar "un pirata." Suelo divertirme en tierra con algunos tontos, como lo he hecho con usted; pero mejores presas me proporciono á bordo. Voy, sin embargo, á dar á usted un consejo, siquiera porque nos ha tratado como á cuerpo de rey. A usted le ha venido á cuento enamorarse de la dianche de Juanita, que es una de mis damas de ho-

nor. No es usted capaz de comprender todavía el mal que se ha hecho. Tome, pues, una buena dosis de mercurio: carénese bien, á ver si en el año entrante puede navegar, aunque sea en bandolas. Saludos de la gente franca, y mande en su amigo.—Juan Cruyés."

En el lance pesado que acababa de ocurrirme, yo me figuré que aquel bárbaro había empleado conmigo hasta la quinta esencia de la más refinada maldad; pero nunca, jamás, llegué á creer que el infame llevase hasta ese punto su atroz y odiosísima conducta. Yo estaba pasmado, me sentía sobrecogido de un pavor mortal, porque tantos crímenes juntos me parecían superiores á lo más salvaje é indigno, que un hombre dado de la mano de Dios podía inventar. ¡Mónstruo! Yo le había dado mi amistad con la mejor fe del mundo.... y él se recreó en causarme los más indecibles tormentos. Veía yo en esto un castigo del cielo; pero, ¡Santo Dios!, yo no fuí culpable sino al fin,; y antes de llegar á él, la trama estaba urdida, y mi perdición acordada: ¿por qué, Dios mío, por qué?...

Una fiebre ardiente me acometió aquel día. Recordarás bien, sin duda, aquella fiebre. Dancourt penetró algo en medio de mi delirio, se sentó á la cabecera de mi cama, prohibió la entrada en mi aposento á todo el mundo, y ese amigo incompa-

rable se encargó de mí, casi exclusivamente. A los veinte días estaba yo fuera de peligro, y sin insinuarme cosa alguna directamente, se manejó el doctor de tal manera conmigo, escogió ciertas frases para ilustrarme, y empleó tales medios, en fin, que muy pronto recobré mi antigua calma, mis habitudes y mis amigos. Sólo me quedaban la vergüenza y los remordimientos, cuando me hallaba á solas conmigo mismo. La lectura y el estudio me dejaban poco tiempo, felizmente, para pensar en la burla cruel del falso amigo, y en las consecuencias que debía temer.

¡Consecuencias que muy pronto comencé á experimentar! Yo me ví entonces de las criaturas más afligidas. Era repugnantísimo para mí manifestarme á persona alguna, y estaba resuelto, más bien á sufrir la muerte, antes que hacer saber mi debilidad y mis crímenes vergonzosos, á aquellos individuos que sólo habían visto en mí un joven irreprensible. Algo de orgullo, y más de imprudencia, había en este partido desesperado; pero ya sabes que tras de un abismo viene otro abismo. Mi destino había de cumplirse. Una á una comenzaron á aparecer, sucesivamente, todas las enfermedades venéreas más asquerosas. En mi propósito de no descubrirme, para sufrir una curación formal, no me quedaba más que

un partido, y lo adopté ciegamente. Con la mayor reserva me puse en manos de un insigne libertino, que me hacía desaparecer, sucesivamente, con sus menjurges las enfermedades, los síntomas y sus vestigios; de tal manera, que ni aun el doctor llegó nunca á sospechar cosa alguna. Pero en fin, el progreso de los males parecía indefinido, pues no bien desaparecía uno, cuando venían otros en pos.

Habrá cosa de tres meses que el doctor observó, por casualidad, que yo tenía una úlcera pequeña y casi imperceptible, en uno de los ángulos lacrimales. Me miró fijamente, me apretó la mano con ternura, y me dijo con voz melancólica. "¡Antonio, mi querido Antonio! tú estás malo, muy malo, mucho más de lo que tú crees tal vez. Adopta un método, que voy á escribir ahora mismo, porque la cosa urge: síguelo con escrupulosidad, vuela á encerrarte en la hacienda de tu familia, y llevarás una carta para el cura del pueblo inmediato, que es un cura sumamente caritativo é inteligente en estas enfermedades." Al oir este lenguaje, me quedé pasmado de terror. Guardé silencio, porque no me ocurrió nada que decir. Al día siguiente, muy temprano, me puse en marcha para la hacienda.

El cura, á quien dirigí la carta del doctor, por medio de un sirviente de la fin-

ca, vino á verme á los dos días. Hombre franco, estudioso y sensible, su ministerio, sin embargo, lo había familiarizado de tal suerte con las miserias de la pobre humanidad, que en sus maneras bruscas, y discursos raros, no parecía sino un clérigo duro y de una indiferencia estoica.

—"Buen amigo, aquí me tiene usted á sus órdenes;" fué el preámbulo de aquella primera visita del cura, que me tendía la mano, después de haberse despojado de la turca, y de una mala chaqueta de mahon.

—A las de usted, venerable señor mío. Tome usted esta silla para descansar.

—No.... yo prefiero, con licencia de usted, esta suave y magnífica hamaca, que me parece de pita. ¿A ver? sí, de pita, y de pita excelente. Una hamaca semejante sería artículo de contrabando en la casa cural de mi parroquia.

—Puede usted disponer de ella, señor cura: yo tendría mucho gusto....

—¡Ah, no, qué disparate! Si en mi casa nunca dura, buena ó mala, ninguna hamaca. Luego, luego se la lleva algún pobre enfermo que carece de un mueble tan usual y necesario como éste. Apropósito de enfermos, Dancourt me dice.... acerque, acerque usted su silla.... el pulso.... ¡eh!

Me examinó en seguida la lengua, el

aliento, y después de haber estado mirándome de hito en hito, prosiguió su interrumpido discurso.

—Bien: es decir, mal. Porque usted está enfermo.

—Algo me había dicho el doctor.

—¿Algo no más? Pues usted lo que tiene es un "gálico mal curado."

—"¡Gálico mal curado!!"

—¡Eh! ¿por qué se asombra?: ¿quién ha de saber mejor que usted...? digo, si es que lo sabe.

—Señor cura, por Dios: dígame cómo he de sanar: deme usted un remedio.

—¡Un remedio!.... ya... puede tener remedio.... aunque para eso se necesita el concurso de muchas circunstancias..... Si no fuese posible.... no hay más que resignación. También los "lazarinos" suelen vivir mucho.

—¿Será posible, padre mío, que yo venga á terminar en "lazarino?" "¡Lazarino!"

—Tan posible, que, mejor dicho y sin rodeos, ya lo está usted completamente.

No tengo valor para recordar lo que entonces me pasó. Lloré á grito herido, me abracé con aquel bendito cura, él me consoló como mejor supo, y no me ha abandonado en todo el tiempo que permanecí en la hacienda. Me parece excusado decirte que, á pesar de los cuidados del cura, del régimen que me pres-

cribió el doctor, y de mi empeño decidido de recobrar la salud, nada pude conseguir. De día en día he ido agravándome: los médicos de aquí me han visto y examinado, y ya me han notificado la sentencia de muerte que he de sufrir, y muy pronto, en el hospital de San Lázaro. No me queda otro arbitrio, que resignarme con mi suerte, y pedir á Dios fortaleza y conformidad.

Ya he cumplido con los deberes de amigo, refiriéndote esta horrible desgracia, con todos sus precedentes. Me voy, mi queridísimo Manuel, me voy á San Lázaro. No volveremos á vernos nunca, jamás. El destino ha levantado una muralla de bronce entre este pobre leproso, y todos los objetos de su cariño. Pero á lo menos, nos escribiremos: ¿no es verdad? Rociarás mis cartas con vinagre y cloruro, y podrás librarte del funesto contagio. Ningún objeto de mi uso puedo dejarte, en memoria de nuestra antigua y sincera amistad, porque todo pertenece á un "lazarino.".... ¡Adiós!..... él ha permitido que no estuvieses presente al tiempo de salir de casa... en procesión fúnebre.... para el sepulcro.... porque no se multiplicasen mis angustias... ¡Adiós, otra vez!.... Sé feliz, y recuerda siempre que tuviste un amigo que te amó con ternura.... ¡Manuel mío!! mis lágrimas.... ¡ah, no puedo! Adiós.



CARTA III.

Melchor á Manuel.

Mérida, 30 de Diciembre de 1823.

¡Consumóse, en fin, la tan temida catástrofe! Antonio partió ayer al hospital de San Lázaro, y nosotros hemos quedado sumidos en la más profunda desolación. Se parece la de D. Pablo, á una casa mortuoria y enlutada; pero Antonio marchó con la misma serenidad, con que un hombre, resignado enteramente á la voluntad divina, acata y obedece los altos designios del cielo.

Felizmente, la enfermedad se había estacionado desde algunos días antes, en fuerza del régimen curativo que prescribieron los médicos. Antonio pudo así, en esta tregua que le concedió el mal, reunir todas sus fuerzas físicas y morales para soportar, con valor y denuedo, el amargo trance que le esperaba. Mientras

que todos nosotros vertíamos, en silencio y á hurtadillas, copiosas lágrimas, él solo aparecía imperturbable, tranquilo, y algunas veces franco y jovial. Yo creo, sin embargo, que de noche, cuando se encerraba y se separaba de nuestra vista y cuidado, cuando se encontraba solo y frente á frente con su horrible situación, con sus recuerdos y con su fantástico porvenir, entonces, daría rienda suelta á su intenso dolor; porque es imposible que en su imaginación de fuego, en su susceptibilidad tan viva, dejase de obrar poderosamente el influjo de una posición tan singular, y á la cual estaba muy lejos de creer que llegaría. ¡Tan rara y caprichosa le parecerá sin duda! Así nos lo daban á entender, en algunas mañanas, su mirar sombrío y melancólico, su voz hueca y entrecortada, y la irritabilidad de su ánimo. Pero estos episodios eran cortos, momentáneos, y sin mayor expresión; porque si D. Pablo en sus ademanes, en su acento y en todo cuanto practicaba, á vista de su hijo, daba señales de resignación y sangre fría, no era menor el afán de Antonio en disimular sus pesares, en presencia de su infeliz padre. Ambos, según entiendo, sólo aparentaban valor. Esperemos en Dios que, á la larga, lleguen realmente á obtenerlo, porque de lo contrario, uno y otro serían víctimas de la más extremada desespera-

ción. Puedes figurarte cuán triste y aflictivo sería mi papel en una escena, que se repetía á menudo. Con ambos tenía que fingir impasibilidad, cuando yo estaba sufriendo una cruel agonía, un horrible martirio, que se redoblaba más y más, al observar que hasta los parientes y los amigos más íntimos de la familia, esquivaban la casa de D. Pablo, y huían de ella, como podría huirse de un lugar inmundo y pestilente. Los únicos, además del incomparable doctor y yo, que jamás abandonamos al padre y al hijo, que visitaron con asiduidad, cariño y benevolencia al pobre enfermo, fueron el cura V***, el padre Suárez, y el venerable cura de Temax D. Manuel Jiménez, nuestro sabio y virtuoso maestro de gramática latina, y que, desde el fondo de su prisión de estado, inculcó á Antonio las filantrópicas máximas, que hoy sirven de base á su carácter dócil, amable y tolerante, que apenas se ha alterado con la enfermedad. Todos los demás, no han dado muestras de saber lo que ocurría en aquella mansión de penas y dolores. Una especie tan chocante, como odiosa, no pudo escaparse de la fina penetración de Antonio.

—¡Ves, Melchor, díjome un día, cómo el mundo, este mundo ruin y miserable, me da nuevos motivos para no sentir su pérdida! En otro tiempo, mi casa era muy

frecuentada, y considerada por todos. Los que á ella concurrían, y se llamaban amigos, me rendían mil obsequios y miramientos. Hoy es diferente: El ídolo se ha convertido en mónstruo, el apuesto mancebo en vestiglo, y el amable Antonio en un asqueroso "lazarino." Entonces, todos huyen del mónstruo, del vestiglo, y del leproso. ¡ Qué mundo, Dios mío, qué mundo!

—¡ Tienes tal modo de ver las cosas! Me parece que hay demasiado con los males positivos que sufres, Antonio mío, para que vayas á creártelos facticios. ¿ Por qué, pues, te atormentas así, y fijas la consideración en lo que no vale la pena? ¿ No estamos á tu lado, los que te amamos con sinceridad, sin abandonarte? ¿ No procuramos, en lo que cabe, dulcificar tus amarguras, y aliviar tus pesares? ¿ Qué te importa lo demás?

—Bien dices, es verdad; y sabe el cielo cuánto agradezco, en lo más íntimo de mi corazón, todo lo que mis amigos verdaderos hacen por mí. Dios los bendiga á todos. Yo no me quejo, ni me lamento, por la conducta de los que antes aparentaban estimarme, ni por la frialdad é indiferencia de mis parientes: no. Quizá, yo mismo, no estaría libre de obrar del propio modo, en circunstancias idénticas. Pero me indigna, amigo mío, me indigna extraordinariamente el conocer, aunque de-

masiado tarde, que esta misma sociedad que huye de mí, sin curarse de la villanía que encierra tal proceder; esta sociedad que se horroriza al saber mi dolencia, que me proscribe de la manera más fría y salvaje, confinándome á un hospital solitario, habría, sin embargo, tolerado mis crímenes por mayores que fuesen, y tal vez los habría aplaudido. Me maldicen porque estoy leproso. Fuera yo un libertino consumado, y los verías canonizarme.

—¡Oh, no! ¡Qué trastorno de ideas, mi querido Antonio! Te dejas arrebatar, y juzgas á tus prójimos con demasiada severidad, lo cual proviene del natural disgusto, que debe causarte la indiferencia ó necedad de algunos impertinentes, en quienes no debías ni pensar, sino para compadecerlos y perdonarlos. Sí, debes hacerlo así. Tú tienes bastante cordura y buen seso, para conocer lo que puede una preocupación en ánimos vulgares, y aun en los que no lo son. ¿Qué quieres, pues? Dícenles que tu enfermedad es contagiosa, y huyen porque temen infestarse. ¿Quién les persuade de otra cosa?

—Tienes razón, querido Melchor, tienes razón. No la hay, ciertamente, para obligar á otros á hacer algo, que pudiesen ver como un sacrificio costoso. Y luego; ¿para qué? ¿Qué utilidad me resultaría de ver atormentarse á los demás, tan solo, acaso, para verlos representar, de-

lante de mí, el ominoso papel de aquellos amigos que ejercitaron la paciencia del más paciente de los hombres? Te repito que tienes razon; pero ¿mi pobre é infeliz padre también está "lazarino?" ¿No hay quien consuele á ese desventurado anciano? ¿Tan pronto se han olvidado los multiplicados beneficios, que derrama siempre sobre todos los desvalidos, que imploran su bondad? ¿No hay compasión para ese hombre?

Hablaba ya con tal vehemencia y exaltación, que temí, por algunos momentos, que volviese á caer en sus anteriores arrebatos; pero no pasó de allí. Suspiró, y luego, luego, recuperó su serenidad, y seguimos hablando pacíficamente.

Don Pablo escribió oportunamente á su corresponsal de Campeche, encargándole, con particular empeño, que dictase todas las medidas conducentes, á fin de que no faltase á Antonio cosa alguna, á su llegada al hospital. Nada ha dejado de hacerse, con el objeto de que no vaya á echar de menos las comodidades de su casa, en lo que cabe. Libros, pinturas, muebles decentes, y cuanto pueda servirle de utilidad ó recreo, todo se ha dispuesto de antemano. D. Pablo está muy satisfecho y consolado, al ver cumplidas fielmente sus órdenes.

La ocupación de Antonio, en los últimos días de su permanencia en casa, fué

muy noble y filantrópica. Repartió, por conducto del cura Jiménez, una multitud de limosnas á viudas y huérfanos desvalidos: encargó que se comprasen libros para estudiantes pobres: hizo que su padre condonase la mitad de sus deudas, á los infelices indios, que sirven en la hacienda: distribuyó una gruesa suma entre los criados domésticos; y rogó á D. Pablo, que otorgase carta de libertad al negro Joaquín y á sus dos hijos. Todo se hizo al pie de la letra, y con la mejor voluntad del mundo. D. Pablo parecía el ejecutor testamentario de su hijo.

La víspera de su partida, me leyó algunos pasajes de las "Harmonies de la nature" de Saint-Pierre. Yo le ví enternecerse extraordinariamente. En seguida tomó su flauta, que en los días anteriores ni siquiera había mirado: tocó, largo rato, unas variaciones muy tristes y melancólicas: ejecutó después la patética marcha de Luis XVI, luego la animadísima de Riego, y terminó con una extravagante variación de notas y tonos, que no producían armonía ninguna. Rompió, al cabo, en mil pedazos el instrumento; y haciendo traer un gran brasero, arrojó al fuego aquellos fragmentos, con una multitud de papeles de música, dibujos, cartas y apuntes. Todo lo vió consumirse lentamente, sin la menor muestra

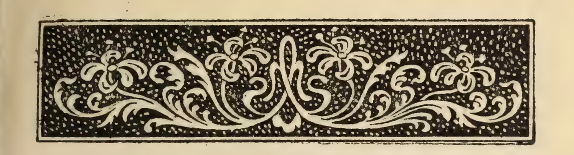
de emoción; pero sabe Dios los pensamientos y los recuerdos que, en aquel momento, se cruzarían en su mente. Un solo papel reservó para sí con mucho cuidado, y yo creo que era el billete fatal de aquel infame pirata. Nada le pregunté, ni me pareció conveniente interrumpirlo en aquel desahogo, que era, sin duda, el postrer "adiós" á sus recuerdos é ilusiones.

Por la noche, el doctor y el padre Suárez se llevaron á D. Pablo; y aun hoy hubo de volver á casa, renovándole, al entrar, todas las heridas de su corazón, el llanto y los alaridos de la familia. Yo, el negro Joaquín y tres domésticos, debíamos acompañar á Antonio hasta las inmediaciones del hospital; pero al verme listo y dispuesto para emprender la marcha, se opuso tenazmente, suplicándome, con la mayor vehemencia y expresión, que no abandonase á su padre en manos de su propio dolor. En vano le hice ver que D. Pablo quedaba bien acompañado, mientras yo volvía, ó tú llegabas: nada, él insistió tenazmente, y tuve el amargo sentimiento de no llevarlo al término de su viaje fatal.

Al tiempo de abandonar la casa de sus mayores, entendió que D. Pablo estaba ausente. Mostró mucha conformidad, y me dijo que mejor era así. Penetró entonces en el dormitorio principal, se arro-

dilló al pie de un Crucifijo, hizo una oración tierna y fervorosa, besó con respeto la cama en que nació y en la cual espiró también hace pocos meses Doña Felipa, echó una rápida ojeada sobre todos los muebles antiguos que adornaban aquella estancia y.... "vamos" dijo sin inmutarse. Acercaron la litera, me apretó la mano, y... partió.

Sí, y partió nuestro pobre amigo, para no volver jamás.



CARTA IV.

Antonio á Manuel.

San Lázaro, 17 de Enero de 1824.

Querido mío. Comienzo á reponerme del profundo abatimiento en que había caído. En poco más de un mes, ocurrieron tales cosas, y tan espantosas, á mi triste existencia, que no puedo comprender todavía, cómo no he sucumbido bajo el peso de tantas impresiones funestas. Ya lo ves: estoy vivo, y en aptitud de hacerte un relato de mis penas y sufrimientos. Aun me admira más la fortaleza sin igual, que debo á la Divina Providencia, en una situación, que sólo puede sentirse, pero no describirse. El recuerdo sólo de los precedentes que, por sus pasos contados, me han arrastrado á este lúgubre recinto, demanda un valor á toda prueba; y yo tributo humildemente un sin fin de

gracias al Señor Dios, que se ha dignado atribularme, es verdad, pero que, sin embargo, dejando caer gota á gota un bálsamo saludable de consuelo sobre mi corazón, me permite ahora abrirlo enteramente á tu sensible amistad. Yo bien te lo decía, querido amigo: no nos veremos nunca, jamás; pero nos escribiremos, hablarán nuestras almas. Eso me basta, y me hará llevadera esta vida de dolor y de amargura.

Considero que estarás ya al lado de mi anciano y afligidísimo padre, para consolarlo de la pérdida de este pobre y llorado hijo, que al labrar él propio su desgracia, preparó la de una persona tan respetable por mil títulos. Llora con él, Manuel mío: infúndele valor, y hazle olvidar, si es posible, que su hijo sufre y padece, porque si en efecto yo sufro y padezco, mía es la culpa, y no hay razón para que ese varón justo conlleve la pena que he merecido. Duéleme ver, por sus cartas, cuál fué su angustia al enterrarme vivo; pero si yo padezco por él y por mí, puedes figurarte la intensidad de mi dolor. Mis cartas, pues, serán una crónica muy triste. ¿Cómo evitar el que se refleje en ellas la situación de mi espíritu? Voy á darte cuenta de todas mis impresiones, desde que salí del hogar paterno, y verás que los más graves é intensos males de la vida, suelen dar tregua al corazón para

dilatarse, y recibir, como un rocío saludable, algún consuelo y alivio. Esto es demasiado para un pobre leproso.

Pasé por varias poblaciones, y por los suburbios de Campeche, bien acompañado; pero Joaquín y su hijo mayor, sin valor para despedirse de mí, desaparecieron, como por encanto, cuando yo necesitaba más de sus consuelos, quiero decir, al pisar estos umbrales de la muerte. No sabré decirte cómo hice este viaje funesto. Yo creía que me arrastraban por los cabellos, que mi cabeza se destrozaba sobre las piedras. Todo pasaba, á mi vista, como un panorama fúnebre. Mi cerebro era el cráter de un moribundo. Experimentaba un malestar indefinible, y me parecía que una víbora chupaba, saboreándose, toda la sangre de mis venas. En fin, llegué á San Lázaro, en donde ya me esperaban. Aquí, mis días serán días de miseria, exclamé, y mis noches, horas de tribulación sin reposo... La maldición de Dios ha caído sobre mi cabeza, y mi existencia va á ser ya una carga insoportable y odiosa.... ¡Existencia horrible, sombría y agitada, como la noche de una tempestad, formidable como el infierno!

Entré, y apenas me atreví á dirigir una mirada sombría sobre el magnífico espectáculo del mar, que dejaba á mis espaldas. El capellán me tendió su mano,

y apretó una de las mías con un ademán de cordialidad y franqueza tan expresivo, que por primera vez, después de mi salida de Mérida, una lágrima, que sentí helada, rodó por mi ardiente mejilla. Saludé, con palabras entrecortadas, al administrador, á quien reputaba yo como mi carcelero; y sin dirigir la vista á parte alguna, me dejé guiar hasta un aposento limpio y capaz, que habían preparado, de antemano, los amigos de mi padre, á fin de hacerme más llevadera esta mansión de podredumbre y miseria. Pocos momentos después, la noche cerró del todo, y el cansancio y la fatiga me rindieron, de tal suerte, que caí en un sueño, profundo en verdad, pero doloroso y angustiado, como es, sin duda, el sueño de todos los infelices condenados á este encierro.

Cuando abrí los ojos, era ya de día. Primer día en la tumba. Tal fué la idea que me ocurrió al momento, idea que fué acompañada de un impetuoso torrente de lágrimas; pero aquel no era entonces el llanto convulsivo de la desesperación, sino el llanto triste y melancólico, que va causando lentamente, la meditación sobre las miserias de la vida del hombre. Hasta ahora poco era yo feliz, é ignoraba casi la existencia del hospital de San Lázaro. ¡Cuán lejos me consideraba de ser, muy pronto, uno de

sus habitantes! Deslizábase suavemente mi existencia sobre un césped florido, y, ¡ay de mí! no sentía, no conocía que iba á hundirme en un espantoso abismo.... Mi cabeza quedó un poco despejada, el ánimo más tranquilo, y hasta mis entorpecidos miembros parecían más sueltos y flexibles.

Abrí la puerta de mi aposento.

¡Oh, Dios mío! ¿Por qué reducir al hombre, obra admirable de la creación, á un grado tal de abyección é inmundicia? Fijé, como fascinado, mis pavorosas miradas sobre un grupo de espectros, que se arrastraban, con dolorosa lentitud, en una larga y ancha galería, sobre la cual daba la puerta de mi aposento. Aquellos fantasmas, me parecían articular sonidos extraños: su fisonomía, sus ademanes, sus miradas, y hasta sus más leves movimientos, me parecieron tan inusitados, tan horribles y tan chocantes, que hube de quedarme mudo de espanto, y como petrificado, sin poder avanzar un solo paso. Aquellos miembros contraídos y cubiertos de corrupción; aquellos ojos desencajados y rodeados de un círculo lívido y sembrado de grietas; aquellas bocas desgarradas y humedecidas con sangre pestilente; aquellas narices taladradas, y á cuyo través parecía registrarse hasta los sesos; aquellas orejas disformes y berrugosas; y aquellos

pies hinchados, muchos de ellos hasta el grosor como de una columna.... ¡Oh! aquel conjunto excedía, con mucho, á todo lo que yo pude haber imaginado.

"Mire usted los estragos que causa el vicio," me dijo uno de aquellos infelices, que pasó junto á mí. Yo no tuve valor para contestarle esas ominosas palabras de salutación á un recienvenido, ni para seguir contemplando aquel espectáculo. El aspecto de tanta miseria, reunida en tan corto número de hombres, era superior á mis fuerzas. Retrocedí, y entré de nuevo en mi aposento, á considerar cuál era la suerte que me estaba reservada. Aun no había llegado mi enfermedad á aquel punto, ni por tanto tenía aun la monstruosa apariencia de aquellos seres desventurados. Pero, en fin, término ha de tener el mal, y muy pronto llegará á un período, en que vea yo mismo, sin poder morirme porque aun no habrá sonado la hora feliz, desgarrarse todos mis adoloridos miembros, y desorganizarse paulatinamente esta máquina, que ya no podrá girar sobre sus goznes. ¡Te horrorizas! ¡te repugna esta pintura! ¡te espanta el fin de un pobre "lazarino!" Si yo no conociera la nobleza de tu alma, y la elevación de tus pensamientos, yo te diría, como puede decirse á muchísimos: "Hombre sensual y voluptuoso: tú que estás sumido en los placeres

y en los goces engañosos del mundo: no quieres ni pensar en los males de la pobre humanidad. Te tiemblan las carnes; pero no te compadeces. Te horrorizas; pero no te mueves á piedad. Tienes asco á esta pintura; pero es porque no te lisonjea. Ve á los hospitales, á esas mansiones de dolor, y aprende á conocerte. Como te ves, me ví; y no es difícil que te veas, como yo me veo." Perdona, Manuel mío, este importuno apóstrofe, que en manera alguna se dirige á tí; pero no me negarás, que hombres hay tan duros y empedernidos, á quienes repugnaría un relato como el presente, tan sólo porque en él no hallarían palabras de placer. Mi resignación puedes calcularla, por la serenidad con que entro en ciertos pormenores. ¿No es verdad que esto servirá de algún consuelo?

"Mire usted los estragos que causa el vicio." ¡Ah! esta amarga observación me hiela, me horroriza, y me mata. Por fortuna, no es exacta ni verdadera del todo, y más bien la contemplo como el desahogo salvaje de un misántropo infeliz. De lo contrario, el hospital de San Lázaro no sería, únicamente, el domicilio del dolor y de la miseria, sino también el de los remordimientos. Sin embargo de que estoy cierto, á no poder dudarlo, que muchos de los que padecen aquí, son del todo inocentes, ¡cuán lejos me encuentro

de hallar para mí este lenitivo, esta consoladora reflexión! Porque, si, en efecto, la mayor parte de los lazarinos sufren por sola su desgracia, por la malignidad de humores, que tal vez han heredado, ó por cualquier otro motivo, en fin; yo sufro y moriré por haberme encenegado en un crimen vergonzoso, que mi situación me recuerda, á cada paso, involuntariamente, y que me lo recuerda para experimentar el más profundo remordimiento.

Poco después me visitaron el capellán y el administrador, que dictaron, conforme á mi gusto y voluntad, cuantas providencias creyeron á propósito para mi mejor servicio. He encontrado todos mis libros, y otros más, que mi buen Melchor tuvo cuidado de remitir. Todo el día lo empléé arreglando mi nueva habitación, acompañándome el capellán con la mayor asiduidad y empeño. ¡Cuán dulce es hallar, Manuel mío, una alma tierna y compasiva, cuando se sufre algun mal, ó viene alguna desgracia! Este capellán me tiene encantado. ¡Que bondad, y qué modestia! No hay remedio: él será mi amigo y mi guía.

El edificio es bastante amplio, y capaz para su objeto. Bellísima es su situación, porque encuéntrase á poca distancia de las últimas casas del pintoresco barrio de San Román, al pie de unas colinas,

sobre una playa limpia, y al influjo de todos los vientos. Tiene una larga y hermosa fachada sobre el mar, y entre éste y el hospital, pasa el camino de Lerma, que es frecuentadísimo de las personas que viven en la ciudad. Voy á darte algunas noticias sobre el origen de este piadoso establecimiento, que he reunido, teniendo á la vista datos auténticos. Te parecerá extraño que yo me haya ocupado en esto; pero eso mismo te servirá de prueba, para creer que mis males comienzan á experimentar algún alivio moral.

El brigadier D. Hugo O-Conor y Cunco, gobernador que fué de esta provincia, y que falleció el 8 de Marzo de 1779 en la hacienda Miraflores, cerca de Mérida, legó diez mil pesos para que se emprendiese la obra desde luego. Parece que entonces no pudo verificarse, porque yo he visto una real cédula, fecha en Aranjuez el 13 de Diciembre de 1783, dirigida al obispo D. Fr. Luis Piña y Mazo, ordenándole que se procediese inmediatamente á la obra, con los diez mil pesos del legado, y con la suma de trescientos y más pesos existentes en la depositaría general de Campeche; y que se hiciese cargo de este importante asunto, señalando la persona que tuviese á bien para la ejecución de la obra, disponiendo, al mismo tiempo, lo más conveniente á la perfec-

ción, conservación del hospital, y asistencia de los enfermos. El obispo informó al rey con fecha 12 de Julio de 1785, manifestandole que se había dado principio á la repetida obra, en las inmediaciones de Campeche, sobre el plano que acompañaba al informe; pero representaba, que no siendo suficientes las cantidades que existían, se había resuelto fabricar únicamente las piezas necesarias para los enfermos, suspendiendo la prosecución de todo el proyecto, mientras no se presentasen otros arbitrios; y concluye diciendo, que no podrá perfeccionarse, ni conservarse dicho hospital, ni mucho menos mantenerse á los enfermos, si S. M. no se dignaba conceder las gracias que constan del informe, ó las que fueren de su real agrado. El señor Piña murió en 22 de Noviembre de 1795, cuando aun estaba muy lejos de realizarse el proyecto; pero habiendo subido los espolios de aquel prelado á una suma bastante gruesa, el rey dispuso de ellos para la conclusión de las iglesias de Uman y San Cristóbal, destinando cuarenta mil pesos para el hospital de San Lázaro. Así hubo de verificarse la erección de un establecimiento que, como decía el señor Piña, debía servir "para cortar de raíz los rápidos progresos que diariamente conseguía aquella venenosa y mortal dolencia, llamada "lazarino." Ya ves, mi ca-

ro Manuel, que sin embargo de mi "mortal y venenosa dolencia," no he perdido mi afición á los papeles viejos, aun á riesgo de inficionarme ó contagiarme, sorbiendo el polvo de apolillados armarios.

El régimen económico y administrativo, es bastante bueno y razonable, si algo puede parecer bueno y razonable á un pobre leproso, que sólo ve miserias en torno suyo. Hay, de ordinario, veinticinco ó treinta enfermos de ambos sexos. El número sube algunas veces, lo cual depende del celo de las autoridades políticas, que suelen ser ó muy indulgentes, ó demasiado severas hasta el rigor, persiguiendo, dicen que en beneficio de la sociedad, á los pobres "elefanciacos," que huyen despavoridos, como si fueran bestias monteses, por la soledad de los campos. ¡ Cuántas veces ha ocurrido relegar, y sumir, en estos pasadizos de la muerte, á algunos infelices, que aun no estaban "lazarinos;" pero que por la funesta disposición de sus humores, han terminado por contraer realmente esta malefica enfermedad! ¡ Ah! Esto es demasiado cruel, y á mí me parece que, por compasión, por piedad, ya que no por justicia y obligación estrechísima, debía, en este punto, procederse con más miramiento, y adoptarse ciertos medios, que alejasen tan atroz y tan funesta equivocación. ¡ Sa-

brán esas autoridades desapiadadas, ó indiferentes, lo que importa una medida semejante! ¡Concebirán, acaso, la vehemencia, la intensidad de los tormentos físicos y morales, que aquí se pasan!

Volvamos al régimen económico. Según el grado de la enfermedad, así es la vigilancia y el cuidado, que emplean el administrador y sus dependientes; y se permite á los enfermos que hagan sus excursiones por las orillas del mar, con tal de que presten garantías, que alejen el temor de la fuga, ó de que se introduzcan en las poblaciones inmediatas. Yo disfruto, por ahora, de todos estos privilegios, aunque todavía no he tenido ánimo de usar de ellos. Cada enfermo tiene una habitación separada, y actualmente hay dos matrimonios de dos "lazarinos" con dos "lazarinas." ¡¡Qué cosa tan horrible!!! El hospital se sostiene con el producto de los capitales impuestos, con ciertos arbitrios fijos ó eventuales, con los donativos de algunas personas piadosas, y con las hospitalidades que pagan los que tienen medios de hacerlo. Hay aseo, cuanto buenamente cabe en un hospital de leprosos: los alimentos son sanos, y esmeradamente servidos. El ayuntamiento de Campeche, encargado de la dirección y gobierno de esta casa, siempre ha manifestado el mayor celo en dulcificar la condición de los

pobres enfermos. Así es que tenemos capellán, médico, botica, y todo lo necesario. ¡Gracias sean dadas á Dios, por este beneficio! Sin embargo, yo le ruego encarecidamente que, si esta enfermedad no es contagiosa, como no falta quien lo crea, deje caer una pequeña ráfaga de su luz divina sobre la ciencia, á fin de que, demostrada la verdad, no vuelva nunca más á arrancarse, con violencia, á un ser sensible, de los brazos de las personas que le son queridas.

Dos días después de mi entrada en el hospital, se me presentó un caballero, como de cincuenta y seis años, pálido y medio encorbado; pero de una fisonomía tan franca y expresiva, que á primera vista, como por instinto, predispone en su favor. Era el doctor D. Juan Antonio Frutos, médico español que, por encargo de mi padre, venía á visitarme, y asistirme con sus consejos higiénicos. Pero este hombre no sólo es un médico insigne, sino también un profundo moralista. Su conversación es rica, amena y fecunda: tiene gracia y destreza para mover los resortes del corazón. En suma, es sabio y virtuoso: verdadero médico; de esos médicos que, como repetía á menudo el doctor, han comprendido su misión, misión de amor, de paz y de consuelo; misión que pocos desempeñan, viendo en su

profesión uno de tantos medios de vivir, de hacer negocio y fortuna. No es así D. Juan Frutos, porque en donde se oye el gemido del dolor y de la miseria, allí se le ve con más afán, con más constancia y asiduidad. Para él no hay hora intempestiva, no hay mal tiempo, no hay tropiezos: todo lo allana y lo vence, penetrando, abrazado de su amor á la humanidad, con más contento en la choza infeliz del pobre pescador de San Román, que en los suntuosos aposentos de los ricos.

Hablamos más de una hora, y se despidió de mí, ofreciendo venir á consolarme, cada vez que sus ocupaciones en la ciudad se lo permitiesen; y en efecto, me ha hecho ya tres visitas, y en cada una de ellas ha descubierto nuevo caudal de conocimientos, de bondad y de dulzura.

—Usted, amiguito mío, me decía la última vez, comenzará á vivir, si quiere, en el seno mismo de esta destrucción que le rodea. La vida del hombre es tan corta, y la pasa regularmente con tanta agitación y zozobra, que apenas nota la rapidez con que el tiempo corre presuroso. Viviéndose en esta agitación, no hay más que excentricidad y movimiento. Pero cuando alguno de los grandes sucesos de la vida, de esos que no pasan ordinariamente, sino que sobrevienen de

improviso, y como inesperados, obliga á nuestras facultades á reconcentrarse, entonces entramos en nosotros mismos, meditamos y... vivimos; porque meditar es vivir, aunque á los hombres frívolos parezca otra cosa.

—Vivimos; pero ¡qué vida, doctor mío! Si ese grande suceso es una desgracia, como la pérdida de la fortuna, ó de algún objeto querido... ¡oh!, nuestra vida entonces es una vida de dolor y de lágrimas. Mas si fuese algún crimen... la vida, en tal caso, sería un veneno lento, que iría destruyendo el principio de la vida, en medio de una agonía infernal. Yo no sé si Dios nos haría un singular beneficio, aliviándonos entonces de un peso semejante.

—Ese es el lenguaje de la pasión, y no el del buen sentido. No sabe usted, por experiencia, cuánto aprovechan los remordimientos. ¡Feliz mil veces, yo se lo aseguro, el hombre que, después de un crimen, los experimenta! Acaso este es el hombre de quien digo, principalmente, que comienza á vivir, después de uno de los grandes sucesos de la vida. Porque yo me figuro, que esos remordimientos, si lo son en efecto, no han de limitarse á un sentimiento puramente especulativo. Yo creo, al contrario, que si un remordimiento, por más vehemente que sea, llega á apoderarse de un criminal, el mayor

empeño de éste debe consistir en borrar su crimen, ó por una resignación filosófica, y la resignación se parece tanto á la felicidad!, ó por obras virtuosas, que la sociedad estime, y el corazón apruebe.

—Pero si ese crimen....

Yo no sé que impulso, tan secreto como involuntario, me empujaba hasta un punto, al cual yo no hubiera querido llegar, por lo menos en tan crítica circunstancia; pero aquel hombre parecía haber trazado al rededor mío un círculo mágico del que, ni luchando á brazo partido, habría podido salir por entonces. Sus ojos vivos y penetrantes se habían clavado en los míos, y, salvando todos los obstáculos, habían ido á fijarse hasta lo más íntimo de mi corazón, para leer allí parte de mi historia.

—Pero si ese crimen, continué, único tal vez, casi inculpable, nos produjese no sólo el remordimiento, sino también una injusta desgracia, una desgracia de esas que nos hiciesen llorar amargamente....

—¡Pobre joven! Yo diría á quien tal se explicase, que no era el remordimiento, sino las consecuencias de su crimen, las que lo hacían arrepentirse de él, y perdería indudablemente todas las ventajas del primer afecto. Por eso decía yo á usted, que aquel lenguaje era de la pasión, y no del buen sentido; y no es así como

debe guiarse el filósofo, y menos si profesa una religión tan sublime, tan bella y tan consoladora, como lo es, sin duda, el cristianismo. Estudie usted mejor sus máximas santas, su moral divina, y..... yo se lo ofrezco: va usted á ser feliz, va usted á vivir, porque va usted á meditar....

Y lloraba yo, lleno de confusión. El doctor Frutos me estrechó cariñosamente la mano, me miró con ternura, y partió. No hay remedio: este hombre se ha apoderado de mi secreto, á pesar de mi empeño en ocultárselo á todo el mundo. ¿Será que las señales exteriores de mi enfermedad, revelan á los ojos de la ciencia, cuál sea su funesto origen? No: mis anteriores conversaciones con este observador, tan modesto como ilustrado, me hacen creer que aun no estaba cerciorado del hecho. Cuando me visitó, la vez primera, hablamos detenidamente sobre el principio, progresos y actual estado de mi dolencia. Yo me expliqué con la mayor circunspección, y no recuerdo haber dicho cosa alguna que me acusase. No hay duda: mi emoción, mis miradas, mis facciones me vendieron, cuando se habló de los remordimientos de un criminal. Pero si el doctor llegase á saber cuán crueles y horribles circunstancias precedieron á ese crimen que me agobia...... sí.... él me compadecería mucho más.

No me atrevo á decir que me justificaría; pero sí que excusaría mi conducta. ¿No crees, Manuel mío, que tengo razón para esperarlo así?

El genio y el carácter del capellán, son de un género diverso. Aunque, gracias á la infinita misericordia del Señor, ni la incredulidad, ni las opiniones de los sofistas, han hallado jamás cabida en mi pecho, encuentro muchos puntos de contacto entre este buen eclesiástico, y el que dirigió la conversión del filósofo desengañado, que tan bien, y con tal maestría, retrató el sublime autor del "Evangelio en triunfo." La misma dulzura en las palabras, el mismo fuego en los discursos, la misma caridad fervorosa, el entusiasmo de la religión, lógica irresistible..... He allí un bosquejo del padre N***, capellán del hospital, y que lo es, porque aquí se padece más, se llora más, y hay más necesidad de consuelos religiosos, que en ninguna otra parte. Yo he entablado con él aquellas relaciones, que unen permanentemente al discípulo con el maestro. Desempeñando él uno de los más sublimes ministerios de nuestra religión adorable, mi conciencia, con todas sus debilidades, va á quedarle enteramente abierta. Si yo lo he elegido para mi juez en el tribunal santo de la penitencia, también va á ser mi amigo, mi guía y mi consejero en las tribulaciones de la vida.

El reune cuanto yo pudiera apetecer, en un hombre destinado á desempeñar este doble carácter sobre un pecador, que ha de ver á sus pies como Dios mira á sus criaturas; y al lado de un enfermo, que aun comienza á sorber la amarga copa del dolor. Esas relaciones consoladoras se habrían ya estrechado, si cuando mis potencias comenzaban á recobrar su aplomo, no hubiera ocurrido un lamentable incidente, que me ha afligido extraordinariamente, haciendo sucederse en mí un nuevo linaje de afectos, que volvieron á agobiar mi pobre espíritu, aunque de una manera diversa. Hablo de la entrada de un nuevo "lazarino," que vino al establecimiento hace cuatro días. ¡Pobre criatura! Semejante suceso ha engendrado en mí un sentimiento tal de compasión, que ha hecho olvidarme hasta de mi situación personal, para dedicarme á consolar á ese infeliz, cuyos infortunios me han afectado con rara vehemencia. Yo siempre he amado á mis semejantes, querido amigo: tú lo sabes muy bien, y me glorío de ello. Así es que, sin embargo de que yo necesito todavía de consuelo, para calmar la agitación de ánimo, y de consejos sabios, para lograr una resignación perfecta, me he constituído en médico y maestro de mi nuevo compañero de infortunio. Te diré algo sobre él; y estoy cierto de que lo compadecerás, aun sin cono-

cerlo, porque tú eres bueno y sensible, querido mío, como lo fué nuestro guía y maestro Bernardino de Saint-Pierre, cuyas obras, que tienen por epígrafe el sublime "Misseris sucurrere disco" de Virgilio, han venido ya á ser mi lectura diaria y predilecta.

Me paseaba, aquella tarde, en la galería, con mi buen amigo el capellán, cuando sentimos detenerse una calesa en la puerta del edificio. Hasta allí, nada había llamado nuestra atención, porque el hecho de llegar una calesa, no era extraño, pues frecuentemente venían los médicos de la ciudad en un carruaje semejante; pero, poco después, percibimos el rumor confuso de varias voces, entre las cuales sobresalía una muy notable por su vehemencia, y por su acento doloroso. La vocería se aumentaba por grados, y, movidos de la curiosidad, nos acercamos hasta el vestíbulo, en donde se representaba aquella escena. Pocos momentos me bastaron para comprender perfectamente el asunto de que se trataba.

—No, mil veces no: gritaba un joven flaco y macilento. ¡En San Lázaro! exclamaba. ¿Están locos, caballeros? ¿No son cristianos en esta tierra, Dios mío? ¿Qué mal he causado á nadie, pobre de mí, para que traten de sepultarme vivo en este infierno? ¿Piensan ustedes que yo no he oído hablar de un sitio como éste,

y que ignoro que en él no hay más que leprosos? ¡Hay corazón para mandarme aquí, y querer encerrarme entre esos desventurados, como si yo fuese el mayor delincuente! ¡Por Dios, amigo de mi alma, decía á uno de los que le acompañaban: por Dios, déjenme ustedes en libertad, que yo les ofrezco marcharme luego, de esta tierra inhospitalaria!

—Vamos: no hay que exaltarse. ¡Voto va! Lo que se hace con usted no es con mala intención. ¡Qué diablos! Tiene usted cierta enfermedad, que los médicos han calificado de contagiosa; y la policía le envía aquí, para que sea mejor reconocido: ¡Diablo! ¿pues qué tiene esto de particular?

—No: mátenme ustedes primero; pero yo no entro aquí.

—¡Vaya una resistencia singular! Entre usted en paz y en gracia de Dios, y no nos obligue á emplear la fuerza. ¡Pobrecillo! Mire usted: si mañana, á esta hora, los médicos afirman, bajo de juramento, que usted no está "lazarino"...

—¡¡Cómo lazarino!! ¡Dios mío! ¿qué está usted diciendo, hombre empedernido? ¡Yo "lazarino!"

Difícilmente puede expresarse cuál fué el grado de conmoción que sufrió aquel infeliz, al escuchar la fatal palabra. Sin que nadie pudiese apercibirse de su intento, se lanzó rápidamente fuera del

círculo que lo rodeaba; y corrió desalado, con dirección á la Hda. de "Buena-vista." Vueltos en sí de semejante sorpresa, los conductores, corrieron en pos del fugitivo. Yo no sé si rogué á Dios, que concediese al pobre joven librarse de sus perseguidores: sólo recuerdo que cuando, al cabo de media hora, lo trajeron al hospital, privado de sentido, lloré amargamente. Dejaron su equipaje, y la boleta de entrada, en poder del administrador, y volvieron á Campeche los conductores.

Yo no quise separarme de su lecho en toda aquella noche funesta. ¡Si sabré yo lo que se sufre en los primeros momentos, en que uno acaba de cerciorarse de que está lazarino! Sus gritos convulsivos partían el corazón; y sus raptos de delirio nos hacían temer, que el desventurado llegase á perder totalmente el juicio, en lo cual no me atrevo á decir si mejoraría, ó empeoraría su condición. El capellán y yo le prodigamos todo linaje de consuelos; y al día siguiente logramos llamar su atención, y que escuchase nuestras palabras de cariño y benevolencia. Cuando ya pudo fijar aquellas miradas que vagaban antes de una manera siniestra y sombría, clavó en mí sus ojos, me examinó de pies á cabeza, y, azorado, me preguntó si yo también estaba "lazarino."

—Sí, amigo, sí: estoy "lazarino," le

respondí. También sostuve, como usted, una lucha horrible con mi corazón, y más con mi imaginación, antes y después de entrar en este sitio. Aun no es completa mi victoria, pero usted puede ayudarme en esta empresa; y, en justa retribución, le ofrezco hacer lo mismo en su obsequio.

—Gracias, buen amigo, gracias. Acepto con todas veras el apoyo que usted me ofrece, porque sólo Dios sabe cuánto es lo que yo necesito, para conformarme con sus decretos. También es usted joven, y bastante generoso, según veo. ¡Ah! esto es mucho consuelo para un desgraciado, á quien se le destina una mansión de esta clase.

—Usted comenzará, gradualmente, á resignarse; y pronto echará de ver, que lo que usted reputa ser en mí una virtud, no es sino una necesidad de esta situación, que le parece tan horrible.

El capellán terció entonces, empleando otras palabras más tiernas y consolatorias.

El recienvenido tiene ya un aposento junto al mío, y me parece que al fin lograré inspirarle mis propios sentimientos, de conformidad y de paciencia. Puede afirmarse que la escala que estoy recorriendo, me otorga cierto derecho para explicarme así, porque si mi nuevo amigo sufre; ¡cuánto no he sufrido yo tam-

bién! Conozco algunos de los sucesos que han precedido á su entrada en San Lázaro, y aunque no sé toda su historia, porque no he querido aparecer indiscreto, haciéndole preguntas sobre sucesos de que no ha querido hablarme espontáneamente, creo haber adivinado parte de lo que ha dejado de decirme. Lo que sé, y voy á referirte, me parece digno de consignarse en los fastos melancólicos de la humanidad doliente; de esta triste humanidad que padece en todas partes, y de diversas maneras.

Es Regino Inglada, natural de Chiclana, en los alrededores de Cádiz. Tuvo una familia muy decente, y de regular fortuna; pero su pobre madre murió cuando él vino al mundo, en Diciembre de 1804; y su padre, dos tíos y tres hermanos, sucumbieron todos, durante la gloriosa lucha que sostuvo la España contra el poder de Napoleón. Huérfano, solo y desamparado de todo el mundo, no quedó á Regino más partido, que el entregarse á servir de muchacho de cámara, en un buque pequeño. Después de unos cuantos viajes, por la costa, se embarcó en el bergantín "Jovial," para atravesar el océano, y venir á la Habana. Habrá de esto unos cinco años. El "Jovial," próximo á alcanzar el puerto de su destino, cayó en las manos sanguinarias y rapaces de un infame pirata. El malvado echó á

pique la embarcación, después de pasar á cuchillo á la tripulación y pasajeros, librándose únicamente dos señoritas jóvenes, que venían en unión de su padre, y Regino, que logró ablandar con sus lágrimas y su juventud á aquel desalmado y feroz asesino.

Regino me parece que no ha sido muy explícito, acerca de los sucesos posteriores á la época de su captura, á bordo del "Jovial." Yo creo, sin embargo, que aquel malvado, y sus cómplices, lo sedujeron, y le hicieron seguir la vida infame que habían adoptado. Ello es que, por una serie de acontecimientos, que ha ofrecido referirme, vino á Campeche, hace seis meses, en una barca americana, en clase de pasajero de proa. A los pocos días de haber aportado, le acometió el "vómito," en casa de una pobre viuda, que le había dado alojamiento. La huéspeda, temiendo que el enfermo muriese en su casa, dió parte á la justicia, y Regino fué trasladado al hospital de San Juan de Dios. Escapó del "vómito," pero su convalescencia fué tan lenta, que le fué imposible salir pronto, y reembarcarse. Allí aparecieron los primeros síntomas de la enfermedad, de que hoy adolece. El médico director observó los progresos del mal, dió noticia á la autoridad política, y ésta se apresuró á excomulgar al maldito leproso, haciéndolo salir con engaño, de S.

Juan de Dios, para entrar en San Lázaro. Ya viste su sorpresa, y la resistencia infructuosa que opuso, al descubrir el fraude. Nada le valió, y el infeliz está ya en el sepulcro.

Ya lo ves, amigo mío. Dios no abandona jamás á sus pobres creaturas. Yo, que tanto temí la soledad, el aislamiento, con todos sus horrores consiguientes, encuéntrome hoy con un joven sensible, capaz de comprender mis penas; con un eclesiástico, que me las dulcifique; y con un médico respetable, que así trata y alivia las enfermedades del cuerpo, como aleja las del alma. Todos ellos son mis amigos. ¿Qué más puedo apetecer? ¡Ah! yo espero en Dios, que ha de mirarme siempre con piedad!

Escríbeme siempre que puedas. Cuando veo letras de mi padre, ó de mis amigos.... en ese momento soy feliz. ¡Si supieras cuánto se necesita para que un leproso pueda decir: "Soy feliz."

Adiós, Manuel mío. No abandones á mi padre: ámalo, como yo lo he amado. Abraza á Melchor; y acuérdate siempre de mí.



CARTA V.

Antonio á Manuel.

San Lázaro, 5 de Febrero de 1824.

¡Oh Manuel mío queridísimo! Tú restituyes á mi pobre corazón, gran parte de la tranquilidad perdida. Gracias, amigo mío, gracias. Hay cierta clase de beneficios, que no pueden corresponderse aquí. Sólo la infinita bondad de Dios, es capaz de recompensar merecidamente esas acciones, que no tienen nombre, que no pueden calificarse, ni estimarse en su justo valor. ¿Cómo llamar á una generosidad sin límites, unida á esa benevolencia y cariño verdaderamente filial, con que te has consagrado á consolar á mi pobre y has consagrado á consolar á mi pobre y anciano padre, después de haber perdido sin remedio, al único hijo de su amor? ¿Qué precio tienen tus nobles sentimien-

tos, amigo mío, expresados con esa unción religiosa, con ese aire de convicción profunda con que me los transmites, derramando así, sobre esta infeliz criatura un consuelo indefinible? Tu carta, tu primera carta, tan deseada, me ha hecho llorar; pero he llorado de ternura, como se llora al escuchar ciertos sonidos misteriosos que hay en la naturaleza, sonidos que forman una armonía, más misteriosa aún, en nuestro corazón, y que nos arroban, nos elevan hasta Dios.... Gracias, otra vez, y mil, Manuel mío: gracias.

Con un corazón tan bueno y tan sensible, como el tuyo, no extraño que el suceso de Regino te haya causado la emoción que manifiestas. ¡Tan joven, y haber pasado ya por los trances más amargos de la vida! Está inconsolable: llorando hilo á hilo, mis palabras de consuelo apenas le hacen impresión. La mayor parte del día está en mi compañía; pero sus frases son cortadas, y conozco que, por ahora, prefiero la soledad y el silencio, á cualquiera otra distracción. Nada me ha dicho de nuevo, después de su conversación del primer día. Está triste, y atribulado. Algo pasa en su interior, además del pensamiento de su situación actual. Compadécelo, otra vez, amigo mío; porque aun sin sus particulares circunstancias, un pobre leproso siempre es digno de lástima.

Aunque la hinchazón notable de mis dedos, me molesta demasiado; mientras sea posible traer la pluma entre ellos, te ofrezco complacerte, escribiendo á mi mejor amigo cuanto en esta dolorosa mansión me ocurra. Y cuando se acerque el término de este destierro, que probablemente no será muy largo, entonces buscaré una mano compasiva que te transmita mis postreros recuerdos, mis últimas palabras, mis pensamientos de la tumba. Ya concibo que semejantes ideas te martirizan, y te atormentan. Pero esas reflexiones van siendo en mí un hábito saludable, y las emito con ánimo sereno, y con toda la tranquilidad de que es capaz un espíritu agobiado, en verdad, pero resuelto á recibir humildemente el castigo de sus culpas. Yo que miro el porvenir como mi eficaz consuelo, la otra vida como mi último refugio, la muerte como el término feliz de mis sufrimientos, y el sepulcro como un seguro é imperturbable asilo, ¿qué debo hacer, sino acostumbrarme á estos pensamientos, melancólicos para el que vive en el seno de su familia, rodeado de amigos, caminando sobre un sendero brillante y sembrado de ilusiones, lleno de salud y de vida; pero importantes y necesarios, para el que, como yo está palpando, de continuo, esta formidable realidad de

San Lázaro? Por eso te dije, y hoy te repito, que mis cartas han de ser siempre una crónica triste, sí, muy triste y dolorosa.

No te lamentes, pues, Manuel mío, por el lenguaje que empleo al escribirte. Conozco, sí, conozco y comprendo perfectamente cuál es tu intención, al rogarme, con tierno empeño, que aleje de mí, ó haga por alejar, ciertos afectos funestos. Pero me pides un imposible, que no está en mi mano vencer. Quede yo curado de esta maléfica y fatal dolencia, olvide yo los deplorables motivos de mi desgracia, salga yo, en fin, de este cautiverio horrible, y verás, al punto, otro hombre.... hombre nuevo, un hombre para quien la sociedad y sus misterios, dejarían de ser un libro inútil é incomprensible..... ¡¡Delirios!! ¿No crees que comienzo á desvariar? ¿No te parece que ese extraño giro que mis ideas iban á tomar en este instante, es algo ridículo? ¡Quedar curado! ¡Olvidar el origen de mi mal! ¡Salir de San Lázaro! Sería preciso un milagro, y yo soy indigno de que Dios lo haga en beneficio mío, y Dios no lo hará. No sé lo que me digo....; pero él, sí, él sabe muy bien lo que yo quiero decirle, cuando, con toda la efusión de mi alma, le pido que me guíe, que me conforte, que me proteja, y que ilumine. Yo tengo en su bondad inmensa toda mi es-

peranza. Cuando el mundo y los hombres nos abandonan del todo, sólo Dios proteje á la criatura abyecta y desvalida, y jamás le retira sus beneficios. ¡Bendito sea su santo nombre, bendita su providencia!

De mis tristes privilegios he comenzado á aprovecharme, sin embargo de que, á cada paso se me presentan motivos para no pensar, sino en encerrarme dentro de estas cuatro paredes, y retraerme de las miradas y la presencia de otros hombres. El capellán me repite, sin cesar, que estas primeras pruebas son ciertamente duras y aflictivas; pero que me acostumbraré luego á ellas, y dejarán de producir la funesta impresión que hoy me causan. Y el doctor Frutos añadía: "Estando el hombre tan expuesto á la miseria, ¿tiene acaso ninguno derecho de quejarse, porque, en la distribución de los males de la vida, le haya tocado una parte, que acaso otros apetecerían para sí, prefiriéndola á la que les cupo en suerte? ¿Sabemos, por ventura, cuánta inmundicia y abyección se ocultan debajo de las má brillantes de apariencias de salud, vida y felicidad? ¡Cuántos, amigo mío, darían al cielo infinitas gracias, si, por todo alivio y mejora en su condición, obtuviesen el grado de salud, y los medios de prolongarla de que usted aparece provisto! Medítelo usted bien, y no se alarme

por las injusticias de los hombres, porque eso es demasiado frecuente en el mundo."

Decíanme esto, porque les referí, con acento de la más intensa amargura, un suceso singular, que acababa de ocurrirme, y del cual voy á imponerte. Era el día 22 del pasado; y á las nueve de la mañana, comenzó á soplar con violencia un norte deshecho. Una cerrazón completa, impedía ver aun los objetos más cercanos, á cuyo efecto contribuía una menudísima lluvia, que se colaba de las nubes, arrebatadas en las impetuosas alas del viento. La mar azotaba con fuerza la playa, produciendo un ruido semejante á la detonación prolongada, hueca y no interrumpida de un trueno lejano. Los árboles arrastraban sus ramas por el suelo, y abatían sus elevadas copas. La espuma que depositaban las olas en la orilla, formaban témpanos, como de nieve, que tan pronto se desmoronaban por la fuerza del viento, como se acumulaban de nuevo por el constante choque de las aguas. Las embarcaciones, de que estaba cubierta la bahía, se agitaban en movimiento convulsivo é irregular. Yo no pude contenerme á la vista de aquel sublime espectáculo, que me conmovía extraordinariamente, y resolví salir del hospital, por la vez primera, para pasearme por las orillas del mar, y gozar, sí,

gozar con entera libertad de aquella conmoción de dos poderosos elementos: el agua y el aire. Caléme, pues, un ancho sombrero de palma, forrado de hule; echéme á los hombros una capa impermeable, y, vencidas algunas dificultades sobre lo inconveniente de mi salida en medio de aquel temporal, lanceme fuera de mi prision.

Hay impresiones que no pueden explicarse, y que para comprenderlas, se necesita una situación dada, situación que hubiesen creado muchos antecedentes reunidos. Tú sabes los míos; pero es imposible que sientas, como yo siento, esta situación tan singular. ¡Qué feliz era en aquel momento! ¡Con qué delicioso placer respiraba aquel aire húmedo y agitado! No sabré decirte si la idea vaga de una fuga, cruzó por mi pensamiento; pero si fué así, pasó con la misma rapidez con que aparece y desaparece uno de esos meteoros ígneos, que atraviesan la atmósfera, sin dejar vestigio alguno. ¡Demasiado había pensado, ántes, en las funestas consecuencias que podría acarrearme una acción tan arriesgada, tan villana, y de éxito tan poco seguro! Yo no andaba, corría como un loco, y si alguna vez me detenía sobre un calado pedrejón, era para mirar aquel grandioso aparato, llorar, y proseguir después mi excursión, exhalando gritos de una alegría vaga é

indefinible. Realmente, me era necesario aquel desahogo, porque yo conocía que mi cerebro comenzaba á petrificarse, en fuerza de mis cavilaciones diarias. El corazón se dilataba, la sangre circulaba con más libertad, y mi cabeza volcánica se refrigeraba. Ningún ser humano se me presentó á la vista en aquella playa solitaria, y esto imprimía á mis ideas, y á mis sentimientos, un carácter solemne y augusto. Yo estaba solo, y sin testigos, delante de Dios; porque el mar es una de las obras más gigantescas de su diestra poderosa, es el espejo de su inmensidad, y en él se reflejan su poder, su bondad, su grandeza, su independencia, y todos sus divinos atributos. Cuando el mar, hirviendo desde el fondo, se embravece, y representa la cólera del Señor, entonces formidables montañas de agua amenazan á la tierra, á las nubes y al espacio: veése una ola, ensoberbecida, saltar sobre otras mil, aumentar su mole con todas ellas, dilatarse hasta un término prodigioso, venir rugiendo con la impetuosidad de un rayo, chocar contra la frágil embarcación que encuentra en su rápida carrera, envolverla como si fuera una paja sutil, sumirla en el abismo, y venir después á estrellarse en la orilla, en donde Dios le dice: "hasta aquí," calmando, de improviso, su furor detenido "allí" por una mano invisible. Pero cuando el mar

está tranquilo, y reflejando la bondad del Creador, es entonces una llanura suave, diáfana, y de color celeste: la luna riela dulcemente sobre la superficie, y presenta un lecho de plata incrustado de zafiros: si una onda espumosa quiere alzarse, al punto queda abatida. ¡Oh! el mar es, lo repito, la imagen de Dios. Elevé hasta su trono excelso una plegaria humildísima, y comencé á volver lentamente al hospital.

De improviso, mi vista se fijó en un objeto confuso, que era el juguete de las olas y del viento. Me detuve, y después de algunos minutos, percibí que aquello era un falucho ó canoa pescadora, que el norte había hecho zozobrar. Mi primer pensamiento, fué que el infeliz pescador, dueño del pequeño esquife, se habría ahogado, ó habría sido presa de algún monstruo marino. Lloré por su muerte desastrada, y también rogué por su eterno descanso. ¡Su mala suerte, sin embargo, tal vez no podría trocarse con la mía! Mal pensamiento; pero ninguno tiene en sus manos el modo de evitarlo: el mérito consiste en huir de ellos. Figúrate, pues, mi sorpresa, y también mi angustia, al entrever, en medio de aquel desorden, una figura humana que, con una mano, se sostenía del falucho, y con la otra hacía repetidas señales en ademán de implorar socorro. No puedo explicarte mi

confusión en aquel instante terrible, en que veía sufrir todos los horrores y agonías de un suplicio, á un prójimo, á un hermano mío, que luchaba cuerpo á cuerpo con el soberbio elemento. Ignoraba yo cuál sería el mejor medio de librarlo. Al través de aquella densidad que me rodeaba, medí con la vista la distancia que había hasta el hospital, ó el castillo de San Miguel, en donde existía un destacamento. Al punto concebí la imposibilidad de traer oportuno auxilio, de cualquiera de los dos sitios. Miré á derecha é izquierda.... nada: no había que esperar ayuda de ningún ser humano. Entretanto, las olas acercaban con violencia al pobre náufrago, y seguramente iba á perecer, al chocar contra los peñascos de la orilla, si un milagro no lo salvaba.

"Socorro, socorro," grité con todas mis fuerzas, por si acaso acertaba á pasar alguien por aquellas inmediaciones; pero, á la vez, arrojé capa y sombrero, y me preparé á hacer todo lo posible para disputar su presa al mar, ó sucumbir en la lucha. ¡Qué muerte, entonces, más gloriosa y meritoria! Aprovechéme de una especie de caleta, por donde pude escurrirme suavemente, y en un momento logré que mis palabras llegasen á oídos del infeliz pescador. Gritéle que abandonase el esquife, que iba ya á estrellarse inevitablemente, y que procura-

se nadar á un punto que le marcaba, y al cual podía dirigirme sin obstáculo. Cerré los ojos, me lancé al agua, y salí á su encuentro. El primer choque fué terrible, pero la resaca dió lugar á incorporarnos, me abracé con el náufrago, y después de algunos esfuerzos vigorosos, logré traerle sano y salvo á la orilla. El pescador, joven robusto y lozano, apenas comprendía lo que le pasaba. Su agitación era grande, mayor su espanto, y no recobró el uso de sus potencias, sino pasados algunos minutos. Entonces echó una ojeada á su canoa, y sólo vió sus fragmentos. Lloroso, volvió hacia mí, en ademán de abrazarme; pero se detuvo de improviso, miróme con aire turbado, y retrocedió. Olvidándome del motivo de su extrañeza, quise preguntarle; pero haciendo un movimiento brusco, salió de allí despavorido, con dirección al barrio de San Román, gritando: "¡Jesús, Jesús mil veces: un lazarino, un lazarino!" Mi primer impulso fué de indignación, después lloré amargamente, y en seguida reflexioné que aquel pobre muchacho tenía razón. ¡Paciencia! El cielo no quiso que gozase, sin mezcla de pesar, de aquel momento de satisfacción. Recogí mi capa y mi sombrero, y caaldo de frío y de humedad hasta los huesos, tomé de nuevo el camino del hospital, para meditar en aquel lance terrible, que no se borrará nun-

ca de mi memoria. Si no la filosofía, al menos la religión santa nos enseña á soportar, con paciencia, estas pruebas dolorosas. Sin embargo, tú que has conocido tan bien la susceptibilidad de mi carácter, y la fuerza de mi imaginación, puedes figurarte la impresión que haría en mí este suceso tan desagradable.

Ocurrióme, dos días después del precedente, otro lance que, aunque no tan repugnante como el anterior, no dejó de humillarme. Observaba con un anteojo de larga vista la hermosa bahía de Campeche, desde el castillejo abandonado de San Fernando. Sacóme de mi agradable distracción, una voz cascada y quejumbrosa, que pedía una limosna por el amor de Dios. Volvíme al punto, y dí de cara con un anciano andrajoso, macilento, llagado de pies á cabeza, y hecho una miseria. Saque dos pesetas del bolsillo, y extendí la mano para dejarlas caer sobre la del mendigo, que imploraba mi compasión. Noté, entonces, que me miraba con cierto aire de pesquisa tan descarado, que llegó á chocarme. Aun mi mano estaba al aire sobre la suya, cuando me resolví á preguntarle si me conocía, ó me había visto en alguna otra parte.

—No, señor: me respondió.

—¡Oh, no puede ser! Usted ha de conocerme sin duda.

—No, mi amo: primera vez que veo á su mercé.

—¿Pues, por qué me mira con esa expresión de extrañeza?

—¡Ah! eso es por naita, señor amo. Discurro que su mercé vive aquí cerca...

—Sí, amigo: yo vivo allí, en frente.

—¿Allá en el santo hospital de nuestro Señor San Lázaro?

—Sí.

—¡Ah, ah!

—¿Y qué?

—¡Eh, eh!

—Vamos, ¿qué ocurre?

—Ya, ya.

Y mientras pasaba este diálogo ridículo, el mendigo encogía lentamente el brazo, procurando cubrirse la mano con la ancha manga de su mugrienta camisola, sin duda para evitar el contacto de mi mano con la suya; porque decididamente á aquel hombre, ó le causaba yo una abierta repugnancia, ó á su edad, que, en mi concepto, raya en los setenta y cinco, tenía miedo de contagiarse, y venir á acabar su vida al miserable hospital de San Lázaro. No quise prolongar una conversación, en que yo iba á llevar la peor parte. Dejé caer las dos pesetas sobre la manga del mendigo, y después de haberle despedido con buenas palabras, volví á mi primera ocupación. Pocos momentos después, desde un merlón

del castillejo, vi á mi hombre muy empeñado, lavando en la orilla del mar, con arena y piedra pomez, las dos pesetas que le había dado de limosna. Amargas reflexiones me asaltaron; pero, gracias á Dios, recobré luego la tranquilidad de espíritu, que me es tan necesaria.

Y como si lo ocurrido en aquel día no fuese bastante, al siguiente tuve otra ligera mortificación. Paseábame por las cercanías del cementerio, que distará un tiro de pistola del hospital. Observé que la puerta estaba entreabierta, y desde luego creí que se estaría verificando la inhumación de algún cadáver. Fuese curiosidad, ó cierto deseo de orar por los difuntos en aquel sitio fúnebre, destinado á recibir los últimos restos del hombre, resolvíme á entrar. No había dado muchos pasos, cuando un anciano vigoroso, mal vestido, y de modales no muy corteses, se me acercó, sentó una de sus pesadísimas manos sobre mi hombro izquierdo, y, después de contemplarme algunos instantes, me dijo con acento familiar.

—Si, como yo creo, y no mienten las señales, es usted algún lazarino, me parece que haría usted muy bien en marcharse luego del camposanto.

—¡Yo!

—Sí, señor: usted en persona. ¿Pues quién otro hay aquí? Van á venir gen-

tes de tono, acompañando el cadáver de una señora que murió ayer, y semejante vista no les será muy lisonjera, que digamos.

—Así lo creo, amigo mío; pero ruego á usted me permita preguntarle, ¿con qué derecho me hace una advertencia semejante?

—¿Con qué derecho? ¡Estamos frescos! ¿Esta mi cara, tal como Dios me la ha dado, y usted me la ve, no le está diciendo, á grito herido, que yo ejerzo aquí un ministerio, del cual, si en algo estima usted su vida, debía pedir al cielo que le librase?

—¡Ah! ¿Será usted algún verdugo, y no habré caído en ello?

—¿Está usted loco, hombre de Dios, ó de los diablos? Pues me gusta la salida. ¡Verdugo! Vaya una ocurrencia. No, señor mío: yo no soy, ni he sido jamás verdugo. ¡Dios me ampare! Soy el sepulturero mayor, con nombramiento en forma del mayordomo de fábrica, extendido en papel sellado de á cuatro reales; y ya debía usted haberlo conocido, si es que entiende algo de achaque de cementerios.

—Ahora comprendo cuál es el oficio de usted, y le doy la enhorabuena; pero yo ignoraba que su autoridad tuviese tal latitud, que se extendiese hasta impedir la entrada á un particular, á quien le vi-

niese á cuento penetrar en un sitio, que está abierto para los vivos y los muertos.

—¡Ola! Parece que usted es algún papelista cabiloso. Pues le notifico á usted para su inteligencia, señor bachiller, que ni es usted uno de los vivos, porque está muerto civilmente, (creo que así se dice); ni es usted un muerto de veras, supuesto que ha entrado aquí por sus propios pies, y no por los ajenos. Con que ya puede ir despejando, y déjese de argumentos, que yo no soy muy dado por allí, que digamos.

Soltóme el hombro, y se dirigió á un rincón á tomar su pala.

—¡Vamos! no se enoje usted, amiguito, me gritó, porque no he tenido más objeto, que librarlo de una mortificación, que le sería mucho más sensible, que todo lo que le he dicho. ¡Dios me libre de causar, voluntariamente, á ninguno de los pobres lazarinos, el más pequeño disgusto! Pero el entierro va á llegar, y no sería yo quien le aconsejase que permaneciese por más tiempo dentro del cementerio.

Dejó la pala y volvió á acercarse. Tomóme, con dulzura, una de las manos, como arrepentido de haberme tratado con alguna dureza, y continuó.

—Mire usted, caballerito: viene en la comitiva el síndico procurador, que no

transige con los lazarinos. Yo no sé si será porque se dice, que es algo propenso á esta enfermedad; pero lo cierto es, que tiene á todos ustedes una ojeriza implacable. Con que ya ve usted si tengo razón para suplicarle que no se quede en este sitio.

—¡Con que no hay medio de poder estar aquí unos momentos, señor sepulturero!

—Sí: hay dos medios, y muy eficaces. El primero es morirse, cosa que no le deseo en manera alguna; y el segundo, que venga usted cuando yo esté solo y no tenga que esperar algún entierro, de esos que se anuncian con esquilas.

—Según eso, usted me permitirá volver. ¿Es verdad?

—¡Toma! pues bien claro se lo he dicho. Sí, señor: vuelva usted cuando yo esté solo, y se estará aquí todo el tiempo que guste; aunque, á decir verdad, yo no sé qué tiene de agradable venir á un cementerio.

Despedíme, y salí muy de prisa, porque ya sentía acercarse el rumor de los carruajes que acompañaban el entierro. El sepulturero murmuró entre dientes. "¡Pobre niño! Maldito si yo tengo ni migaja de miedo á estos desdichados lazarinos!" ¡Cuánto le agradecí esta muestra de compasión!

También me despido de tí, Manuel mío. Cuida á mi venerado padre, abraza á Melchor, y saluda á Joaquín y á todos los de casa. Dios guarde la vida de todos ustedes, como se lo ruego humildemente.



CARTA VI.

Antonio á Manuel.

San Lázaro, 22 de Febrero de 1824.

Manuel mío queridísimo. El desventurado Regino está hoy mucho más abatido que nunca, después de un espectáculo que á mí me consternó vivísimamente; pero que á él le causó un pavor, que no puedo explicarte. El caso no era para menos. Figúrate que hemos visto morir á un lazarino, que hacía nueve años que estaba encerrado en esta casa, olvidado de sus parientes y amigos, según he sabido después. Esto es muy cruel; pero el pobre ha descansado, saliendo de esta vida miserable; y su alma, purificada en el crisol de la paciencia y la resignación, ha volado al seno de Dios, á recibir su recompensa.

Hace cinco noches, que me hallaba recogido ya, cuando Regino llamó muy quedo á la puerta de mi aposento. Abríle, algo sorprendido, y preguntéle qué novedad ocurría.

—Pues qué, ¿no oye usted?

—¿Qué amigo? yo no oigo cosa alguna.

—Fije usted más el oído, por Dios.

En efecto: una voz muy remisa y melancólica, pero tierna y patética, se mezclaba con algunos gemidos ahogados. No comprendía yo lo que esto podía ser. Tomóme Regino de la mano, y, paso entre paso, nos fuimos acercando hasta la entrada de un cuarto escasamente alumbrado, que se veía al extremo de la obscura galería. Allí quedamos clavados sin poder avanzar, ni retroceder, porque el suceso que pasaba á nuestra vista, nos heló de espanto. Regino temblaba, le crugían los dientes, y bañaba su frente un sudor glacial; yo no podía ni respirar, porque me sentía como agobiado bajo el influjo de una pesadilla. El interior de aquel cuarto misterioso, que creía inhabitado, porque antes no había visto que sus puertas se abriesen, era lúgubre y funesto. Sobre una mesa, chisporroteaba una lámpara mortecina. En el lado opuesto, había un catre, y sobre él yacía tendida una figura, que parecía humana, no por ninguna de sus formas, sino por los gemidos que exhalaba. A la cabecera, estaba

arrodillado el capellán con un pequeño Crucifijo en una mano, y sosteniendo con la otra la cabeza del moribundo. Su boca, pegada casi á la del agonizante, murmuraba las consolatorias palabras, que usa nuestra madre la Iglesia, para recomendar el alma de los fieles, en el tránsito de este al otro mundo. Al lado de la cama, con una vela bendita entre las manos, otro lazarino, que hacía el oficio de enfermero, estaba en pie, y con la vista clavada sobre el paciente. Conforme iba disminuyendo el estertor de la muerte, el capellán alzaba más la voz; pero de manera que no se oyese á alguna distancia, sin duda para no alarmar á los habitantes de la casa. Después de algunos minutos, cesó la oración del capellán: dejó caer suavemente la cabeza, que sostenía, sobre las almohadas; se incorporó, y recitó en voz baja el "Ne recorderis," concluyendo con el "Requiescat in pace." En seguida se enjugó los ojos, cubrió el cadáver con una sábana, despidió al enfermero encargándole que avisase al administrador, se sentó en un sillón, y comenzó á rezar el oficio de los difuntos.

Pasó el enfermero, sin notar nuestra presencia; pero nos retiramos al momento, compungidos y horrorizados. Llegamos á mi aposento, del cual no quiso separarse Regino. Desde allí observamos exactamente todo lo que ocurría. Cuatro

mozos llevaron un ataúd, caminando con el mayor silencio. El capellán colocó el cadáver en el féretro, que volvieron á cargar los mozos; y con el mismo silencio, mientras el capellán seguía su rezo funeral, se abrió la puerta del edificio, y desapareció la comitiva, con dirección al cementerio, en donde iba á terminar aquel drama nocturno. A las cuatro de la mañana estaban ya de vuelta. El entierro se había verificado, y cuando, á las seis, comenzó el movimiento ordinario de la casa, todos parecían ignorar lo ocurrido en la noche anterior. El capellán mismo se nos presentó, con el semblante amable y risueño, de todos los días. Pero hemos visto la muerte de un lazarino; y no debes extrañar nuestra turbación y espanto. Regino es, sin embargo, el que más padece, y aun no se ha conseguido licencia, á fin de que salga á distraerse por estas cercanías. Sus conatos de fuga el día que entró aquí, han engendrado cierta preocupación contra él: ¡cómo si mereciese castigo un rasgo semejante, en aquella circunstancia! El doctor Frutos, que se interesa mucho por este mi compañero de desgracia, me ha ofrecido hacer en su obsequio todo lo posible.

Vas á sorprenderte, sin duda, al escuchar el siguiente relato, sobre algunas cosas, que debían considerarse como ajenas de mi situación. Pero ¿qué quieres? Co-

mo si nuestro aislamiento, en este hospital, sólo sirviese para privarnos de todos los beneficios de la sociedad, y no para librarnos igualmente de sus males, también el rumor de los sucesos políticos del país, ha venido á turbar nuestro sosiego y soledad. Antenoche, en efecto, el estrépito de las campanas de la población, que tocaban arrebato: el sordo murmurio que forman muchas gentes que se reunen; y el tránsito para Lerma de varios dragones, me hicieron sospechar, que algo de extraordinario ocurría en la ciudad. Fácil me habría sido enterarme de los sucesos que pasaban, si los de Agosto de 1814, que tengo bien impresos en la memoria, y los del 3 de Octubre de 1820, no me hubiesen inspirado una decidida aversión á semejante clase de negocios. Por otra parte: un pobre lazarino, para quien no hay, ni puede haber, un porvenir político: que no tiene derechos que ejercer, funciones públicas que llenar, ni obligaciones sociales que cumplir: que carece de medios para impedir el mal y de recursos para afianzar el bien de su patria: que no tiene voz ni voto, en fin; ¿qué parte puede tomar en semejantes sucesos? ¿Qué puede influir su opinión en las deliberaciones públicas? ¿Ni qué interés puede tener, sino el especulativo de apetecer lo mejor para sus semejantes, en estas y las otras preten-

siones? Por lo mismo, guardé silencio, é hice firme propósito, después de haberme entregado á mil reflexiones diversas, de no preguntar cosa alguna, acerca de lo que pasaba. Pero esto no me valió, y tuve el disgusto de saber que nuevas desavenencias iban á dividir el país, demasiado trabajado por las convulsiones de la época. Me lo dije muchas veces. "Cuando el Faro de Iguala se apague, ya ningún piloto alcanzará el puerto." Soy un proscrito: no tengo derecho de hablar; pero, ¿quién puede impedirme creer que el soldado ilustre, que hoy está desterrado en Italia, es el único capaz de librar á la nación de un funesto escollo? Sí, él volverá: adornará sus sienes, no con esa funesta corona, indigna de un caudillo de la libertad, sino con la de oro y laurel, que la patria destina á los héroes. Disimula, Manuel mío; pero yo he erigido á Iturbide un altar en mi corazón, y en él le tributo un culto. Yo sé que Dios aprueba mis sentimientos; porque sólo Dios inspira á los hombres magnánimos, é Iturbide es el fundador de la independencia nacional.

Pues me cercioré de lo ocurrido, de una manera singular. Hallábame ayer, por la tarde, recostado al pie de un ceibo frondoso, en la entrada del camino que de la playa sigue á la hacienda "Buenavista," disfrutando de una brisa suave y

ligera, que rizaba apenas la superficie del mar, y de la deliciosa vista que se presenta desde aquel sitio risueño y pintoresco; cuando hé aquí que un hombre, á quien no conocí de pronto, se me puso por delante.

—¡Ola, mi amigo! me gritó. Me alegro de verlo tan bueno. ¿Por qué no ha vuelto por aquellos andurriales, una vez que es tan aficionado á los muertos? ¡Vaya un gusto extraño!

—Bueno, ó doliente, siempre estoy para servirle, señor sepulturero; (que era él). Yo no he vuelto á los términos de su jurisdicción, temeroso de encontrarme con algún entierro, en que viniese de acompañante aquel señor procurador, que nos tiene una ojeriza atroz, por las razones que usted presume. Sin embargo, yo he hecho intención de ir, un día de éstos, á hacer á usted y á su establecimiento, una corta visita.

—Sí, sí: ¿y por qué no? Somos ya conocidos, me parece y conocidos de confianza; y déjese de rencores por la ocurrencia de marras, que yo no soy ningún mal hombre, como lo parezco por este estrambótico perjeño. Mal pasaje, por cierto, habría usted tenido con el susodicho procurador, que, á poco rato, como me lo presumí, vino en la comitiva. ¡Qué cara de vinagre!

—¡Mala cara, eh!

—Malísima. Suponga usted que todo lo quiere aplicar al ramo de policía, venga ó no venga á cuento; y para ello arruga la frente, cierra los puños, y amenaza al primero que se figura haber quebrantado algún artículo del bando de buen gobierno, aunque la infracción sólo exista en su caletre.

—Cumple con su deber, procurando averiguar lo cierto.

—Según y conforme: ni es razón que haga cargos á quien no debe. V. g.: el día del entierro consabido, me molió la paciencia á reclamos é interpelaciones.—Señor sepulturero: estas murallas están muy bajas.—Dígaselo usted al mayordomo de fábrica.—Señor sepulturero: este cementerio está mal situado.—Traslado al ayuntamiento, del cual es usted miembro. —Señor sepulturero: es una picardía que aquí no haya un capellán.—Entiéndase usted con el vicario.—Señor sepulturero: este sitio está cuajado de piedras.—Yo no soy bombeador.—Señor sepulturero: aquí no hay una capilla, un árbol, ni un arbusto: este es un cementerio indigno de una población culta, como Campeche. —Señor Procurador, por la sangre de Cristo: dígame usted que las sepulturas no están suficientemente profundas, y la tierra que las cubre bien pisoneada, y contestaré á los cargos. Los que usted

me hace ahora, más bien creo que deben dirigirse á usted.

—Muy bien dicho.

—Por supuesto, que muy bien dicho. Uno, viendo su fervor, le propuso una visita á San Lázaro, ya que se hallaban tan cerca. El hombre se puso pálido, y con no sé qué pretexto, cambió de conversación. ¿Quería usted, pues, que ese caballero le mandase lanzar del campo santo?

—No hablemos más de eso, amigo mío: yo no conservo ningún resentimiento por lo pasado. Al contrario: le estoy muy reconocido, porque me ha librado de una humillación inmerecida.

—¡Bravo! Así me gustan las gentes: razonables. Con que, tan amigos como siempre, y pelillos á la mar.

Y sin mayor ceremonia, tomó mi capa, que pendía de una rama, la plegó en muchos dobleces, y, colocándola junto á mí, se sentó buenamente sobre ella. Echó mano, en seguida, de una pipa, que sacó de un pequeño zurrón de gamuza, puso en ella algunos pedazos de tabaco nada aromático, hizo lumbre, y comenzó á fumar con un placer envidiable, envolviéndome en una nube de humo, tan densa como pestilente. Lejos de incomodarme con semejante muestra de confianza, que, en cualquiera otra circunstancia no me ha-

bría sido muy lisonjera, procuré, al contrario, estimular al buen sepulturero á que prolongase su plática, y acabase por hacérseme amigo. Era que yo, pobre lazarino, encontraba un hombre que no temía la malignidad de mi dolencia.

—A lo que veo, le dije después de un rato de silencio, usted no tendrá hoy algún muerto á quien decir "séate ligera la tierra."

—Si acaso lo hay, será de medio pelo. Yo soy sepulturero mayor, y no entierro sino á los señores de copete; digo, cuando buenamente se mueren. Y si no, ¿qué se entiende por sepulturero mayor?

—Es verdad: yo no había caído en ello. Sin embargo, creo que usted habrá comenzado su carrera por subalterno, si es que siempre ha ejercido semejante profesión.

—Mire usted señor... señor... ¿cómo es su gracia de usted?; y perdone la pregunta.

—Antonio.

—Gracias. Pues mire usted, señor Antonio: en mi actual carrera, como ya empieza á suceder en todas las demás, he sentada plaza de jefe, sin pasar por los grados subalternos. Verdad es que esa mi actual carrera, es carrera de cojos é inválidos; pero, hablando en plata, sólo se han premiado, medianamente, mis antiguos servicios.

—¡Grandes servicios! ¿No es esto?

—Grandes ó pequeños, yo he dicho simplemente servicios, sin calificar su peso, número ó medida; y si he dicho que son antiguos, esto no significa que sean grandes. Basta ser un poco viejo, y ya ve usted que sesenta y un años, que cumpliré el día de S. Germán, que es á 28 de Mayo....

—Con que usted, mi buen amigo, se llama Germán.

—En todo el barrio me llaman "Nuestro amo Germán," porque antes fuí yo contra-maestre, que enterrador de muertos. Así es que, si usted gusta... "Nuestro amo Germán." ¡Rarísima vez entiendo yo por Germán á secas!

—Bien, nuestro amo Germán, muy bien; pero, ¿por qué dejó usted su ejercicio de mar? ¿Sufrió usted alguna desgracia, mi viejo amigo?

—¡Cáspita! ¿Pues quería usted, criatura de Dios, que toda la vida me estuviese columpiando en un mal pailebot, después de tantos fracasos en la marina real? Además, toda mi gente de tierra había pasado por ojo, sin que me quedase ni siquiera la buena Gaspara, para arrancar las manchas de alquitrán de mi pobre chamarra.

—¡Qué dice usted, nuestro amo!

—Sí, amigo; en año y medio murieron mi pobre mujer y mis cuatro hijos.

Separó su pipa el infeliz anciano, con la mano izquierda, y con el reverso de la derecha se enjugó dos gruesas lágrimas, que asomaron á sus ojos. Aquel ademán me conmovió profundamente.

—¿Y ha quedado usted solo en el mundo, nuestro pobre amo Germán?; continué yo.

—Lo que es solo, no. Es verdad que yo no tengo aquí pariente alguno, pues soy valenciano, para servir á usted; pero el buen barrio de San Román me ampara, y me protege, ahora que voy quedando ya inútil. Los viejos me miran como á un hermano, y los mozos como á su padre. Toda es gente franca, leal y generosa. ¡Dios se los pague!

—Pues bien, nuestro amo Germán: deseo, sí, quiero, con toda mi alma, que usted me aliste entre esas gentes honradas y generosas, que le tratan como á su padre.

El anciano me miró fijamente.

—Sí, nuestro amo Germán: no sabe usted cuánto le agradecería, el que me considerase, en lo sucesivo, como uno de sus hijos.

—¡Oh Dios mío!, exclamó, incorporándose, y cruzando ambos brazos sobre el pecho. Permitiste que aquel desgraciado se extraviase, lanzándose en una carrera tan vil, como peligrosa: me has arrancado á mi esposa, y á mis cuatro hijos;

pero en recompensa, me prodigas consuelos por todas partes. ¡Oh Dios mío! Bendito sea tu santo nombre.

Y dejándose caer de rodillàs, sollozó amargamente. Me pareció aquella actitud tan solemne, en semejante circunstancia, que mi corazón se estremeció, como con cierta especie de pavor religioso. También me arrodillé con respeto, lloré con ternura, y oré en unión de aquel anciano desvalido.

Pasados algunos instantes, nos sentamos de nuevo, y me estrechó la mano amistosamente. Serenóse su semblante, y recobró su ordinaria expresión de jovialidad y franqueza.

—Usted puede creer, señor Antonio, me dijo después, cuánto favor le debo por su benevolencia y afecto. Gracias, también, amigo mío, gracias. Puede ser que, algún día, le muestre, con obras, todo lo que yo agradezco esas palabras de consuelo generoso en favor de un hombre, que, tal vez, le ha tratado inmerecidamente.

—¡Oh, no, nuestro amo Germán, no! Soy yo quien debe agradecerle su extremada bondad, en acoger, en su afecto, á un pobre lazarino, que la sociedad ha proscrito.

—¿No conoce usted, mi querido Antonio, que esas palabras no convienen ni á usted, ni á mí, en una ocasión como la presente? Cuando todos huyesen de us-

ted, y le abandonasen, yo, mientras viva, seré su amigo, su compañero y su humilde servidor, aunque me encuentro viejo é inútil. Aquí está mi mano y mi palabra, que siempre ha sido palabra de hombre honrado.

Apretéle la mano. Él y yo volvimos á quedar pensativos. Desde ese momento, comencé á amar á mi viejo sepulturero, con toda cordialidad y afecto. No puedes figurarte, Manuel mío, la emoción que experimenta un leproso infeliz, cuando encuentra simpatías en un ser sensible, á quien su situación no inspira ese horror natural, que debe producir, y produce generalmente, á todos los que se le acercan.

La noche comenzaba á cerrar, y me levanté para volver al hospital.

—Vamos, me dijo el sepulturero; yo le acompañaré hasta la puerta.

Y echamos á andar. En el camino, contestando á varias preguntas que yo le hacía, con interés, me dijo que lo pasaba holgadamente, y que de ninguna comodidad carecía, porque sus necesidades eran cortísimas.

—Sin embargo de que soy español, prosiguió, he dicho á usted que estoy muy querido en todo el barrio de San Román, y, mientras viva, nada me hará falta. Aunque me quitaran mi oficio miserable de sepulturero, así como despojaron de sus

destinos á todos los empleados españoles el día 15.

—¡Ah, ah!

Viendo, por mi exclamación, que yo ignoraba el suceso á que había aludido, el buen anciano me refirió, con todos sus pormenores, los acaecimientos del día 15 de este mes, y los de la noche del 20, que tanto me habían hecho cavilar, sin atreverme á hacer pregunta alguna á los que podían informarme. Así supe que todos los empleados españoles, habían sido depuestos: que se había pedido la declaración formal de la guerra á España, cuya medida habían diferido las autoridades superiores de la capital: que el comandante de las armas había venido, casi solo, desde Mérida, á intervenir en aquel suceso, procurando cortarlo: que en Campeche había sido mal recibido; y que, con motivo de su presencia, había estallado en la plaza le conmoción del día 20 por la noche, que terminó con la salida de ese jefe, quien se retiró muy indignado, y resuelto á emplear las armas, para cortar el progreso del movimiento del día 15.

Sensible es este modo de pedir las cosas.... ¡Olvidábame que soy un lazarino, que estoy muerto civilmente, y que mi opinión no vale para cosa alguna!

Me despedí de mi nuevo amigo, y entré en mi albergue á meditar en los incidentes de la tarde. Ese pobre y honrado se-

pulturero, ¡también ha sufrido mucho! ¡Esta miserable humanidad, que en todas direcciones, y por todos aspectos, se encuentra siempre trabajada! ¡Este infeliz anciano, con un genio tan franco, jovial y sencillo; y sin embargo, haber perdido á su esposa y cuatro hijos, en tan corto tiempo! ¡Habérsele extraviado otro! ¿Qué carrera vil y peligrosa será la que abrazó, y que, según parece, ha afectado vivamente á su padre? El tiempo aclarará este misterio. No me pareció oportuno intentar descorrer el velo, que lo cubre.

Adiós, amigo y hermano mío. Jamás me olvido de las personas que me son tan queridas; y á todas ellas escribo siempre, por separado, reservando para tí mis confidencias más íntimas. Adiós, otra vez.



CARTA VII.

Antonio á Manuel.

San Lázaro, 13 de Marzo de 1824.

Querido mío. Este afán que nos escuece vivamente, este afán de ocultarnos á nosotros mismos y de ocultar á los demás, nuestras propias miserias; en el pobre lazarino es enteramente inútil, porque parece que todo conspira á echarle en cara, de una manera oprobiosa, su abyecta condición, por más que se empeñe en hacerla olvidar á los otros, ya que no puede conseguir para sí tan débil y mezquino consuelo. De aquí proviene cierta lucha interior, en la cual, si no hay una buena dosis de resignación y paciencia, el lazarino viene á ser una víctima miserable, que no siempre provoca la compasión de sus se-

mejantes, porque no todos nuestros semejantes tienen el mismo grado de filantropía. De allí, esa tenacidad con que quiere ponerse en contacto con todo el mundo, dar la mano á los que encuentran en su tránsito, estrechar contra su pecho á los amigos y conocidos, y exhalar su pestilente aliento sobre cuantos se le acercan. ¿Llevará en ello la intención depravada de causar algún daño? ¿Querrá excitar la susceptibilidad agena, para gozarse en el martirio que cause? ¿Deseará que todos participen de sus atroces sufrimientos? ¡Oh, no, seguramente no! Él busca un rostro benévolo, un prójimo deferente, un ser compasivo, alguno, en fin, que en su aspecto le signifique, bastantemente, que no cree en la malignidad de su mal, que no se horroriza de su aspecto, que no tiene asco á la fetidez que exhala, ni teme el funesto contagio. Regularmente, el éxito de semejante tentativa es terrible y desconsolador; y el infeliz lazarino recibe, uno tras otro, una serie de desengaños, que excitan su mal humor, y lo convierten al cabo, en un misántropo que huye de todos, como un animal hosco y bravío, y esquiva á sus compañeros, como si viese personificado en ellos un atroz epigrama contra su situación. En este caso, la religión es su único amparo, porque la filosofía misma no es bastante para mitigar la horrenda desespe-

ración en que irremisiblemente caería, sin el auxilio de aquella.

Por eso me decía ayer el padre capellán.

—Amigo querido: si en la vista y hallazgo de ese prójimo deferente, busca usted todos sus consuelos, y tiene la esperanza de hallarlos.... poco es lo que puede usted adelantar. El egoísmo..... ¿Sabe usted de lo que es capaz el egoísmo?

—Ya lo comprendo, padre mío. El egoísmo me ha relegado aquí, me ha excomulgado, me ha arrancado friamente del seno de mi familia, y de los brazos de la tierna amistad, para atarme contra una roca, como á Prometeo, hasta que un buitre acabe de rasgarme las entrañas. Es decir: me he sumido en San Lázaro, hasta que la lepra dilacere todos mis miembros, y termine mi dolorosa existencia.

—Bien. Yo no quiero contradecir esos conceptos, que, hasta cierto punto, son justos. Al contrario, quisiera que usted se fortificase en ellos; pero no para aborrecer á la pobre humanidad, que, por lo regular, no tiene la culpa de ciertos vicios, que han llegado á ser orgánicos. El cristianismo, sin embargo, ha hecho una gran revolución moral; y su influencia, más tarde ó más temprano, cambiará del todo la faz de las sociedades. Busque usted, pues, esos consuelos en sus buenas ac-

ciones, en su conciencia y en su corazón. Búsquelos usted, y los hallará, allí....

Y me designaba la santa Biblia, colocada sobre mi mesa. En aquel momento, la fisonomía del buen eclesiástico aparecía casi radiante, de bondad y de caridad cristiana.... de esa caridad que, como dice S. Pablo, "todo lo sobrelleva, todo lo cree, todo lo espera, y todo lo sufre." Y en vez de huir, como el pescador á quien libré de una muerte segura, ó de esquivarme, como el mendigo que recibió de mí una limosna; aquel hombre singular, para quien no tenía yo otro título que la fraternidad cristiana, me estrechaba cariñosamente contra su corazón, y lloraba lágrimas de amor sobre mis lívidas facciones. ¿Cómo, en tales momentos, habría dejado de sentir un consuelo inefable? ¡Ah! Yo no dudo que en todos los siglos, y en todas las creencias, se encontrarán á menudo, hombres poseídos de un sentimiento profundo de benevolencia hacia sus semejantes; pero sólo el cristianismo, esta institución de fe y de caridad, nos ofrece, como base de su espléndido edificio, el amor á nuestros semejantes. ¡O religión de paz y filantropía! Yo pido á su fundador divino, que me confirme en su fe santa, porque yo solo quiero creer, amar y adorar. Si ha podido existir en mí un mal reprimido sentimiento de duda sobre el porvenir, desaparezca, desde hoy,

para siempre jamás. ¡Dios mío: qué fuera de una infeliz criatura, de un pobre leproso, atribulado, afligido, oprimido de dolor y de angustia, si no tuviese la seguridad de otra vida, y en ella fijase toda su esperanza! ¡Qué tormentos, por más vehementes y agudos que pudiese inventarlos la imaginación más exagerada, serían comparables á los que causaría una situación semejante! ¡Ah, no! Bendito sea el Dios de nuestros padres y nuestros abuelos, porque sólo ese Dios es el único consuelo de la miserable humanidad.

Desde que medito en estas importantes verdades, y reflexiono en la vanidad del mundo, siento un alivio inexplicable, y encuentro mejorada mi condición. Porque, Manuel mío, dirigir los ojos al mundo, en demanda de consuelos, no es otra cosa que afanarse inútilmente, hallando, en vez de lenitivos, nuevos dolores, y amarguras sin término. Sumida la generalidad de los hombres en sus negocios, ó, más frecuentemente, en sus pasiones, pocos hay que se conduelan de la humanidad que sufre y padece, cuando hasta su solo aspecto, tal vez porque les recuerda su fin tan temible como inevitable, les causa horror y repugnancia. Sí: es una verdad que, para la mayor parte de los que nos rodean, somos indiferentes; y aun las pocas almas compasivas, no siempre pueden, cuando lo quieren, con-

tribuir á aliviar nuestros padecimientos; porque, ó se los impide una irresistible preocupación, que no les da ni valor para entrar en un examen; o la disposición de sus órganos no sufre nuestra inmunda y asquerosa presencia. Puedes de esto inferir, cuán profunda será mi gratitud respecto de este buen eclesiástico, del doctor Frutos, y de nuestro amo Germán, de este viejo y leal marino, que es mi constante compañero, en todas las excursiones que hago fuera del hospital. ¡Qué alma tan noble y tan honrada posée! Su conversación, sembrada á veces de natural originalidad, á veces seria y reflexiva, siempre es amena, curiosa y variada. El me relata, con entusiasmo, sus campañas navales, sus aventuras marítimas, y los lances más críticos de su vida, empleando al efecto ese peculiar frasesismo de las gentes de mar, que para comprenderlo, se necesita el hábito de tratar con ellas. El me llama la atención sobre los puntos de vista más interesantes; y no hay caleta, pequeña ensenada, promontorio, punta ó colina, acerca de los cuales no sepa alguna historieta, que no siempre tiene un término feliz, pues que muchos de los personajes concluyen por morir ahogados.

Quieres, según me indicas, saber cuál es la distribución que hago del tiempo, y en qué lo empleo. Bien: voy á compla-

certe. Levántome á las cinco de la mañana, y elevo al Señor una plegaria por mi padre, por mis amigos, y por todos mis semejantes, y pidiendo para mí lo que sea más conforme á su voluntad santísima. Un pobre lazarino, que me sirve de mozo, me trae en seguida el desayuno, que tomamos juntos Regino y yo. Luego salgo, y voyme á dar un largo paseo, ó por las orillas del mar, ó á las vistosas colinas, ó á las haciendas de campo inmediatas. Vuelvo, y almuerzo, siempre en unión de Regino, que es mi constante compañero en casa, pues el infeliz aun no puede salir del hospital, ni tampoco es mucho lo que en ello se empeña. En adelante leemos, conversamos con el capellán, y visitamos, en unión suya, á todos los enfermos que están en cama. Comemos á las dos, y reposamos hasta las cuatro y media de la tarde. A esa hora, vuelvo á empuñar mi bastón de ébano, y salgo en busca de nuestro amo Germán, que estoy seguro de encontrar siempre en la puerta, esperándome. Paseamos hasta muy entrada la noche, y pasamos lo restante del tiempo, hasta las diez, hora en que nos recogemos, en pláticas y ejercicios piadosos. He allí mi método de vivir. Mientras yo leo, Regino se ejercita en hacer algunas obras curiosas de carpintería, en que es muy diestro, lo cual no le impide atender á la lectura, y hacer

sobre ella muy justas y sólidas reflexiones.

Las familias se desbandan á centenares de la plaza, por la aproximación de la columna volante que las amenaza. El hospital, como debes suponer, experimenta los inconvenientes que produce semejante estado de cosas; y hé aquí por qué las lamentables ocurrencias del día, de las cuales no querría ni acordarme, nos son doblemente sensibles. El doctor Frutos, llamado por sus deberes al lado de su familia, tendrá que marcharse lejos de aquí, según me ha indicado, con gran sentimiento mío, pues que esto probablemente trastornará mi modo de existir, que experimenta notable mejoría con su asistencia. Nuestro amo Germán me comunica todas las noticias del día, haciendo de ellas muy graciosos comentarios. Yo suelo reirme de sus ocurrencias, y lo dejo explayarse.

—Mire usted qué brillante y despejado aparece el horizonte, me decía en una de estas tardes: el navío llegará al puerto, bajo la dirección de un insigne piloto que dice, y repite, para animarnos, que es "trágico por temperamento."

—Y esto, ¿qué significa, nuestro amo?

—¿Lo entiende usted? No, ¡eh! Pues así lo entiendo yo. Salvo que con esto nos anuncie, que sería muy hombre para ma-

tarse á sí mismo, y despachar á los demás al otro barrio.

—Pero esa es una explicación horrible.

—Pues explíqueme de otro modo, lo que indica eso de ser "trágico por temperamento."

—No lo entiendo, nuestro amo: mejor sería que pensáramos en otra cosa, porque las de este género, ya comienzan á disgustarme. Triste es, por cierto, presentar un programa tan extraño, y tan incomprensible. Pasearemos, si á usted le parece bien.

—Sí: pasearémos.

—Pero: ¿á dónde hemos de dirigirnos hoy? Todos los puntos inmediatos nos son muy conocidos; y aunque yo quisiera subir á San Miguel, el destacamento habrá de impedirme la entrada, porque ¡ya lo ve usted!, no soy más que un lazarino.

—En llevándole yo á remolque, nos veríamos en ello.

El buen viejo se había armado de valiente, y pretendía llevar adelante el proyectado paseo. Pero, felizmente, logré disuadirlo, y digo felizmente, porque no sólo me libró, en esa tarde, de un mal rato, sino que para compensarme el disgusto momentáneo que me causaba el pensar en los inconvenientes de la enferme-

dad, discurrió otro paseo que, según me dijo, iba á asombrarme.

—¡Asombrarme!, le repetí.

—Sí, señor: como suena, y cuando yo le digo que ha de asombrarse, es porque sé que así ha de suceder. Sígame las aguas, y luego, luego arribarémos, y si no queda usted satisfecho, que pierda yo el nombre de Germán, que llevo hace sesenta y un años.

—Pues marchemos.

—Bien: navegue usted conmigo en conserva y á toca penoles, porque voy á ceñir de suerte, que sólo yo he de saber el punto de la recalada.

Y comenzamos á andar por el camino de Buena-vista. Cejando un tanto sobre la izquierda, nos internamos en un bosquecillo espeso y frondoso: el terreno comenzó, muy pronto, á ser algo difícil, y las escabrosidades que ofrecía, ya me fatigaban. Subíamos, y por cierto que no era por senda alguna, porque ni vestigio había de ella sobre el terreno que pisábamos.

—A la verdad, creo que nos extraviamos: gritéle derrepente á mi guía, que marchaba silencioso.

—Es difícil.

—Pero si usted no solamente no sigue senda alguna, nuestro amo, sino que evita las que solemos encontrar al paso.

—No importa. Si no fuera yo práctico

en estas costas, ¿había de venir mandando la maniobra?

—Pero ya me cansa esta subida.

—Mejor: así le agradará más el espectáculo que va á presenciar ahora mismo.

Saltábamos de risco en risco, y para evitar una caída, que me descalabrase irremisiblemente, tenía necesidad de los auxilios del buen viejo; y á veces me sujetaba de las ramas. Salimos, en fin, del bosquecillo á una hermosa explanada.

—¿Qué es esto, nuestro amo?, preguntéle al viejo, exhalando un grito de admiración.

—"La Eminencia:" me respondió.

Ciñe á Campeche, por la parte de tierra, un semicírculo de colinas de poca elevación. La ciudad, sus hermosísimos barrios, y algunas casas de campo, yacen á las faldas de este magnífico y espléndido anfiteatro, que termina á la lengua del agua. Destácase de este ceñidor una colina, que se interna en el barrio de San Román, dominándose, desde ella, toda la población, los campos inmediatos, y el mar. Esto se llama la "Eminencia."

Todavía no puedo concebir, cómo un punto de vista, el más pintoresco, sin duda, de los que hay en el país, sólo se encuentre frecuentado por los leñadores, por uno ú otro cazador, y por algunos muchachos que viven á las inmediaciones.

Los extranjeros llegan á Campeche, y se vuelven, sin visitar esta pequeña altura, porque ningún habitante de la población se empeña en hacerle saber el tesoro de preciosas vistas, que presentan. Yo no podré hacer de ellas, Manuel mío, una descripción; pero trazaré un ligero bosquejo, para inducirte á no malograr la oportunidad, si alguna vez vienes á Campeche, de presenciar este magnífico espectáculo, que lo es tanto más, cuanto que en un terreno tan llano, como el nuestro, la monotonía del paisaje es triste y enfadosa.

Serían las cinco de la tarde, cuando llegamos á la cima de la "Eminencia," que, por aquel rumbo, distará, me parece, cuatrocientas toesas del ángulo más saliente de la plaza, que es el baluarte de S. Juan. Reinaba, en aquel momento, una fuerte brisa, que nos transmitía el ruido del mar, el de los árboles, y aun las voces de los que andaban por las murallas. El cielo estaba brillante y despejado; y los rayos del sol, que declinaba, se reflejaban allá, á lo lejos, en el mar, produciendo á la vista un efecto inexplicable. A nuestros pies se desarrollaba, en todas direcciones, un vasto diorama, sobre el cual todo parecía moverse y animarse. A la derecha se prolongaba, en una dilatadísima abertura, el barrio de Santa Ana, descansando la vista en el Limonar, y el cas-

tillo de S. José. A la izquierda, el barrio de S. Román se presentaba diseminado en un bosque de cocos; y al través de sus ondulantes palmas, el campanario de la pequeña iglesia, y los edificios dados de blanco y azul, parecían agitarse en movimientos diversos. Allí estaba también el hospital de San Lázaro. En el fondo del cuadro, el paisaje era de un efecto magestuoso y sorprendente. Su primer término, era formado de coposas arboledas, bordadas por los solares y caseríos. Mas allá, extendíase la plaza amurallada, y coronada de baluartes, descollando, sobre ellos, muchos y elegantes edificios particulares con miradores, templos, cúpulas y campanarios, elevándose, hasta una considerable altura, la gentil torre de la parroquia, que dominaba todo aquel riquísimo y esquisito mosaico. En último término aparecía el mar, el mar que, desde aquel punto, tenía no sé qué de mágica grandeza. Se me figuraba que repetía en su superficie tersa y limpia, todos y cada uno de los infinitos objetos que veíamos en aquel tapiz de verdura. Las barquillas de los pescadores, que vagaban en los confines del horizonte, se presentaban como blanquísimas palomas, que volaban de uno á otro lugar. El conjunto era superior á lo que yo pudiera decirte. Sólo un pintor, ó un poeta, pueden revelar los misterios de la "Eminencia."

Extático contemplaba aquel espectáculo, de un género nuevo para mí. Mi admiración subió de punto cuando el sol, bañando con sus rayos horizontales todo aquel vastísimo panorama, parecía lanzar sobre él torrentes de fuego, precursores, sin embargo, de la obscuridad con que ya iba á encubrirse, como bajo un manto negro y fatídico; así como una lámpara, próxima á extinguirse, brilla con una luz más viva. Llegó la noche, en efecto, y apenas se percibían, allá á lo lejos, en el ocaso, los últimos arreboles del crepúsculo espirante. Mudóse entonces la decoración, y la escena quedó transformada. Nuestro amo Germán guardaba un silencio religioso, mientras que, sentado á algunos pasos de mí, tenía clavada la vista en el último número del cuadro, es decir, sobre el mar, que en aquella hora, y desde aquel sitio, más parecía un ancho y dilatado abismo. Estaba entregado á una meditación profunda, ó tal vez dirigía al cielo alguna plegaria respetuosa, en favor de su esposa y de sus hijos ya difuntos. Yo no me sentía con valor para interrumpir una actitud tan solemne. Recostado sobre una laja extendida, ya no era una realidad, sino una serie de vehementes ilusiones, la que estaba ejerciendo en mí un influjo poderoso. Las torres y miradores, se me figuraban gigantes embozados, que guardaban una ciudad

encantada: las colinas, eran escarpadísimas montañas: los árboles agitados por la brisa, espectros que vagaban siniestramente. La obscuridad, el brillo pálido y débil de los astros nocturnos, el chillido del buho, el volar incierto de algunos pájaros, las exhalaciones que caían sobre aquellas alturas, el bramido del viento, el lejano rumor que brotaba de un pueblo agitado actualmente en una convulsión política; todo esto contribuía á dar diferentes giros á mi imaginación, demasiado exaltada ya con las impresiones anteriores.

De improviso, todo ese cuadro se encontró iluminado con una luz rojiza y subitánea, como la de un relámpago, volviendo á sumergirse al instante en la más densa obscuridad. En pos, llegó hasta nosotros un fuerte estampido, que las rocas, las colinas y todas las cavidades de aquel terreno, fueron repitiendo en prolongadísimos y espantosos ecos. Jamás había escuchado una detonación tan robusta, tan grave, y de una vibración tan extraña é irregular. Aquella tremenda conmoción duró más de dos minutos; y entre tanto, mi estupor había llegado á su colmo, y me encontraba á punto de desfallecer, porque, realmente, aquello no me parecía un suceso común ni ordinario. No era una tempestad, porque la atmósfera estaba limpia y despejada, y aun no

ha llegado la estación de ellas. Tampoco la erupción de un volcán, porque no existen montañas en toda la península. Es, no hay duda, dije para mí, uno de los grandes cataclismos, que deben preceder á la destrucción final del universo. Aun no me resolvía á moverme del sitio en que estaba clavado, cuando un nuevo relámpago, seguido de otra formidable detonación, me hizo estremecerme y horripilarme. No hubo remedio: el pavor me sobrecogió: lancéme hacia donde estaba el sepulturero, y abrazándolo con todas mis fuerzas, gritaba:

—¡Nuestro amo, nuestro amo!

—¡Cáspita, que no ganamos para sustos! ¿Qué es esto?, ¿qué tiene usted, mi querido Antonio?

—¿No ha oído usted, nuestro amo?

—¡Qué! ¿Los dos cañonazos? No tenga usted cuidado: será algún aviso ó señal que hace la plaza. Esto es muy común y la cosa no vale la pena de asustarse tanto.

—¿Qué llama usted cañonazos, nuestro amo?

—¡Me gusta la pregunta! ¿Si será que estaba usted tan embebido en sus cavilaciones, que no los hubiese escuchado, creatura de Dios?

—Yo, sí: he escuchado un ruido espantoso, tremendo, extraño, que me figuré fuese una cosa sobrenatural y estupen-

da; pero, perdone usted, nuestro amo: yo no he oído cañonazo alguno, no; porque es imposible que el horrible estruendo que acaba de pasar, sean cañonazos, como usted se figura.

—Vamos: ya comprendo. Jamás ha oído usted la explosión de una pieza de artillería, sino á flor de tierra, y encajonado entre calles y casas. Ya no me admiro de su extrañeza. En la posición en que nos encontramos, es diferente; y si esto le ha parecido tan extraño y espantoso, figúrese usted cuál será la horrorosa confusión que reina en un combate naval, en que mil recias andanadas de artillería se suceden una á otra, cuando cada ola y cada nube es un eco, que se prolonga sabe Dios hasta dónde.

En efecto, tres ó cuatro cañonazos más, que disparó el baluarte de San Francisco, acabaron de convencerme. El viejo tenía razón; y ya ves cómo, sin la experiencia, nuestras lecciones de física en el colegio no sirven casi para nada. Si por casualidad me hubiese encontrado solo en aquel sitio, y en semejante coyuntura, acaso habría caído muerto de terror, al oir la miserable explosión de una pieza de á ocho, como lo era seguramente la que acababa de producir en mi tan alarmante efecto. Así, pues, si alguna vez subieses á la Eminencia, procura que esto

sea cuando la plaza haya de hacer alguna salva de artillería. Estoy cierto de que no hallarás exagerada la pintura que te hago.

Acordándome, en fin, de que era tarde, y que el camino que teníamos que emprender era corto, pero áspero y escabroso, y que las tinieblas harían, sin duda, mucho más difícil, invité á mi amigo para bajar la colina.

—Por lo que es eso, me repuso, no tenga usted cuidado ninguno. Cuando subimos, de intento le traje á través de aquellos bajos y arrecifes, porque deseaba yo que, de improviso, se encontrase usted gozando de esta perspectiva; y pues que la ha disfrutado á su sabor, fuera vez el consabido sustillo, bien podemos permanecer al ancla algún tiempo más, que emplearemos platicando. Luego marinaremos por un rumbo más corto y directo. Sentémonos.

—Me gusta la idea: nos quedaremos media hora más; pero es preciso que se resuelva usted á referirme alguna anécdota acerca de este sitio. ¿No sabe usted, por ventura, una de esas tan curiosas, de que siempre está provisto?

—¡Bah! más de veinte sé yo, que tienen conexión directa con la "Eminencia."

—A ver: desembuche usted, por Dios,

que ya sabe cuánto me agradan las pláticas de este género.

—Recordaré... vamos: ya estoy. Contaré á usted un cuentecito que ya es algo rancio; pero tiene que ver, nada menos que con esa piedra sobre la cual está usted sentado ahora.

Yo hice un movimiento brusco para incorporarme.

—Vamos, continuó el viejo; no sea usted tan espantadizo, que digamos, porque me quita usted la libertad de hablarle circunstanciadamente, y como yo quisiera. Vuelva usted á sentarse, y estese quieto.

Sentéme otra vez, no sin algún recelo, porque, como ya te he dicho, rara vez falta algún muerto en los cuentos de nuestro amo Germán.

—Bueno, prosiguió. El cuento tiene su cierto roce con un famoso pirata.

—¡Dios mío, con un pirata!

—Sí, hombre: con un pirata. ¿Qué tiene esto de particular? Usted se estremece cada vez que oye hablar de un pirata cualquiera.

—¡Oh! esa es gente que me causa miedo é indignación.

—Pues yo.... la compadezco. Prosigamos.

—Sí: adelante.

—Pues, señor: estábamos, ó mejor dicho, estaban los de entonces en el año de 1685, y un holandés, llamado Laurent

Graff, más conocido con el nombre de "Lorencillo"...:

—¡Ah, Lorencillo! Cuénteme, cuénteme algo de Lorencillo.

—Pues en eso estamos. Pues, señor: Lorencillo tomó á Campeche por sorpresa, formó allí su campo con trincheras, quemó y arruinó muchísimas casas; y aunque el castillo de San Carlos se había defendido bien, y se sostuvo hasta que consumió la última munición, al fin se dió á partido, porque no había otro remedio. El lugar era entonces muy rico: de modo que aunque se guardaron en los montes, sótanos y cuevas muchas alhajas preciosas y dinero, no obstante, el saqueo fué muy cuantioso. Era, á la sazón, teniente de capitán general en la villa, (que aun no era ciudad), D. Felipe de la Barrera, hombre firme y valeroso. Mantúvose en la parroquia, algunos días, muy bien atrincherado, mientras llegaba el auxilio que, desde Mérida, debía de enviar el gobernador D. Juan Bruno Tello de Guzmán. El capitán de los mulatos, llamado Lázaro del Canto, fué el primero que llegó; y con valor, denuedo y arrojo temerario, rompió el cerco que los ingleses habían puesto á la parroquia, y, con su compañía, introdujo á los sitiados un refuerzo considerable. Pero el teniente Barrera se encontró apuradísimo, en vez de mejorar de situación. Los víveres se

habían agotado absolutamente, y la tropa no podía resistir, por más tiempo, á los ataques del pirata, dueño de toda la población. Resolvió, pues, emprender una retirada, para incorporarse con el gobernador, que estaba tomando el fresco en Hampolol.

—¿Salió, rompiendo la línea enemiga?

—¡Oh! eso era bastante difícil, si no imposible; y además, habría perdido toda su gente, sin ventaja ninguna. Lo que hizo fué fugarse, dejando á Lorencillo con un palmo de narices.

—¿Pero, ¿cómo pudo ser esto, nuestro amo? ¡Usted se burla!

—Va usted á saberlo, y verá que no me burlo. Entre los vecinos que acompañaban á Barrera, había un marinero viejo, así como yo, del barrio de San Román. Llamábase el "tío Larrañaga," hombre de pelo en pecho, cartilla vieja de Campeche, y que sabía al pie de la letra todos los pasadizos y recovecos de la plaza. Llamó aparte al teniente, cuando estaba más apurado y sin saber qué harcerse, y le reveló un importante secreto, que por muchos años había guardado, por encargo de un cacique de Lerma, que fué grande amigo suyo. De resulta de esta revelación, dispuso el comandante que las tropas, armas á discreción, siguiesen en silencio al "tío Larrañaga," quien auxiliado de algunos hachones de viento

que se improvisaron, se acercó á una puertecilla que estaba oculta al pie del altar mayor, metióse por ella, en pos descendieron todos los que había encerrados en la iglesia, y pian, piano, al cabo de dos horas de marcha, á través de unos pasadizos húmedos y estrechos, unas veces subiendo, y bajando otras, desembocaron por un hueco, que hoy cubre esa losa en que está usted sentado.

—Según eso, quiere decir....

—Quiere decir lo que pocos saben todavía, á saber, que desde este sitio en que nos hallamos, hasta el altar mayor de la parroquia, existe un subterráneo, que estará ensolvado en algunos puntos; pero del cual deben existir restos considerables.

—Pues yo creo que esta tradición no debe olvidarse nunca, para que sirva de gobierno á los vecinos, por si alguna vez los piratas llegasen á posesionarse de esta altura.

—Ya se ve que sería bueno.

—Y ¿qué objeto se llevaría en la construcción de un camino tan singular?

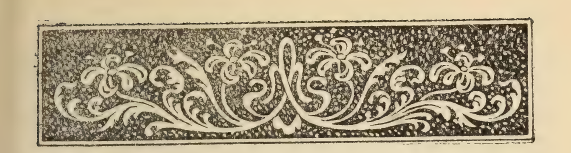
—Eso pregúnteselo á los indios de su país, que aborrecían tanto á los conquistadores. No lo harían á humo de paja, que digamos: no.

En este momento, las iglesias de la ciudad dieron el toque de ánimas, y comenzamos á bajar el cerro. No me había

engañado el sepulturero. En tres minutos descendimos por una senda suave y corta. Despidióse mi amigo en la puerta del hospital, á donde llegamos á las ocho y media de la noche. Como yo tenía permiso para estar fuera hasta las nueve, ningún dependiente extrañó mi tardanza en aquella excursión.

Mucho interesó mi relato á Regino. Hoy he rogado encarecidamente al doctor Frutos, que haga el último esfuerzo, á fin de conseguir, antes de su partida, el correspondiente permiso de la autoridad política, para que mi pobre amigo salga, alguna vez, á respirar el aire libre. Yo tengo esperanza de que se conseguirá.

Adiós, mi querido Manuel. Soy siempre tuyo, amante hermano é invariable amigo.



CARTA VIII.

El Dr. Frutos á D. Pablo.

Campeche, 16 de Marzo de 1824.

Dueño y amigo. Las circunstancias políticas, y más que nada mi calidad de español, me obligan á ausentarme algunos días de la plaza, retirándome al campo. Duéleme el dar á usted esta noticia, porque nuestro Antonio ve en mí, no solo á un médico en quien tiene confianza, sino á un amigo con quien se franquea ampliamente. Pero puede usted estar tranquilo, porque jamás he encontrado un enfermo más dócil y complaciente, que su hijo Antonio, que ha seguido puntualmente todo cuanto le he prescrito, en orden á su régimen de vida. Así es que, sin embargo de haberse presentado en el hospital cuando su enfermedad aparecía en un período crítico y funesto, hoy puedo

asegurar á usted, sin temor de equivocarme, que se encuentra mejor, es decir, infinitamente menos mal, que cuando lo examiné la vez primera. Es verdad, que sus últimas impresiones fueron vehementes, y el más intrépido, acaso habría sucumbido en la lucha. ¡Cuánto valen, en trances como éste, la buena educación, los sentimientos religiosos, y la virtud! No puede negarse, que tiene usted un hijo que le honra, y que, por tanto, merece el entrañable amor que usted le profesa.

Me es sumamente sensible, ¡sólo yo sé cuán profundo es semejante sentimiento!, el no poder asegurarle que su hijo recobrará la salud perdida, y quedará curado de su dolencia. Usted es un hombre de buen seso y acreditada firmeza, y no dudo que estará fortificado en la idea horrible ciertamente, de que este interesante y recomendable joven está perdido para la sociedad; pero no lo estará para sus amigos, que se desvelan en conservarle tan preciosa existencia, ahorrándole, en lo posible, los inconvenientes de su situación. Sin embargo, no me figuro que sea una temeridad, de parte mía, el manifestarle, que ni creo que la lepra sea un mal que se comunique por contagio, ni me parece imposible su curación. Esto no significa que Antonio sanará: repito á usted que ni piense en ello, porque si los grandes médicos señalan uno ú otro ejem-

plar, sobre no estar yo, ni con mucho, en esa categoría, la empresa es tan ardua y difícil, que raya en lo milagroso. Baste decir á usted, que á Antonio lo miro como una cosa mía, y que, aunque no estuviese obligado, como lo estoy por los deberes de mi profesión, yo lo atenderé con todo el empeño y cuidado de que soy capaz.

Le he fijado un régimen, para que observe puntualmente, hasta mi vuelta. El ejercicio y la distracción, son dos poderosos agentes con que cuento para proporcionarle alivio, porque ya sabe usted cuánto influye lo moral en lo físico. Así es, que le he recomendado mucho que pasee, que lea, que escriba, que dibuje, y que se ejercite en la música, en la cual he observado que es muy inteligente, pero que, por desgracia, hoy le tiene una decidida aversión. Para que mi partida le sea menos penosa, ayer he puesto en sus manos la competente licencia para que un joven español, muy su amigo, y compañero también de desgracia, pueda salir y entrar libremente en el hospital, sin traba alguna; ocurrencia que le causó un placer vivísimo.

Dios conceda á usted resignación, y á todos nosotros lo que nos convenga mejor. De usted obediente servidor y amigo.



CARTA IX.

Antonio á Manuel.

San Lázaro, 1º. de Abril de 1824.

Querido mío: Ya no me admiro de que el "fatalismo" tenga prosélitos. Es, en verdad, un dogma absurdo y desconsolador; pero es muy fácil acomodarnos á él, porque exime á la razón de averiguaciones penosas, y de conjeturas más ó menos molestas: libra al corazón del temor, que alguna vez detiene al hombre en un sendero peligroso; ó, á lo menos, afloja el ímpetu de las grandes pasiones. Sobre todo, no teniendo valor para examinar y meditar, nos cuadra perfectamente el hallar una explicación á todo, sin necesidad de engolfarnos en las cuestiones metafísicas, que se enlazan con las de la moral pública y privada. A pesar de mis sanos

principios, yo mismo suelo verme perdido en medio de vacilaciones que me cansan; y muchas veces supongo bien en mis raciocinios, y discurro tan mal, que me confundo, y ya no encuentro la salida de aquel laberinto horrible. Permíteme que lo repita siempre: la religión, sí, la religión es el mejor hilo de Ariadna para guiarse; y la idea de una "Providencia" sabia é infinita, es más racional que ese ciego y formidable fatalismo, que hiela nuestro corazón, y seca, en nuestra alma, la fuente de las acciones nobles y magnánimas.

Es verdad, también, que nosotros tergiversamos miserablemente esa idea sensata y religiosa; y al hablar de las cosas y de los hombres, nos parecemos á Procusto, aquel tirano de Sicilia, que tendía en un lecho de hierro á los transeuntes, alargando, a la fuerza, las piernas de los infelices que las tenían cortas, y cercenando las que eran más largas que el lecho; resultando de allí, que la historia de la humanidad se encuentre igualmente desfigurada. A excepción del interés que la religión, ó la filantropía, han inspirado en su favor á algunos hombres de bien, mil pasiones han guiado á los demás; y es doloroso observar, con un filósofo, á los políticos dividiendo á los hombres en nobles y plebeyos, en soldados y en esclavos: á los moralistas, en avaros,

hipócritas, bellacos y orgullosos: al poeta trágico, en tiranos y oprimidos: al cómico, en bufones y necios; y al médico, en fin, en sanguinolentos, pituitosos, flemáticos y biliosos. ¿Qué se ha reservado, pues, á la virtud y á la honradez? ¿qué á la nobleza de ánimo, á la elevación de ideas, y á la generosidad de los sentimientos ¿qué al valor en la adversidad, á la firmeza en las desgracias, y al desprendimiento en los puestos elevados? ¿Nada se concede á la lealtad, al patriotismo y al honor?; ¿nada, en fin, al hombre recto que cumple con sus deberes públicos y privados? Casi nada, Manuel mío, casi nada; y si los fatalistas han reflexionado en todo esto, poco tiene de extraño el que lleguen á obcecarse, y menos si, por una desgracia lamentable, han sido indiferentes en materia de religión.

¡Dios me perdone mis arrebatos! Pero al ver en acción los medios ocultos de esa "Providencia," mi sobresalto crece de momento en momento. Contemplo, pasmado, este giro incomprensible del mundo, los resortes que obran en él, la cadena que enlaza y sujeta todos los sucesos de la vida.... y de repente me he detenido en un camino que yo creí fácil; pero que, realmente, no es otra cosa que un insondable caos. ¡Cuántas veces no he llegado á figurarme, que las ideas que se me inculcaron en la niñez son falsas ó erró-

neas: que los moralistas que he leído son visionarios; y que mis maestros no han comprendido bien las máximas ni los principios que me infundieron!

La situación de mi pobre amigo y compañero de desgracia, me ha sugerido todas estas reflexiones, amargas, en verdad, pero disculpables. Por fortuna, ¡y este es un beneficio que debo á la infinita bondad del Señor!, no me veo abandonado á mis propias inspiraciones. Cuando en ellas me encuentro engolfado, el capellán parece adivinarlas; y, con una sola palabra aleja las tinieblas de mi espíritu, fortificando oportunamente los afectos sinceros de mi corazón triste y afligido. Cesa entonces la perplejidad, vuelve la paz dichosa del alma, y se disipan mis temores y sobresaltos. Mi enfermedad misma parece ceder á los consuelos religiosos; y en el propio instante en que me hallo en los bordes de un precipicio, que veo abierto ante mis ojos, y próximo á tragarme, un rayo de luz ilumina la escena, guía mis pasos, y encuentro la senda perdida. Lágrimas y suspiros me cuesta todo esto: pero "post nubila Phoebus." Después de una borrascosa tempestad, todo reaparece sereno y tranquilo. Entonces puedo consolar á Regino: encuentro reflexiones oportunas para calmar su aflixión, sentimientos dignos para fortificar su ánimo abatido, y documentos preciosos para

ilustrar su espíritu, poco versado en las grandes verdades, que más no importa aprender, y no olvidar jamás en los trances de la vida. Es, ciertamente, una lucha abierta la que sostenemos; pero no desconfío de mi victoria, porque la "verdad" jamás fué vencida. Logro además otra ventaja: á saber, que mientras con mayor tesón me empeño en transmitir mis convicciones á Regino, más y más me ratifico en ellas.

Como te anuncié en mi carta anterior, Regino obtuvo, en fin, mediante el influjo de mi respetable amigo el doctor Frutos, permiso para salir del hospital, cada vez que desease pasear por estas inmediaciones. Yo esperaba que tal suceso le causase la mayor complacencia; pero noté, con sorpresa, que la noticia le era del todo indiferente. Sin embargo, poco después, deshaciéndose en lágrimas, me dió muestras repetidas de su profundo agradecimiento. Varias veces se dispuso á salir en mi compañía; pero lo mismo era fijar su inquieta mirada sobre las playas, sobre el mar, sobre las embarcaciones surtas en la bahía, y, más que todo, sobre los confines del azulado horizonte, que se descubre desde la puerta principal de nuestra prisión, cuando el infeliz se conmovía espantosamente, sollozaba, cubríase los ojos con ambas manos, y retrocedía abismado en un dolor vehemente y

profundo, para encerrarse, horas enteras, en un solitario y obscuro rincón de su reducido aposento. Mis consejos, mis palabras consolatorias, y los ruegos del capellán, vencieron al cabo su irresolución, y, como azorado, salió conmigo, hace cinco días, á pasear sobre los blancos arenales de la playa. Nuestro amo Germán, á quien Regino aún no conoce de vista, se hallaba casualmente ocupado en el cementerio, lo cual le impidió acompañarnos en esta excursión. El bueno y honrado viejo desea, con ansia, conocer al pobre muchacho, á quien tiene ya casi el mismo grado de cariño que á mí me profesa.

Renunciaré, porque es preciso, á la pintura de los varios afectos y emociones que asaltaron, en aquel momento, á mi desgraciado amigo. La patria, con todos sus recuerdos tiernos y dolorosos: la familia extinguida: la corta edad malograda: la horrible é incurable dolencia que sufre: las ilusiones agotadas: los proyectos frustrados: las fuentes de la vida emponzoñadas para siempre: el porvenir espantoso y sin esperanza: la muerte cierta y próxima.... Todo, todo se agolpó en aquella imaginación electrizada, y que vomitaba fuego como un volcán.

—Descansemos, amigo mío, díjome de repente. Sentémonos sobre esta piedra minada por el agua, porque no puedo más.

Miró hacia todas partes, y luego continuó:

—Nadie nos escucha, y nadie se burlará de mi dolor. Necesito llorar, mi querido Antonio: quiero desahogarme, y lanzar al cielo un grito de desesperación, porque, de otra suerte,... yo quedaría.... quedaría muerto... en este sitio... ¡Ay de mí!

Estrechélo contra mi corazón que latía con una fuerza horrible, porque en aquel momento se precipitaron, en tropel, sobre mí, todos mis recuerdos angustiosos, todos mis atroces sufrimientos, todas mis agonías... ¡Ah!, si Regino lloró, si dió rienda suelta á su dolor.... yo también, querido mío, yo también sufrí una crisis inexplicable.

En vano me afanaba en buscar consuelos para aquel desdichado. Tenía su dolor un carácter tan intenso de verdad, que mis palabras espiraban antes de proferirlas. Comparaba mi situación con la suya, y la veía menos horrible, pero no menos infeliz. ¡Qué sé yo! más de una hora me quedé como un estúpido, observando aquella tristísima y dolorosísima escena. Al cabo pude aventurar algunas frases.

—Regino, mi pobre Regino: ¡por Dios amigo querido! El hombre material ha triunfado ya bastante. Serénese usted, reflexione conmigo, enjugue esos ojos, y

vuélvalos á Dios, que es fuente de amor y de bondad.

Guardaba ya silencio; pero de sus ojos brotaban dos raudales copiosos de lágrimas.

—Regino mío, continué yo: escuche usted á su amigo, á su compañero de desgracia, á su hermano que le ama, y que como usted, ha pasado al través de esas sensibles pruebas. Imíteme usted, obre de una vez la razón, y no sea esclavo de sus sentidos. Convengo en que esta enfermedad arredra al hombre más intrépido: harto lo sé yo por mi propia experiencia. Pero el alma... ¡De qué sirve entonces el alma, ese ser que nos anima, que nos vivifica, y nos hace pensar! ¿Cree usted que es un don sin precio, que nos ha concedido el Autor de la naturaleza? Si todo huye de nosotros, si vemos descuadernarse esta máquina admirable, ¿no tenemos dentro de nosotros mismos ese principio creador de un mundo? ¿Ese agente poderoso, que ninguno se atreve á negar, por más que crea que es material ó inmaterial, perecedero ó imperecedero, no ha de servirnos de algo? ¿Es posible que lo sometamos, abatiendo así su nobleza, á las exclusivas impresiones de la carne? Tengo derecho para hablarle este lenguaje, mi querido Regino, y permítame manifestarle que una buena conciencia, basta á indemnizar á un pobre le-

proso de todos sus padecimientos físicos.

—Ese consuelo será bueno para usted, Antonio mío; pero para mí... ¡ah!, ni sabe usted con qué mónstruo infame está alternando.

Dos sentimientos se cruzaron rápidamente por mi alma en aquel instante. El primero, fué un reproche que me hice á mí mismo, al hablar de la conciencia, cuando la mía aun no estaba suficientemente purificada de mis anteriores crímenes. El segundo, fué el asombro que me causó la intempestiva revelación, que se le escapó al desgraciado Regino. Ambos sentimientos se mezclaron entre sí, y produjeron un extrañísimo efecto sobre todo mi individuo, en tales términos, que permanecí en la misma actitud y ademán en que me sorprendó la exclamación de Regino, por más de dos minutos.

—Ya lo veo, prosiguió con amargura: usted se horroriza, y se avergüenza de tenerme por amigo.

—No, Regino. Por Dios, no interprete usted de esta manera mis sentimientos. Aunque hubiese usted sido el mayor malvado que pisase la tierra, no por eso se rebajaría, en un ápice, el entrañable afecto que he llegado á cobrarle.

El pobre muchacho volvió á llorar de nuevo, y yo continué usando con él de las palabras más tiernas y afectuosas.

—No crea usted, díjome pasado algún

tiempo, que la especie que me ha oído, por primera vez, se me ha escapado involuntariamente: no. Verdad es que no tenía valor para aventurarla en una conversación; pero días hace que miraba como uno de mis principales deberes, el comunicarle los pormenores de mi vida criminal. Yo sabía que usted habría de disculparme, y que aun no haciéndolo, no por eso retiraría su amistad, consuelo precioso que debo al Cielo, á esta desvalida criatura, que si ha delinquido, más se lo debe á los perversos ejemplos que á la vista tuvo, que no á su natural inclinación. Durante sus paseos fuera del hospital, he borroneado en mi cartera unos apuntes, que sé muy bien leerá usted con interés y benevolencia. Voy á dárselos en llegando á casa. Léalos usted, mi generoso y magnánimo amigo; y si un profundo remordimiento, y una larga serie de desgracias, cree usted que son bastantes para purgar mis crímenes vergonzosos, entonces seré feliz, en cuanto cabe, pues que no mirará usted horrorizado al bandido infame, á quien ha tendido una mano generosa, para sacarlo del cieno de corrupción en que se ha revolcado.—Basta, Regino mío, basta. Ha llegado usted á formar de mí un concepto, que casi me avergüenza. Repítole, que nada es capaz de disminuir la estimación que le tengo.

—¡He sido un pirata!

—No se sobrecoja, si le digo hoy que desde el primer día en que se explicó á medias conmigo, lo entendí bastante; y ya ve Vd. que esto no me ha hecho impresión ninguna, porque yo no confundo á los verdugos con los víctimas.

—Tiene usted razón: sin embargo, yo me he dejado arrastrar voluntariamente en un fango inmundo, del cual no he salido, sino en fuerza de las circunstancias.

—Conozco algo el influjo de las pasiones, y sé medir la distancia que hay entre un malvado por inclinación, y un infeliz que se ve colocado en una posición extraña, por su desgracia, ó por un destino inevitable.

Regino me tomó la mano, y la tuvo pegada á sus labios por mucho tiempo. Retrámonos al hospital, y allí me entregó su manuscrito, que devoré con ansia. Copiosas lágrimas he derramado, al considerar cuán desgraciada ha sido la carrera de ese pobre niño, que apenas dió en el mundo el primer paso, cuando ya no tuvo á quien volver los ojos. Ciego y sin guía, ¿qué había de hacer en un mar proceloso, y sembrado de escollos funestos? Me ha autorizado para remitirte esos apuntes: tú los leerás, Manuel mío, y estoy seguro que, de hoy en adelante, Regino te será más querido. ¡Pobre joven!; ¡cuántos puntos de contacto tiene su suerte con la mía!

El doctor Frutos partió, y su ausencia me ha sido muy sensible. Respecto de mi salud, nada nuevo tengo que decirte. Padezco mucho, en verdad; pero no por eso dejo de conocer que el buen régimen me hace provecho, porque, al menos, este formidable enemigo no marcha con pasos de gigante, como al principio. Mi espíritu va cediendo, paulatinamente, de la vehemencia que lo tenía en un grado de exagerada tensión; y la lectura de Bernardino de Saint-Pierre, me hace hallar placer hasta en los sentimientos melancólicos. Cuando me muestra las ruinas de la naturaleza, ó me guía al través de las tumbas y de los escombros de las ciudades que ya pasaron, admírome al observar la suavidad con que deja caer, gota á gota, sobre mi corazón un bálsamo de saludable consuelo. Este es el principio de una importante revolución en mis afectos morales. Bien informado te considero de los sucesos que pasan en la ciudad y sus inmediaciones. ¡Dios salve á la patria!

Adiós, Manuel mío. No te fastidies del pobre lazarino. Cuando termine su penosa carrera, entonces podrás juzgarlo mejor. Hoy sólo debes consolarlo, y rogar á Dios por él. Sé que así lo haces, y que llenas muy cumplidamente mi lugar, al lado de mi buen padre. Sin embargo, como siempre que de tí me despido, me cubre una

sombra de tristeza, no debes extrañar algunas de mis frases, que acaso te parecerán, ó injustas, ó vacías de sentido. Vuelvo á encargarte la lectura de la cartera de Regino; y vuelvo también á despedirme. Adiós.



La Cartera de Regino[1]

Primera Parte.

....¡Lucha noble y gloriosa! Un pueblo valiente, leal y sufrido, se alzó en masa, se arrojó en un palenque formidable, y desafió al poder más colosal que han visto los siglos. ¡Vengan mi rey y mi libertad! Los Pirineos vomitan sobre la

(1) Es una cartera vieja, y muy ajada. Sus primeras hojas están humedecidas, raídas, y los caracteres que hay en ellas están ilegibles, casi del todo; pero se dejan conocer algunos fragmentos de versos trazados con lápiz, varias cifras entrelazadas, y uno ú otro dibujo borrado. Muchos de esos caracteres parecen de mano de mujer. En la hoja 17 comienzan estos apuntes.

Península impetuosos torrentes de fuego y destrucción, contestando á este alarido sublime y aterrador. Ambas orillas del Ebro, y Cataluña, Navarra, las dos Castillas, las Andalucías... desde Reux hasta Cádiz, desde Irum hasta Valencia..., todo se eriza de bayonetas. Los caminos reales resuenan constantemente con la incansable marcha de los siempre vencedores ejércitos de Napoleón, la lid se traba, y comienzan los desastres. ¡Vengan mi rey, mi independencia y mi libertad...! Tal fué el grito de los generosos españoles. ¡Ah! Volvió el rey, después de seis años de una guerra á muerte...., venció el pueblo español al capitán del siglo, y recibió por recompensa la opresión, y la más vergonzosa esclavitud. ¡Sangre de tantos millares de víctimas!, algún día fructificará el árbol que has regado tan copiosamente.

Yo desperté á la luz de la razón, en lo recio y más empeñado de la guerra. Mis hermanos mayores estaban alistados en las filas de los patriotas. Mi padre me llevaba de la mano á las galerías de las cortes, reunidas en Cádiz bajo las baterías enemigas; y las primeras impresiones que allí recibí, fueron el odio á los franceses, y el amor de la patria y de la libertad.

Creció aun más la borrasca, y al fin arrebató, en su impetuosa rapidez, á to-

dos los míos. Quedé solo en el mundo, á la edad apenas de nueve años. Los patriotas andaban dispersos: los amigos de mi familia emigraban al extranjero. "Venció la nación, cayó el tirano, volvió el rey!" Tal era ya el nuevo grito que escuchaba; pero yo no podía comprender, por qué los caudillos de la libertad estaban aherrojados en las más obscuras y estrechas prisiones; por qué se levantaban patíbulos, en todo el reino, para los patriotas más esclarecidos; ni por qué, en fin, el himno de la victoria se trocaba en cántico funeral. Confundido y absorto, dejé escapar, por la primera vez, un grito de maldición; pero era un grito vago é indefinido. Corrí al sepulcro de mi padre, muerto de resulta de cierta herida, que recibió en una acción junto al "Trocadero:" le pedí inspiraciones: lloré.... y al cabo, me retiré tranquilo, porque sucumbió como mueren los valientes, y no á manos de un verdugo infame, que ahorcaba á los liberales, seguramente en nombre de Satanás.

Cuando mi honrado padre murió por la patria, también mis hermanos y dos tíos, que me amaron mucho, ya habían presentado la ofrenda de sus vidas en el altar de la libertad. La autoridad pública me nombró un tutor, para que se encargase de mi educación y de mis bienes, que no eran cortos. Ese tutor, parecía

amigo de mi padre, y yo había creído que tenía sus propias ideas, según se expresaba en la época anterior. Pero luego comenzó á hablarme sobre un decreto de 4 de Mayo, que yo no comprendía á derechas: se empeñó en arrancar de mi corazón las semillas, que en él habían caído: me dió unos maestros tan infames como ignorantes: su aspereza rayaba en despotismo intolerable; y un día le hice mil reproches, que lo confundieron y avergonzaron. ¡Muy pronto se vengó el malvado! Por instigaciones suyas, se fulminó un proceso contra la memoria de mi padre..., y mis bienes quedaron confiscados, en beneficio de la real hacienda, porque la virtud, lealtad y patriotismo de aquel héroe, se calificaron de traición y rebeldía. El villano que me servía de tutor, me lanzó de su casa, manifestándome que sus funciones habían cesado. Yo me quedé sobrecogido de pavor y de amargura. Corrí á quejarme á todas las autoridades, desde el capitan general, hasta el comisario de cuartel. De todas partes fuí lanzado con oprobio, y con una brutal insolencia.... Mi primera maldición fué contra las cosas.... Esta vez maldije á las cosas y á los hombres.

Sin embargo de que el infame tutor me había dicho que ocurriese por mi equipaje cuando gustase, yo juré no recibir cosa alguna de su mano inmunda y desleal....,

y cumplí mi juramento. Anduve vagando por las calles... Uno ú otro conocido, que encontraba, me dirigía cierta mirada de compasivo desdén, y proseguía su marcha sin detenerse. ¡ Ay de mí !, no sólo era yo inocente, sino incapaz de delinquir.....; y no obstante sufría un castigo horrible é inmerecido... ... ...

... ...

Por la noche, volví otra vez al cementerio, á lamentarme ante el sepulcro de mi padre, contra las injusticias de los hombres. Una tumba es un monumento colocado en los límites de este y del otro mundo; y al acercarme á la que encerraba los inanimados restos del hombre virtuoso que me dió el ser, me pareció sentir el influjo de la divinidad. Aun no se habían borrado de mi alma mis primeros sentimientos religiosos. ¡ Todavía conocía y amaba á Dios, porque el emponzoñado soplo del vicio y de la corrupción, no había agostado la lozanía de mi espíritu. ¡ Todavía era yo una flor tierna y fragante! Resolví abandonar á mi patria, en la cual nada me quedaba, sino aquel sepulcro y aquellos huesos, á los cuales yo no podía decir: 'Levantaos y seguidme á una tierra extranjera." ¡ Ah ! nunca me olvidaré de aquella noche sombría, en que mis ojos se secaron de tanto llorar.

Salí del cementerio, y volví á aquella animada y bulliciosa ciudad. Eché á an-

dar, al azar, por las primeras calles, y ni un amigo, ni un conocido, ni una sola alma piadosa encontré que se doliese de mí. Para pasar la noche, me tiré en un soportal, en que solían pasarla los pillos, los mendigos y la gente más soez é inmunda de la ciudad. Por la primera vez de mi vida, escuché ciertas palabras horribles, que me helaron. El lenguaje de aquellos perdidos, me pareció tan extraño y sorprendente, que llegué á figurarme que, ó estaba con fiebre, ó que había sido arrebatado á una región desconocida. Todo lo que el vicio y la malignidad pueden inventar de más obsceno y asqueroso, apenas podría compararse con el discurso infernal, con que uno de aquellos desalmados, arengaba á la zahurda de vagamundos, que allí estaban reunidos sin distinción de sexos ni edades. Escurrime hasta un rincón obscuro, á donde no llegaba la luz de un farol que alumbraba la calle, y me dormí, rendido de cansancio y de fatiga. Yo no sé lo que pasaría en el resto de la noche; pero algún escándalo ocurrió, cuando la guardia de un cuartel inmediato acudió á aquel funesto sitio, y arrastró á la cárcel á cuantos encontró allí. Yo pedía, por Dios, que me oyesen, y me dejasen libre. Mis gritos y mis súplicas fueron inútiles, porque nadie se dignó hacer alto en mí, por más señas que daba de mi persona. Marché á la cár-

cel; y la cárcel vino á ser mi segunda escuela social. La primera fué la casa de mi padre, en que sólo había aprendido los más sanos principios de religión y patriotismo.

Confuso y avergonzado, no hacía mas que llorar, cuando conocí que era inevitable el mal que me vino, sin buscarlo. Esperaba que me interrogasen, á fin de dar mis descargos, y obtener la libertad. ¡Esperanza vana! Nadie se tomó la molestia de informarse, y, pasados ocho días, me destinó el alcaide, hombre duro y feroz, al servicio interno de la cárcel.

—Pero, señor alcaide, le dije: ¿qué autoridad me condena, sin oirme siquiera?

—¡Hola el rapaz!, me respondió, mirándome de pies á cabeza. Parece que llegó hasta tu ridícula persona, el maldito contagio de la constitución. ¿Qué hablas tú de condenar con audiencia ó sin audiencia, renacuajo?

—El maldito y el ridículo es usted, infame verdugo. Yo soy hijo de un patriota honrado y valiente, que murió por la santa causa de la libertad.

—¡Esas tenemos, eh! A ver, cómitre: dijo entonces con sorna: hágase usted cargo de este ilustre vástago de un patriota, y... con veinticinco hay bastante, por ahora.

Y aquellos monstruos me desnudaron,

y me maltrataron, hasta dejarme medio muerto, y cubierto de sangre...... ....
... ...

Todo mi valor y mi sufrimiento quedaron agotados, en esta terrible y durísima prueba. Mi alma quedó exhausta de sentimientos, y mi corazón se halló tan oprimido, que por espacio de tres meses, más parecía yo un estólido ó un bruto, que un ser racional y sensible. Todos me humillaban, me injuriaban, y se divertían en molestarme y hacerme daño. Vestido con el traje de la casa, mis ocupaciones eran las más bajas y abyectas: mi alimento, un pedazo de pan bazo, negro y duro, con algunos otros mendrugos que podía recoger. Un día llegó á su colmo la medida de mi sufrimiento. Ejercitábame en amolar un cuchillo, que había servido en la mesa del alcaide, cuando éste pasó junto á mí, y, por vía de diversión, me dió un tremendo golpe en la cabeza, que me hizo saltar la sangre por boca y narices.

Sólo recuerdo que hice ademán de abalanzarme sobre aquella fiera, y que poco después caí sin sentido. Más tarde supe que había dado catorce puñaladas á aquel desventurado, y que había muerto en el acto. ¡Dios le haya perdonado sus crímenes!

¡Heme aquí en el principio de una nueva carrera! Cuando me ví encerrado en

un calabozo húmedo y obscuro, con una pesada barra de grillos á los pies, y sin tener en donde reclinar la cabeza, comencé á recoger mis ideas. Uno á uno pasaron por mi acalorada imaginación, todos los sucesos de mi vida, tan corta y tan sembrada de calamidades. ¿A quién había causado ningún mal? Niño, tan niño como era: ¿en qué podría delinquir? Yo siempre había sido bueno, indulgente y afable con todos, porque tales fueron los primeros sentimientos que se grabaron en mi corazón: ¿por qué, pues, condenarme á arrastrar, desde el principio, la odiosa cadena que pesaba sobre mi cuello? Perdíame en un mar insondable de conjeturas: agitábame en medio de mil vacilaciones. ¡Perdóname, ó padre mío! llegué á figurarme, que acaso habrías sido algún criminal famoso, y que, por tanto, la justicia del Cielo, y la del mundo, me habían escogido como á víctima expiatoria. Abrumado de dolores de cuerpo y alma, sin hallar quien me aliviase las prisiones, sin tener, en muchos días, á quien dirigir la palabra, para rogarle que, por amor de Dios, me diese la muerte... casi fuí perdiendo la cabeza. Lancé gritos agudísimos... pedí misericordia, y, á la vez, proferí blasfemias, profanando el nombre.... ¡Era ya una criatura perdida!!! No sé lo que ocurrió después.

Cuando pude recobrar un tanto el uso

de mis potencias, me hallé tendido en una cama de hierro, sujeto fuertemente á ella, vestido con un ropaje singular, y encerrado en una especie de jaula estrecha. Algunas personas, como por curiosidad, se acercaban á mirarme, me daban golpecitos con una varilla larga, me arrojaban frutas como á un animal montés y lanzaban estrepitosas carcajadas al observar mi aire estúpido, y mis contorsiones ridículas.

—Ya no es tan huraño, decía uno.

—Tiene más cara de tonto que de loco, respondía otro.

—¿Le aprovecharon las azotainas, eh?

—Sí: el loco por la pena es cuerdo.

—Pero, ¡vaya un loquito furioso!

—Parecía un demonio encarnado.

—Loquito, ¿ya no quieres dar puñaladas?

—Loquito de mi vida y de mi alma, ¿todavía eres muy patriota y muy constitucional?

¡Ah! entonces comprendí que me hallaba encerrado en una casa de locos, en Sevilla... ... ...
... ...Mi abatimiento fué extremo. No hacía sino llorar, hilo á hilo, los días y las noches. A nada respondía, y mostraba en todo la más profunda indiferencia. Comía y bebía mi ración miserable, con resignación y paciencia.... hasta que por lástima, ó

por aburrimiento, me franquearon la puerta. Sucio, andrajoso y enfermizo, comencé á arrastrar mi triste existencia por aquellas calles... ¡Quince meses habían transcurrido desde la muerte del alcaide! Mi memoria, ¡qué sé yo!, nada me decía de cuanto había pasado. Mendigaba humildemente mi sustento.... dormía en un zaquizamí, que un pobre anciano me ofreció. ¡Así pasaron seis meses más de mi existencia!!!

Pero al fin, mis facultades mentales comenzaron á recobrar su aplomo. Reflexionaba ya, y me parecía imposible, que yo fuese aquel niño Regino, á quien su honrado padre había procurado educar con tanto y tan singular esmero. Recordaba que había aprendido á leer y escribir correctamente: que había tenido maestros....: que mis adelantos eran aplaudidos; y que todos decían que era yo la esperanza de mi familia; pero, en aquel momento, era yo un semi-bruto, un ser estúpido, que pertenecía á la escoria de la sociedad. Me pedía razón de mi conducta, y nada encontraba que reprocharme, si no fuese el haber alimentado siempre los sentimientos generosos, que en la infancia me había inculcado. ¡No hay remedio!, exclamaba. A mí me han querido educar en un mundo ideal, y es preciso salir de esta quimera.

La imagen de aquel alcaide muerto á

mis manos, me perseguía; y sin embargo, yo podía decir á cualquiera, "ven, júzgame, y, si te atreves, condéname."

Un día hice sobre mí mismo el más vigoroso esfuerzo, y resolví salir, á cualquier precio, de aquella condición humillante. Si inculpable, dije para mí, he sufrido tan crueles tormentos, yo veré que hacen de mí, teniendo diferente conducta.

¡¡¡Metíme á pillo!!!

En medio de mis diversas correrías, remanecí en Cádiz, á donde me arrastraban mis antiguos recuerdos. ¡Vergüenza tuve de visitar la tumba de mi padre!

Un sujeto, embozado con aire de misterio, sorprendióme, cierta noche, extrayendo un pañuelo del bolsillo de no sé qué oficial superior, que se paseaba por la plazuela de San Antonio. Corteme al punto.—¡Chist! me dijo: deme usted el pañuelo.—Entreguéselo maquinalmente, y corrió á devolverlo á su legítimo dueño, significándole que, en su tránsito, lo había dejado caer. Volvió luego junto á mí, que aun no recobraba del susto, y me mantenía clavado en el mismo sitio. Tomóme de la mano, y me dejé guiar. Entramos en una casa pequeña, pero de apariencia muy decente. Subimos la escalera, y me encontré en una salita bien amueblada. Despojóse mi hombre de un gran capote que lo cubría, y apareció

un joven de agradable presencia, que se puso á examinarme con la mayor intención.

—Eres un pilluelo: díjome al cabo.

—Sí, señor.

—Has abrazado un malditísimo oficio.

—Sí, señor.

—Merecías la horca.

—Sí, señor.

—¡Eh, no hay que moler! ¿Quieres hacer algo de provecho?

—Con mucho gusto.

—Bien: yo necesito de un muchacho vivo, así como tú: ¿me entiendes?

—Me parece que sí.

—Así me gusta: con sus puntos de malicioso.

—Puede usted disponer de mí.

—Por supuesto que dejarás de ser ratero: ¿es verdad, ó es mentira?

—Es verdad.

—Y has de hacer lo que yo te mande, al pie de la letra: ¿qué tal?

—Lo que usted me mande, al pie de la letra.

—¡Nada de miedo!

—Nada de miedo.

—Perfectamente. En la madrugada próxima, saldremos á la mar.

—Cuando usted guste.

—Ahora, ven y cenarás. ¿Tú bebes vino?

—No, señor

—Peor para tí. En fin, sígueme.

Entramos en la pieza inmediata, en donde estaba preparada la cena. Concluída la refaccion, me ordenó mi hombre que me quedase á dormir allí, hasta que viniese en busca mía. Dormí, en efecto, algunas horas. A la madrugada nos dirigimos al caño del Trocadero, y nos embarcamos en un falucho, que nos llevó á bordo de una pequeña goleta ¡Empezó, entonces, mi vida marítima, cuando apenas contaba doce años de edad!

Segunda Parte.

En medio del desorden y confusión que reinaban en mi pequeño cerebro, hubo siempre grabado en él un pensamiento fijo, vehemente y consolatorio, que me hacía entrever, allá al través de fantásticos horizontes, un porvenir lejano, que mi imaginación ataviaba de galas brillantes, y de una gloria inmarcesible. Este pensamiento, fuente única de las gratas emociones de mi vida breve, borrascosa, no era sino un vago recuerdo sembrado de ilusiones. Recordaba, pues, que durante la época dorada de mi venturosa infancia, solía mi padre llevarme á orillas del mar: que doblábamos la rodilla so-

bre la movible arena de la playa, paseando la vista en aquella inquieta superficie, ó fijándola en los azulados confines del agua y del cielo. Oraba el autor de mis días, y yo repetía sus palabras misteriosas, lleno de unción y recogimiento piadoso. Nuestra oración parecía elevarse lentamente hasta el solio del Altísimo, envuelta en aquellas olas espumosas que, en su movibilidad perdurable, bañarían alternativamente los ignorados límites de este y del otro mundo. Explicábame, en seguida, los detalles de la vida marítima: referíame las proezas y singulares aventuras de los navegantes célebres, y encendíase mi fantasía con extraordinaria vehemencia. Desde entonces yo quise ser marinero, y tal fué siempre el voto más sincero de mi corazón. Pero, ¡ah! ninguno ha querido comprenderme, ni encontré jamás quien me encaminase por el buen sendero, ni quien estimulase mis nobles sentimientos. Por todas partes he hallado el vicio y el crimen difundidos por la tierra, enseñoreándose del mundo, y dando la ley al género humano. ¡Era yo una pobre criatura réproba y maldita, y mi destino había de cumplirse más tarde ó más temprano!!!

Sin embargo, aunque tal es mi convicción de hoy, no siempre he sentido, en toda su fuerza, el grave peso de mis infortunios. No siempre el signo infausto

de mi vida ha ejercido sobre ella su maléfica influencia. Sí: bien lo recuerdo. Alguna vez he soñado deliciosamente, recostado en un césped florido á la mágica sombra de frondosas arboledas. Otras veces mi enardecido espíritu háse remontado hasta encumbradas y aéreas regiones, y allí... sí, allí he respirado auras apacibles, sumido voluptuosamente en una atmósfera de gloria y de amor. Verdad es que mis sueños han pasado á la manera de un relámpago instantáneo, que tan pronto ilumina los cielos, cruzando de oriente á poniente, como desaparece, dejándonos sumidos en lobreguez espantosa. Lo es también que muy en breve he caído al suelo, precipitado desde aquellas regiones encumbradas. Lamentable desengaño, y horrible ciertamente; pero tal ha sido mi suerte, y así ha pasado mi peregrinación en la tierra. ¡Y su término parece aun más horrible!

Las pocas horas que pasé en aquella misteriosa habitación de Cádiz, antes de embarcarme y salir á la mar, fueron para mí de las más risueñas y agradables. ¡Había tanto tiempo que arrastraba una existencia sembrada de dolores y amarguras! Yo iba, en fin, á lanzarme en esa vida agitada y peligrosa, objeto querido de mi corazón. Recreábame en formar proyectos, y en llevar adelante, allá en mi encendida imaginación, las más atrevidas

y deslumbradoras empresas. Ya era un conquistador bravo y animoso, que sojuzgaba países remotos é ignorados: ya el habitante solitario de una isla desierta; y ya, en fin, el generoso marino, que liberta á sus semejantes de una muerte segura. Era yo, sucesivamente, Vasco de Gama, Colón, Hernán Cortés, Robinsón, Pablo Jones, ó La Perouse. Unas veces me entregaba á un combate naval rápido, encarnizado, en el que tres minutos de un ataque á toca penoles de tal suerte que la efusión de la sangre horrorizase á los enemigos, nos daba la victoria; y otras... ¡qué sé yo! Soñaba dulcemente, porque en aquella noche todos fueron sueños halagiieños.—Mi ánimo estaba embriagado de placer cuando puse los pies á bordo de la goleta, en que me embarcaba yo por la vez primera.

No era aún de día, cuando la pequeña lancha que nos condujo á bordo de la goleta, después de haber recibido el conductor algunas instrucciones que no comprendí, regresó á tierra, haciendo un largo rodeo, y excusando aproximarse á ciertos puntos determinados. El equipaje de la goleta púsose luego en fagina, mientras que mi joven patrón, medio recostado sobre las escotas de popa, y mirando con un anteojo hacia todas direcciones, fijándolo frecuentemente sobre el fondo de la bahía, comunicaba enérgica-

mente sus órdenes, que eran ejecutadas con la mayor puntualidad y el más profundo silencio. Desplegadas todas las velas, salimos muy luego del puerto, y nuestra embarcación quedó confundida con otras numerosas, que hacían el tráfico de la costa. Elevóse el sol sobre el horizonte, iluminando brillantemente las torres y murallas de la noble y antigua ciudad, y los buques surtos en la bahía; pero el nuestro estaba ya fuera de un peligro que, como entendí después, era inminentísimo. Su porte y arboladura, lo eximieron de una pesquisa, que podría habernos comprometido en un lance ruidoso.

Luego que perdimos de vista la tierra inmediata y las embarcaciones costeñas que, en gran número, iban y venían, el joven marino pareció respirar con más sosiego. Quitóse la montera de paño azul que tenía en la cabeza, echóse hacia atrás los numerosos bucles castaños que flotaban sobre su frente curtida por los rayos del sol, y mirando con aire alegre y satisfecho á sus diez fornidos marineros, mandó subir botellas y preparar el almuerzo.

—¡En salvo, eh! exclamó dirigiéndose al contra-maestre, que era un italiano vejancón, alto, robusto, de facciones duras, mirada atroz y maneras bruscas.

—Sí, signor. A poco andare, io credo che noi avremos lasciato queste acque

troppo temibile; e lei, signor bravo capitano, avrá alontanato, la paura che l'assalta.

—¡Cáspita, ya lo creo! ¿Querías acaso, maledetto compagno, que yo no tuviese miedo de largar el pellejo en manos de esos bandidos que me siguen la pista, y á quienes si en la mar puedo desafiar, en tierra debo temer? ¡Me agrada la indirecta!

Y observando que el contramaestre me examinaba con atención, prosiguió.

—Ya: no te había hablado de esta alhaja preciosa. Es un recluta que hice anoche en la plaza de San Antonio. Al golpe he conocido el provecho que podía sacarse de él, y quedó enganchado para ser á bordo de la "Invisible," lo que yo fuí al principio, si es que te acuerdas, á bordo del "Duende" que en paz descanse. Figúrate no más, que este chico es un pilluelo, y que....

¡Oh! dijo el contra-maestre continuando el diálogo, y procurando dar á su fisonomía cierta expresión de una alegría, casi imposible en aquella cara de fierro colado. ¡Oh! vi ringrazio, caro mio amico, vi ringrazio, una et altra volta, perche nella face di questo piccolo, bisogna guardare tutto il porvenire della "Invisible."

—Y tú no eres mal pronóstico, que digamos. Acuérdome, como si fuera hoy,

que lo mismo dijiste de mí, cuando aquel cara-cortada, á quien Dios condene, me robó del lado de mi padre para hacerme uno de los suyos á bordo del "Duende." Y ya ves: me parece que no te he dejado mal.

—¡Corpo di Bacco! Il capitano é io lo credo, un bravo uomo: appunto.

Aunque yo no comprendí sino una parte de la rápida conversación que entre ambos había ocurrido, entendí sin embargo lo bastante para juzgar entre qué especie de gentes me hallaba. Conocí que aquella no era muy buena compañía, y que los sucesos de mi vida seguían complicándose más y más, por causas independientes de mi voluntad.

La "Invisible," según supe poco después, era un buque contrabandista, montado por gente audaz y emprendedora, muy dispuesta á arrostrarlo todo á la sola voz de su capitán, que ejercía sobre la tripulación el influjo más decidido y poderoso.

Mi posición era rarísima, en los primeros momentos, á bordo de la "Invisible." En efecto: si mis únicos títulos de recomendación eran el haberme hallado aquel hombre entre la escoria vil de la sociedad, y ejercitado en el oficio infame de pillo y ladronzuelo, á la verdad que mi actual situación no era la más apropósito para desarrollar el gérmen de vir-

tud que pudiese encerrar mi corazón, demasiado tierno todavía, y susceptible de recibir toda especie de impresiones. Reflexioné, aunque rápidamente, en estos caprichos y extravagancias de la vida, y llegué á creer, por una desgracia que lamentaré siempre, que me era imposible salir del mal sendero que había comenzado á recorrer tan temprano, supuesto que no era mi obstinación, sino la fuerza del destino, la que me arrojaba, sin misericordia, en la espantosa carrera del desorden. Resigneme, pues, y resolví entregarme ciegamente en manos de mi nuevo guía, complacerlo en todo sin vacilar, obedecer su voluntad y caprichos, y hacer cuanto de mí dependiese, para que de día en día hallase nuevos motivos de celebrar mi genio y audacia, y de aplaudir mis felices disposiciones. Si antes transigí, á pesar mío, con el vicio, de entonces en adelante resolví ser malo hasta donde alcanzasen mis fuerzas, y obrar de manera que, tarde ó temprano, adquiriese un renombre entre la gente perversa, y llegase á ser citado como el modelo de los hombres más audaces y temerarios. En vano se me presentaron en tropel á mi espíritu los gratísimos recuerdos de la primera infancia, cuando mi padre, afanándose en la educación de su hijo predilecto, me inspiraba tan nobles sentimientos, y me ofrecía el

modelo de todas las virtudes. En vano una voz interior me gritaba, con penetrante acento, que iba á perderme irremisiblemente, y para siempre, si no cambiaba de propósito. En vano, finalmente, el temor de los peligros me asaltaba de una manera siniestra y espantosa. Nada bastó á retraerme, y á todo hallaba solución, con sólo considerar que no era culpa mía el verme empeñado en el camino de perdición. Preparéme á cuanto pudiese sobrevenir, cerré los ojos, y he allí al niño abandonado, al débil niño que aun no había llegado á la pubertad, resuelto á ser un criminal precoz, obrando más por instinto que por convicción. ¡Y sin embargo, el emponzoñado aliento de las pasiones viriles no había penetrado en lo más profundo del corazón! ¡Y los formidables misterios del amor, del odio, de la ira y de la venganza, aun me eran ocultos y desconocidos!... ... ...

... ...

Tomadas algunas precauciones, por lo que pudiese sobrevenir, sentóse el capitán en un ángulo del caramanchel, y comenzó á almorzar en unión del contramaestre, á quien, cuando aquel estaba de buenas, trataba con deferencia y afecto, y entonces más parecía éste su amigo é íntimo consejero, que un subalterno que le debía respeto y obediencia. Yo, entretanto, me había colocado á una distancia

respetuosa distraído en mis reflexiones, y esperando que se me impusiese alguna orden, para cumplirla sin replicar, cosa que, por otra parte, me habría sido imposible en semejante coyuntura.

—Ven acá, guapo, acércate: gritóme de repente el capitán, fijando en mí sus relumbrantes ojos.

—Mande usted, mi capitán.

—¿Has perdido ya el miedo?

—¡El miedo! Jamás lo tuve á nada, ni á nadie.

—¡Ola! me gustas por intrépido. Toma este vaso de rom, y bébetelo á mi salud y á la de nuestro amo Genaro Chiabrera, que aquí está presente.

—¿De rom? Yo nunca bebo aguardiente.

—¡Voto va! Pues aprenderás á beberlo de grado ó por fuerza. ¡Reusar el aguardiente! ¡Qué disparate! En la mar cuando el pobre marinero se siente calado de humedad hasta los huesos, ó ha empleado cinco ó seis horas en la maniobra, ó en dar un abordaje cuando el caso lo exige, un vaso de buen aguardiente es entonces un delicioso fortificante, que entona los nervios, y repara las fuerzas agotadas. En la mar, así como en tierra, el aguardiente, chico mío, es un bálsamo, un nectar, un específico contra todos los

males de cuerpo y alma. ¡O licor incomparable, yo te bendigo!

Y al terminar el apóstrofe, sorbió de un solo trago el encedido brebaje que contenía el vaso que me había ofrecido. Al punto llenólo de nuevo, y con voz imperiosa me ordenó que lo apurase. Firme en mi propósito de sujetarme á la voluntad de aquel hombre singular á quien yo había ligado mi suerte y mi existencia, alargué la mano, tomé el vaso, y bebí.....

Difícilmente podré explicar hoy la extrañísima sensación que entonces experimenté. Desde la boca hasta el bajo vientre sentí como un río de fuego abrasador, que me quemaba y corroía las entrañas. El calor fué comunicándose rápidamente por todos los miembros, y llegué á figurarme que me arrastraban al través de una inmensa hoguera. Hice un doloroso esfuerzo para gritar, y no pude porque mi voz espiró en los labios, sin articular sino un sonido mal formado, bronco y gutural. Mi gesticulación seria, sin duda, ridícula y grotesca, pues que excitó en todo el equipaje una risa estrepitosa y prolongada, que contrastaba con la helada seriedad del italiano. Esta pantomima acabó de aterrarme, y la única idea que me ocurrió confusamente, en aquel momento terrible, fué la de que el malvado capitán habría querido em-

ponzoñarme, asesinándome por mero pasatiempo. Pocos instantes después, todo el calor se fijó en la cabeza, que ardía como el cráter de un volcán. Mis miradas vagaban siniestramente, y mi cuerpo parecía colocado en un eje, sobre el cual giraba con una rapidez extraordinaria. Ya no era dueño de mí mismo, y estaba sumergido en una cruel agonía.

—Oto vaso, cobarde, gritóme de nuevo el capitán: otro vaso, y verás lo que es bueno. La primera prueba arde, pero no hay cuidado: después cría callos el gaznate, y hasta el demonio es capaz de colarse en el estómago por tan estrecha vía.

Y maquinalmente extendí otra vez la mano, tomé el vaso que me ofrecía aquel verdugo sin saber lo que iba á hacer, y... volví á beber. Entonces todos los objetos que me cercaban, se revistieron de formas fantásticas y estravagantes, y empezaron á confundírseme, hasta que gradualmente desapercieron. Halléme después sumido en una atmósfera de luz, que fué sembrándose á trechos de grandes listones negros, y que al cabo se convirtió en un abismo de obscuridad, desde cuyo fondo percibía un lejano rumor, en que los aplausos de la marinería se confundían con el bramido de las olas. Estaba ya en el último grado de embria-

guez, y caí como muerto sobre el caramanchel.

¡Povero diabolo! Fué la última exclamación del italiano, que acerté á escuchar. Aunque mezclada de algún desprecio, jamás me olvidé de esta señal de compasión que debí á aquel ente raro y atrabiliario.

Heme detenido en los odiosos pormenores de este suceso, porque no puedo recordarlos sin estremecerme involuntariamente. Sin embargo de haberme parecido un suplicio atroz aquella tremenda prueba, ¡vergonzoso me es hoy el confesarlo!, me aficioné desde luego al uso de las bebidas fuertes, y todos los excesos que cometí después provinieron, de ordinario, de mis frecuentes embriagueces. Pesaba, pues, sobre mí una mano fatal que me agobiaba, que me oprimía haciéndome imposible toda resistencia. Todos los vicios y todas las pasiones se conjuraban para asaltarme, apoderarse de mi corazon, avasallar mi espíritu, y rendirme para siempre. Alguna vez como que rebuía bajo de aquel peso, é intentaba sacudirlo sacando fuerzas de flaqueza. ¡Dios mío! la lucha me dejaba sin aliento, y de todo punto postrado y abatido. El triunfo... ¡ah!, ¡ah!, el triunfo fué siempre de los enemigos que me cercaban. El capitán, aquel infame seductor, removía con mano diestra y poderosa el

germen maldito que mi corazón encerraba, como lo encierra el corazón de todos los hombres. Complacíase en aquella obra infernal, y cada progreso que yo hacía en el maltatado sendero del crimen, era un nuevo motivo de aplauso. Más tarde, yo pagué con mi odio y mi malvolencia á aquel perverso corruptor. Pero el mal que me había causado era irreparable. ¡Pobre juventud!, cuando entregada libremente á sí misma, se deja arrastrar por las pasiones desenfrenadas! ¡Desgraciada, más desgraciada todavía, si en vez de encontrar una alma buena que guíe su conducta en el piélago del mundo, sólo viene á precipitarla una mano infernal empujándola en el abismo! Una mala compañía, es la peor calamidad que puede sobrevenirle á un niño. Volvamos al asunto.

Ignoro cuanto tiempo pasé sumergido en un sueño doloroso, cercado de angustias inexplicables. Acometido de una especie de fiebre aguda, todos los sucesos de mi vida se me presentaron en tropel, no como habían ocurrido, sino en confusión y desorden, acrecentándose y modificándose de mil maneras tan raras y extravagantes, que se convirtieron en una larga, atroz y horrible pesadilla. Ya era el alcaide muerto á mis manos, que, revolcándose en un fango de sangre, me miraba con aire feroz y sombrío. Ya era

mi padre, que desde su sepulcro lanzaba contra mí una maldición tremenda, que me hacía palpitar las carnes. Ya era aquel desleal é infame tutor, que con una sonrisa diabólica aplaudía mis crímenes, y las desgracias en que me había sumergido. Unas veces me creía arrebatado por un torbellino de humo pestilente, que me sofocaba y ahogaba, y á cuyo través se me presentaban todos los excesos de mi locura, ó las bajezas de mi vida de pillo. Otras, me figuraba que una embarcación de piratas estaba á mis órdenes, y que el robo, el saqueo, el asesinato y los crímenes más horribles eran cometidos á mi vista y bajo mi dirección: la sangre corría á torrentes, y los miembros de las víctimas aparecían palpitantes aquí y allí. ¡Ah! yo creo que gemía, sollozaba y aun lanzaba agudos alaridos, según era la vehemencia é intensidad de mis sueños, ó, más bien, de mis visiones.

De improviso, creí haber oido un rumor semejante á un trueno prolongado y espantoso. Desperté despavorido, creyendo que se realizaba alguno de mis sueños funestos, y que los vanos y pálidos fantasmas que me cercaban, recibían vida y vigor para luchar conmigo y exterminarme. Abrí los ojos, y en un instante no pude comprender lo que ocurría, ni aun el sitio en que me hallaba. Era ya muy entrada la noche, y espesas

tinieblas me rodeaban. Una voz fuerte é imperiosa dominaba el ruido.

—¡Eh, eh! Calen la boneta del foque..... ¡Voto á Dios! Bien. Iza: iza: iza más, muchachos valientes: iza. Amarra, canalla infame.

Volvió á resonar aquel trueno. Recordé entonces lo que había pasado, coordiné un tanto mis ideas, y quise incorporarme. Imposible: mi cuerpo estaba como engarzado dentro de un enorme rollo de guindaleza, en forma espiral, que ocupaba un rincón de la cubierta, y que me servía, á la vez, de prisión y de trinchera. El bramido del viento y de las olas agitadas, el crugido del velamen y aparejo de la goleta, los gritos del capitán que mandaba, y el ronco quejido del equipaje que maniobraba con rapidez y precisión, y más que todo, la proximidad siempre creciente de los cañonazos que me habían parecido truenos, convenciéronme, al fin, de que nuestra goleta era perseguida por otra embarcación de más potencia. El capitán seguía mandando.

—¡Orza, orza voto á Cristo! ¿No ves, condenado, que el barco presenta el flanco á las olas, y que nos vamos á aconchar contra ese malditísimo bergantín?

El timonel presentó la proa al viento.

—No tanto, estúpido, derriba un poco... bueno, sigue, sigue así.

Reinó un momento de silencio. Interrumpiólo de nuevo el capitán gritando.

—Ahora. Carguen las velas, y ¡fuego con la carronada de estribor!

—No ¡corpo di Bacco! replicó el contramaestre, no: ancora non. Bisogna spectare.

—¿Y por qué rayos cuando el bergantín á quien lleve Satanás, está ya encima, y nos ha tomado el barlovento?

—Como lei voglia; má facciamo il piú insignificante rumore, e tutto é perduto: la testa, primo che niente.

—Tiene razón el maldito carcamán, murmuró entre dientes, y luego prosiguió. Bien. Echa alas y arrastraderas: vivo, vivo ¡voto al diablo! Amarra. Mucho será que... venga el anteojo de noche. ¿No digo? Suelten los rizos á la mayor. Ya. ¿No decía yo? Mucho será que este tiburón pueda soplarse al pececillo....

El contra-maestre tomó el anteojo á su vez, y quedóse observando gran trecho. Nuestra goleta hendía el agua, haciendo fuerza de vela para huir del bergantín que la perseguía.

—Guarda qui, guarda qui, dijo el italiano acercándose al capitán, y dándole el anteojo.

Tomólo el capitán, y miró un instante.

—¡Al pairo, al pairo, al pairo luego, condenación de Dios! Vivo, que el ber-

gantín nos corta la proa, y un convoy de demonios va á llevar á remolque á la "Invisible" ¡voto va! arría, arría en banda, malditísima canalla. Listos: venga con la madre de Dios: bueno, bueno. ¡Ah, hijos de Satanás! Firmes, muchachos valientes, firmes, y apoyarse en los obenques cuando venga el balance. Cierra el portalón de babor que embarca mucha mar.... Así.... así.... ya pasa... Ahora, muchachos, cobra, cobra, cobra violento. Bueno, Carguen las velas y listos para virar en redondo. Carguen, ¡y fuego con la carronada de babor! ¡Guapo tiro! Pronto, viren en redondo....

En el momento el bergantín correspondió con una fuerte andanada; pero la destreza y serenidad del capitán nos había salvado del peligro en aquel momento crítico y terrible. La prontitud con que detuvo la rapidísima carrera de la goleta, mientras que el buque enemigo pasaba por la proa, á riesgo de hacernos pasar por ojo, ó venirnos al abordaje, la oportunidad del tiro que le lanzó, y la maña y habilidad con que cambió súbitamente de dirección; todo ello hizo que el bergantín se desorientase en la obscuridad que reinaba, y perdiese la nueva dirección que comenzábamos á seguir. De cuando en cuando nos dirigía, á la ventura, un tiro de bala; pero esto sólo servía para guiar en su fuga á nues-

tra pequeña goleta, que ya estaba en salvo evidentemente. A poco tiempo después, se ordenó á la gente que se echase á descansar de las fatigas, quedando á verificar su cuarto de vela los marineros á quienes tocaba. Todo volvió á quedar sumergido en un largo y sombrío silencio.

Sin fuerzas para moverme, con la cabeza algo trastornada, y con las potencias abatidas por efecto de la embriaguez, permanecí inmóvil dentro de mi extraña y desagradable prisión por todo el resto de aquella prolongadísima noche, que me pareció de un siglo, sin que en el discurso de ella hubiese alguno que diese señales de acordarse de mí, ni de mi infeliz situación.

Con frecuencia veía yo asomarse por la puerta de la cámara un fantasma envuelto en una enorme chaqueta de balleta obscura, y cubierta la cabeza con una gorra también obscura. Parecía un centinela que estaba sobre aviso, para no dejarse sorprender de algún peligroso accidente. Sus miradas, que vibraban centellas de fuego, se fijaban á veces en el cielo, como buscando algún objeto que le sirviese de guía: otras observaba la brújula, marcando con cuidado y silencio el rumbo que seguía la nave: otras, en fin, las dejaba caer á plomo sobre los bultos que yacían en la cubierta, para

cerciorarse de que la gente estaba en su puesto, y lista para obrar á la primera señal que recibiese. El capitán, que era quien tenía esta cuidadosa vigilancia, "¡corredera!" gritaba de cuando en cuando, y al punto se ponían en pie los marineros suficientes para practicar expeditamente esa operación, que da á conocer aproximadamente el número de millas que echa el barco en un tiempo dado. Este hombre de fierro casi no dejó una vez su puesto, para dar á sus fatigados miembros el reposo que necesitaban. Sin embargo de su propensión constante á emgriagarse, jamás perdía la cabeza, ni descuidaba de los objetos que estaban á su cargo.

Luego que el sol apareció sobre el horizonte, el contra-maestre italiano subió hasta el tope del trinquete, y con un poderoso anteojo recorrió lentamente todo el espacio que podía descubrirse. Después de algunos minutos empleados en esta operación, gritó desde arriba al capitán que, en pie sobre el botalón, esperaba el resultado de la descubierta:

—Niente á fatto.

—¿Nada absolutamente?

—Niente á fatto.

—¿De seguro?

—Siccuro.

—Bien, me conformo con esto. ¡Qué diablos! No ha sido mala ¡voto á sanes!

de la que hemos salido. ¡Eh! No hay cuidado. Esto habrá sido una funesta equivocación, porque me parece imposible que esos malditos de la aduana, trascendiesen esta guapa expedición de la "Invisible." (Dios la guarde.) Además, cuando zarpamos ayer de la bahía de Cádiz, que me ahorquen de un penol, si ese barco se hallaba en el puerto. ¡Bonito soy yo para que se me escapase! Demasiado lo sé, ¡toma!, porque para estas cosas tengo yo un ojo de lince; y la prueba es que fuí el primero que lo atisbé ayer, y eso que el sol iba poniéndose ya. ¡Canario con el diablo del bergantín! No: yo me sé muy bien cuando deban emplearse útilmente las pocas fuerzas de una goleta contra un bergantín.

Mientras tenía consigo este monólogo en voz alta y sonora, se paseaba, á pasos largos, de popa á proa, descalzo, envuelto en su levitón de balleta, calada la montera hasta los ojos, las manos metidas en las bolsas, y una pipa en la boca. Después de un momento de silencio, que ninguno se atrevió á interrumpir, acercóse á uno de los portalones, y allí permaneció largo tiempo sumergido en sus reflexiones. Acercóse en seguida al timonel, observó en la brújula el rumbo que seguía la goleta, miró el cata-viento, y continuando en su paseo, prosiguió el inte-

rrumpido monólogo, sin dignarse ver ni dirigir la palabra á nadie.

—¡Condenación de Dios! y luego aquel viejo y tacaño judío, ¿qué va á decir?: veinticuatro horas perdidas. ¡Eh! percances de la mar. ¡Maldito bergantín. Si después de esto se le antoja al vendaval, hoy que lo necesitamos, estarse quieto, y no venir en nuestro auxilio, está visto, nos quedamos fuera del Estrecho, y ¡negocio perdido! Precisamente en esto fundo yo mi fama: nadie me ha de llevar la delantera. Me importa un ardite: ni el comerciante de Cádiz, ni el ladronazo judío de Gibraltar á quien de buena gana yo ahorcaría, podrán fiarse sino del capitán Frasquito. ¡Voto va! Si llegaran á jugarme una pasatina, esa sería la señal infalible de su ruina y perdición.

—¡Eh, canalla!, continuó dirigiéndose á la gente. Vamos, muchachos valientes, apareja á virar. Esto no puede seguir así, porque ya hemos dejado muy atrás el cabo Espartel. Listos, y la proa al E., cuarta al N. E., y no hay cuidado.

Concluída la operación, tal como la había ordenado, pidió el café y un frasco de brandi. Comenzaba á tomar su desayuno, cuando exclamó de repente.

—¡Diablo! ¿y el chico de ayer? ¿Qué es del chico de ayer? Si no se ha echado al agua, á buen seguro que se haya desertado.

Medio muerto de sed y de hambre, sacáronme del escondite en que la compasión del contra-maestre había hecho meterme el día anterior.

—¡Voto va, pobre diablillo! Tendrás una gazuza atroz. Toma este vasito, y refosílate un poco.

Obedecí con la mayor docilidad. El licor no me desagradó tanto como la vez primera, y almorcé con sin igual apetito. El contra-maestre, entretanto, parecía observarme con un interés afectuoso.

—Vamos, continuó el capitán: basta ya de aprendizaje, del cual parece que no has salido tan mal. Cuidado con aficionarte demasiado á los buenos tragos, porque no habría á bordo repuesto suficiente para satisfacer tu afición. Cuatro ó seis vasitos al día, y aferra. Es preciso trabajar, y tus ocupaciones, por ahora, serán servirme á la mesa lo cual no te vendría muy mal, barrer la cámara, y cuidar de mi maleta. ¿Sabes escribir?

—Un poco.

—Basta con ese poco, y ya aprenderás mucho. Asentarás lo que yo te dicte, en el cuaderno de bitácora. Ahora marcha á tus quehaceres, y te exijo lealtad, silencio y aplicación. ¿Me entiendes? Voy á ser tu maestro, á darte una brillante educación, no precisamente á bordo, sino también en tierra, y á hacerte

hombre. ¡Cuidado! Mira que el día que te vendrá muy mal, barrer la cámara, de arrimar más palos que pelos tengo en el bigote. Anda.

En el momento tomé posesión de mi nuevo destino. Muchacho de cámara.

Nuestra navegación siguió bien. A la una de la tarde doblamos el cabo Espartel, y embocamos en el Estrecho con toda feliicdad. Pasamos sin temor ni recelo enfrente de Tánger, y al cerrar la noche ya avistábamos á Ceuta, que procuramos evitar para no ser observados por algún buque de guerra ó guarda costa. En el discurso de la noche hicimos la travesía, y al día siguiente, á las siete de la mañana, dimos fondo en Gibraltar. Allí, á vista del cónsul español y de los empleados ingleses, embarcamos un grueso contrabando. Zarpamos á las ocho de la noche, é hicimos rumbo con dirección á Málaga. A las veinticuatro horas justas, aportamos, sin novedad, á una pequeña ensenada á barlovento del puerto. Ya nos esperaban con impaciencia dos lanchas bien equipadas que, en el resto de la noche, llevaron á tierra todo el cargamento, á disposición del consignatario de una casa fuerte de Cádiz. A las nueve de la mañana siguiente, la "Invisible" entró en el puerto de Málaga, en donde el capitán presentó sus papeles, que fueron hallados en toda regla.

Bajamos á tierra: nos alojamos en una casa medianamente amueblada, en la cual parecía gobernar como dueño mi nuevo amo. Vivíanla una señora como de treinta y seis años de edad, y dos hijas suyas. La mayor tendría quince, y la menor doce.

¡¡¡Mujeres funestas, que después han ejercido en mi vida tan fatal influjo!!!

LA CARTERA DE REGINO

Tercera Parte.

¡ Singular es la condición de la criatura! Cuando el bien aparece á sus ojos, rara vez se figura que el mal viene, ó puede venir en pos, si es que no esté, como sucede frecuentemente, encubierto allí mismo bajo de una exterioridad falsa de bondad y de belleza. Soy joven, muy joven aún, y no me atrevo á lisonjearme de mi experiencia en las cosas del mundo, en los extravíos del entendimiento, y flaquezas del corazón. Sin embargo, he recibido tantas y tan numerosas lecciones, que me creo con derecho para aventurar algunas quejas contra la vida, mejor dicho, contra los hombres. Corta es mi edad: larga, funesta y horrible la serie de los sucesos, de que se encuentra sembrada. Unas veces representando un papel importante, otras teniendo muy pequeña parte, y otras, en fin, siendo un simple espectador, mas de un drama formidable y atroz se ha desarrollado y terminado en presencia mía. ¡ Bendita sea

la misericordia del Señor, porque jamás he dejado de experimentar remordimientos, después de un crimen cometido! En vano las pasiones desatadas y enfurecidas han gritado con más fuerza y vehemencia, que la religión: en vano he hecho firme propósito de no escuchar esa voz interior, y, arrojándome en un piélago, en un abismo de crímenes, he jurado sobreponerme á todo, y dominar, con altivez, sobre la razón y sobre ese juez inexorable que llevamos dentro de nosotros mismos. No: nunca he podido lograrlo, á pesar de mis redoblados esfuerzos. Este torcedor que antes me había sido tan insoportable, y contra el cual he luchado obstinadamente, es hoy mi salvaguardia y mi único refugio. Sí: he llegado á convencerme, aunque un poco tardíamente, que si me salvé del peligro, lo debo á la voz de mi conciencia. Porque el idioma de la conciencia, es el idioma de Dios. ¡Miserable de mí, si avezado como estuve al crimen, éste hubiera llegado á ser una necesidad de mi vida, una necesidad identificada con mi existencia! Sumido luego en este hospital que infunde pavor, perdida la esperanza de salir de él, lanzado y proscrito de la sociedad, esquivado de todo el género humano, y no ciertamente por temor al contagio que pudiese ocasionar el vicio infame, sino porque mis frágiles miem-

bros se han contraído y cubierto de una inmunda y repugnante lepra; no me habría quedado otro arbitrio que el suicidio, y tras él.... la muerte eterna, si felizmente ese joven incomparable, virtuoso y á la vez desgraciado como yo, no hubiese acudido en mi auxilio. ¡Oh poderoso Dios! ¿Cómo negar tu bondad y tu misericordia? Relegado al desprecio público, agobiado bajo el peso de tantos crímenes, sin padres, sin parientes ni amigos, sin una sola alma piadosa que se doliese de mí, lejos de mi patria adorada, arrastrado por la fuerza y la violencia á estos lugares funestos, en donde viendo desgarrarse mis miembros á influjo de tan maligna dolencia, tendré que presenciar diariamente el horrible espectáculo de un hospital de lazarinos... ¡qué hubiera sido de mí, si ese Antonio no hubiera fortificado mi espíritu, levantándome del profundo abatimiento en que yacía, y guiándome al través de un mundo nuevo, que hasta entonces me era desconocido!! Para él escribo estas tristes memorias; y aunque es virtuoso y rígido en su moral, aunque es joven, ¡ah!, yo confío en su buen corazón. Se dolerá de mí, deplorará mis extravíos; pero no me los echará en cara para humillarme, aunque harto lo merezco. Voy á presentarme ante él como si fuera mi juez.... Sí: sólo Antonio puede juzgar-

me: rehuso y detesto el juicio de los demás hombres, porque ellos se han obstinado en no querer comprenderme. Si yo he sido malo, de ellos y no mía es la culpa.

Desde los primeros momentos de mi trato y relaciones con la señora y las dos niñas, comprendí que era aquella casa una nueva escuela que me estaba preparada allá en los decretos misteriosos del destino. Bella y arrogante fisonomía: maneras desenvueltas: talento y habilidad poco comunes en su sexo: locución dulce, florida y abundante. Tal era la madre. Las hijas imitaban perfectamente el modelo que tenían á la vista. Sin embargo, en el fondo existía una notable diferencia entre la una y la otra. Carlota, la mayor, poseía un corazón de fiera: Refugio, por el contrario, era dulce y apacible. Ambas estaban colocadas en un sendero peligroso de inmoralidad y desorden, que, al fin, recorrieron en toda su extensión, guiadas por el depravado ejemplo de la madre, mujer sensual y voluptuosa, que se había olvidado de sus deberes más sagrados, para echarse en los brazos del capitán Frasquito, mucho más joven que ella, pero con el cual había simpatizado por más de un motivo. Frasquito era, no hay duda, un hombre de hermosa y seductora figura. Sus miradas fascinaban, y sus modales atraían,

cuando quería insinuarse en el ánimo de cualquiera. Pero era, de ordinario, arrebatado, feroz, sanguinario y dado á la embriaguez. Ignorábase su origen; y su carrera y aventuras sólo eran conocidas del contra-maestre de la "Invisible." Si Da. Esperanza, tal era el nombre de su manceba, no amaba en él sino el placer, yo puedo asegurar que, en este punto, estaba perfectamente correspondida, porque Frasquito la aborrecía mortalmente, y su intención, manteniendo estas relaciones, era la de seducir y corromper á las hijas. Esa desventurada no podía quejarse, porque la mujer que deja de ser virtuosa, y, loca ó malvada, permite ser envuelta en el torbellino de sus pasiones, está expuesta á ser burlada y vilipendiada, sin que á la infeliz le sea lícito reprochar á los otros y echarles en rostro su conducta. ¿Con qué títulos lo haría? La sociedad, si se quiere, bien podrá ser injusta en este punto, como lo es en otros muchos. Pero ¿á quién es dado invertir el orden establecido? ¿Será á los filósofos y declamadores contra los errores del género humano? ¡Esfuerzos vanos é impotentes, que se estrellan contra los hábitos, ó las preocupaciones, si así place!

El capitán me equipó muy decentemente para presentarme en aquella casa. Cuando entramos en ella, madre é hijas hacían labor en una sala pequeña y bien

amueblada. Mientras recibía Frasquito los reiterados ósculos de las niñas, y el saludo lánguido, melancólico y lleno de reconvención de la madre, yo me mantuve en la puerta, esperando mi vez de presentarme. Refugio me vió, y lanzando un grito de alegría, en que mostró tanta inocencia como viveza, corrió hacia mí con los brazos abiertos. Vacilé un momento.... estrechéla, al fin: no sabré decir hoy si con la misma inocencia y candor de que ella aparecía poseída. Carlota mostró enfadarse: el capitán y Doña Esperanza sonrieron maliciosamente; y Refugio y yo quedamos cortados.

—¡Eh! ven acá, díjome Frasquito, ven á ofrecer tu buena voluntad á estas señoras, que tendrán mucho gusto en conocerte.

Acerquéme un poco aturdido, haciendo dos ó tres cortesías torpes y mal dirigidas. El capitán continuó.

—Este es un niño, señora, cuya educación me ha sido confiada. Es hijo de un coronel valiente y generoso, quien pasando de servicio á la América, en donde hoy se están rompiendo las cabezas en la guerra de independencia, no ha sabido hacer otra cosa mejor, que entregarme al muchacho, á fin de saacr todo el provecho posible de su habilidad y talento. Tráigomelo, pues, á Málaga, y más ade-

lante le enseñaré el pilotaje, conforme á la intención de su padre.

Yo estaba un poco desconcertado oyéndolo mentir con tal sangre fría y serenidad; pero no me atreví á interrumpir su relato, y dejé que se explicase del modo que le pareciese mejor, resuelto siempre á aceptar el papel que quisiese encomendarme. Tan lejos de disgustarme semejante ficción, al contrario, me halagaba extraordinariamente. Prosiguió, pues, en su novela.

—Mi amigo el coronel, que muy feliz viaje haga en estación tan diabólica, ha depositado en mis manos una buena suma de reales para el efecto; y yo estoy en la firme resolución de no abusar de su confianza en lo más mínimo. ¿Me explico? Así es que desde hoy mismo le proveeremos de un buen maestro; y espero, mi señora Doña Esperanza, que usted querrá acoger bajo su protección y amparo á este caballerito, para quien la edad harto madura de usted será un título respetable de seguridad y de confianza.

El rostro de Doña Esperanza se bañó visiblemente de una palidez mortal: mordióse los labios de rabia, y sus ojos brillaron de un modo que me causó pavor y alarma. Pero este arrebato fué momentáneo; al punto recobró su aplomo, y haciéndome una graciosa inclinación de

cabeza, respondió dulcemente al capitán.

—Enhorabuena, Frasquito: tú mandas aquí, y puedes hacer lo que mejor te plazca. Este niño, cuya fisonomía es tan viva é insinuante, bien puede permanecer en esta casa, como en la suya propia. Yo ofrezco servirle de madre, si es que acepta este título de amor y benevolencia.

Bajé los ojos, y dile las gracias como mejor supe. Refugio se regocijó infinito: Carlota, aunque con fría gravedad, díjome algunas palabras corteses.

Poco después me retiré á una pequeña habitación que me destinaron.

Desde aquel momento, cada uno de los personajes de este fatal drama, me destinó á servir á sus miras.

Doña Esperanza tenía celos de Frasquito: sospechaba que algún nuevo amor lo entretenía y distraía del antiguo; pero no acertaba á fijarse en el objeto. Algunas ideas vagas solían asaltarle, acerca de lo que realmente pasaba: perdíase en un mar de conjeturas, y se extraviaba. Trató aprovechar la oportunidad que se le venía á las manos, y concibió la idea de insinuarse conmigo, y constituirme en espía de los pasos del capitán.

Frasquito, por su lado, aburrido y fastidiado de la madre, había declarado más de una vez, con buen éxito, sus pretensiones infames á la mayor de las hijas. Pensó que yo podría servir de instru-

mento en esta horrible abominación, si entraba en aquella casa de un modo que alejase toda sospecha de intriga ó connivencia.

Carlota, que veía en su madre una rival peligrosa, porque conocía la vehemencia de sus pasiones, contó con ganarme á su partido, y obligarme á concurrir á la realización de cualquier proyecto que intentase. Tal vez obraba de acuerdo con el capitán.

Refugio deseaba, por imitación, tener un amante. Me vió.... y creyó amarme.

Con el transcurso del tiempo fué desarrollándose progresivamente este plan, que debía conducir á un desenlace tan terrible, el cual aun no ha terminado del todo. Hubo infames escenas de oprobio y envilecimiento: húbolas de muerte y carnicería: las hay, aún, de miseria y corrupción. Yo, que por desgracia también representé mi infausto papel, me estoy arrastrando en un hospital de leprosos. ¡Bendigo la justicia de Dios, que así me castiga!

El capitán vino luego á mi habitación.

—¿Estás contento? me preguntó.

—Lo estoy con cuanto usted quiera.

—¡Eh! Eres muy brusco.

—Me parece que respondo á la pregunta, y no hay motivo para amostazarse.

—Bien. Has visto cómo deseo que se

te trate en esta casa. Te toca, ahora, corresponder á las miras que me he propuesto, que todas redundarán en beneficio tuyo. Acuérdate que has sido un pilluelo, y que yo quiero hacer de tí un hombre cabal. Tu interés y el mío exigen, no lo olvides, la mayor reserva y precaución. Alguna vez te embarcarás conmigo, y haremos juntos un viaje; pero, por ahora, tienes que permanecer en tierra. He mentido en tu obsequio: algo harás por mí, ¿no es esto?

—Dígole á usted, y le repito, que estoy enteramente á sus órdenes: que soy suyo con toda mi alma; y que no pretendo hacer otra cosa, sino lo que me mande. El afán de mi vida será complacerle y sujetarme á su voluntad.

—Me gusta, y acepto tu resolución.

—Aunque quisiera, no podría evitarla: soy un pobre huérfano, abandonado....

—Dejemos eso á un lado, que no viene á cuento. Yo no sé qué casta de pájaro eres, ni intento averiguarlo. Creo que te sobran motivos que te obliguen á aplaudir mi discreción: si los hay, no quiero saberlos. Por ahora, sólo me interesa revelarte un secreto, para que te sirva de gobierno. Doña Esperanza es....

Y acercándoseme al oido, terminó la frase con una obscenidad indigna de repetirse, y que no dejó de sonrojarme, porque aun no estaba totalmente corrom-

El capitán, alzando la voz, prosiguió:
pido, como sucedió andando el tiempo.

—Por lo que acabo de decirte, arreglarás tu conducta venidera. Verdad es que eres un niño; pero yo creo que has hecho ya un buen curso de picardías y travesuras, para no figurarme que en tu temprana edad estés iniciado en ciertos misterios, y versado en otros más. ¿Qué tal? ¿me equivoco?

Incliné la frente algo ruborizado; mas luego alcé la vista, miré fijamente á mi interlocutor, sonreíme, y perdí, al fin, la vergüenza. Satanás volvió á intervenir en mis pensamientos, sin duda, porque en aquel momento conociendo ó adivinando á dónde se dirigía la intriga, resolví seguirla maliciosamente en todos sus detalles, sin detenerme en ninguna consideración. ¡Ah, Dios mío, cuánto me ha pesado!

Frasquito me estrechó cordialmente la mano, y salió del aposento.

Aquella niña viva y graciosa, volvió á presentarse á mi imaginación. Largo tiempo ocupó mis pensamientos, y cuando, á la hora de comer, la ví otra vez, me pareció más bella y hechicera. ¡Quién lo creyera! Yo comenzaba á amarla; pero ¿cómo podré explicarlo? La amaba, no con ese afecto tierno é inocente que pudiera emplear un niño de doce años apenas, de un corazón puro y virginal,

sino con esa especie de frenesí malicioso y apasionado, con que un libertino, un niño corrompido y diabólico, pudiera acercarse á un objeto que lo atrajese. Si la semilla era mala, el terreno en que había de sembrarse y germinar era peor, y los frutos, naturalmente, debían de ser pésimos y detestables. Este es el curso de las cosas. Pensaba, á mis solas, que supuesta la declaración franca é ingenua del capitán, no debía tener sobre mí las plausibles miras de que se gloriaba. En efecto, los precedentes de esta original situación en que me veía colocado, no se conformaban con los proyectos que ostentaba mi protector. En fin: yo me resigné á pasar por todo. ¿Qué podría hacer para evitarlo? Por otra parte, arrojado fuera de la sociedad por una serie de injusticias, había resuelto, de antemano, no ponerme en contacto con ella, sino para volverle mal por mal. Frasquito me preparaba el camino de la venganza: arrojeme en él, resuelto á atropellarlo todo, sin exceptuar á mi nuevo guía. El último destello de mi inocencia había desaparecido. Acabábase ¡ay de mí!, harto temprano aquella existencia mágica, para comenzar otra formidable, extraña..., en fin, una existencia excepcional.

Presentóse luego otro personaje.

Era el maestro escogido por Frasquito

para darme las primeras nociones de álgebra, geografía, historia y lengua inglesa, en todo lo cual, sea dicho de paso, hice notables progresos, sin embargo de que esto no entraba en las miras y cálculos del capitán, para quien era indiferente que aprendiese ó dejase de aprender. Bastábale que maestro y discípulo sostuviésemos las apariencias.

Las tres señoras y yo permanecíamos en la sala, cuando entró el pedagogo. Saludó, y su saludo fué correspondido con la mayor cortesía. Sólo que yo me figuré que Carlota y el recién-venido habían cruzado una mirada de inteligencia. Procedió éste, en seguida, á hacerme un ligero examen sobre mis conocimientos primarios. Poco era lo que había olvidado de cuanto me enseñaron en tiempos más felices. El maestro significó su satisfacción, haciendo un largo elogio de mi capacidad y recursos mentales. Díjonos que esperaba hacer de mí un hombre cabal, pues pronosticaba que mis adelantos serían rápidos. Yo estaba abismado en un mar de cavilaciones. Aquel hombre grave, de edad provecta, vestido de negro á la rigorosa, ocultos los ojos detrás de unas gafas cuyos vidrios eran de un azul obscuro... me parecía haberle visto en otra parte. Su voz hacía en mi oído mucha impresión; pero nada pude

adelantar en mis conjeturas. Tan perfecto era el disfraz.

Al día siguiente, volvió, y quedamos solos.

Mi sorpresa fué extraordinaria al reconocer á nuestro amo Genaro Chiabrera, el contramaestre italiano de la "Invisible," explicándose en español correcto y elegante. Significuéle mi admiraión, y roguéle me aclarase aquel misterio, que me hacía concebir vehementes pero vagas sospechas. Impúsome silencio, ofreciendo disipar mis dudas más adelante, y encargándome la mayor circunspección delante del capitán.

—El no puede concebir, añadió, que hayas dejado de conocerme, aunque en nada me parezca en tierra al contramaestre de á bordo. Pero si no te pregunta, nada le digas. Cuidado con olvidar esta advertencia, que en ello te va mucho más de lo que pudieras creer. Yo.... soy su esclavo, le debo la vida dos veces, y ni quiero ni puedo hacer otra cosa que obedecer ciegamente su voluntad. Algún día, si fueses de los nuestros dejándote llevar de un generoso agradecimiento, sabrás todos estos pormenores, que, por hoy, te ocnviene ignorar. Basta que entiendas, para tu gobierno, que el capitán pretende acomodarte á sus miras, formar de tí un malvado en toda regla, y....., siento confesarlo, pero él

cuenta conmigo para lograr su objeto. ¡Silencio! Vive prevenido, y sigue, en lo que puedas, los impulsos de tu corazón; pero ¡infeliz de tí, si Frasquito llegase á sospechar de tu lealtad!

—Sr. italiano, repuse: yo haré de grado cuanto se me pretenda exigir por fuerza. Sin embargo, esto que se hace conmigo no está bueno.

—La razón: sería muy curioso el oirla de tu boca.

—Mire usted, señor Chiabrera: si se quiere emplear la fuerza, es muy posible que mude de intencion, y deje de hacer lo que hago voluntariamente.

—¿Y de qué medios te valdrías?

—Eso, yo me lo sé: gritaría de un modo que me oyesen hasta los sordos. A buenas, todo. Por mal, nada.

—¡Miserable criatura! ¿qué lograrías con tu resistencia?

—Luchar y esforzarme á romper mis cadenas. Esto sería bastante: lo demás me lo reservo.

—¡Pobre niño! apelarías á los hombres, y recibirías un funesto desengaño.

—Apelaré á Dios.

—Nadie puede oponerse á los designios de Dios; y si la justicia de Dios te ha condenado á seguir nuestro hado, feliz ó infausto, nada evitarías.

—Dura suerte, por cierto, es la mía.

—Duros y formidables son los decre-

tos del destino. ¿Querrías volver á la vagancia? ¿Te has olvidado, tan pronto, que el capitán Frasquito te encontró ejercitado en el oficio de pillo, robando por las calles, y hecho una miseria?

—Tiene usted razón, dije después de haber meditado dos ó tres minutos. Tiene usted razón. Me conformaré, porque no me queda otro recurso. Al cabo, yo he hecho firme propósito de someterme ciegamente á la voluntad del capitán, á quien debo el haberme librado de manos de la justicia en la plaza de San Antonio.

—Y sobre todo, tus designios en nada son contrariados.

—Es verdad. Yo soy un impertinente, porque me alarmo sin motivo. ¡Cualquiera creería que soy un niño inmaculado!

El italiano sonrió melancólicamente.

Pidióme en seguida le refiriese mis aventuras. Oyó mi relación, y guardó silencio. (1)

Pasaron dos años. La asiduidad del maestro solía interrumpirse cuando Fras-

---

(1) Los apuntes de Regino, en esta parte de su cartera, parece que están interrumpidos. Por lo menos, desde el párrafo anterior al siguiente, median nueve fojas, cuya escritura se encuentra testada en tales términos, que no ha podido descifrarse. El lector inferirá lo que ellas contendrían.

quito estaba en Málaga. Consistía, según supe después, en que entonces se encargaba del mando de la "Invisible," é iba á alguna expedición peligrosa, de las muchas que emprendía aquel famoso contrabandista.

Amante declarado de Refugio, confidente de Frasquito, espía de Doña Esperanza, y cómplice de Carlota, mi situación era crítica y comprometida. Era aquella casa un foco horrible de lascivia, y parecía que todos sus moradores estaban predestinados á una muerte eterna, y obraban en consecuencia. Dirélo una vez por todas: yo vivía en un infame lupanar.

La escena que voy á referir, pasaba en la sala, á las ocho de la noche.

Doña Esperanza, triste y abatida, recostada en un sofá, jugaba con aire de indiferencia la suave piel de un falderillo. Carlota leía, junto á un velón, las "Aventuras del baroncito de Faublas," producción lúbrica y corruptora. Refugio y yo conversábamos, en un ángulo de la pieza. Las personas del servicio doméstico, como lo tenían de costumbre, dormían fuera de casa. Llovía á cántaros, y la calle estaba desierta y solitaria.

—¡Oh, Dios mío! exclamó de repente la desgraciada señora. Esto es ya insoportable. Voy á consumirme en una ver-

gonzosa vejez, que llega á paso largo... Me he olvidado de todo por amor á ese monstruo, y él.... ¡ah!, el infame y desleal ha emponzoñado mi existencia.

Y comenzó á llorar amargamente. Era la primera vez que yo le veía hacer demostraciones de esta especie. Carlota alzó la vista con desdén compasivo, la fijó un momento sobre su madre, y...., luego continuó su lectura.

—Tú me miras con aire de triunfo, hija desnaturalizada, prosiguió Doña Esperanza. Algún día, vil prostituta, lo has de llorar con lágrimas de sangre. ¿Crees que la juventud, las gracias y la belleza son perdurables, y que jamás perecen? Embriagada con los placeres, parécete el mundo un paraíso en donde nada se sufre, nada atormenta... Lo mismo, exactamente lo mismo, había yo creído por mucho tiempo. Dejéme llevar de la corriente; y cuando menos lo esperaba, cuando más encenegada me encontraba en los vicios y en la sensualidad, he venido á recibir un funesto desengaño.

Carlota lanzó una estrepitosa risotada.

—¡Qué castigo, Dios mío, qué castigo tan humillante y afrentoso! continuó. Me veo obligada á presenciar mi afrenta, á saber que una hija mía es cómplice en ella, y á sufrir en silencio, so pena de ir por las calles implorando la compasión pública, mendigar mi diario sustento, ó

morir en un santo hospital de pobres recogidas....

Refugio y yo interrumpimos nuestro diálogo, guardando el más profundo y sombrío silencio. Carlota prosiguió en su risa imprudente é insultante. La pobre señora continuó en sus quejas y lamentos.

—Sí: haces bien. Yo no tengo derecho á exigir de mis hijas, respeto ni obediencia. A todo he renunciado, dándoles yo misma el funesto ejemplo.... ¡Virtud, virtud preciosa, sólo tú puedes consolar al hombre en su desgracia!

—Madre mía, interrumpió Carlota: ese arrepentimiento, la verdad sea dicha, es tan tardío, que raya en ridículo. El despecho, no más que el despecho, la hace á usted explicarse así, inculpando gratuitamente á una de sus hijas: digo, si se refiere usted á mí, como parece.

Doña Esperanza se rebullía en el sofá, temblando de furor y desesperación.

—Hija maldita, gritó: ¿hasta qué punto quieres llevar el ultraje y el menosprecio? Mira, desventurada: tú no sabes de lo que soy capaz en la exaltación de las pasiones. En un momento de ira, yo me atrevería....

—A todo, señora, á todo: lo sé muy bien, ni es posible que lo haya olvidado tan fácilmente, aunque usted no ha vuelto á hablar sobre el particular.

—¡Me provocas! Sábete que...

—No se canse usted, madre mía, todo lo sé. Sé, por ejemplo, que arrebatada de sus pasiones, que jamás ha sabido usted refrenar, ha incurrido usted en los mayores y más vituperables excesos. Dígalo mi malaventurado padre que....

—¡Ah! ¡He allí, infeliz criatura, he allí tu sentencia! gritó Doña Esperanza, rechinando los dientes de cólera y furor. Lanzóse como una exhalación sobre su descuidada hija, asióla fuertemente con la mano izquierda, y con la derecha descargóle en el pecho una tremenda puñalada. Tan rápida fué la acción, que no hubo tiempo de evitarla.

En ese instante, abrióse la puerta de la sala, y Frasquito se presentó como una visión infernal. Nadie lo esperaba aquella noche.

Doña Esperanza retrocedió á su aspecto.

Con una sola ojeada, el capitán se enteró de lo que acababa de ocurrir. Abalanzóse sobre la agresora, y comenzó entre ambos una lucha á muerte, en la que me fué imposible intervenir, azorado del suceso. Pocos minutos duró aquella espantosa escena: la fuerza hercúlea de Frasquito triunfó de la agilidad y destreza de su enemiga. La punta del puñal que hirió á la hija, fué á clavarse en el corazón de la madre. La desventurada

espiró al punto, cayendo sobre las baldosas del pavimento.

—¡¡Mi esposo, mi esposo.... ¡ah!,... Jesús me valga... esposo mío... estás vengado!!! Fueron sus postreras palabras.

.. ..

.. ..

Había sido tan extraordinario, tan inesperado lo que acababa de ocurrir, que no sabía qué partido adoptar. La herida de Carlota no parecía mortal: el golpe había sido descargado en medio de un ciego arrebato, y el pulso, mal seguro, no había sido bien dirigido. Entre tanto, mi consternación no podía explicarse. Refugio, desmayada desde el momento en que vió el ademán de la madre, y la hoja del puñal que lució en su mano, ignoraba cuanto después había ocurrido. ¡Qué noche, Dios mío, qué noche!!

Después de vendar ligeramente la herida de Carlota, tomóme de la mano el capitán, llevóme á un rincón, y, trémulo y alterado, me dijo.

—Ya lo ves: esta desgracia no tiene remedio.

—Estoy casi muerto. ¿Qué haremos?

—Tal vez, tú has cooperado á ella más de lo que piensas.

—¿Yo?

—Sí, tú, imprudente y temerario.

—¿Cómo puede ser esto?

—¿Cómo? Después lo comprenderás. Basta que sepas, por hoy, que tu imprudencia y falta de cordura, mejor diré, tu mala intención, hizo que esa desventurada, que ves nadar en su propia sangre, penetrase mi secreto, y.....

—No: permítame, por la Virgen, que rechace tan grosera calumnia. Yo ¿cómo había de figurarme....? ¡Vamos! Esta catástrofe....

—Calla, necio, calla, y no perdamos el tiempo.

—No: es que yo no quiero que semejante concepto....

—Bien, bien: ahora no se trata de eso. Lugar sobra para que arreglemos entre los dos este asunto, de modo que ambos quedemos satisfechos.

—Me conformo.

—¡Rigor fuera! Lo que interesa hoy, la exigencia del momento, es librar el pellejo, porque ni tú, ni yo escaparemos de la horca, si cuando llegue este suceso á oidos de la justicia, no hemos puesto tierra, ó mejor, agua de por medio.

Reflexioné un momento, y conocí que le sobraba razón en cuanto había dicho, y mucho más en lo último.

—Pues bien, dije entonces, mande usted, que ya obedezco.

—Toma este silbato: corre por esta callejuela de la izquierda, y no te detengas hasta dar en la playa. A poca distancia,

verás una pequeña chalupa. Al llegar, no te olvides: tocas el silbato tres veces, una en pos de otra, sin interrupción: ¿me comprendes? La chalupa pegará á la orilla, nuestro amo Genaro se hallará á bordo, dírígete á él en secreto, y dile que de orden mía se encamine á este sitio en tu compañía. ¿Me entiendes? Corre, vuela, que el tiempo urge. ¡Cuidado con equivocarte, porque seremos perdidos!

—¿Y Refugio?

—Deja á Refugio, que está buena; no te detengas, si no quieres perderte, porque estamos muy próximos á la soga, ¡voto va!

La razón me hizo fuerza, y corrí á ejecutar las órdenes del capitán. Media hora después, estaba yo de vuelta, en unión del contra-maestre, quien, con la mayor indiferencia y sangre fría, echó una ligera mirada sobre aquel terrible espectáculo, como si fuese el que había ocurrido, un suceso demasiado común.

Mientras dictaba sus providencias, el capitán me ordenó que echándome á cuestas á Refugio, que seguía desmayada, fuese á esperarlos á la playa. Abrió las gavetas de un armario, me llenó los bolsillos de monedas de oro y varias alhajas preciosas. Partí con cuanta rapidez me fué posible, al través de la más densa obscuridad. El capitán y nuestro amo

Genaro quedaron encerrados en aquella casa abominable.

Ya cerca de llegar al punto de mi destino, sentí un ligero rumor. Me detuve. Un farolillo brilló á mis ojos, y conocí que era la ronda, que venía precisamente por la calle misma que yo iba siguiendo. Comprendí lo crítico de mi situación, y retrocedí. El farolillo parecía perseguirme: no bien cruzaba por una esquina para tomar otra calle que, sin alejarme mucho, me librase de aquel compromiso, cuando el farolillo se presentaba, y venía en pos. Echaba á andar de nuevo, atravesaba calles y más calles, y el farolillo firme y tenaz en perseguirme. ¡Ah, Dios mío! Comenzaba á fatigarme demasiado con el peso, mis angustias crecían, mis temores se redoblaban, y, ¡ay de mí!, siempre el farolillo, y otra, y otra vez el farolillo.

Tres horas mortales sufrí aquella horrible persecución. Por fin, desapareció la ronda. Más muerto que vivo, logré subir al atrio de una iglesia, y en un rincón bien resguardado tendí á aquella infeliz criatura que llevaba. Al sentir su respiración tan tenue, y su pulso tan débil, creí que había tocado ya á su término, y que iba á espirar al punto. Entre tanto, yo me había desorientado en lo absoluto, é ignoraba en qué punto de la población me hallaba actualmente.

Aplicaba el oído... nada, ¡oh Dios mío!: ¡qué momentos tan pavorosos! Las horas pasaban, Refugio se moría.... Yo, solo, confuso, desalentado, temeroso de ser descubierto por la justicia, rendido al peso de la fatiga, viendo allá en mi imaginación las lívidas y desencajadas facciones de la pobre señora muerta á puñaladas... ¡ah!, me hallaba sumido en la mayor congoja y desolación. ¿Qué podía yo hacer en semejante trance?; ¿qué partido elegir? ¡Válgame Dios! Hay ciertos momentos en la vida, que no es posible denominarlos con exactitud. Paréceme difícil que en el infierno se sufra más.

Reagravábase el mal de momento en momento. Los primeros reflejos de la aurora comenzaban á arrebolar el oriente. Refugio fué volviendo en sí por fortuna; y enterada de nuestra peligrosa situación, podía iluminarme con sus consejos. Sin entrar en pormenores, omitiendo muchas circunstancias, y desfigurando otras, pintele el suceso ocurrido: horrorizóse la infeliz, pero conoció que no debíamos malograr aquellos pocos instantes en inútiles lamentos. Apoyóse de mi brazo, y procurando caminar con paso firme y rostro sereno, emprendimos buscar la perdida playa. Era ya de día cuando llegamos al embarcadero, en que yo había visto la chalupa, que era nuestra única esperanza de salvación. ¿Quién

podrá pintar nuestro dolor y angustia, al encontrarnos sin vestigio alguno del esquife que buscábamos? Intentar volver á la casa, habría sido una locura que al más insensato no le habría ocurrido.

—Bien, dije entonces á Refugio, finge que eres mi hermana, y con faz serena sígueme, y salgamos al campo. Si la policía diere con nosotros, paciencia. Es más fácil evitarla así, que cometiendo la imprudencia de permanecer en la ciudad.

—Me parece bien tu proyecto. Haré de la necesidad virtud: fingiré todo lo posible.

Y echamos á andar, sin precipitación. Mis bolsillos estaban suficientemente provistos; pero eso mismo podía perjudicarnos, tomándonos por ladrones. Ningún accidente nos ocurrió, sin embargo, hasta el pueblo inmediato, á donde llegamos á las nueve de la mañana. Alojámonos en un mal mesón, y después de almorzar, pensamos en dormir y reparar nuestras fuerzas con un buen sueño.

Imposible: mi espíritu estaba tan agobiado bajo el recuerdo de los sucesos de la última noche, que, por más esfuerzos que hice, no pude reposar. Además, yo me figuraba que nos perseguían, y por todas partes veía la sangrienta imagen de Doña Esperanza.

A la hora de comer escuchamos de boca de unos arrieros, la horrorosa historia

del asesinato de la víspera. Decían que la justicia había comenzado á trabajar con la mayor actividad, á fin de descubrir el autor ó autores de aquel delito. Y lo que más nos alarmó y causó pavor, fué el oirles hacer una descripción, conforme la habían oído en Málaga, de todos y cada uno de los individuos que habitaban la casa, teatro del crimen, y de las personas que la frecuentaban, inclusive el italiano Chiabrera, á quien principalmente se atribuía el hecho, pues que se juzgaba que el capitán Frasquito estaba en la mar todavia. La infeliz Refugio oyó tales improperios contra su difunta madre, que creí fuese á ocurrir algún lance que nos comprometiese. Pero no: el peligro la hizo discreta, y disimuló perfectamente.

Como errábamos á la ventura, y esto podría acarrearnos graves inconvenientes, resolvimos adoptar un plan que nos condujese á un solo objeto, y que nos evitase el incurrir en alguna contradicción peligrosa. Acordamos, pues, dirigirnos á Granada, en donde vivía un tío de Refugio, hermano de su madre, y que la había querido mucho cuando era muy niña. El paso no dejaba de ser temerario; pero en fin, cualquiera otro hubiera sido peor.

En efecto llegamos á Granada el día siguiente, y nos presentamos al tío.

El relato que hizo Refugio, sin escasear los elogios en favor mío, le causó una emoción profunda. Conoció el riesgo á que estaba expuesta su sobrina si se llegaba á descubrir su paradero, y tomó la resolución de ocultarla á las miradas de todo el mundo. Bien podía hacerlo sin comprometerse: tenía una quinta cercana, era un solterón sin familia, y poseía una fortuna muy decente, resto de otra mayor que perdió, casi del todo, cuando la invasion de los franceses.

—En cuanto á usted, caballerito, dijo dirigiéndose á mí, bien puede estarse en casa, mientras logra alejarse sin temor. Yo creo cuanto me ha dicho mi sobrina, aunque no me hace mucha gracia esa especie de haberle entregado su padre en manos del infame corruptor de mi hermana.

Tentado estuve de confesarle la verdad pura y limpia; pero me detuvo la consideración de que Refugio, engañada por Frasquito lo mismo que su madre y hermana, podían sospechar alguna cosa contra mí, y resfriarse en su amor. Sostuve, pues, el engaño, y resolví captarme la benevolencia y el cariño de aquel buen señor, á fin de que no pensase más en separarnos. Tan bien supe fingir, que el tío de Refugio creyó ver en mí un hermano de su sobrina, resuelto á sacrificarse por él y por ella, en cualquiera cir-

cunstancia. Pocos días bastaron para apoderarme de su confianza, y reinar en su corazón con absoluto dominio. ¡A tal grado de refinamiento había yo llegado en la maldad!

Ocho meses transcurrieron así. En todo ese tiempo, nada habíamos sabido de lo que pasaba en el asunto de Doña Esperanza. El indignadísimo hermano guardaba sobre esto una circunspección tal, que ni el nombre de la hermana era proferido. Entretanto, yo proseguía preso en mis infames cadenas, y al fin... al fin, Refugo llegó á ser madre.

¡Ay de mí! ¿Qué hubiera contestado á los cargos que su tío me habría hecho? Yo temblaba de miedo y de vergüenza. No había más recurso que abandonar aquella casa hospitalaria, y pagar con una infamia al dueño de ella, porque así lo exigía la fatalidad de mi destino. Tanta bondad, tantos favores y beneficios, preciso era olvidarlos. No hubo remedo: concertamos nuestra fuga muy detenidamente.

Al efecto nos pusimos de acuerdo con un buhonero, que solía venir á casa á vender sus dijes y chucherías. Era hombre atrevido y emprendedor, y había intervenido en más de un negocio grave y complicado, de la naturaleza del que hoy iba á ocuparle. Yo conservaba cuidadosamente mis fondos, y me hallaba posee-

dor de una gruesa suma de ducados; pero como éramos tan jóvenes, parecía imposible presentarnos en el mundo con un carácter independiente. Al punto habríamos llamado la atención pública, y éramos perdidos sin remedio. El buhonero, pues, se encargó de representar el papel de padre de familia.

El plan surtió efecto, y atravesando gran parte de la España, llegamos á Santander sin novedad. Allí dió á luz Refugio una niña que murió al punto. ¡Madre infeliz!; ¿qué mayor castigo, que malograr el fruto de su crimen? Lloramos amargamente, y proyectamos abandonar nuestra patria para distraer la pena ó tal vez para buscar nuevas aventuras. El buhonero no halló cosa que se conformase mejor con su gusto y afición. Así fué, que al punto se encargó de los preparativos del viaje. A los pocos días, ¡ay de mí!, dejamos para siempre la patria de nuestros abuelos, embarcándonos en el bergantín "Jovial," que de Santander hacía viaje á la Habana.

Volvía, pues, á surcar las olas. A pesar de las amarguras de mi espíritu, yo sentí que se dilataba mi corazón, que latía con más libertad, que mis emociones eran más vivas, y más ardientes y apasionados mis afectos. ¿Qué hay después de Dios, tan grande como el mar? A veces lloraba melancólicamente: otras reía

como un insensato: otras, en fin, quedaba distraído vagando con mi imaginación en el insondable abismo de las hipótesis. ¿Cuándo no fué lo mismo la vida del hombre? De ilusión en ilusión, de esperanza en esperanza, consume su existencia y..... cuando menos lo espera.... ¡oh!, esto es horrible.

La navegación fué felicísima. Ni el más leve indicio de mal tiempo vino una sola vez á interrumpir nuestros cálculos y conjeturas. La atmósfera siempre hermosa y serena, anunciaba cada día que nada tendríamos que temer de la turbación de los elementos. El mal que nos sobreviniese había de provenir de la malicia é indigna condición de muchos de nuestros semejantes. Es decir, que el signo funesto que influía sobre mi existencia, casi desde que aun era mecido en la cuna, vendría en fin á torcer la dirección de mis esperanzas. Si yo hubiera logrado aportar á la Habana sin obstáculo ninguno, estoy de ello seguro, hoy sería otro hombre. Mi conducta moderada, mi instrucción más que mediana, mi firme propósito de mudar de vida, dirélo sin orgullo, mi buena inclinación é índole suave y apasible; todo esto me habría hecho estimable, y á tiempo hubiera cejado el ancho camino que llevaba á la perdición. El cielo no lo quiso así: mi suerte estaba prefijada en el gran libro

de la vida humana, y yo no podía contrarrestar con la voluntad del Altísimo. Escrito estaba que á pesar de todo, yo había de ser un criminal famoso. ¡Dios perdone mis feos delitos, y me otorgue su gracia infinita!!!

LA CARTERA DE REGINO.

Cuarta Parte.

Acompañábanos en la navegación un caballero de edad provecta, que iba empleado á la Habana. Llevaba consigo una hija de once años, Clemencia por nombre, que era el candor mismo personificado. Su belleza angelical, la suavidad de sus miradas, la intensidad de su amor filial, hacían de ella un ser encantador, que atraía y arrobaba involuntariamente. Muy pronto se aficionó á Refugio aquel ángel, y ambas entablaron una amistad tan estrecha, que á los pocos días de viaje, parecían dos hermanas que se amaban con extraordinaria ternura. Aquel buen señor, que se figuraba, con la mejor fe del mundo, ver en Refugio y en mí dos jóvenes hermanos, hijos del buhonero convertido en negociante, nos cobró singular cariño, y nos miró cual si fuéramos sus propios hijos. ¡Infeliz! Ignoraba una tremenda verdad, que le habría horrorizado, si hubiese estado á sus alcances. Al ponerse en contacto conmigo, su infausta suerte y la de su hija

quedaban decretadas y fijadas irrevocablemente en los arcanos del destino, porque estaba visto que yo había nacido para la desgracia, y en ella había de envolver necesariamente á todos cuantos tuviesen alguna relación de afecto ó benevolencia hacia mí. A poco tiempo vi convertidas en realidad espantosa, las que antes fueran vagas conjeturas.

Cuarenta y dos días habían transcurrido desde nuestro embarque en Santander, á bordo del "Jovial." Eran las seis de la mañana, y aprovechándonos de la suave y deliciosa frescura de la atmósfera, tomábamos nuestro ligero desayuno, que consistía en café y galletas, sobre el caramanchel. Previamente en la tarde anterior, el padre de Clemencia nos había dado las más singulares muestras de su cariño y afición tierna y benévola. Nos había hecho concebir las más lisonjeras esperanzas de felicidad, ofreciéndonos todo su influjo y valimento para favorecernos. El buhonero, para quien todo esto era absolutamente indiferente, escuchaba y aparentaba consentir en lo que oía, tan sólo porque no pareciese que daba poca importancia, ó no sabía el modo de sostener el simulado carácter que iba representando. Durante el desayuno, habíamos anudado el hilo de la conversación de la víspera. Jamás vi tan cerca los encantos de la vida social. Jamás había

concebido tan viva y ardiente, la fe de un porvenir venturoso y rodeado de placeres y de virtud. Por entonces no me pareció conveniente revelar mis relaciones y los sucesos de mi vida anterior á aquel caballero, que nos daba tan señaladas pruebas de su bondad. Estoy seguro de que no nos habría amado menos por semejante franqueza, y acaso nos habría facilitado los medios de legitimar nuestra unión ilícita y criminal. Considerándonos como á hijos, pues se había empeñado en que le mirásemos como á nuestro padre, todo debíamos esperarlo de su generosidad y ternura. Ninguna parte tomaba el buhonero en nuestras pláticas, y yo, con el transcurso del tiempo, he llegado á persuadirme que nuestro nuevo protector no creyó en manera alguna, poco antes de saberlo de cierto, la supuesta paternidad de aquel hombre, aunque al prinipio lo hubiese tratado como á tal.

—¡Vela á sotavento!, gritó desde el tope el marinero que había subido á hacer la descubierta.

En el instante mismo desaparecieron todos los platos, tazas y cafeteras que habían servido para el desayuno. Todo se puso en el mejor orden y arreglo, mientras que el capitán subía, con extraordinaria violencia, á colocarse en el puesto del marinero que hizo el anuncio.

El "Jovial" era un buque armado en corso y mercancía. Tenía, por tanto, todas las apariencias de un buque de guerra. Marinería valiente y numerosa, armas en muy buen estado, y un capitán intrépido y resuelto. La guerra de independencia que sostenían las dos Américas, contra su antigua metrópoli, había sembrado el mar de una multitud de embarcaciones, que hacían una hostilidad terrible al comercio español. Pocos eran los barcos que se atrevían á emprender la travesía, sin hallarse escoltados de los convoyes frecuentes que iban y venían. Los Estados Unidos abiertamente, y la Inglaterra con la simulación pérfida que acostumbra siempre, protegían á los insurgentes, y les facilitaban recursos de dinero, armas y embarcaciones, con tal de que permitiesen á sus protectores hacer el más criminal y escandaloso contrabando. Rara vez salían bien librados los buques españoles, porque además de esta clase de guerra terrible que sufrían, una multitud de piratas, con el falso título de corsarios, y aun con la patente de tales, infestaban las costas y mares, cometiendo inauditos excesos. Panzacola en el golfo mexicano, Walix en el de Honduras, Curazao, S. Tomás, Providencia y otras varias de las Antillas de barlovento, eran las guaridas de los piratas infames que, con el nombre de cor-

sarios, salían al encuentro, no sólo de las embarcaciones españolas, sino de todas cuantas podían pillar y robar, asesinando vil y bárbaramente las tripulaciones y pasajeros, á fin de hacer desaparecer hasta los vestigios del cirmen. Verdad es que no faltaban armadores y especuladores bastante sórdidos y criminales que favoreciesen esta atroz y salvaje especulación, que henchía sus arcas y bolsillos del oro robado en aquel indigno tráfico; pero, en general, los piratas mismos hacían el negocio por su cuenta y riesgo, riesgo que solía ser tan grave, que les costaba nada menos que la cabeza, como sucedía frecuentemente. El bravo capitán del "Jovial" sabía todos estos pormenores, conocía que era peligroso cualquier encuentro, y, en consecuencia, había dictado todas las medidas de precaución y vigilancia.

Todos dirigimos la vista hacia el rumbo marcado por el marinero, y distinguimos allá en los confines del horizonte un punto blanco casi imperceptible.

—Cuartel-maestre, al timón: gritó con la bocina desde arriba el capitán, al cabo de unos cuantos minutos de observación.

Guardamos el mayor silencio. El capitán con la bocina en la izquierda, y en la derecha el anteojo, seguía observando y mandando alternativamente. Yo experimentaba un indefinible estupor, porque

un fatal presentimiento había venido á destruir todas mis ilusiones, anunciándome los sucesos de aquella jornada, que jamás se ha borrado de mi memoria.

—Nuestro amo, tome el anteojo, y desde abajo observe usted conmigo, á ver si vamos de acuerdo.

Un viejo marinero tomó el anteojo, y púsose á observar.

—Una goleta.... de dos gávias, dijo el contramaestre alzando la voz.

—¡Cabal! Una goleta de dos gávias, repitió el capitán.

—Va ciñendo la vuelto de fuera, noroeste, cuarta al norte.

—Bien: derriba, timonel, hasta donde pueda dar. Marque usted nuestro amo, sur-oeste, cuarta al sur.

—Esto ya será huir declaradamente, y no conviene.

—Hágase lo que mando, ¡voto va! ¿No ve usted que si es pirata ó corsario, no porque sigamos paralelos, dejará de perseguirnos, si creyese que es capaz de darnos caza? En estos lances, vivir adelantado es lo mejor.

—Es verdad, murmuró el contramaestre, y dió las órdenes convenientes. El buque obedeció perfectamente al timón, y con eso ya no seguimos el mismo rumbo que la embarcación sospechosa, que comenzábamos á ver perfectamente. Seguimos guardando silencio, y los dos in-

terlocutores lo guardaron igualmente por más de un cuarto de hora.

—¡Ola! exclamó de repente el capitán: ¡qué tal!

—Sí, repuso el contramaestre: ya lo veo. Ha virado en redondo, y ciñe la vuelta de tierra.

En un segundo estaba ya el capitán sobre cubierta.

—¡Ea, muchachos! gritó: apareja á virar. Aunque mi gusto y mi voluntad me dictan que yo espere al enemigo, la prudencia y la orden de los dueños del barco me mandan evitarlo.

Los pasajeros todos comenzamos á sobresaltarnos seriamente. El capitán prosiguió.

—Sí, ó es algún enemigo, ó es buque de la real armada que nos toma por tales; pero yo me atengo á lo primero. Goleta de dos gavias.... sola... sin gallardete... ¡eh! no puede ser. Este es corsario ó pirata. Con que ¡listos para virar en redondo!

—Listos: contestaron varias voces.

El capitán tomó la caña del timón.

—Pues, allá va con Dios.

—Venga.

Después de algunos instantes de balance y ruido, siguió el "Jovial" su marcha rápida y segura delante de la embarcación sospechosa.

Esta había comenzado evidentemente

á darnos caza. El capitán mandó soltar todas las velas y los rizos que la fuerza del viento habían obligado á tomar á la mayor y trinquete. Nuestra ansiedad crecía de momento en momento, porque el barco que nos perseguía iba apareciendo más y más, en términos que á las nueve de la mañana se distinguían perfectamente la arboladura, casco y aparejo, lo cual probaba que hacía más camino que el bergantín. Nuestra tripulación hacía extraordinarios esfuerzos para evitar un lance con la goleta; pero éste era inevitable.

A las once del día sobrevino intempestivamente una calma horrible. El bergantín, deprimidas las velas, y sin seguir otro movimiento que el fuerte y molestoso que le imprimían las olas, parecía clavado en aquel sitio. La impaciencia del capitán era vehemente; y el terror y sobresalto se veían pintados en la frente de todos cuantos nos hallábamos allí. Por más que habíamos procurado disimular, las dos niñas habían comprendido, al fin, toda la extensión del peligro á que estábamos expuestos, y sus lágrimas y angustias vinieron á aterrarnos y confundirnos.

Entre tanto, la crisis iba acercándose rápidamente. La goleta, á fuerza de remos, se dirigía sobre el bergantín, sin que fuera posible dudar de su intención. ¡Ah,

qué cruel agonía! El capitán concebía alguna esperanza; pero el contramaestre, cada vez que le oía hablar en este sentido, movía la cabeza en ademán negativo, y guardaba silencio.

—¡Vamos!, dijo el capitán. Un hombre al mastelero de proa á observar por donde viene el viento.

Ejecutóse así. Nada se adelantaba en esperanzas. Pasado algún tiempo, dijo el marinero que sentía una ligera fugada por el sud-este.

—Malo, malísimo: murmuró el capitán.

A poco el sud-este se desencadenó con una furia extraordinaria.

Estábamos perdidos, porque la embarcación enemiga nos tomó enteramente el barlovento.

Aun no había certidumbre de que fuese de piratas. Bien podía ser un corsario, en cuyo caso no era seguro que perderíamos la vida cayendo en sus manos.

Reflexionábamos aún en esto, cuando un fogonazo y un diluvio de metralla que cayó á nuestro alrededor, aun mucho antes de que llegase el estampido, nos advirtió de la proximidad del lance definitivo.

—¡Iza bandera!, gritó el capitán.

El pabellón español flotó al momento sobre el mastelero de popa. El enemigo correspondió izando la bandera colom-

biana, acompañada de otra negra en cuyo centro campeaba una calavera y dos canillas en cruz.

—Caballeros, dijo entonces el capitán dirigiéndose á todos los pasajeros, que en número de diecisiete veníamos á bordo. Ese buque es de piratas asesinos y ladrones. La voluntad de Dios no quiere que podamos librarnos de semejante canalla, quizá porque son muchas nuestras culpas. Si nos entregamos á buenas no por eso dejarán de pasarnos á cuchillo á todos, sin excepción. Si resistimos, podemos ganar alguna ventaja en la pelea, y librarnos de una muerte segura é infalible. Conque yo pregunto ahora: ¿nos entregamos ó nos batimos?

—Nos batimos: contestamos todos.

—Bien, me agrada la determinación; pero supuesto que la pobre marinería ha de trabajar más que el resto de la gente que hay á bordo, creo de mi deber dirigirme á vosotros ¡muchachos valientes! para saber vuestra determinación. ¿Nos batimos, ó nó?

—Nos batimos, señor: respondió á su vez toda la tripulación.

—Ya que tal es la determinación de todos, Dios nos asista y nos perdone, dijo con unción y recogimiento el pobre capitán.

—Amén, contestamos.

Al punto se nos distribuyeron armas

de fuego y blancas, y se arregló y dispuso todo para esperar el abordaje. El capitán había palidecido un instante, pero luego, luego, recobró su serenidad y sangre fría.

Entre tanto, la goleta estaba ya tan cerca de nosotros, que veiamos á toda la gente distintamente. El bergantín continuaba haciendo esfuerzos por huir; y la goleta se empeñaba más y más en darnos caza. Estaríamos á tiro de fusil, cuando el enemigo lanzó sobre nosotros una andanada de tres tiros á metralla.

—¡Zafarrancho! gritó el capitán, y nos pusimos en són de combate.

Las vergas, masteleros y cordajes caían en montón sobre cubierta. Nuestro bergantín hacía destrozos igualmente en el buque enemigo. La metralla barría á unos y otros de una manera pavorosa. La sangre corría á torrentes, sin modo de disminuir las desgracias, porque el combate era ya á toca penoles.

—¡Al abordaje, muchachos!: gritó desde la goleta una voz que me hizo estremecer hasta lo más íntimo del corazón. ¡Dios mío! Aquella era la voz de Frasquito, convertido en capitán de piratas.

Apenas tuve lugar de sentir, no de pensar. Lo goleta y el bergantín se habían unido, entrelazado y confundido en un solo objeto, direlo así. Los cascos, velas y aparejos crugían en el choque es-

trepitoso, mientras que una multitud de garfios y armas corvas y cortantes se entretegían de una manera terrible y extraordinaria. Los fusiles, pistolas y cañones se deshacían en descargas, á quema ropa, y el olor de la pólvora, el humo, la sangre, la gritería, los lamentos de los heridos y moribundos, y el formidable estrépito de las armas de fuego, convertían esta escena en un espectáculo horrible, pavoroso é infernal, á cuya descripción es preciso renunciar del todo, porque es imposible pintar aquella confusión pasmosa, aquella atroz y sangrienta carnicería.

En medio de aquel caos, de aquel desordenado pelotón de gentes que se asesinaban sin misericordia, dejose oir una voz fuerte y entera. Era la de nuestro capitán.

—¿Hay cuartel para los que se rindan?

—No hay cuartel: contestó Frasquito. sembrando su espada en el corazón del que tenía más próximo. Toda la tripulación de la goleta, que era tres tantos más numerosa que la nuestra, quedó enteramente dueña del bergantín. Cesó el estrépito de las armas de fuego, y continuó la pelea, reducidos los pocos que quedábamos á defendernos con puñales y cuchillos de mesa. Yo seguía con la vista á Frasquito, á quien había distingui-

do desde el principio: huía de encontrarme con él.... sin comprender el verdadero motivo, pues que más bien podía esperar que me salvase.

Aquello era horrible no quedábamos sino seis ú ocho personas, y la matanza seguía casi sin resistencia de nuestra parte. Entre ellas, hubo una que hacía prodigios de valor defendiendo su vida con el esfuerzo de un león, y acometiendo al enemigo con la rabia y furor de un tigre. Era el padre de Clemencia. Mal herido, cubierto de sudor y de sangre, distinguíamos sin embargo sus facciones nobles y marcadas al través de aquella nube de horror. Resbalando en la sangre que anegaba la cubierta, y tropezando en los mutilados miembros humanos que la matanza había regado aquí y allí, fué acercándose y abriéndose paso con su puñal, hasta ponerse frente á frente del capitán enemigo.

—¡Muera este bravo!, gritó Frasquito.

—Sí, infame asesino; pero antes morirás tú de mis manos, replicó el padre de Clemencia disparando un pistoletazo, á dos pasos de distancia, sobre su adversario. Allí habría terminado la carrera de Frasquito, si una mano ágil y diestra, no hubiera hecho cambiar la dirección del tiro, descargando un fuerte golpe en el brazo del agresor.

En aquel instante reconocí á nuestro amo Genaro Chiabrera, que acababa de librar á Frasquito de una muerte segura é inevitable, si su poderoso esfuerzo no hubiese intervenido con tanta oportunidad.

—¡Qué veo!, gritó Frasquito, fijando su intensa y penetrante mirada sobre las desencajadas facciones de su adversario. ¿Es usted, señor D. Alvaro?

—Sí, yo soy, respondió con amargura el padre de Clemencia. Yo soy, verdugo infame, cobarde pirata, yo soy. Aquí me tienes en tus manos, asesino de mi honra y de mi familia. Dí: ¿qué has hecho de mis hijas, después de haber dado muerte á aquella desventurada? ¿En dónde están Carlota y Refugio? ¿Han seguido por ventura las huellas de aquella infeliz y perversa criatura? Dí, y mátame después, ya que no ha querido Dios vivo el que tomase venganza por mis manos.

En aquel momento descubría yo un misterio formidable, que me dejó pasmado de terror. Aquel caballero era el desgraciado esposo de Doña Esperanza, y Clemencia era hermana de Refugio. ¡Santo Dios! ¡Qué verdad tan espantosa! Mudo de estupor, arrinconado junto á un ángulo de la escotilla, contemplaba silencioso aquel trance, en que los personajes de tan horrorosa historia se encontraban cara á cara, en medio de un

combate á muerte, rodeados de miembros palpitantes, y engolfados en alta mar bajo la influencia abrasadora del sol de los trópicos. Aquel suceso tenía un no sé qué de horriblemente fantástico, que helaba la sangre y horripilaba las carnes.

Frasquito llevó la bocina á los labios, y, con voz estentorea, gritó:

—¡Cese el combate!

Además de las niñas que se habían refugiado en la cámara, en donde yacían medio muertas de espanto en aquel momento, sólo quedábamos vivos sobre cubierta, D. Alvaro, dos marineros y yo. Los dos marineros, creyendo sin duda que se les reservaba para un suplicio mayor, se arrojaron al agua, y allí perecieron ahogados miserablemente, sin que persona alguna se dignase socorrerlos. Así terminaron el capitán, tripulación y pasajeros del bergantín "Jovial," muriendo como buenos á manos de aquellos infames malvados.

Don Alvaro, entretanto, permanecía enfrente de su adversario, dispuesto á resistir hasta el fin, y librar á su hija, si era posible, de caer viva en poder de aquellos desalmados piratas, entre los cuales habían muerto más de treinta en la refriega, y se abrasaban de una sed insaciable de venganza y carnicería. Cesó, pues, el ruido, y Frasquito se dirigió á D. Alvaro.

—Muchas preguntas me hace usted, caballero. ¿No conoce usted que ahora sólo debo contestar á las que yo quiera dirigirle?

—¿Aun intentas vilipendiarme, vil seductor? Hiere, mata, y revuélcate en mi sangre; pero antes te he de arrancar la lengua.

Dijo, y descargó una tremenda cuchilla sobre Frasquito, que apenas le hirió levemente el brazo.

—¡Eh! ¿No quiere usted escucharme?

—No, no, y mil veces no... salvaje.... pirata... raptor... asesino... verdugo... ladrón... traidor...

Y á cada palabra, á cada denuesto, tiraba, uno en pos de otro, una multitud de tajos y golpes, que Frasquito, limitado sólo á la defensiva, evitaba con serenidad. Agobiado por la tenaz insistencia de su contrario, á quien suplicaba en vano se contuviese y se dignase escucharlo, exclamó en fin.

—¡Pues que Dios, y su fatal destino lo quieren, cúmplase su voluntad!

Y de agredido convirtiéndose súbitamente en agresor, se lanzó sobre su víctima ya mal herida, y clavándole su puñal en uno de los costados, hizo bambolear por un instante al buen caballero, que cayó por último bañado en su propia sangre. Hizo algunos esfuerzos por arrastrarse hacia la cámara, acaso para

dar muerte en persona á su misma hija; pero fué imposible.... A pocos instantes.... exhaló el último aliento invocando el nombre de Dios, y pidiendo perdón al cielo.

El pirata permaneció absorto contemplando atentamente la agonía de aquel esforzado caballero. Todos permanecían en silencio religioso, sin avanzar ni retroceder, esperando el término de aquella escena. Luego que espiró D. Alvaro, el capitán de los piratas dirigió una mirada siniestra sobre todos los que le rodeaban, y dejándola caer á plomo sobre la impasible fisonomía del italiano, parecía llamarlo en su socorro, porque indudablemente alguna cosa extraordinaria pasaba en lo interior de su conciencia. El italiano encogió los hombros, y se alejó de aquel sitio: por un momento me figuré que los remordimientos destrozaban aquel corazón de fiera, pero esto fué instantáneo. Pronto se disipó aquel tinte sombrío y melancólico que en su frente se ostentaba. Serenóse, y continuó dando sus órdenes con firmeza y sangre fría.

—¡Ea, avanzad! Tomemos posesión del buque, y procuremos, ahora mismo, reparar sus averías, antes que el viento del norte nos obligue á abandonarlo del todo. Pero no se olvide traer aguardiente. No hay que entrar en la cámara hasta

que yo lo ordene, porque es allí en donde he de saber á quién pertenecía este barco, y avisar á los armadores. Antes de todo, echad esos cadáveres al agua, limpiad la sangre; y esos pedazos de carne humana engarzados en los escondrijos y grietas, extraedlos muy bien. Con el ardiente sol que hace, esto nos traería un olor insoportable. ¡Ea, despachaos!

Hasa entonces nadie había reparado en mí, ni me atrevía á presentarme voluntariamente, porque estaba dominado, agobiado, oprimido bajo el peso de los acontecimientos de aquel día. Me parecía todo aquello un sueño doloroso, que ofuscaba mis pensamientos, y me rendía, y me abatía, y me anonadaba. No: jamás he podido olvidar del todo aquel espectáculo, ni aquellas circunstancias, ni aquellos crímenes.... ¡Oh, Dios mío! Con un poco más de valor, de poder en el corazón, yo me hubiera salvado de los peligros posteriores. Fuí débil y pusilánime; y quedé vencido.

El primero que me vió, fué el italiano. Fijó en mí sus ojos azorados, y sin decir una palabra, acercóse al capitán, tocóle ligeramente el hombro, y en seguida me señaló. Frasquito siguió la dirección de la mano del contra-maestre, y su mirada cayó sobre mí, que la sentí como si un chorro de plomo derretido hubiera penetrado hasta la médula de mis huesos.

Fuéme imposible resistir: me desaté en lágrimas y sollozos, no ya por temor de la muerte, sino porque conocía que Refugio y yo volvíamos á quedar á disposición de aquel mónstruo, que me inspiraba ya un horror profundo é inexplicable.

—¡Regino mío! exclamó Frasquito. ¡Cómo!, ¿tú aquí, á bordo de este bergantín, muertos todos, tú vivo y solo? ¿En dónde está Refugio? ¿Qué habéis hecho en tanto tiempo?

Y con una expresión de infernal ternura, me echó los brazos al cuello. Díjele que allí estaba Refugio, en unión de una hermana suya. Voló á la cámara, y mandó prodigar socorros á las infelices, que estaban en ella encerradas.

—Comprendo, díjome Frasquito, comprendo. Me habéis vendido aquella noche, fugándoos á casa de Don Alvaro, y.....

—Juro á usted que no. Más todavía: Refugio ignora si el señor que venía á bordo era su padre: todo lo he descubierto hoy mismo, en fuerza de los acontecimientos.

Referíle ligeramente lo que había ocurrido la noche en que nos separamos, y el partido que habíamos adoptado. Ocultéle algunas particularidades, y terminé mi historia con la del ominoso día. Frasquito pareció dudar algo de mi relato; pero no me dijo ni una palabra más so-

bre el particular. Mandó, en seguida, que nos transbordásemos á su goleta, que no era otra que la antigua "Invisible" aparejada nuevamente, mientras que el poco resto de la tripulación se ocupaba en alijar de su carga al bergantín, que había quedado inservible de todo punto, según observó el italiano.

—¡Diablo! exclamó Frasquito. Es una lástima dejar que se pierda tan hermoso barco. En fin, ¡cómo ha de ser! Con su maldita resistencia, nos hemos quedado casi sin gente, cuando era más expedito y menos odioso haberse entregado á discreción, en cuyo caso nada, ni una sola gota de sangre hubiera corrido, porque en vez de fusilar ó degollar á esos infelices, me habría limitado á ahorcarlos á todos de las vergas y penoles. ¡Dios les pague la intención de querer hacernos daño! y lo han conseguido ¡voto va!, lo han conseguido.

Yo no me separaba del lado de las dos hermanas, que comprendieron, en fin, lo que pasaba. Refugio reconoció á Frasquito, y pareció tranquila. La infeliz Clemencia se hallaba sumida en la más deshecha y deplorable desolación, sin que mis palabras de consuelo fuesen parte á tranquilizarla ni á enjugar sus lágrimas. Cada vez que aquellos brutales piratas pasaban junto á ellas, las miraban con ojos satíricos, de una manera que me horrori-

zaba. Me decidí á tomar algún refrigerio, porque eran ya las cinco de la tarde, y desde el café con que habíamos hecho nuestro desayuno, nada había probado en todo el día. Las niñas tomaron agua con algunas gotas de vino.

En toda la noche estuvo ocupada la tripulación. A la mañana siguiente, se pegaron seis barrenos al roto y desmantelado "Jovial," y á nuestra vista se fué á pique, sin quedar de él el más ligero vestigio. Hízose á la vela la "Invisible," y tomamos al rumbo del sur.

Aquel mismo día nos refirió algunas particularidades Frasquito, y supimos que Carlota estaba en Providencia, en donde debíamos volver á vela. Antes de arribar á nuestro destino, hubo otra presa. Era un buque catalán: entregóse sin resistencia, y en efecto no corrió sangre, porque Frasquito se contentó con mandar echar al agua á la infeliz tripulación, que se ahogó toda á nuestra vista. En aquel momento estaba indignado contra mí mismo, porque el suceso no me había inspirado todo el horror que debía esperar.

Aportamos, al cabo, de siete días, á Providencia. La "Invisible" entró de día. desembarcó todo su cargamento, el cual quedó depositado en ciertos almacenes de la propiedad de un holandés, con quien se entendía Frasquito. Fuimos á casa de Carlota, quien, al vernos, se sorprendió

extraordinariamente. Mas á los pocos días Frasquito, el italiano, las tres hermanas y yo, vivíamos con la mejor armonía del mundo. Fuese resignación ó corazón malo y corrompido, lo cierto es que yo estaba muy bien; y olvidándome de los pasados horrores, me entregué á los placeres con el mayor desenfreno. Asociéme con una multitud de mancebos aventureros que había allí; y patria, y recuerdos, y propósitos, y todo quedó borrado de mi memoria, para disfrutar de la vida presente. ¡Perdón, Antonio mío, perdón! Yo no puedo fijar la consideración sobre estos sucesos, sin experimentar los más vivos remordimientos, y la más profunda vergüenza.

A poco tiempo salimos á la mar, quedando las tres hermanas en tierra. Frasquito me había asociado á su especulación, ofreciéndome el tercer lugar en el mando de la "Invisible." Una vez malograda la oportunidad de haber vuelto á la vida social, y reconciliarme con el género humano, me ratifiqué de nuevo en mis antiguos propósitos, y no vacilé en aceptar el partido que se me ofreció. Así fué que, siguiendo la suerte y el destino de Frasquito, me convertí en pirata; y fuí un pirata tan malvado y atroz, como pudieran serlo un berberisco ó turco de los más encarnizados.

Hablaré de este mi primer viaje, por-

que en él ocurrió un suceso que me hizo extraordinaria impresión. Es referente á Frasquito.

Después de haber tomado ciertos informes en Walix, fuimos á fondear en un placer de arena, que media entre la costa occidental de la isla de Cozumel y la tierra firme de Yucatán. Aquel había de ser el paso indispensable de algunas embarcaciones que hacían viaje á Jamaica, buscando el abrigo contra los vientos, y más principalmente contra los corsarios y piratas que recorrían el mar en todas direcciones en demanda de ricas presas. No aguardamos en vano: á los dos día apareció enfilando aquel estrecho un lindo y pequeño pailebot, que á todo trapo se dirigía hacia donde la "Invisible," justificando su nombre, se hallaba oculta en una reducida ensenada. Mas de improviso, habiéndonos observado sin duda á pesar de nuestras precauciones, acortó primero sus velas, y luego se puso en facha. Frasquito dió orden de cubrir los portalones y echar pecho en cubierta, á fin de que, si fuésemos vistos, la gente del pailebot al notar la poca tripulación y la ninguna apariencia de buque armado, creyese que no éramos sospechosos. El pailebot, después de mantenerse algún tiempo en facha, marinó, y con el foque y la mayor con cuatro rizos tomados, comenzó á aproximársenos muy lentamen-

te. Ya era un hecho indudable que había descubierto á la "Invisible," y venía recatándose. Apenas estaría á tiro de cañón, cuando virando súbitamente en redondo, nos dió la popa, y echó á huir largando todas sus velas.

—¡Maldición!, gritó Frasquito, lanzando á gran distancia en anteojo con que observaba. ¡Maldición! Vamos á perder esta presa, y todas cuantas pudieran venir á caer aquí. Este condenado pailebot nos va á delatar, y nadie, en lo sucesivo, querrá pasar por dentro, sino por la costa oriental de la isla. Pero no, ¡voto á tal! No es así como han de burlarse de un guapo, que sabe su obligación mejor que ninguno. ¡Ea! exclamó en seguida, empuñando la bocina. Vivos: larga velas, y leva ancla.

En dos minutos volaba ya la "Invisible" en persecución del pailebot. A las dos horas de una marcha forzando velas, nos habíamos aproximado bastante á la presa, aunque no lo suficiente para comenzar á batirla. Cuando más empeñados estábamos dándole caza, vimos con sorpresa que aferrando sus velas, había quedado al pantoque.

—¡Fondo! ¡fondo! exclamó Frasquito. ¡Vive Dios que estamos entre bajos y arrecifes, y nos llevan los demonios por causa de este infame pailebot! ¡Aferra, aferra, luego, luego, que el viento carga!

Echamos efectivamente el ancla, y á buen tiempo, porque á poco habríamos caído en una cola de bajos, que veíamos velar á flor de agua. Luego que las amarras nos aseguraron que estábamos libres de aquel peligro, Frasquito continuó:

—No por eso se librarán menos, no. Se los ofrezco en nombre del Santo Cristo del Buen viaje, que se venera en Veracruz. ¡Vamos!, bota lancha al agua, pronto, aunque sea preciso cortar las bozas. Vengan seis remeros vigorosos, y seis más de respeto, con sus respectivas armas. ¡Ea! embarcarse. Usted, nuestro amo Genaro, quédese mandando á bordo, y que venga Regino. ¡Pícaros! ¡Haber arrastrado á la "Invisible," el barco más fino del mundo, hasta estos bajos y arrecifes! ¡Tienen conciencia estos malvados! Ya me la pagarán.

Embarcámonos en la lancha, y comenzamos á remar hacia el pailebot, que había barado, y que hacía increíbles esfuerzos para salir de aquel conflicto. Remábamos sin cesar, y antes de media hora estábamos á tiro de fusil. Los del pailebot nos examinaban sin cesar, y daban muestras del mayor sobresalto.

—¡Preparen!, dijo Frasquito. ¡Preparen, y al primero que asome sobre la obra muerta, fuego!

Nada: ya que estábamos muy próximos, asomóse un marinero viejo, es decir,

como de cincuenta y cinco años de edad, y nos gritó:

—¡En nombre del cielo, si sois corsarios, venid, apoderaos del barco, y no cometáis ninguna violencia. Nadie piensa en resistiros!

—¡Corsarios!, contestó Frasquito. ¡Ya! ¡Bonitos somos nosotros para meternos á corsarios! No, señor: nosotros somos piratas, y la prueba es que vais á morir. ¡Fuego, muchachos!

Y partieron seis tiros á quema-ropa.

Desapareció por un momento la fisonomía del marinero detrás de aquella nube espesa de humo; pero al desvanecerse, en vez de haber huído aquel valiente, ó quedádose muerto en el sitio, apareció firme en su puesto, dejando brillar dos ojos relucientes que fueron á clavarse sobre los de Frasquito.

—¡Dios mío!, gritó éste súbitamente á los remeros, ¡ciad, ciad luego, por Dios...!

Los marineros, azorados, habían vacilado un instante. En seguida hicieron retroceder la lancha.

Yo no sé qué especie de terror experimenté en aquel extraño movimiento. Miré á Frasquito, y lo ví pálido, humilde y tembloroso. Los ojos de aquel marinero estaban ejerciendo sobre él una fascinación inexplicable.

—¡Rendid las armas y acercaos!, dijo con voz tronante el marinero misterioso,

sin separar su altiva y sombría mirada de los ojos de Frasquito. ¿No oís, asesinos? ¡Rendid las armas os mando!

Todos se convirtieron á Frasquito, como para consultarle lo que debía hacerse. Estaba á punto de espirar, sobrecogido de un pavor vehemente é intenso. Temblaba como la hoja en el árbol.

—¡Sí!, murmuró entre dientes. Es preciso, porque él lo manda. Remad, y acerquémonos.

Durante esta ligera escena, los marineros del pailebot se habían incorporado para presenciarla. Nos tiraron un cable, y el marinero viejo dió á Frasquito la mano para entrar á bordo. Quedóse algún tiempo examinando su fisonomía, mientras que Frasquito, con los ojos bajos y el semblante abatido, ordenó que se entregasen las armas. La verdad, me pareció aquello tan arriesgado, y temí tanto el caer prisionero de aquella tan singular manera, que al notar que nuestra gente se disgustaba de aquella ocurrencia, hice un esfuerzo, y dije con firmeza y serenidad.

—Mi capitán, si usted tiene algún motivo particular para proceder como lo hace, esta gente y yo, que no lo tenemos, hemos resuelto no obedecerle, sino cuando salga de la maligna influencia bajo la cual se encuentra. Entretanto, aquí permanecemos en la lancha, y le esperaremos por media hora. Pasado este tiempo,

yo obraré como convenga. ¡Ea!, exclamé dirigiendo mi voz á la gente: aquí no se obedece á nadie sino á mí, hasta que hallamos recuperado al capitán.

—Sí, sí: contestaron todos. No nos rendimos sino al aire, ó sobre el agua.

—¡Regino! Tú provocas á estos á la insubordinación: me dijo Frasquito notablemente alterado.

—No, mi capitán, repuse yo. No: se trata de no entregarnos prisioneros, para que no nos ahorquen. ¿Halla usted justo sacrificar estas vidas, sin defenderlas? No; y despache usted pronto, que el tiempo corre.

—Sí, sí, pronto: repitieron nuestros marineros.

—¡Regino! Yo te lo mando: obedece. Gritó Frasquito.

—No obedezco, mi capitán. Usted puede reembarcarse en la lancha ahora mismo, tomar el mando de ella, y disponer que se me ahorque por mi falta de subordinación; pero mientras esté usted en poder de ese hombre, le considero sin libertad, y por tanto, creo hacer á usted y á la tripulación de la "Invisible" un servicio importante, rehusando, como formalmente rehuso, obedecer sus órdenes.

—Vamos de aquí, dijo el marinero viejo, llevándose á Frasquito.

Antes de la media hora se presentó éste, con el semblante sombrío y desenca-

jado. Embarcóse en la lancha, tomó la caña del timón, y mandó á los remeros que encaminasen la pequeña embarcación hacia el sitio en que se hallaba fondeada la "Invisible." Al cabo de algún tiempo, se dirigió á mí, y tomando una de mis manos, me la estrechó con la mayor cordialidad.

—Bien, Regino, muy bien. Te has portado hoy como un valiente. Y vosotros, continuó dirigiéndose á la gente, obrásteis como se debe. ¡Eh! Olvidemos, por Dios, lo que ha pasado. ¿Me prometéis guardar el más profundo silencio acerca de la escena extraña que acabáis de presenciar?

—Sí, mi capitán, respondimos todos.

—Yo confío en vuestra promesa; pero yo quiero además que me lo juréis.

—Sí, sí, lo juramos.

—Bueno: pues yo en uso de mi autoridad, impongo pena de la vida, oidlo bien, pena de la vida al primero que viole el juramento solemne que habéis prestado.

—Justo, muy justo, contestamos todos á una, deseando respetar religiosamente aquel misterio.

Esperábamos con ansia indecible el resto del equipaje. Con el anteojo habían visto desde á bordo de la "Invisible" los movimientos de nuestra lancha al costado del pailebot, y cuando esperaban, una

refriega, nos vieron volver pacíficamente. Yo no sabía cómo el capitán satisfaría la curiosidad de todos, cuando fuese preciso dar alguna explicación del lance. Sin embargo, dióla tan natural y sencilla, que todos quedaron contentos, y aun celebrando la ocurrencia.

—¡Diablo! exclamó. Figuraos..... ya se ve.... ¿quién había de sospechar? Figuraos que el tal pailebot es cofrade, es un pirata; pero ¡qué pirata! Hace tres meses que está de vuelta y vuelta, y no ha podido apresar sino un mal hongo cargado de cal y sal, que para nada sirven. ¡Hágame usted el favor! ¡Cal y sal! Y luego... cuatro hombres de tripulación..., sin papeles..., sin patente..., sin nada para salir de un apuro. ¡Pobres diablos! Nos ven, ¡Usted dirá!, nos ven en acecho, y dan en la flor de creer que somos algún buque de la escuadra de S. M. C. Echan á huir.... y ¡ya se ve!, nosotros hemos seguido sus aguas, porque era de nuestro deber. Se meten en aquel placer de bajos... baran... y por poco no nos llevan todos los demonios por su causa. ¡Eh! ya les he dado un buen consejo, y los he despachado con Satanás, para que no vuelvan por este rumbo.... ¡Ved! la marea ha crecido... ya el pailebot puede flotar... y se hace á la vela... ¡Buen viaje!

En efecto era así. A las dos horas de

habernos separado del pailebot, desapareció por el rumbo del norte.

Nunca he podido averiguar después el misterioso influjo de aquel marinero sobre el capitán. Acaso tendría alguna explicación acerca de esto con nuestro amo Genaro. Por lo que hace á mí, jamás me dijo en lo sucesivo una sola palabra con relacion á tan extraña entrevista. (1)

... ...

... ...

Voy á concluir mis memorias. Hartos sucesos infames y repugnantes he consignado en ellas; pero esto nada tiene de extraño. Mi vida ha sido un tejido de crímenes horrorosos. Víctima sucesivamente de las tres hermanas, seducidas y corrompidas por mi ángel malo el capitán Frasquito: encenegado en los inmundos placeres de un amor triplemente incestuoso, tarde he recibido un triste des-

(1) Vuelve aquí á interrumpirse la cartera de Regino. Catorce fojas aparecen totalmente ilegibles, en fuerza de hallarse testadas todas las líneas, sin que haya podido descifrarse sino una ú otra palabra aislada y sin sentido. Todavía no se ha averiguado si de esta manera entregó Regino su cartera á Antonio, ó cuando éste se la remitió á Manuel se inutilizaron aquellas fojas. Nos inclinamos á creer lo último.

engaño, á saber, que yo era el juguete del capitán y de sus tres mancebas: Sueños de gloria y de amor.... ¡todos se disiparon!

Durante la última expedición que hice á la costa de Veracruz, en unión de nuestro amo Genaro, Frasquito habíase quedado en Walix, en donde hacía dos años y medio que vivía toda nuestra familia. Mis expediciones marítimas solían durar tres y cuatro meses; y en todo ese tiempo, Frasquito corría los mares, á mi entender, en otras direcciones. Acabábamos de hacer una presa, y el cansancio me había rendido. Hallábame echado en mi camarote, medio ebrio, y medio febril. Hacía algún tiempo que mi cuerpo se cubría de ciertas manchas rojizas, que me tenían en continuo sobresalto; pero en aquel día, además de esa extraña erupción, sentía en todos los huesos y articulaciones un dolor infernal. Quejábame con angustia cuando entró nuestro amo Chiabrera.

—¿Tú sufres mucho?, me preguntó.

—¡Oh, muchísimo! No hay duda, yo tengo alguna extraña enfermedad, sin atinar la causa de ella.

—Sin embargo, á mí me parece muy sencilla.

—¿Sencilla, dice usted? Yo no lo comprendo.

—Dime, á pesar de tu preocupación:

luego que llegamos á Walix en el viaje anterior, ¿qué observaste en la fisonomía de Refugio, que todavía es tu predilecta entre ellas?

—Yo... sí... es verdad. Su cara, á pesar de sus facciones agradables, tenía algo de mórbida, de mustia, de convulsiva, que... que...

—Que revelaba enfermedades precoces. ¿No es esto?

—Justamente: que revelaba enfermedades precoces.

—Bien: allí tienes el misterio de tu enfermedad.

—¡Dios eterno!, ¿qué está usted diciendo?

—¡Qué estoy diciendo! Pues, hijo mío, esto es muy claro.

—Pero esas enfermedades á que usted intenta aludir, se contraen por contagio.

—Por lo menos yo así lo creo también.

—Y ¿entonces?

—Entonces, todo está explicado, criatura de Dios.

—Pues, señor, no le comprendo. Si usted no habla más categóricamente, es inútil prolongar la conversación sobre este odioso asunto.

—¿Tú lo quieres?

—Sí se le ruego á usted.

—Bien: pues has de saber que Frasqui-

to adolece, mucho tiempo ha, de una asquerosa enfermedad.... y...

—Pero Refugio....

—Refugio, es una de las muchas víctimas sacrificadas á su lascivia. Frasquito es un oso, un sátiro, un demonio....

—¡Ah! todo estaba ya claro para mí. Yo había sido miserablemente burlado por aquella infame pandilla. Lloré de despecho y de furor, y en aquel momento juré vengarme de todos mis enemigos, exterminarlos, y hacer con ellos un sangriento ejemplar. ¡Santo Dios! Aquel malvado, aquel odioso capitán, habiame sumergido en un abismo de crímenes, para hacerme la criatura más desgraciada. ¡Ah! esos lloros y lamentos no eran, sin embargo, efecto de los gritos de mi conciencia, no eran los remordimientos, no. Sólo veía mi amor propio ofendido, burlado, escarnecido vilmente... y... ¡qué sé yo! Era un tigre sediento de sangre y de matanza.

Todos estos siniestros pensamientos cruzaban en lo interior de mi alma. Para acertar mejor en los medios de venganza resolví callarlos, y no revelar cosa alguna á nuestro amo Genaro. Marinamos, pues, para Walix... aportamos...y Frasquito y las tres hermanas habían desaparecido. Nuestro amo me dijo que no me alarmase, que esperase unos días, pues Frasquito y sus cómplices habían par-

tido á Jamaica á realizar la venta de ciertos sobornales de añil y grana que habíamos robado en la mar, un año antes. Aparenté conformarme con aquella explicación, y guardé silencio.

A la noche siguiente partí para Jamaica en un buque inglés. Tomé informes al llegar, y supe que Frasquito se había dirigido á Nueva-Orleans. Volé en persecución suya... y nada pude conseguir: en aquella vasta población me desorienté, y perdí la huella de los fugitivos.

Entónces comencé á sentir todo lo horroroso de mi situación anómala y singular. Caí enfermo gravemente, y durante esta enfermedad, que los médicos calificaron de venérea, agoté todos mis recursos. ¡No tenía, sin embargo, motivos para quejarme! Todo lo que yo poseía era robado. Enfermo y miserable, triste, abatido y débil, aconsejáronme unas buenas gentes que viniese á Campeche á mudar de temperamento. Vacilé algunos días porque me era duro renunciar á mis sentimientos de odio, y á mis proyectos de venganza... pero en fin, mi ánimo estaba tan decaído, que adopté aquel partido con la misma indiferencia con que habría adoptado cualquier otro.

Llegué á Campeche.... caí malo, muy malo, de un acceso de vómito.... y me hicieron la caridad de enviarme al hospital de San Juan de Dios. A los pocos

días me restablecí; pero quedé tan extenuado, que inspiraba lástima y compasión á todo el mundo: los encargados de la casa no tuvieron valor para lanzarme á la calle, y permanecí en aquel santo establecimiento, llorando mis culpas, los crímenes de mi vida pasada, y arrastrando mi triste existencia por aquellos vastos corredores. Yo notaba que el médico me examinaba con asiduidad, que algunos dependientes me esquivaban, y que los alimentos me los servían en loza separada. ¡Dios mío! Un practicantes me había dicho yo no sé que palabras misteriosas sobre cierto hospital de San Lázaro, en que se daba acogida, y se encerraba para siempre á los leprosos. Yo temblaba de pavor al escuchar estas especies vagas. Siniestros presentimientos me asaltaban. Soñaba en horribles mónstruos y en fantasmas vanos, y veía espectros malignos que me llenaban de terror.

Quise fugarme de San Juan de Dios. ¡Imposible! Pedí licencia para salir. ¡Me fué negada!

Una tarde... ¡qué tarde!, ¡Dios mío, qué tarde!... me trajeron con engaño á este hospital. ¡Yo estaba completamente lazarino!! ¡¡Lazarino para siempre!!





CARTA X.

ANTONIO A MANUEL

San Lázaro, 17 de Abril de 1824.

Querido mío. Bien recordarás, sin duda, que una de las más fuertes impresiones que recibí cuando á esta casa llegué, desterrado para siempre de la vista y cuidado de mis padres y amigos, fué la fatídica exclamación de aquel pobre lazarino que, al pasar junto á mí, me señaló á los demás enfermos con aire sombrío diciéndome, de una manera que me heló de espanto: "¡ Mire usted los estragos que causa el vicio!" Pues bien: ni la verdad y justicia de la observación, á lo menos respecto de mí: ni el sentimiento de piedad que inspira la situación de un prójimo condenado á sufrir la muerte lenta y penosa de los leprosos: ni la iden-

tidad de circunstancias en que ese desventurado y yo nos encontramos, sufriendo una misma dolencia, viviendo bajo un mismo techo, y sujetos á la misma clase de privaciones y tormentos; nada, en fin, ha sido parte á destruir, á arrancar de mi ánimo susceptible la funesta prevención que dejó en él aquella especie de infernal anatema, aquel grito de maldición arrojado en medio de un rapto de misantropía ó delirio. En vano he llamado en mi ayuda á la religión, á la humanidad y á la filosofía. En vano aquel infeliz ha hecho esfuerzos por granjearse mi afecto, procurando dar á sus descompuestas y lívidas facciones, la benévola expresión de la amabilidad. En vano ha llorado horas enteras al observar la mal disimulada antipatía que yo experimento respecto de él, sin que pueda penetrar el verdadero motivo. Nada, amigo mío, nada ha bastado á desterrar esa fatal preocupación, que es hasta hoy uno de los más acerbos tormentos de mi vida.

¡Qué angustia! Este infeliz que de tantos consuelos necesitaba, que vanamente buscó un alivio en mi benevolencia, que imploró mi compasión de una manera tan patética y tan insinuante... este infeliz ha caído antes de ayer en agonía, en esa agonía anhelosa por la cual pasan los que están condenados á morir en este suplicio. Envióme, pues, á llamar por me-

dio del capellán, y no tuve corazón para resistirme. Apreté temblando la mano de Regino, y me dirigí al triste y ominoso aposento en que se hallaba el moribundo, sacando fuerzas de flaqueza para no sucumbir en la extraña prueba á que yo iba á exponerme.

Entré: un sudor helado cubría mi frente: mi respiración se cortaba: agitábanse todos mis miembros con desusada violencia; y los objetos se confundían á mi vista. Una voz bronca y desapacible salió de un obscuro rincón.

—¡Por Dios....! Acérquese usted, caballerito: díjome casi llorando.

Mas yo permanecía clavado en medio del aposento acometido de mortal pavor. El capellán me empujó con dulzura hacia el lecho del moribundo; y entonces pude distinguir aquel cuadro en todos sus detalles. Es de una naturaleza tan horrible, que no me atrevo á reproducirlo con la pluma. Basta que sepas que hasta entonces no había visto en San Lázaro un espectáculo más formidable, ni que hubiera causado en mi espíritu un trastorno más completo. La voz del agonizante prosiguió:

—Conozco... sí... conozco que inspiro á usted repugnancia y aversión. No ha parado por mí.... no, el que usted persevere en ese funesto afecto. ¡Ay! Uno de los más vivos tormentos que me aque-

jan.... yo lo juro... ha sido verme sometido á esta rigorosa prueba.

—Olvídelo usted todo, pobre amigo: ya esto pasó, y ahora quiero consolarle en cuanto de mí dependa; acerté á replicarle, algo turbado y vacilante.

—Gracias, continuó, gracias. Lo que usted acaba de decirme... sí... es muy consolatorio, y disminuye, en parte, lo horrible y doloroso de mi cruel agonía.

Hizo un ademán como para incorporarse, y retrocedí espantado hasta el umbral de la puerta del aposento. Fué éste un movimiento instintivo, que no pude reprimir. Avergoncéme de mi ligereza, y echéme en cara este rasgo de crueldad. El desventurado enfermo sollozó amargamente: también lloraba yo, y procuré recobrarme del miedo que involuntariamente experimenté. A instancias del capellán volví á aproximarme, é hícelo con la posible entereza. Cerré los ojos, me arrodillé al pie del lecho, tomé en las mías una de las destrozadas manos del enfermo..... y llevéla á mis labios. Sí.... yo debía esta especie de reparación al infeliz, á quien en vez de consuelos no había podido darle sino una nueva pesadumbre. Más de media hora transcurrió antes que pudiese el paciente recobrar el libre uso de la palabra. ¡Tanto así habíale afectado mi conducta!

—Señor, prosiguió dirigiéndose al ca-

pellán: yo....quiero hablar á solas con este caballero, porque por medio de él espero lo que hace tanto tiempo he pedido al cielo: la paz de mi espíritu. Necesito prepararme para el último trance.... que va á llegar... Debo confesarme.... arreglar mis cuentas con este mundo, para poder comparecer tranquilo ante el inexorable tribunal del que está allá arriba, y á quien no es posible engañar.... Sí: yo á todo estoy dispuesto; pero tengo que hablar antes con este joven. ¡Sólo él puede proporcionarme el consuelo, de que tengo.... ¡ay de mí!... tanta necesidad!

Mi angustia había llegado á su colmo durante este breve discurso. Mientras hablaba el moribundo, yo permanecía arrodillado, y tiraba suavemente de la sotana al capellán, como para obligarle á no abandonarme á solas con el enfermo. Mas una mirada del respetable sacerdote bastó á infundirme valor y tranquilizarme. Fué aquella una mirada llena de reconvención contra mi conducta tan poco cristiana: deseché, pues, todo temor pueril, y con entereza rogué al capellán que nos dejara solos. Hízolo así, y quedamos mano á mano aquel hombre terrible y yo. Los ojos de mi interlocutor, de opacos y sombríos habíanse vuelto brillantes y semi-fosfóricos. Como su rostro era una masa informe de carne corrupta y pes-

tilente, aquellos ojos redondos, negros y colocados en cóncavos profundos, sin párpados, ni pestañas, ni cejas, parecían los ojos de un buho que á la media noche está en acecho desde el fúnebre ciprés, recreándose con el siniestro olor que exhalan las fosas de un cementerio. Yo me hallaba á punto de espirar.

—Ruego á usted, buen joven, díjome el enfermo al cabo de unos instantes: ruego á usted que procure serenarse. Veo que es imposible arrancar de su corazón ese odio funesto que me profesa, y...

—¡Oh! interrumpíle: no me martirice usted por Dios. ¡Odio no, pobre amigo, no es odio. Confiésole que necesito de su indulgencia y perdón; pero no es por odio que le haya cobrado, supuesto que usted no me ha hecho mal ninguno.

—Bien, me conformo: no hablemos del asunto, ya que le mortifico; pero tranquilícese usted para escucharme: sí, es preciso que usted se tranquilice, si ha de oirme lo que tengo que comunicarle. Me interesa, interesa á la salvación de mi alma hablar con usted, y obtener de su bondad el favor que voy á pedirle.

Sentéme en un banco junto al lecho, y, asombrado, esperé la explicación que iba á hacerme aquel hombre singular. El enfermo permaneció en reposo un momento: luego se convirtió hacia mí.

—Sí... sólo usted en el mundo puede

hacerme el singular favor que voy á pedirle.... y lo hará usted.... no lo dudo... porque sería demasiado cruel que usted me lo negase, cuando lo imploro en los últimos y dolorosos momentos de mi angustiada existencia. Ha de saber usted que yo he sido.... muy malo.

—¿Quién está exento de culpas en este mundo?

—Es verdad; pero las mias son de tal entidad...., son tan infames y de un carácter tan odioso.... ¡Ah! Ese consuelo no basta á los criminales famosos, como yo. ¡No hay crimen, tal vez, con el cual no me haya manchado! La miseria.... la lepra misma con todos sus horrores, no pueden hacerme compurgar uno solo de mis feos y negros crímenes.

—Dios tiene abiertos los tesoros de su misericordia infinita para el pecador arrepentido.

—Si no fuera porque así lo creo con fe viva.... hace mucho tiempo que hubiera acabado de destrozar, de un solo golpe, mis frágiles y mutilados miembros. No es el amor de la vida perecedera, ni el deseo de prolongar esta martirizante existencia, ni la esperanza de hallar remedio á esta horrible enfermedad, lo que me ha alejado del suicidio, en el cual he estado pensando años enteros: no. Lo que me ha retraído... es la idea de otra mejor vida, si llegaba á obtener

el perdón.... ¡sí, Dios mío! el perdón, que imploro de tu inmensa bondad.

Mi emoción crecía de momento en momento. Aquella escena tenía no sé qué analogía con algunas de las que ha delineado el Dante en su poema del "Infierno." Mis sentidos estaban en un potro: mi alma se hallaba contristada, porque me parecía escuchar la más siniestra revelación. El agonizante continuó, después de haber enjugado dos gruesas lágrimas saturadas de sangre corrupta, que brotaron de sus descarnados ojos.

—Entre los numerosos crímenes de que voy hablando, uno que ha sido causa de mil desgracias, es el que pesa más poderosamente sobre mi corazón. Ese crimen, buen caballero, es el que más me agobia, el que atormenta más crudamente mi existencia, y del cual, si no logro perdón del agraviado, llevaré ese horrible torcedor al otro mundo. Moriré entonces sumido en la desolación... desesperado.... y Dios... tal vez... no tendrá piedad de mí....

—¡Ah! Hable usted, pobre amigo, hable usted. ¿Puedo yo hacer algo en beneficio suyo? ¿Tengo medios, por ventura, de proporcionarle ese consuelo?

—Sí, señor. Más todavía: sólo usted puede proporcionármelo.

—¿Sólo yo? Enhorabuena: explíqueme

usted, explíqueme usted, por Dios, este misterio que no comprendo.

—Nuestro amo Germán es amigo de usted.

—¿Nuestro amo Germán, el sepulturero?

—El mismo. Sólo usted es capaz de reducirle á tener conmigo una entrevista.

—Corro, voy volando á traerle á este sitio sin perder instantes.

—No, deténgase usted. Todo se malograría con la precipitación. Ese hombre no sabe si yo estoy aquí. Usted le diría, que un moribundo, un pobre lazarino, en la última crisis de su dolencia, quiere hablar con él, para comunicarle asuntos graves de conciencia. Germán es bueno, honrado, caritativo y jamás ha hecho mal á persona alguna. Vendría... sí.... vendría, estoy seguro de ello; pero no lo estoy de que al reconocerme, al verse inesperadamente en presencia de este malvado infame, pudiese dominarse y escucharme con calma y serenidad.

—Comprendo: usted le ha ocasionado algún mal, algún perjuicio grave. No importa: conozco su alma generosa... y lo perdonará: no lo dude usted ni un momento.

—Así lo espero, porque no creo haber pedido en vano al cielo este beneficio de la Providencia; pero es hombre.... los males que le he causado son gravísimos,

y quiero que usted le prevenga para esta conferencia que le pido. He aquí la buena obra que va usted á hacer en favor de este ser infeliz y abandonado de todo el mundo.

—Bien: aplaudo su juiciosa previsión. Deme usted sus instrucciones para obrar, porque ya es este un asunto que me interesa. Hable usted, que yo confío en el logro de sus buenos propósitos.

—¡Dios me lo conceda! Es preciso que usted se dirija á Germán, ahora mismo si es posible. Dígale que un antiguo conocido suyo está encerrado hace algunos años en este hospital de leprosos, sufriendo la horrible enfermedad que padecen los lazarinos: que el desvalido leproso ha tocado ya al término de su triste carrera, y.... que va á morir luego, muy pronto. El naturalmente preguntará á usted quién es ese hombre... Usted le dirá; pero dígaselo con miramiento: Usted le dirá que... ¡ah!.... este nombre le producirá un horror inexplicable. No importa: es preciso. Dígale usted que me llamo.... **Juan Cruyés**....

¡¡Juan Cruyés!! grité aterrado lanzándome fuera del aposento, pues creí hallarme en presencia de aquel malvado, origen funesto de mis desgracias. Mas luego que respiré el aire libre, fijáronse un tanto mis ideas, reflexioné y me pareció que debía tranquilizarme. Era imposible que ese

desgraciado moribundo, entrado ya en edad provecta, fuese aquel joven depravado que me había sumergido en este abismo sin fondo. Ni la estatura.... ni las formas.... nada en fin indicaba semejanza entre el hombre á quien acababa de volver la espalda bruscamente para evitar su presencia, y el famoso bandido que me perdió. Volví entonces al aposento.... corrido, avergonzado de mi importuno sobresalto, y dí satisfacción, como mejor supe, al desgraciado que recibía de mí un nuevo golpe sobre los muchos que le habían precedido. Hacíame fuerza, sin embargo, que uno y otro, según todas las apariencias, á la identidad del nombre hubiesen reunido una misma disposición al mal, y entrambos fuesen criminales insignes. Mas al fin, esto no tenía nada de particular, ni mucho menos de imposible. El pobre lazarino aún no se había recobrado de la sorpresa, cuando me senté de nuevo junto á su lecho.

—¡A usted también ha aterrado mi nombre!, exclamó. ¿Me conocía usted por ventura? ¿Sabía usted que ese nombre era el de un malvado?

—No, pobre amigo, no. Puede usted estar tranquilo sobre esto. Yo conocí á un joven... á un infeliz que me parece se llamaba así como usted, y esta circunstancia me sorprendió, y confieso que no

dejó de causarme alguna impresión el figurarme, de improviso, que ese joven estuviese en S. Lázaro. Pero, ya lo ve usted. Ese de quien hablo es un joven, y usted, pobre amigo, es un hombre ya mayor.

—Es extraño..... y de veras que la especie no deja de llamarme la atención.

Aparentó conformarse, no obstante: suspiró profundamente, y luego prosiguió:

—Germán se ha de resistir á hablar conmigo, porque mi nombre, el nombre del que tanto mal le ha hecho, sin duda excitará su indignación. Tal vez me cree muerto; y al saber que yo existo... aunque me faltan pocos momentos para espirar... no será dueño acaso de reprimir su ira. ¡Ah! le conozco mucho. Es manso y de condición apacible; pero cuando llega á encolerizarse, se desborda su furoro como un impetuoso torrente. El favor que pido á usted es que interceda por mí, procure calmar su enojo y vencer su resistencia. Sí, venga usted con él, antes que ya me sea imposible toda explicación porque me falte la palabra.

—Harelo así. ¿Qué más?

—Nada más. En nombre de Jesucristo, ruégole á usted que no vuelva aquí, sino en compañía de ese hombre. De esto depende, acaso, la salvación de mi alma.

Separéme del lecho del moribundo, y corrí á buscar á mi viejo amigo. Halléle en el cementerio ocupado en arreglar, con minuciosa escrupulosidad, el esqueleto de un hombre, cuyos restos se habían exhumado en aquella mañana, y debían transladarse á una iglesia. Reíase nuestro amo Germán contemplando el extraño y miserable conjunto de los despojos de un ser lleno antes de vida y animación, y convertido hoy en un montón de polvo y de huesos dislocados ó inertes: la risa sardónica, inmutable, fija y tenaz de la calavera, que el sepulturero hacía girar entre sus manos, parecía que excitaba la hilaridad de mi amigo. ¡Tanto influye el hábito en el carácter y costumbres de los hombres!

—¡Cómo! ¿Se ríe usted de esa calavera, nuestro amo? Preguntéle entre serio y jovial á mi amigo.

—Lo que es de ella que digamos, no tal. Ríome, sí, de la vanidad del mundo, de las extravagancias de la pobre humanidad, y de lo efímero é insustancial de la vida.

—Pero me parece que eso más es para llorar, que para reir.

—¡Qué quiere usted! Esta calavera me recuerda algunas cosas Figúrese usted que el dueño de ella era un joven piloto, guapo, emprendedor, hijo de padres acomodados, de buena instrucción, y de un

ardor juvenil, que no parecía sino que iba á ser eterno en el mundo. Hablaba como siete personas juntas, y cuando jugaba el "mus" metía una algazara de mil demonios. Hoy hace justamente dos años que en el muelle, delante de mí y de otros viejos que teníamos traza de esperarle largo tiempo en la tierra de los calvos, apostó que haría un viaje redondo de Campeche á la Habana y de la Habana á Campeche en solo once días; y que su padre, dueño del buque, habría de ganar seis mil, ocho mil, ¡qué sé yo cuántos miles de pesos! Podía haber perdido la apuesta por solo un viento á la cabeza, un chubasco, una calma, el encuentro con un corsario, en fin, por cualquier friolera. Pero Dios tomó el negocio por lo serio, y en aquella propia mañana envió á cargo y consignación del piloto hablantín una horrible fiebre, y á las veinticuatro horas... ¡hombre al agua! Vino á dar sin más ni más en manos de este vejete, que le proporcionó suave descanso sobre un mullido colchón de tierra. ¡Ya se ve! Dicen que el hombre pone y Dios dispone.... Mire usted qué hermosa calavera.... blanca.... recia.... flamante... ni un solo diente de menos.

Rechacé bruscamente aquel objeto, que el sepulturero se empeñaba en presentarme á los ojos materialmente, y supliqué-

le me oyese, pues tenía que hablar con él sobre cierto negocio urgente.

—Siendo así, díjome acabando de acomodar aquellos huesos en una pequeña caja de plomo, luego me tendrá usted á sus órdenes.

Fuí á sentarme en uno de los bancos de piedra que están por la parte exterior de la puerta del cementerio. A pocos momentos presentóse nuestro amo Germán en actitud de emprender un paseo, á lo cual había creído que se dirigía mi invitación.

—Y ¿á dónde nos dirigiremos hoy? Preguntóme con su habitual tono de familiar cariño, pasando lentamente el cerrojo de la puerta.

—Hoy, respondíle, no se trata de pasear. Asunto muy importante es el que me trae, y quiero que usted tome asiento en este sitio, aquí junto á mí, y escuche con calma lo que voy á decirle.

Miróme el viejo con aire de extrañeza, y obsequió mi formal invitación.

—Se trata, proseguí, de una buena obra que depende de usted.

—¿Qué depende de mí? ¡Es raro!

—Sí, señor: depende de usted.

—Supuesto que es una buena obra, y que depende de mí, es negocio concluído. Dela usted por hecha.

—Tómole á usted la palabra, nuestro amo.

—Sin vacilar: sí, señor. Cuando usted me propone eso que llama "buena obra," desde luego será una cosa racional..... justa... honrosa.... en fin, una buena obra. Me basta.

—Se trata de consolar á un pobre enfermo, á un moribundo, á un infeliz que va á dar cuenta á Dios, y desea con ansia hablar con usted.

—¡Ola! ¿Pues en qué nos detenemos? ¿No ve usted que cada momento de retardo puede ser fatal á ese pobre moribundo? Corramos, amigo Antonio, corramos luego. Quién sabe lo que me querrá: no importa, es un moribundo, y nada debe negarse á un moribundo.

—¿Y si fuese un lazarino?

—¿Y usted me dirige semejante pregunta? Si fuese un lazarino, esa sería una razón de más para volar en su socorro. Vamos, que la muerte camina siempre de prisa, y no acostumbra hacerse aguardar.

—¿Y si usted fuese un enemigo suyo?

—¿Enemigo? Yo... yo de nadie soy enemigo. Contestó el sepulturero, moviendo pausadamente la cabeza en ademán negativo, y mirándome de hito en hito como para buscar en mis ojos la explicación de aquella palabra.

—Miento, dijo después de algunos instantes: yo no he dicho la verdad á quien mas que nadie tiene derecho á no ser en-

gañado por mí. En efecto.... soy mortal enemigo de un perverso, de un infame... que si le hubiera á las manos.... ¡yo sabría ahogarle entre ellas! Vamos... yo estoy soñando, amigo mío.... ¿qué quiere usted? Suelen ocurrir algunas especies.... Nada: lo dicho dicho: yo de nadie soy enemigo, porque ese de quien quería hablar debe de haber muerto á esta hora. ¡No permita Dios que viva aún!

—¿Y si viviese?

—¡¡Si viviese!! Si viviese aún y pudiese apoderarme de él.... ¡ah qué felicidad...! le arrancaría el corazón... y palpitante....

—¡¡Nuestro amo!!

—Perdone usted, Antonio mío: yo me he dejado arrebatar; pero... usted no sabe... hasta dónde sube mi furor... cuando me asaltan ciertos recuerdos. Explíquese usted. ¿Qué sucede? No me atrevo á creer que sea usted un ángel malo para su viejo Germán. Sin embargo, sus palabras... esas observaciones... esas preguntas.... ¡Por Dios, Antonio mío! Yo estoy temblando... ¿Qué hay?

—Calma, amigo mío, calma. Un agonizante, un pobre lazarino que va á espirar.... Juan Cruyés, en fin, quiere hablar con usted....

—¡Justicia divina, al cabo van á cumplirse tus designios! ¡Juan Cruyés vive, y está de mí tan cerca!! Vamos, amigo

mío, corramos á ejecutar los decretos de la Providencia, que ha encaminado á ese infame hasta ponerle al alcance de mi venganza. ¡Juan Cruyés, Juan Cruyés! ¡Vivías, verdugo... y vivías casi á mi vista! Sí... corro... á bañarme en su inmunda sangre.

Al decir esto de una manera que me llenó de horror, lanzóse el sepulturero en el camino del hospital, y con tal rapidez, que á duras penas logré alcanzarle á tiempo de entrar en el edificio, y detenerle con todas mis fuerzas, gritándole:

—¡Nuestro amo Germán! ¡En nombre de Dios vivo! ¿Qué va usted á hacer? ¿Está usted loco? ¿Debía yo esperar, debía esperar su hijo Antonio escogido para una misión de paz y de caridad, que diese usted á sus palabras tan siniestra acogida? Si me estima usted en algo, si aprecia mi amistad como mil veces me ha repetido... yo se lo suplico.... deténgase usted y escúcheme.

El sepulturero retrocedió conmigo hasta alguna distancia, y se detuvo luego, mirándome de una manera terrible. Yo continué:

—Sí, señor: es una locura imperdonable en un hombre de la sensatez y cordura que usted ha manifestado siempre. Es un crimen en un cristiano, que comprende algo las sanas máximas de su religión. ¡Quién asesina á un moribundo indefen-

so, y que apenas respira difícilmente en el lecho de su dolor! ¿Y qué gloria resultaría á usted de una acción tan bárbara y cruel? ¿Y no ve usted que se perdería miserablemente, y sería víctima de su loco arrebato?

El pobre viejo, sin responderme, se dejó caer sobre la yerba, apoyó la cabeza en sus rodillas, y se entregó á la meditación más profunda. Coloqueme junto á él, sin decir una sola palabra, y esperé que interrumpiese aquel sombrío silencio.

Abismados en un mar de reflexiones, y arrebatados, por decirlo así, á una esfera desconocida, insensiblemente pasamos hora y media sentados sobre la yerba. El sol de la tarde, al tiempo de sumergirse en las ondas, ensanchó su encendida y sangrienta faz, fenómeno frecuente en los meses de la quema, y dió á todos los objetos de la tierra una apariencia siniestra. La refracción de sus rayos, sin embargo, coloreó de carmín, nácar, oro y azul á mil grupos de nubecillas ligeras, que gradualmente fueron disipándose, como se disipan las dulces ilusiones de la vida. El suave terral comenzaba á mecer blandamente las copas de los cocoteros de la playa; y entre tanto, mi amigo sólo daba señales de que vivía, por su respiración fuerte é irregular. Era ya de noche, y aquella especie de deli-

quio subsistía aún. Por fin, hizo un movimiento brusco y se incorporó.

—¡Adiós, Antonio! Díjome con aire solemne y mesurado.

—¡Cómo! ¿No iremos á ver al enfermo?

—Ahora... no: es imposible.

—¿Y tendrá usted valor para prolongar por más tiempo el martirio de ese desventurado, que espera la presencia de usted como pudiera esperar su salvación eterna?

—Ahora no puedo verle.

—¡Ah! Eso es demasiado cruel, y no me hubiera atrevido á creerlo, teniendo usted tan buen corazón.

—¿Y qué tiene que decirme? ¿Para qué pretende esta entrevista? ¿Piensa, con sus llantos y suspiros, volverme cuanto me ha arrebatado, volverme la paz, la felicidad, la honra de mi vida? ¡Sufre mucho! ¿Y qué puede compararse con lo que yo también he sufrido por su causa, sin embargo de mi inocencia?

—Pero va á morir en medio de los más duros tormentos, y tal vez querrá que usted lo perdone. Apiádase usted de este infeliz.

—Pues bien: dígale usted, de mi parte, que le perdono de corazón; y que pediré á Dios que le dé una buena muerte. No puedo hacer más.

—Sea usted dócil, nuestro amo Ger-

mán. ¡Pobre hombre! Es un lazarino, como yo, y quiere tener una entrevista con usted. ¡Sí, contemplará usted, por un solo instante, su horrible situación! No hay remedio: es preciso verle.

—No, mi querido Antonio, no. Esta entrevista es imposible hoy: lo conozco, y sería engañarle si aparentase acceder á sus instancias. De aquí á tres días... ó menos.... mañana tal vez... ¡Qué sé yo! Por lo que es hoy no puede ser. Necesito de algún tiempo para tranquilizarme y cobrar el valor suficiente para ver con serenidad á ese monstruo.... ¡á ese pobre lazarino!

—Pero ¿ha reflexionado usted que toda dilación sería peligrosa, y que si usted ofrece verle mañana, el infeliz no es dueño de prolongar su vida hasta el plazo que se quiera fijarle? ¿Quién responde de que mañana vivirá aún?

—¿Y qué quiere usted que yo haga? ¿Por ventura, soy yo de piedra ó de bronce? ¿No soy hombre, no tengo sangre en las venas, no tengo pasiones? ¿Quiere usted hacer un milagro, obligándome á suspender, de un solo golpe, el odio profundo y justo de que estoy... poseído contra ese miserable, de quien creía estar libre en lo absoluto? No, mi amigo Antonio, no. Si llegara á verle hoy, no respondo de mí: le mataría sin remedio, le

asesinaría vil y cobardemente, sin que me detuviese ninguna reflexión.

—Confieso á usted, nuestro amo Germán, que me causa la mayor sorpresa el escuchar de su boca semejante lenguaje. Le desconozco á usted, mi buen amigo.

—Es porque también desconoce usted los motivos que me inspiran ese lenguaje. ¡Ay, mi querido amigo Antonio! Si usted pudiese ponerse en lugar mío.... ¡Dios le preserve á usted!

—No quiero aparecer indiscreto dirigiéndole preguntas que acaso rasgarían alguna profunda herida de su corazón; pero sea el que fuese el motivo de ese odio, dispénseme usted, mi franqueza: es en verdad muy poco caritativo y muy anti-cristiano, el dejarse arrebatar de esa suerte, y sumir en la desesperación á un pobre leproso que está á punto de espirar, y quiere llevar al otro mundo el perdón de aquellos á quienes hubiese ofendido.

—¡Dios nos juzgue á todos conforme á su infinita justicia!

—Y nos mire con ojos de piedad, mi viejo amigo.

—Sí, es verdad: todos necesitamos de ella. Pero yo estoy malo... no puedo ver á ese hombre en este momento. Perdone usted mi terca resistencia. Mañana..... sí, mañana vendré á obedecer á usted.

Hoy me retiró..... porque estoy enfermo: me siento muy malo.

Toméle el pulso al instante, y conocí que, en efecto, estaba acometido de una fiebre ardiente y voraz. No me pareció justo ni prudente insistir en que se verificase la conferencia; antes bien, dí prisa á mi angustiado amigo para que se retirase, y le acompañé, con el ánimo afligido, hasta las primeras casas de la ciudad. Volví al hospital á dar cuenta del resultado de aquella misión, procurando darle algún colorido á la indispensable dilación de la entrevista. Por fortuna, pues que lo era en aquellas circunstancias, el pobre lazarino se encontraba delirante, y en absoluta incapacidad de escucharme. Dí gracias á Dios, porque miraba aquello como un beneficio de su providencia.

Hoy ha amanecido más tranquilo, y el capellán, que no se ha separado de su lecho, acaba de decirme que pregunta por mí con la mayor instancia, y muestra un extraordinario afán por hablar conmigo. Voy á verle, y á darle algún consuelo, porque me parece imposible que nuestro amo Germán venga hoy, pues según las frecuentes noticias que del estado de su salud ha recibido, aun sigue muy indispuesto y abatido. Confío, sin embargo, en que el moribundo nos dará tiempo de

concluir este asunto, en el cual estoy interesado.

¡Juan Cruyés! Yo no puedo menos de pensar mucho en la identidad de nombre entre este que ha causado los males de que se lamenta nuestro amo Germán, y aquel malvado detestable de quien yo hubiera querido olvidarme para siempre. ¿No piensas como yo que es esta una coincidencia demasiado funesta? La verdad, yo creo que aquí ha de haber algún oculto misterio, que no puedo comprender. En fin, el cielo nos proteja á todos.

Desde que Regino me confió su cartera, no ha vuelto á salir del aposento. Llora á menudo, y está triste; pero ni en él ni en mí hace progresos la horrible enfermedad yo me desvelo cuidándole con afán, y él hace otro tanto respecto de mí: prodígole toda clase de consuelos, y aparenta recibirlos con docilidad. Mas yo creo que un cáncer oculto roe lentamente su corazón. Ahora que ya conoces el fondo de su alma, que sabes los pormenores de su vida borrascosa, ¡cuánto no te compadecerás de su infausta suerte! Te envía mil finos recuerdos, y dice que debes de ser muy bueno, pues que eres tan buen amigo mío, y llenas tan cumplidamente mi lugar al lado de mi anciano y desolado padre. Yo te encargo que beses de mi parte su frente respetable, que enjugues sus ardientes lágrimas, y que le ames

siempre como yo le he amado. ¡Pobre padre mío! El está expiando inocentemente los extravíos de mi inconsiderada juventud. El es la víctima expiatoria; él que es tan bueno, tan honrado y tan virtuoso. Honra sus canas, Manuel mío, honra sus canas como yo he sabido hacerlo.

Hoy respondo á la carta de Melchor en que me participa su próximo enlace con la hija de Don Juan. ¡Feliz él, que va á santificar un amor puro y aceptable á Dios! Este beneficio no se concede á los que, como yo, se han revolcado en un cieno inmundo. Adiós: él colme á mis amigos de las infinitas felicidades que les apetezco.


——o:(O):o——



CARTA XI.

Antonio á Manuel.

S. Lázaro, 5 de Mayo de 1824.

Querido mío. Fueme imposible tomar la pluma en estos borrascosos días que han transcurrido desde la última que te dirigí, dándote una cuenta exacta de lo acaecido con motivo de la entrevista que, con tanto ahinco, pretendía tener el ya finado Juan Cruyés con Germán el sepulturero. Deseaba escribirte para comunicarte los extraordinarios sucesos que han sobrevenido de entonces acá; pero tiempo me ha faltado para ello, pues además de las fuertes impresiones que se han sucedido la una en pos de la otra, el cansancio y la fatiga materialmente no me han dado lugar para nada. Vas á asombrarte de lo que ocurre, querido mío, y

vas á reconocer en todo el dedo de Dios. Increíble me parecía que pudiesen combinarse así los sucesos de la vida. Los impíos que niegan el influjo de la Providencia en tales sucesos: los impíos que aparentan desconocer la admirable cadena que traba y enlaza el mundo físico con el mundo moral, deben quedar pasmados y confundidos, si es que sus discursos han sido sinceros y no abortos, como yo sospecho, de su apasionada malignidad ó de su torpe ignorancia. Ataré el hilo de mi actual relato al punto en que lo dejé pendiente en mi carta de 17 del pasado.

Estaba aún cerrándola con las otras que incluía para mi padre y Melchor, cuando el capellán azorado vino de nuevo á rogarme que sin pérdida de momento me transladase junto al lecho de Juan Cruyés, pues según todas las apariencias estaba próximo á perder definitivamente el juicio, del cual apenas conservaba restos, si yo no acudía pronto á escuchar cuanto tenía que comunicarme.

—Vuele usted, hijo mío, añadió el sacerdote, vuele usted á librar á ese desventurado del abismo en que está próximo á caer. La situación de este hombre es terrible y desconsoladora: jamás se ha acercado al tribunal de la penitencia desde que se halla aquí. Mis esfuerzos han sido siempre vanos en tanto tiempo, porque á mis consejos amistosos, á mis

pláticas de paz y de amor, ha correspondido rechazando mis insinuaciones, de la manera más dura y brutal. ¡Pobre criatura! Disculpable era, porque ninguno es dueño de sobreponerse al funesto afecto que domina al verse acometido de esta enfermedad, que Dios envía para compurgar nuestras faltas; y yo sé muy bien que se necesita de su gracia especial para conseguirlo. Pero al fin el doliente había accedido á mis ruegos, y la religión recobró su imperio en un corazón extraviado tal vez, pero no endurecido del todo. Sin embargo, quiso hablar con usted para comunicarle un asunto del cual dependía... ¡me estremezco!, su salud eterna; pero luego, usted lo ha visto, cayó en un delirio profundo.... y no he podido aprovecharme de un solo momento. Hoy... su razón había vuelto, es verdad; pero va á perderla de nuevo, si usted no acude á impedirlo. Vamos, Antonio mío, vamos: si esta alma se perdiese... mi angustia sería inexplicable.

Afectóme demasiado la expresión con que el buen sacerdote manifestaba su dolor. Cuando hubo terminado su razonamiento, estaba yo listo para acompañarle hasta el lecho del moribundo. Regino, que había comprendido ya lo que ocurría, hallábase alarmado, figurándose que podrían asaltarme algunos peligros. Procuré tranquilizarle, y acudí á llenar mi

obligación cristiana al lado de Juan Cruyés.

Hallámosle agitado en espantosas convulsiones. En medio de ellas acertó á distinguirme; y con una voz de trueno, que penetró hasta la médula de mis huesos, y empleando las gesticulaciones más aterradoras me gritó:

—¡Con que se resiste á venir! ¡Rehusa verme en mi postrera agonía! Pues bien... yo maldigo una y mil veces á ese bruto ....incapaz de pasiones nobles. ¡Vil y cobarde reptil! Muero en medio de los más desgarradores tormentos.... desesperado.... rabioso.... sin esperanza de perdón ni de venganza... ¡Negar á un moribundo el único consuelo que en la tierra le quedaba! ¡Cerrar los oídos al grito desesperante del dolor más intenso! ¡Y este bárbaro se llama hombre! ¡Ah! Siento de veras no haber estrujado á semejante infame, que diariamente estaba tan cerca de mí sin comprenderlo... Si yo hubiese dado oídos á las insinuaciones de mi corazón.... Si no hubiese temido neciamente experimentar los estímulos de eso que llamáis conciencia... ¡vosotros, clérigos fatuos, que traficáis con la credulidad humana....! ese bruto no se burlaría hoy de mi dolor.... y todo estaría terminado para siempre. No, padre, no. Yo bien me lo había figurado. Ese Dios de quien tanto me hablaba usted.... es

una quimera: sólo existe en esa cabeza estúpida ó maligna. ¿Lo entiende usted? No me da la gana de creer en Dios...

Yo quedé petrificado de espanto al escuchar aquel lenguaje insensato, sembrado de tan estupendas blasfemias. El capellán, bañado en lágrimas, hacía suaves esfuerzos para mitigar el furor de aquel desventurado. Era ya un deber no sólo de humanidad, sino un deber estricto de conciencia, el consolar á aquel hombre, y volverle al buen sendero, del cual se había extraviado lamentablemente. Resolvíme á apurar mis fuerzas hasta lo último para conseguir aquel interesante objeto. Despojéme, pues, de aquella parte de mis vestidos que más me embarazaba, sentéme sobre el lecho, y sujeté los pies al enfermo, mientras que el sacerdote sostenía su cabeza volcanizada. En cada movimiento.... en cada contorsión.... rasgábanse las llagas que cubrían todo su cuerpo, exhalando un fetor que me causaba vértigos dolorosos. Los trozos de carne corrupta se desprendían entonces, y mis manos y brazos aparecían cubiertos de inmundicia y podredumbre. Quería yo hablar para explicarle el retardo de Germán de un modo que le dejase enteramente satisfecho; pero por mucho tiempo fué imposible toda explicación, porque el infeliz no daba tregua en sus arrebatos. No quiero, Manuel mío, repetir en

esta carta lo que yo escuché de aquella boca que, en tales momentos, era verdaderamente satánica. El capellán no hacía sino llorar hilo á hilo, y acariciar blandamente la cabeza de aquella indomable fiera, que se habría resistido al rigor y á los halagos. Ni una sola palabra aventuró en los repetidos arrebatos del doliente, porque aun no le parecía llegada la oportunidad. Era aquel un cuadro que difícilmente puede trazarse. El contraste que ofrecía la fisonomía angelical del sacerdote cristiano, vertiendo lágrimas de amor sobre las facciones destrozadas y feroces de un pecador endurecido, que cierra obstinadamente su corazón á todo consuelo religioso, y cubre de baldones é improperios á su bienhechor; todo esto es de un género verdaderamente sublime.

La misma violencia de la agitación que sufría Cruyés, hizo que sus fuerzas cediesen gradualmente.... y, al fin, agotadas del todo, quedó reducido el paciente á un grado de postración profunda. Cruzó los brazos sobre el pecho... sus ojos quedaron fijos é inmobles... y su respiración comenzó á ser fatigante. Sin embargo, el estertor que tan de cerca precede á la muerte, no daba señales de proximidad. A la postración física acompañaba evidentemente un abatimiento moral, que daba esperanza de hacer una crisis favo-

rable, aunque fuese momentánea. Lo que importaba era que recobrase la razón, hablase con nuestro amo Germán, y se dispusiese en seguida á emprender el largo viaje que todos debemos hacer. Después de todo esto, ¿para qué había de apetecer una vida tan llena de amarguras y horror?

Aprovechóse el sacerdote de esa favorable coyuntura, y comenzó á dejar caer lentamente, y con la mayor circunspección, aquellas palabras de vida y de consuelo, aquel tesoro de infinito precio que encierra la santa Biblia. Al principio, parecía que el enfermo nada escuchaba, y que las frases todas eran perdidas. Mas la práctica de muchos años, una larga observación junto al lecho de los agonizantes, había enseñado mucho al venerable capellán, y conocía la oportunidad del auxilio, y todas las brechas que el hombre, en su lucha con la muerte, dejaba descubiertas. Juan Cruyés suspiró con alguna congoja. A medida que volvía á animarse, é iba recobrando sus potencias y la elasticidad de sus miembros, el capellán proseguía con más animación, derramando ya torrentes de luz y saludable consuelo sobre el corazón del enfermo. Pasado algún tiempo, cesó su inmobilidad, brillaron sus ojos, y arrasáronse de lágrimas. Luego murmuró con algún trabajo.

—Gracias.... padre mío. Dios conceda á usted el premio que merece por su filantropía y caridad ardiente. Reconozco en usted al ministro humilde del cristianismo. Padre mío..... venerable padre mío... perdón. Interceda usted con Dios, á fin de que también me perdone: ore usted.... por mí.

El capellán se aprovechó de aquella ocasión para ablandar de una vez aquel corazón empedernido. El furor había pasado, y vuelto el arrepentimiento que no habría sido en vano. El enfermo se dirigió entonces á mí.

—Caballero: ruégole igualmente que me perdone. Soy una criatura atribulada; y espero que un rapto de delirio no hará concebir á usted que tiene delante á un impío. ¡Ah, no! Soy un infeliz, y nada más.

—Lo sé, pobre amigo, lo sé. Si me hubiese usted dado tiempo de explicarme, se hubiera usted ahorrado de lo que acaba de sufrir tan intensamente. Germán vendrá, sin falta alguna.

—¡Ay! Y ¿por qué me ha retardado este consuelo, tan anhelado por mí? ¿No se ha mitigado su ira ni desarmado su furor? ¿No le ha movido á piedad la triste situación en que me encuentro? ¿No sabe que de un momento á otro se desplomará el mal apuntalado edificio de mi frágil existencia?

—Lo sabe, sí, de todo está enterado; pero ¿qué quiere usted?; también el pobre estaba enfermo, y en imposibilidad de acudir inmediatamente. Espero que hoy vendrá. Me lo ha ofrecido.....

—Y sabe cumplir su palabra; añadió con alterada voz nuestro amo Germán, que de improviso, y sin hacerse anunciar, entró en la estancia del enfermo cuando no se le esperaba.

Todavía me tiemblan las carnes al recordar esta escena. Era ya de noche, y en el momento en que se presentó el sepulturero, estaba yo vuelto de espaldas, teniendo una candela bendita entre las manos, que me había alargado el capellán, mientras éste aumentaba dos almohadas á las que el enfermo tenía á su cabecera, para que estuviese con menos incomodidad. Las cortinillas de la cama estaban á medio correr, y cerca de allí, un pequeño brasero de barro despedía una densa nube de humo de romero, que llenaba todo el aposento y neutralizaba en algo el mal olor de aquel semi-cadáver.

El sepulturero avanzó hasta el borde de la cama, llevando las manos hacia atrás: alargó el cuello por entre las cortinillas: inclinóse sobre el rostro del moribundo, y estúvole contemplando largo tiempo sin hablar. La fisonomía de nuestro amo Germán era verdaderamente feroz en aquellos instantes: una horrible

sonrisa vagaba por sus labios pálidos y amoratados: temblábale la barba, y sus pocos cabellos estaban erizados. El capellán y yo permanecíamos como petrificados en la misma actitutd en que nos sorprendió aquella repentina aparición. Los ojos de Juan Cruyés se habían clavado fijamente en los del sepulturero: sus manos estrechaban un pequeño Crucifijo. Nuestro amo Germán rompió el silencio, sin mudar de actitud.

—¡Miserable! ¿Te llamas, por ventura Juan Cruyés?

El moribundo hizo un ligero movimiento de cabeza en ademán afirmativo.

—¡Juan Cruyés¡, prosiguió el sepulturero. Sí.... yo te habría reconocido por ese vestigio que llevas en la mejilla: ese vestigio que te señala como á Cain, y que la lepra misma no ha podido destruír, como ha destruído todo lo demás.

—¡Germán, amigo mío, duélete de mí! ¡Ten compasión de un pobre agonizante! Murmuró el doliente con harto trabajo, y haciendo un poderoso esfuerzo.

—¡Chit!, exclamó el sepulturero. ¡Amigo! Yo soy ahora tu juez.... y tu juez inexorable. Voy á juzgarte, á oir tus descargos.... y á sentenciarte. ¿Lo entiendes?

Era imposible toda intervención mía ni del capellán en esta horrible escena:

nos limitamos á ser simples testigos de ella. Germán continuó.

—¡Malvado! ¿Te acuerdas de aquella tremenda noche del 7 de septiembre de 1807, cuando un heshecho huracán te lanzó sobre nuestras costas? Náufrago.... pobre, enfermo y desvalido, te abrí las puertas de mi casa.... te brindé con una hospitalidad generosa.... te cuidé como un padre cuida á su propio hijo... te proporcioné recursos para buscar tu subsistencia.... ¿Es todo esto verdad, Juan Cruyés?

—Sí, mi buen Germán.

—Yo puse en tí la confianza más ilimitada. Me dijiste que eras hombre de bien, y yo necio hube de creerlo con candor. ¿Y qué eras, qué habías sido? Un pirata infame... un bandido del mar avezado á todo linaje de crímenes. ¿Es verdad lo que yo digo, Juan Cruyés?

—Sí, mi querido Germán.

—Y ¿cómo pagaste mi amor, mi cariño, mi benévola hospitalidad? ¿Qué hiciste para corresponder á mi franca y generosa amistad? Una larga serie de infamias fué la recompensa. ¡¡Deshonraste á mi hija...!! ¿No es verdad?

—Sí, Germán.

—¡A mi pobre Gaspara, tan buena, tan virtuosa, tan inocente y tan amante de su tierno y afectuoso padre! La sedujiste inícuamente.... la deshonraste... la hi-

ciste perder lo que tiene de más precioso una pobre y débil mujer. ¡Ah! Juan Cruyés! Tú eres un demonio.

—Tienes razón, mi querido Germán.

—Y no contento con deshonrarla..... la difamaste por todas partes... la pusiste en ridículo, y todos la señalaban con el dedo, llamándola meretriz y mujer perdida... y después... con aquellos horribles brebajes.... aquellos infernales abortivos. ¡Ah, cobarde! la asesinaste vil y bárbaramente. ¿No es cierto, Juan Cruyés?

—Sí, Germán, todo eso es cierto.

—Y cuando yo estaba inocente de todo teniendo una fe vivísima en tu amistad, te marchaste de repente, llevándote cuanto poseíamos, todo lo que había podido economizar en mi trabajo de tantos años, dejando sumida en la miseria á una honrada familia, que tan generosamente te había acogido en su seno. ¡Me robaste, Juan Cruyés, me robaste lo poco que yo poseía para alimentar á mis pobres hijos, que ningún mal te habían hecho!!

—Lo confieso, Germán.

—Y por qué asesinaste á mi hija, después de haberla deshonrado, y por qué me robaste mi corto haber, dejándonos sumidos en la miseria.... mi pobre mujer y su pequeño hijo de pechos... y mis otras dos hijas, ¡sucumbieron todos en año y medio solamente!!

—Sí, bueno y honrado Germán: yo soy responsable ante Dios de todas esas desgracias.

—Y no satisfecha tu rabia.... tu inaudita ferocidad... me arrebataste al único hijo que me quedaba.... le inculcaste tus horrendas máximas... le guiaste por la senda del crimen, é hiciste de él otro pirata tan infame y tan malvado como tú.

—Es verdad.

—Y por último, me preparaste el camino para esta vejez triste y sombría, que tengo que ocultar á la vista de los hombres, aparentando gozo y contento, cuando sufro tanto por tu perfidia y malignidad. Sí.... por tí, paso las noches llorando: por tí, me veo casi mendigando el sustento diario.... porque bienes .. honra, felicidad.... ¡Todo me lo arrebataste de una vez, mal hombre!

—Sí, todo eso es verdad.

—Y bien, ¿cuál es tu disculpa?

—Yo no tengo disculpa, Germán: sólo imploro tu perdón para morir tranquilo.

—¡Morir tranquilo! ¿Cómo quieres, mónstruo, morir tranquilo, hallándote manchado con tantos y tan horrendos crímenes? ¿Cómo es posible que con mi simple perdón te creas dispuesto á comparecer en la presencia de un Dios justiciero? ¿Ni cómo has de creer tú en Dios, estando dado de su mano? No: es preciso que mueras, y que mueras bajo

los golpes de aquel á quien más ofensas hayas causado.

—¡Germán... mi querido Germán! El dolor te extravía: los funestos recuerdos que mi presencia excita en tu ánimo, te hacen olvidarte de que tienes buen corazón. Mátame enhorabuena... si crees que con mi muerte quedarás contento y satisfecho... Mas perdóname antes.... dame tiempo para que me arroje á los pies de este santo sacerdote.... le confiese otras culpas no menos feas y horribles que todas las que acabas de revelar.... y consiga así el perdón, que fervientemente imploro de la misericordia del Señor...

—¡Y es posible que el crimen siempre ha de triunfar!

—¡Triunfar! ¡Qué llamas triunfar, mi querido Germán.... ¿No ves mi cuerpo dilacerado...? ¿no sientes ese pestilente olor que exhalan las llagas de que estoy cubierto de pies á cabeza? ¿No consideras que soy un pobre leproso.... encerrado aquí hace seis años, sufriendo un martirio... cuya intensidad jamás podrá expresarse? ¡Triunfar el crimen...!! ¡Y no concibes cuáles habrán sido mis remordimientos... esos agudos remordimientos..... que despedazan.... que taladran.... que desgarran el corazón..... fibra por fibra.... hasta desmenuzarlo....? ¡Triunfar el crimen! Tú ignoras lo que es un remordimiento.... intenso... te-

naz.... cruel y que mina... paulatinamente.... el principio de la vida. Lo ignoras, querido Germán, porque tú eres muy bueno y honrado.... y jamás has caído en ningún crimen vergonzoso. ¿Triunfar el crimen? El crimen jamás triunfa... aunque otra cosa te digan las apariencias.... yo lo juro. Mira, Germán...: sólo yo sé cuánto te he ofendido... Pues bien: estás vengado superabundantemente.... creeme.... ¡Estás vengado!

—Y bien: ¿qué quieres de mí? Para qué has mandado provocarme? ¿Querías vengarte á tu vez.... de esos remordimientos.... obligándome á manchar mis manos con tu sangre inmunda... á recibir tu pestilente aliento....? ¿Querías también hacerme criminal.... para que aun después de muerto... tuviese siempre por delante.... la fatal sombra de mi enemigo?..... Habla.... ¿qué pretendes de mí?

—Te lo he dicho ya, mi buen Germán. Que me perdones.... mi generoso amigo.... que me perdones por el amor de Dios....

Enderezóse el sepulturero con lentitud, dejó caer un puñal que ocultaba, cruzó los brazos sobre el pecho, cerró los ojos, y por más de tres minutos permaneció en silencioso recogimiento, agitando los labios ligeramente, como si mur-

murase algunas palabras misteriosas. En seguida abrió los ojos arrasados en lágrimas... extendió los brazos... y arrojóse en los del moribundo, gritando:

—Sí.... yo te perdono en nombre de mi esposa y de mis hijos.... yo te perdono con todo mi corazón, por amor de Dios. Espero en él que te verá con misericordia.

En aquel rápido instante, arrodillóse el capellán elevando al cielo una plegaria.... la candela bendita se desprendió de mis manos apagándose al caer... y se desvaneció el cuadro como una visión fantástica. Yo nada veía ni oía.

Pasado algún tiempo, el capellán, que había salido, entró de nuevo trayendo en la mano una luz, con la cual volvió á iluminarse aquel cuadro. Juan Cruyés y el sepulturero permanecían estrechamente abrazados y llorando con amargura. El cristianismo, sí, sólo el cristianismo puede producir tan extraño cambio en los sentimientos y afectos de un hombre. ¡Qué sublime es aquel "diligite inimicos," que el Salvador del mundo sancionó con su propio sacrificio! Digan lo que quieran los sofistas.... y los impíos.... me glorío en repetirlo, sólo el cristianismo es capaz de una revolución moral tan admirable. Con razón exclamaba el más sabio y profundo de los jurisconsultos filósofos, Montesquieu: "¡Cosa admirable!

la religión cristiana, que no parece tener otro objeto que la felicidad de la otra vida, hace además en esta nuestra felicidad."

El sepulturero sentóse en un pequeño banco junto al lecho de Cruyés, apoyó ambos codos en las rodillas, y ocultó el afligido rostro entre sus manos duras y callosas. El moribundo besó devotamente el santo Crucifijo, y quedó largo tiempo en reposo. Volví á encender la candela bendita, y el capellán se arrodilló á la cabecera del enfermo, rezando los siete salmos penitenciales. Después de media hora larga de hallarnos en esta actitud, nos suplicó Cruyés que lo dejásemos solo con Germán, é hicímoslo así. Mientras conferenciaban en voz baja, el capellán y yo nos paseábamos, sin hablar una sola palabra, á lo largo de la galería del poniente, que es allí en donde está situado el aposento en que pasaron estos extraños sucesos. Era ya cerca de media noche, y todo el hospital estaba sumergido en densas tinieblas y en profundo silencio, interrumpido no más por el murmurio de las olas, que besaban ligeramente el arenal de la playa cercana.

Yo no cesaba de admirarme al observar los rasgos de semejanza entre la mala condición de este Juan Cruyés y el otro que tú sabes. Nunca había yo escuchado semejante nombre en el hospital,

pues aquel desventurado habíase mudado el suyo propio por el nombre de Félix Zamudio con que era conocido en el establecimiento. ¡Dios mío! Esa identidad no puede menos que significar algo... porque esto lo miro yo como providencial. No comprendo este misterio.... y tal vez ni quisiera comprenderlo. Mi imaginación estaba herida: mis recuerdos habían despertado vivamente.... y era yo presa de los más extraños y encontrados pensamientos. Como á la una y media salió nuestro amo Germán, y con tono solemne dijo al sacerdote:

—Ya puede usted entrar á cumplir con su santo ministerio. Juan espera á usted para confesarse y recibir la extrema-unción.

Entró el capellán, y yo insté al sepulturero á que viniese á descansar á mi aposento.

—¡Cómo!, exclamó. ¿He de abandonar á mi pobre amigo en sus últimos momentos? Puede ofrecerse alguna cosa, y debo estar cerca.

—Me congratulo con usted, mi buen Germán, por el término de este asunto. Usted ha hecho una obra sublime y altamente meritoria. El cielo recompense á usted tan buena acción.

Apretóme la mano con la mayor cordialidad y ternura, y retiréme á mi aposento, porque me lo suplicó vivamente.

Ni un instante pude dormir: lo que había ocurrido en la noche me afectó demasiado, para haber logrado tranquilizarme tan pronto. Volví á las cuatro: el capellán y el sepulturero estaban auxiliando en sus últimos momentos á Juan Cruyés, quien espiró á las cinco menos cuarto con mucha tranquilidad. ¡Dios lo haya perdonado!

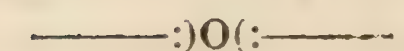
Apenas exhaló el último aliento vital, arrodillóse Germán junto al lecho mortuorio, lloró amargamente, y besó la frente del cadáver.

—¡Pobre amigo mío! decía. ¡Cuán desfigurado te dejaron el dolor, las penas del corazón y... la funesta enfermedad que te ha matado....! ¡Dios eterno.... en este momento en que le juzgas, acuérdate, Señor, que le he perdonado...!

Esta escena me partió el corazón. Quisimos separar de aquel sitio funesto al buen anciano, mas él se resistió diciéndonos que él era el único amigo del finado, y que á él le correspondía prestarle los últimos oficios. En efecto, permaneció allí hasta que el cadáver salió para el cementerio, á donde le fué imposible acompañarlo. El infeliz aún no estaba bueno cuando vino al hospital: la fiebre subió al más alto grado, y fué preciso hacerle tomar cama. Llevósele consigo el capellán á su vivienda, y allí ha estado gravísimo, en términos de temerse por su vi-

da. Mas hace hoy tres días que está fuera de peligro, y sigue muy bien. En todo este tiempo, mi atención se ha dividido entre Germán y Regino, porque este pobre se consume de tristeza y profunda melancolía.

Adiós: tengo que escribir á mi padre, y el tiempo se me gasta. Tuyo como siempre.





CARTA XII.

Antonio á Manuel.

San Lázaro, 22 de Mayo de 1824.

Querido mío. En verdad que no puedo quejarme en cuanto á dolencias físicas, porque en fuerza de los buenos consejos, del Dr. Frutos que, desde el campo, me escribe á menudo, debo al cielo el inapreciable beneficio de que mi mal se haya detenido en medio de su rápido curso. Esto ya es un adelanto. Pero en recompensa, mi espíritu sufre demasiado, y á veces me encuentro vagando en tan raras cavilaciones, que suelo pasarme despabilado las noches enteras. Tales cosas me ocurren, que me dan mucho en que pensar; y no es culpa mía, si no puedo detener los vuelos de mi imaginación.

Te dije que mi pobre amigo Regino se

hallaba sumergido en profunda tristeza y en negra melancolía. Yo he hecho todo lo posible á fin de obligarle á salir de tan penosa situación; ya invitándole á leer libros menos áridos y abstractos que esos á que se dedica con tenaz aplicación; ya refiriéndole varias anécdotas de mi vida escolar; ya invitándole vivamente á salir de su encierro y dar algunos paseos por Lerma, la Eminencia, ó las casas de campo vecinas. Nada he logrado sino hacerle llorar cuando ha visto mi empeño en estas cosas. Después han ocurrido algunos incidentes que en la apariencia no han significado nada, pero que en el mozo produjeron un efecto que no puedo explicarme, y que por reflexión han venido á ejercer sobre mí un influjo que me molesta y aflige.

Luego que Germán comenzó á restablecerse de la fiebre que estuvo á punto de acabar con él, quise llevr á Regino á visitarle en la habitación del capellán, en donde aquel se hallaba alojado. Mas Regino se resistía con algunas excusas, que á mí me parecieron poco satisfactorias.

—Considere usted, le dije, que ese honradísimo anciano sabe nuestra amistad, se ha interesado con mucho calor en obsequio de usted, y sin embargo no he conseguido poner á ambos en contacto. Desengáñese usted: un pobre leproso jamás

debe rehusar la amistad de persona alguna. Añadí con algún tanto de aspereza.

—¡Cómo, mi querido amigo!, exclamó Regino desatándose en un mar de lágrimas, y dejando caer de las manos el segundo tomo de "L'an deux mille quatre cent quarente," obra utópica del soñador "Mercier." ¡Ha podido usted figurarse que rehuso voluntariamente, ó por algún motivo innoble, la amistad de alguien que me haya hecho la caridad de interesarse por mí! No es nada de eso lo que usted observaba, sino amargura, aflicción de espíritu y un dolor arraigado en lo más íntimo del corazón.

—Pero ese pobre sepulturero que se ha visto á la muerte, que ha estado tan cerca de nosotros, y al cual, â porfía, han visitado y asistido los enfermos todos de la casa, sólo de usted no ha recibido la menor muestra de amistad ó aprecio. Esto no quiere decir que yo atribuya semejante conducta á insensibilidad, ó á poca gratitud. Llámole la atención, para hacerle ver que ese aislamiento en que se ha circunscrito, puede hacerle aparecer como indiferente á la suerte de una persona que tanto nos estima. ¡Pobre Germán! Desde que ha podido hablar, diariamente me ha preguntado por usted y por el estado de su salud.

—Se lo agradezco infinito: sabe el cielo que se lo agradezco con toda la efusión

de mi alma. Pero usted tiene un modo de ver las cosas, algo diferente del mío. Yo me figuro que un leproso debe huir de la sociedad que le ha rechazado de su seno, y alejarse de todas las personas que están sanas, á fin de no causarles alguna oculta desazón. Conozco que, por una especie de instinto, apetecemos todo lo contrario; pero la reflexión me detiene, y estoy convencido de que si no debemos repeler el afecto y amistad de las personas que están libres de nuestra dolencia, tampoco debemos mostrar el más ligero empeño en relacionarnos con ellas. ¿No es esto obrar con prudencia, mi queridísimo Antonio? Allí tiene usted la explicación de mi conducta.

—¿Pero, Regino mío, usted puede figurarse que me afanaría en inducirle á hacer algo, que le trajese el inconveniente que parece temer? Yo hablo á usted de nuestro amo Germán, y nuestro amo Germán es una excepción de la regla común. Nuestro amo Germán es un hombre filantrópico y generoso, como pocos: no teme á ningún lazarino, ni se horroriza á su aspecto. Además, tanto á usted como á mí nos ama entrañablemente.

—Pues bien, Antonio mío, cuando usted considere que podré verle, y se encuentre en estado de recibir mi visita, iremos allá, y le significaré toda mi gratitud. Ya conoce usted el motivo que me

detenía, que no ha sido el de causarle ningún disgusto á ese buen sepulturero, que me es tan apreciable.

Acordámoslo así, y entablamos una larga plática sobre el nuevo régimen de vida que convendría adoptar, una vez que por los altos designios del cielo estábamos condenados á arrastrar para siempre nuestra pobre y dolorosa existencia en este santo hospital de lazarinos.

—¡Para siempre! repitió Regino. Eso, eso es lo que me horroriza hasta donde usted no puede llegar á imaginar. Los plomos de Venecia, la esclavitud de los cautivos de Argel, ni los calabozos de la inquisición me parecen tan horribles, ni me inspiran tanto pavor como ese ¡para siempre! de un hospital de leprosos. Yo he sido un malvado.... merezco el castigo más duro y doloroso...; pero ¡ah! apenas puedo levantar los ojos al cielo para pedirle misericordia, sin que al momento no me sienta agobiado y oprimido bajo el peso de este aterrador ¡para siempre! Pueda ser que el tiempo mitigue la vehemencia de esta impresión.

—Sí, amigo mío, confío en Dios que no nos abandonará. Yo.... tal vez estoy resignado, y espero transmitirle mi resignación filosófica. Usted ha visto, porque sin duda no se le habrá ocultado lo que á su alrededor pasa, el triste episodio político que acaba de terminar en mi pobre

país. Las tropas se han dispersado, las familias vuelven á sus casas, y tendremos muy pronto con nosotros á nuestro respetable amigo el Dr. Frutos, que tiene en sus manos un tesoro de consuelos que distribuir á cuantos se hallan en algún conflicto. Sus consejos y los de nuestro inimitable capellán, serán un poderoso beneficio. Pensemos en el bien que pueda hacerse, seamos virtuosos, y seremos felices en medio de los horrores y estragos de este hospital, en que tenemos un modo de ser y vivir tan extraño y doloroso.

Regino volvió á caer en su habitual melancolía, y yo mismo no estuve libre, por algún tiempo, de algunos síntomas del mal de que ya me creía radicalmente curado. La tribulación; esa tribulación inexplicable que inspira el pensamiento de esta existencia formidable de San Lázaro.

Para dar diverso giro á mis meditaciones, hice recaer la conversación sobre nuestro amo Germán y el finado pirata que tantos males le había causado. Regino sabía los pormenores de las escenas que te referí en mis dos últimas cartas, pero yo no sé por qué causa había omitido el nombre del finado Cruyés. En esta conversación se me antojó nombrarle.

—¡¡Juan Cruyés!! exclamó Regino. Yo he oído ese nombre fuera de aquí.

—¡Es posible! ¿Dónde.... cuándo....

con qué motivo? Pregunté lleno de ansiedad, porque esta especie no podía serme indiferente. Había ó hay un "Juan Cruyés" que me había perdido miserablemente, y semejante nombre, aunque no se me hubiese olvidado un solo momento, en los días anteriores resonó tantas veces en mi oído, que la memoria del infame verdugo, causa de mi ruina, despertó vivísimamente todos mis recuerdos siniestros, todos mis dolores y sufrimientos, y me puso por delante mis extravíos y culpas vergonzosas. Sí, Regino, continué con vehemente acento: me interesa infinito saber quién era ese hombre, y le ruego me diga en dónde ha oído nombrarle.

Regino me miró asombrado.

—¡Por Dios, Regino! insistí yo. Ese hombre, ¿quién es? ¿En dónde está?

—En verdad, Antonio mío, que me deja usted pasmado al oirle hablar sobre este asunto con tal viveza, y yo no sé si diga con tal extravío. Además, ese hombre no puede tener conexión ninguna con usted. ¡Era un famoso pirata!

—Justamente: ese de quien voy hablando es un famoso pirata.

—Pues, amigo mío, no nos entendemos. ¿No dice usted que ese pobre que falleció aquí en días pasados es Juan Cruyés? ¿Y según lo que me ha referido usted de la entrevista del finado con nuestro amo Germán, no aparece que aquel era un pi-

rata? Entonces, ¿de qué se admiraba usted? Para mí es este un negocio muy claro. Yo he oído hablar de un pirata llamado Juan Cruyés: ese pirata ha muerto, ¿qué explicación, pues, pretende usted de mí?

Yo quedé pensativo algunos instantes, y estuve tentado de revelar á Regino una parte de mi odiosa historia; mas detúvome el pudor que me ocasiona el simple recuerdo de tales sucesos, sin embargo de que, vista la entera confianza que en mí ha hecho, encuéntrome hasta cierto punto en la obligación de correspondérsela, refiriéndole todos los antecedentes que me trajeron al hospital de San Lázaro. Sin embargo, aquella no me pareció una ocasión muy oportuna de explicarme, y continué en mi sistema de absoluta reserva. Y como me llamaba mucho la atención que el nombre de Cruyés no fuese desconocido á Regino, volví á hablarle sobre el asunto, á fin de obtener algunos pormenores, que podrían muy bien llegar á serme interesantes.

—Bien, le dije. Convengo en que ese hombre ha muerto aquí; pero ha movido mi curiosidad la especie de que usted tenga noticias suyas. ¿No puedo saber, por ventura, en dónde oyó usted hablar de él?

—Sí tal. Nuestro amo Genaro Chiabrera me ha hablado acerca de él muy frecuentemente.

—Y ¿sabe usted si navegó alguna vez por estas costas?

—Lo sé, no solamente por lo que usted me ha referido de la conferencia habida entre él y el sepulturero, sino porque el contra-maestre italiano me habló de ese sujeto, con motivo de cierta astucia con que atrajo y capturó un bergantín del comercio de Campeche, que se dirigía á la Habana.

—Según eso, Chiabrera habrá sido socio de Cruyés.

—Me lo sospecho, aunque no lo sé de cierto. En este punto nuestro amo Genaro no ha sido conmigo muy explícito.

—Y ¿habrá de esto mucho tiempo?

—Doce ó catorce años, por lo menos.

—Minuciosas y aun extravagantes parecerán á usted mis preguntas, pero á mí me interesa sobre manera todo lo concerniente á este nombre de Cruyés. ¿Chiabrera presentaba á éste como un joven, es decir, en esa fecha, como de veinte ó veintidós años de edad?

—Me parece que no; antes bien creo que sería de más edad que Chiabrera, según las especies que yo puedo recordar.

—¿Y Chiabrera tendrá á esta fecha?

—Más de cincuenta años.

—El tal Cruyés... ¿sabe usted si se hallaría por estas costas á principios de 1821?

—Lo ignoro; pero, ¿no me ha dicho us-

ted que cuando murió llevaba de encerrado en este hospital seis años? En tal caso, es imposible que anduviese en su oficio de pirata en la fecha á que usted se refiere.

—Tiene usted razón, murmuré entre dientes, convencido de que ni por la edad, ni por ninguna otra circunstancia, el Juan Cruyés de que hablaba Regino, era el mismo de quien yo quería tener noticias. Encerréme, pues, en mi aposento á meditar profundamente sobre tan extrañas combinaciones, que no alcanzaba á penetrar. Motivos eran estos, en verdad, para confundirme y trastornarme, si desde el principio no hubiera hecho ánimo de tratar estos asuntos con sangre fría, y más que nada, con resignación filosófica. Pero ¿quién detiene los vuelos de la fantasía, cuando se echa á vagar por los espacios imaginarios, que son de una inmensidad sin límites? Esto no depende de la voluntad del hombre: es más bien efecto ó de la organización peculiar de cada individuo, ó de alguna alteración accidental de los mismos órganos. Por tanto, en el discurso de la noche no pude dormir ni un solo instante: mi cabeza ardía como la de un calenturiento.

A la mañana siguiente, muy temprano aún, vino Regino en busca mía, para que juntos fuésemos á hacer la visita convenida á nuestro amo Germán. Dirigímo-

nos, pues, á donde se hallaba. Apenas hubimos encarado con él, y aun antes de saludarle, detúvose Regino, lanzó un grito de indefinible sorpresa, volvió las espaldas, y corrió presuroso á encerrarse en su habitación, sin que mi voz y ademanes fuesen parte á detenerle. Yo me quedé extático, sin poder explicarme tan singular suceso. Miraba yo alternativamente el semblante del sepulturero y la galería por donde desapareció Regino, sin saber el partido que adpotaría en aquel momento. Mi asombro era extraordinario. Nuestro amo Germán, entre tanto, habíase quedado pensativo, como queriendo refrescar algún antiguo recuerdo, que hacía esfuerzos por escaparse de aquella cabeza debilitada por los años y por la enfermedad reciente de que había salido pocos días antes. Al cabo, volvióse á mí súbitamente, y exclamó:

—¡El es! Voy á verle: él debe saber de su paradero.

—Mas, ¿puedo yo saber de qué se trata? preguntéle entonces. ¿Qué significa esto que ocurre?

—No lo sé á derechas; pero esa voz... ese acento.... me ha herido de lleno. Esa voz.... la conozco mucho. No hay remedio... yo debo ver y hablar á ese mozo.

—Y bien....

—¡Oh! Si ese mozo fuese el que yo

pienso.... ¡cuidado, Antonio mío! Si ese mozo fuese el que yo pienso... sepa usted que mantiene relaciones de amistad con un sujeto indigno, que no la merece.

—Y... en fin.... ¿qué hay? ¿Están ustedes empeñados en volverme loco?

—Lo que hay es, que si ese mozo fuese el que me imagino.... estaría usted alternando familiar é íntimamente con un pirata. ¡Ya usted sabe lo que es un pirata!

—¡Ah! Esto no me admiraría.

—¿Habla usted de veras?

—Mucho. Si el pobre Regino, en alguna vez, hubiese tenido la desgracia de ser un pirata, como usted lo dice, harto lo estaría pagando con hallarse encerrado en el hospital de San Lázaro.

—Yo no digo que en esto no pueda haber alguna equivocación. Sin embargo.... esa voz.... sí, yo la he escuchado en cierta ocasión solemne para mí.

—¡Es tan fácil equivocarse un acento con otro!

—Cierto. Mas.... ¿por qué se ha sorprendido al verme? ¿por qué se ha alejado de mi presencia, huyendo despavorido? No: no hay remedio: aquí debe de haber algún misterio, si esto no es lo que yo pienso.

—Enhorabuena, nuestro amo: si usted abriga algunas sospechas contra ese pobre mancebo, acuérdese usted que es ami-

go mío, que es mi hermano de desgracia, y que su suerte está identificada con la mía. ¡Por Dios, mi buen amigo! Una indiscreción podría perder á este infeliz.

—No me haga usted el agravio de atribuirme una intención siniestra que no tengo. Unicamente quiero verle... quiero tratar con él acerca de un asunto que conviene.

—En tal caso, voy á prevenirle...... ¡Prudencia, nuestro amo! No vayamos á reagravar los padecimientos de mi desventurado amigo, que harto padece con solo el mal que le abruma.

El sepulturero me tendió su mano, y apretó una de las mías con la mayor cordialidad.

Hallé á Regino entregado á la desesperación.

—¡Antonio mío, mi único y generoso amigo! exclamó al verme. ¡Sálveme usted, porque estoy perdido miserablemente!

—Vamos: tenga usted calma. Usted se ha sobrecogido sin fundamento alguno.

—¡Aquí hay testigos de mis crímenes! Ese hombre me delatará... y subiré á un cadalso... en medio de la grita del populacho... ¡Yo estoy perdido!

—¿No digo á usted que tenga calma? ¿A qué viene esa intempestiva agitación que podría comprometerle?

—¡Ese hombre va á delatarme, Dios

mío! La justicia se echará sobre mí... y aunque yo estoy condenado á muerte en este hospital.... no por eso la vindicta pública quedará satisfecha. ¡Querrá darme en espectáculo para escarmiento de otros malhechores como yo!

—Pero en resumen, ¿qué es esto? Nada comprendo de cuanto pasa.

—¡Antonio mío, este hombre va á delatarme.... va á delatarme sin remedio, y tal vez á esta hora se habrá encaminado á la ciudad con el fin de perderme!

—Mal conoce usted al hombre generoso á quien hace usted tan grave inculpación. He dicho á usted que debe serenarse. No hay aquí peligro alguno que temer. Nuestro amo Germán me ha empeñado su palabra de guardar silencio, y basta.

—Para que mi horrenda existencia se encontrase nuevamente combatida y amenazada... ¡Ah! ¡esto no más me faltaba, Antonio! Este hospital me es ya de todo punto insoportable.

—He dicho y repetido á usted que se tranquilice. Esa desesperación no conviene en manera alguna: ¿á qué llevar las cosas á ese extremo? Nuestro amo Germán vendrá aquí, y puede usted fiarse en él, tan seguro de su discreción como pudiera usted estarlo de la mía. Este encuentro no ha hecho sino proporcionarme

un nuevo y sincero amigo. ¿Me comprende usted?

—No... por Dios.... que no venga. No puedo ver á ese hombre. Me hará preguntas á las cuales yo no podré satisfacer. Además, ¿qué sé yo del paradaro del infame Frasquito?

—¡Frasquito dice usted!

—Sin duda. Si usted tiene presente los detalles de mi cartera, recordará seguramente la escena que pasó cuando el capitán Frasquito, yo y doce hombres de la tripulación de la "Invisible" nos embarcamos en una lancha para dar el abordaje á aquel pailebot que navegaba entre la costa occidental de Cozumel y la tierra firme de esta península: pues bien, aquel marinero misterioso... aquel viejo de mirada fascinadora que ejercía sobre Frasquito tan extraña y singular influencia, que en fuerza de ella mandó éste que rindiésemos las armas á discreción... ese hombre era.... nuestro amo Germán.

—¡¡Nuestro amo Germán!!

—Sí... el mismo. Imposible que hubiese dejado de conocerle al momento. Grabóse su imagen tan profundamente en mi fantasía, que jamás he dejado de verle, despierto y entre sueños. Aquella mirada aterradora.... aquellos ojos brillantes, no podrían olvidárseme mientras viviese.

Comenzaba yo á ver más claro en este

asunto. Sin embargo, las especies aparecían tan complicadas, que me era difícil descubrir todos los pormenores, y quedé profundamente pensativo... ... ...
... ...

Los sollozos de Regino me hicieron volver en mí. Luego que logré tranquilizarle, volví á la habitación del capellán en busca del sepulturero.

¡Mas el sepulturero se había marchado á la ciudad!

El sacerdote me informó que hallándose Germán arreglando un pequeño lío de papeles que le había depositado Juan Cruyés, hallóse con uno de ellos que llamó mucho su atención, y, sin más tiempo que el necesario para despedirse, había salido del hospital con dirección á la ciudad, sin que fuese posible detenerle por ninguna reflexión sobre lo intempestivo de la hora, pues serían como las doce del día, ni sobre el estado de su salud, que apenas comenzaba á mejorarse.

Yo conocía á Germán perfectamente, y sabía que era incapaz de ninguna acción villana. Además, la explicación del capellán me dejaba satisfecho, sin ningún género de duda, que sólo un motivo de urgente y particular interés, podría haberle obligado á partir de improviso sin despedirse de mí, y sin decirme algo acerca de la proyectada visita y conversación con Regino. Mas, ¿cómo transmitir á és-

te mis convicciones? ¿Cómo persuadirle, después de su sobresalto y alarma, que el secreto de su vida pasada no corría peligro alguno con la ausencia intempestiva del sepulturero?

Hallábame, por tanto, en las mayores congojas y aflicciones. Destaqué de luego á luego á un sirviente de la casa, á fin de que buscase á Germán, y le obligase á venir, por súplica mía. Fueron en vano las diligencias. No recibimos más noticia, sino que se le había visto cruzar la plazuela de San Román, y dirigirse á la ciudad por la zapata de San Carlos, en el momento en que este baluarte hacía una salva de artillería saludando al General Santa Anna, que desembarcaba en el muelle con el título de comandante general de las armas de Yucatán. Esto ocurría el 17 por la tarde. Somos ya 22 y no ha vuelto á parecer el sepulturero por estos sitios, ni me ha sido posible averiguar el paraje en que se halla.

Tú puedes figurarte lo que habré pasado con Regino en estos días. Su desesperación ha sido horrible, y sus angustias dolorosísimas.

Adiós: no puedo abandonar por mucho tiempo á mi amigo, y yo estoy sumamente cansado y abatido.

Tuyo como siempre.



CARTA XIII.

Antonio á Manuel.

San Lázaro, Junio 11 de 1824.

Querido mío. Mi consternación es extraordinaria, y no sé ya qué partido adoptar en estas circunstancias. Germán no ha vuelto aún, y Regino tiene visos de haber perdido totalmente el juicio, ó por lo menos está próximo á perderlo. ¿A dónde ha marchado ese hombre, Dios mío? No se ha pasado un solo día, desde el primero de su funesta ausencia, sin que mis pesquisas é indagaciones hayan crecido; no porque tema yo ni remotamente lo que este malaventurado joven ha dado en temer de esa partida, sino porque realmente me parece extraño que

Germán se haya desentendido así de nosotros. Constantemente me he presentado en el cementerio á fin de averiguar alguna cosa acerca de mi amigo, pero el que tiene hoy el encargo de las llaves está tan ignorante como yo de su paradero, ni en todo el barrio se encuentra quien de él pueda darnos algunas nuevas. Te lo repito: yo no sé qué partido adoptar.

Ahora voy á darte cuenta de algunos sucesos que han sobrevenido, y me tienen algo pensativo sin podérmelo explicar.

Luego que Regino perdió la esperanza de que viniese pronto Germán, después de estarle aguardando varios días, me dijo en tono melancólico:

—¡Ay, amigo Antonio! ¡Yo estoy perdido sin remedio! Nada me daría subir á un patíbulo...... porque ciertamente lo merezco..... y tal vez vale más morir así, que no como se muere en San Lázaro. Mas eso de morir á la expectación pública..... y por crímenes tan horribles y vergonzosos como los míos.. ¡oh! esto es terrible. Yo no puedo resignarme á pasar por este trance tan amargo.

—Pero ¿no reflexiona usted, pobre Regino mío, que si Germán hubiese dado algún paso para perseguir á usted y llevarle ante los tribunales, á la hora esta se encontraría usted preso y aherrojado? No, amigo mío: si usted insiste en creer

que nuestro amo Germán es capaz de incurrir en esa villanía, me daré formalmente por sentido de usted. Hágame el favor de no insistir con tanta pertinacia en este ruin cencepto.

—Perdóneme usted, mi querido amigo.

—No, mi buen Regino, no tiene usted para qué. Si yo empleo estas expresiones fuertes, no dependen de otra cosa, sino del profundo pesar que me causa el verle tan preocupado contra un hombre de honor como lo es á prueba el virtuoso sepulturero.

—¡Pero esta ausencia!

—Esta ausencia confieso á usted que me sorprende y me da pena; pero no es por el propio motivo que á usted inquieta, sino porque ignoro si el pobre Germán estará en algún trabajo, padeciendo alguna escasez, ó sufriendo alguna molestia sin que me sea posible aliviarle, como yo quisiera. Sin medios... enfermo... ¡Sabe Dios en qué conflictos se verá! Esto es lo que me hace estar sobresaltado y afligido. Por lo demás, es preciso que usted no insista en su temeraria sospecha. Yo aseguro á usted que es más fácil que yo sea su delatador, que nuestro amo Germán. Y me parece que usted se fía de mí. ¿Es verdad, Regino?

Regino me abrazó afectuosamente, y siguió llorando.

En prosecución de mis pesquizas coti-

dianas, salí en la tarde de aquel día, y al dirigirme al castillejo de San Fernando en donde yo solía pasar algunas horas contemplando el mar, las embarcaciones surtas en el puerto, y las pequeñas canoas pescadoras, encontreme que salía del ruinoso edificio un personaje de edad ya adelantada, corpulento, muy decentemente vestido de paño negro, llevando unas gafas azules, cachucha de piel en la cabeza, y una caña de puño de oro en la mano. Cortéme un tanto al encontrarme en aquel sitio solitario con un hombre de aquella importancia, y quise esquivarle tomando otra dirección, á fin de no verme precisado á sufrir las escudriñadoras miradas que lanzan, de ordinario, sobre los pobres lazarinos, las personas sanas que pasan junto á ellos. Mas el buen caballero acercóse á mí, saludóme, y haciéndome una fina y atenta cortesía á la cual correspondí me preguntó, con un acento que me pareció alemán, si la casa que se veía enfrente de nosotros era el hospital de los lazarinos.

—Sí, señor: le respondí.

—Perdone usted caballerito, si le dirijo una nueva pregunta, y le detengo por más tiempo contra mi voluntad de molestarle. ¿Puede entrar cualquiera, yo, v. g. á visitar el establecimiento?

—Sí, señor: el alcalde nunca niega la

correspondiente licencia á las personas que la solicitan.

—Siento infinito que sea preciso obtener previamente esta licencia. Soy enemigo nato de semejantes formalidades, y habría yo deseado que no hubiese ninguna necesidad de esta que se exige para visitar el hospital.

—Si usted no quiere tomarse esta ligera incomodidad, yo puedo darle las noticias que guste, caballero.

—¡Oh! Mucho se lo agradeceré: no me atrevía á dirigirle mi súplica temeroso de causarle nuevas molestias.

—Para mí no es molestia, antes bien tengo particular gusto y complacencia en obsequiar sus deseos.

En efecto, aquel hombre, sin embargo de la monotonía y dureza de sus facciones, su lenguaje era insinuante y agradable. Propúsome que entrásemos en el castillejo de donde él acababa de salir, y yo me dirigía. Verificámoslo así, y tomando por asiento los duros merlones del oriente, con vista al mar por la derecha y al frente, y al hospital por la izquierda, anudamos la plática comenzada fuera:

—Según se explica usted, caballerito, sin duda frecuentará el hospital.

—¿Que si lo frecuento? Pues si allí vivo, caballero.

Mi interlocutor con cierto aire curioso

me lanzó una lenta mirada desde los pies hasta la cabeza, y luego prosiguió en su interrogatorio.

—¿Es posible que usted viva en el hospital?

—Hace ya seis meses.

—Y.... no teme usted el contagio?

Por lo pronto me figuré que aquel hombre encubría la intención maligna de burlarse de mi desgracia. Pero sus modales eran tan decentes, su acento tan ingenuo, y sus facciones tenían un carácter de tan profunda formalidad, que al fin me persuadí que sus preguntas eran efecto de su candor y poco conocimiento, y no encerraban malicia alguna. Así fué que me resolví á responderle de una manera categórica, y después de algunos instantes de reflexión, le dije en tono muy serio:

—Caballero: como yo no le creo capaz de un rasgo de insensibilidad, haciendo burla de la triste situación de un pobre desgraciado, diréle con franqueza lo que hay en el particular. Yo no temo el contagio, porque los lazarinos no tienen para qué temerlo.

—¡Qué me dice usted! Entonces....

—Yo soy un lazarino.

Una ligera sonrisa alteró un tanto la dureza de sus facciones. Encogióse de hombros, sacó una caja de oro del bolsillo de su chaleco, destapóla con la ma-

yor lentitud, sorbió una buena dosis de rapé, y cruzando los pies, me dijo al cabo de mucho tiempo.

—En esto debe de haber alguna funesta equivocación.

—¿Qué está usted diciendo, caballero?

—Una cosa muy sencilla: que me parece que usted no está lazarino, como se lo han hecho creer.

—¡La prueba, la prueba, por Dios! grité atónito é incorporándome bruscamente.

El hombre enlutado volvió á mirarme con la mayor atención. Mientras, yo estaba pendiente de sus labios, esperando con ansia indecible que hablase para sacarme de aquel estado de incertidumbre atroz en que mi ánimo había caído súbitamente. El continuaba en su examen.

—¡La prueba! exclamé de nuevo, porque cada instante que pasaba era un infierno de angustias para mí.

—Yo quisiera, díjome al cabo de mucho tiempo, la prueba de que está usted lazarino.

—¡Oh! Los médicos más sabios... mi padre.... mis amigos... todo el mundo, en fin, me lo han dicho; y por eso estoy proscrito de la sociedad, desterrado para siempre de la casa paterna, y condenado á morir entre los leprosos.

—Yo no me atrevo á afirmar lo contrario, sin embargo de que los doctores...

y todos cuantos hayan asegurado á usted que está lazarino, bien podían haberse equivocado. Además... yo conozco á un pobre y honrado médico que ha curado algunos leprosos.

—¡Ah! ¡El corazón me lo decía! exclamé yo arrojándome á los pies de aquel hombre. Usted es un médico, y usted ha de curar mi dolencia. Sí.... yo he soñado alguna vez... que un médico misterioso había de presentárseme cuando menos lo esperase... y había de redimirme de este horrendo cautiverio. Sí, hombre generoso, deme usted la salud y la vida. Vuélvame usted al seno de mi padre, y á los brazos de mis amigos. Yo haré, en seguida, lo que usted quiera... le seguiré al cabo del mundo... seré su esclavo. ¡Ah! Por Dios.... sáqueme usted de esta horrenda mansión de dolores, en donde á cada paso veo la muerte por su aspecto más horrible y aterrador... ¡La salud.... y la vida en nombre de Dios! Lo exijo de usted, caballero.

Mi alteración había llegado á su colmo.

Dos imperceptibles lágrimas humedecieron los párpados del hombre enlutado. Levantóme de sus pies, y estrechándome entre sus brazos, me obligó á sentarme de nuevo.

—No se alucine usted, pobre joven,

me dijo con voz alterada. Yo no soy médico... ni jamás he querido serlo.

Toda mi esperanza quedó desvanecida.

—¡Ah, caballero! díjele llorando. Me ha hecho usted un mal mayor del que pudiera usted figurarse. Yo, perdidas todas las esperanzas de remedio, habíame conformado con mi suerte, y casi todo mi tiempo lo empleaba en pedir al cielo que me diese el valor suficiente para apurar hasta las heces este amargo cáliz de sufrimiento. Hoy ha venido usted á suscitar nuevas dudas en mi ánimo, y veo volver, de un solo golpe, todos los horrores, todas las angustias del primer día. ¡Ah, caballero! Usted me ha hecho mal. Yo se lo juro.

—Duélome, mi querido joven, de haberle causado, contra mi voluntad é intención, una nueva pena sobre las muchas que han debido aquejarle. Mi destino en la tierra.... la misión que Dios me ha confiado.... lo sé por una triste experiencia, en repartir el mal en donde quiera que me presento. Mi corazón fué siempre bueno.... sensible... y mis deseos de hacer el bien han sido purísimos y ardientes... Pero un genio maligno.... un demonio invisible, me constriñe á hacer daño á todo el mundo. ¡Yo soy muy infeliz! Perdóneme usted, se lo suplico..., porque soy, tal vez, más desgraciado que usted.

Fuéme imposible no mirar con respeto á aquel hombre singular. Estrechéle largo tiempo, dándole muestras de mi pesadumbre por la mortificación que le había causado. Nuestra conferencia terminó, porque engolfado el caballero en sus sombrías meditaciones, ya no pude arrancarle una palabra más. Era ya de noche enteramente, y comenzaba á amenazar la lluvia, cuando me apretó la mano en silencio, y se dispuso á partir. Había ya dado algunos pasos para salir del reducto; mas retrocedió luego, y encarándose á mí, sin desplegar los labios, sacó de su cartera una pequeña tarjeta que puso en una de mis manos. Hízome una cortesía y partió. Así que hube perdido el rumor de sus pasos, y su figura se envolvió entre las sombras de la noche, corrí al hospital á leer lo que estaba grabado en la tarjeta. Estas eran sus únicas palabras.

Edward Moore, M. D.
Kingston, or Providence.

Si el nombre y profesión del personaje á quien acababa de dejar, eran los mismos que aparecían en la tarjeta, sin duda alguna yo había hablado con un médico inglés ó americano.

¡Y sin embargo, él me había asegurado que no era médico! Esto me envol-

vía en nuevas y más extrañas confusiones. Dirigíme al aposento de Regino, y halléle de menos. Pregunté por él, y se me respondió que, usando del permiso anterior que disfrutaba, había salido en pos mía desde la tarde. Semejante conducta me causó alguna sorpresa; pero como al cabo nada tenía de raro que su melancolía le hiciese obrar conmigo de una manera inusitada, terminé por resolverme á esperarle allí mismo. Llegó, en efecto, á la media hora; mas no me dijo una sola palabra acerca de su excursión. Referíle mi extraña aventura de la tarde, y manifestó tan profunda indiferencia, que llegué á figurarme que su ánimo se hallaba preocupado, y en incapacidad absoluta de haber escuchado mi largo relato. Siendo ya hora de recogernos, echeme en la cama y no pude dormir. Aquel personaje vestido de luto no se desvió un solo momento de mi fantasía.

A la mañana siguiente, Regino salió del hospital sin decirme otra cosa alguna, porque la había dado por no hablar. Temeroso de que pudiese sucederle algún fracaso, una desgracia, ó yo no sé qué, salí poco después que él, y me propuse seguirle de lejos. Observólo, y se detuvo á la falda del cerro de San Miguel, cuya dirección llevaba. Como se quedó mirándome con atención, no me

pareció conveniente esquivarle. Dirigíme hacia el sitio en que se había detenido; pero no bien hube llegado á una distancia competente en que podíamos oírnos, me gritó con una voz estentórea:

—¿Viene usted á espiar mis pasos?

—¿Qué está usted diciendo, mi querido Regino?

—Que no necesito de guía, ni yo pienso escaparme de la persecución de usted, ni de ese condenado sepulturero.

—¡Es posible que usted se explique así, Regino mío!

—Sí, señor: me fastidia esa vigilancia tan tenaz. Usted no tiene derecho de emplearla conmigo, porque tan lazarino es usted como yo.

Y emprendió una abierta carrera trepando por la colina, y dejándome con la palabra en los labios, y atónito por aquella intempestiva y extravagante inculpación. Causóme el más amargo sentimiento, no por el injusto reproche que envolvía, sino porque comencé á figurarme que el pobre mancebo podía estar próximo á perder el juicio. Atribuía yo esto á la ausencia de Germán, y por lo mismo mi aflicción subió de punto. Retrocedí, pues, y dirigíme á la hacienda de Buenavista, en que pasé una gran parte de la mañana, y cuando regresé al hospital, ya Regino estaba aquí. Apenas me vió, comenzó á llorar con angustia, y se echó

en mis brazos sin decirme cosa alguna. También yo guardé silencio, y procuré no darme por entendido de la ocurrencia anterior.

Por la tarde salí yo con dirección á San Fernando, agitado de cierto deseo vago de encontrame con el hombre misterioso de la tarde precedente. Estúveme largo tiempo contemplando el mar; mas habiendo perdido la esperanza indefinible que me retenía. y queriendo aprovechar el resto del tiempo que me quedaba, en mis pesquisas acerca de Germán, me encaminé al cementerio para preguntar á cualquier sepulturero. Al tiempo de subir la pequeña rambla que lleva á la puerta, me detuve porque me pareció que el hombre misterioso se deslizaba entre un bosquecillo próximo, para encaminarse á una de las callejuelas que guían al interior del barrio de San Román. El movimiento fué rápido, y la figura se desvaneció en la media sombra del bosquecillo, antes que yo pudiese fijar ni una sola de las muchas ideas que me asaltaron en tropel. Hallábame vacilante aún, cuando por la misma dirección que había seguido la sombra del extranjero, ví aparecer á Regino, que por el espaldar del cementerio se encaminaba al hospital. Sus pasos eran lentos, llevaba la cabeza inclinada, y cruzados los brazos sobre el pecho. Esta doble aparición, no dejó

de sorprenderme, y sospeché, aunque vagamente, que no era casual. Sin embargo, cuando volví á casa, nada parecía haber alterado la situación de Regino, y conservaba la misma indiferente taciturnidad de los días precedentes, sin visos de agitación. Recogíme para entregarme más libremente á las cavilaciones en que me iba engolfando sin querer, y como arrastrado.

En la tarde de anteayer, el tiempo se presentó bellísimo. Vínome la idea de un paseo por la "Eminencia" que, como ya en otra vez te he dicho, ofrece un admirable golpe de vista. Parecióme del todo inútil invitar á Regino, porque estaba visto que huía de mi compañía, y le disgustaba mi presencia, no obstante el fino cariño y la delicada atención con que le prodigaba mis cuidados y consuelos.

Al salir, le dejé engolfado en la lectura sin que diese ninguna muestra de que pensase abandonar aquella ocupación; y al cruzar yo por enfrente de su ventana, ni aun siquiera alzó los ojos para verme. Provisto, pues, de mi anteojo de larga vista, me dirigí al punto de mi destino por el camino más corto, que me había mostrado mi bueno y honrado Germán, en quien estuve pensando constantemente por todo el discurso de la tarde. Llegué á la cima de la "Eminencia," y todos los objetos se me presen-

taron con la misma belleza y magnificencia que en la primera vez. Ya al ponerse el sol, mi rayo visual cayó con todo su aplomo, y con el auxilio del instrumento óptico que tenía en la mano, sobre una de las piedras salientes que se hallaban en la playa próxima al reducto de San Luis. Fijé toda mi atención, y observé dos bultos que sentados en la base de la enorme laja, procuraban ocultarse cuidadosamente de las miradas de los que pudiesen andar por allí cerca. Esto picó más mi curiosidad, é hice lo posible por darle al anteojo toda su potencia. Entonces acerté á distinguir el cuadro hasta en sus más pequeños detalles: pero.... gastábase la luz... y no había más que el crepúsculo. Sin embargo, por el traje, por el gesto y los ademanes, creí ver perfectamente á Regino y al hombre misterioso engolfados en una conversación animadísima. No pude resistir á la tentación que me asaltó de ir á sorprenderles y tomar parte en su diálogo, si era posible. Descendí precipitadamente....; pero cuando me hallé enfrente del hospital, Regino entraba, y su interlocutor había desaparecido.

Yo no puedo negarte, querido Manuel, que este incidente engendró en mí cierta especie de envidia, por la preferencia que Regino había logrado en el ánimo del que, según se me figuraba, era un mé-

dico insigne que podía curar mi maligna enfermedad, y sacarme de este sepulcro, en que estoy enterrado vivo. Yo habría querido que ese médico nos curase á ambos.... !qué digo! á todos los que nos hallábamos en el hospital; pero esa exclusión á que me hallaba condenado, era para mí durísima é insoportable. Nada me decía Regino, por más que me empeñaba, no en hacerle prguntas indiscretas, de lo cual bien me he guardado hasta hoy, sino en hacerle hablar, aunque fuese por rodeos, y sacar en limpio algo de lo que estaba ocurriendo. No pude lograr de él ni una sola palabra que tuviese conexión alguna con esto, pues á todo cuanto le dije no correspondió sino con tres ó cuatro monosílabos ó interjecciones, que más bien indicaban fastidio que otra cosa. Tuve, pues, que ocultar en mi pecho todo lo que sentía, á reserva de esperar alguna ocasión favorable. Puedes figurarte si esto me causará ó no algunos sufrimientos, y aun algunos arrebatos de delirio. Sin embargo, después de todo, yo no sabía fijamente ni á derechas si en efecto Regino y el hombre misterioso tenían algunas relaciones, ni si ellos eran realmente los que yo había creído ver desde la cima de la "Eminencia." Todo me confundía y trastornaba.

Mas anoche he salido de mis dudas, y

es ya para mí un hecho indisputable que Regino y el hombre misterioso están en íntimas relaciones, que uno y otro procuran ocultarse á las miradas de todo el mundo, según las precauciones que adoptan para no ser observados. Ayer tarde salí á mi paseo ordinario con intención de sorprender este secreto. Para engañar mejor á Regino, usé de la inocente superchería de ordenar á mi sirviente, en presencia suya, que si de la ciudad me traían algunas cartas que yo esperaba de Mérida, sin perder un instante fuese á llevármelas á la hacienda Kanisté, que es una bonita finca suficientemente lejana de la playa para que Regino pudiese tener ninguna sospecha, si proyectaba otra entrevista con ese personaje que se me figuraba ser el Dr. Moore, médico insigne y capaz de curar á un leproso. Para mejor lograr mi objeto á la vista de Regino, que estaba en su ventana haciendo como que leía, pero que en realidad sólo observaba mis pasos y el rumbo que podía yo llevar en mi excursión, me dirigí por la parte del monte, hasta que me vió internarme en la espesura en que hay una estrecha vereda que guía á la hacienda Kanisté.

Pero no bien consideré que Regino me había perdido totalmente de vista, cuando me revolví sobre la izquierda, y á través de algunos obstáculos, fuí á si-

tuarme sobre un otero inmediato, desde el cual podía yo descubrir el mar, la playa vecina, la salida del hospital y todas sus avenidas. Coloquéme entre unos matojos, y me puse en observación. Por lo pronto, nada pude distinguir de notable, sino un bote pequeño que se desprendió de una embarcación lejana, fondeada en el puerto hacía muchos días. Mas de improviso se levantó una turbunada que muy pronto se convirtió en una deshecha tempestad. Un rayo que echó abajo la hermosa copa de un cocotero que distaba veinte pasos de mí, me lanzó de aquel sitio y corrí presuroso á ganar la llanura para dirigirme al hospital. En un momento se ennegreció horriblemente la atmósfera. Corría con todas mis fuerzas y no podía atinar el camino. Llovía á torrentes y el reiterado estampido del trueno, el siniestro brillo de los relámpagos, la impetuosidad del viento, y los ríos de agua que corrían á mis pies, me hacían detenerme á cada instante. Por fin, vino la noche y me encontré extraviado en la espesura, desorientado del todo, y sin poderme fijar en la dirección que había de seguir. No me quedó otro recurso que arrimarme al tronco de un árbol y esperar que calmase la tormenta. Allí pasé dos horas de mortales angustias.

Al cabo de ellas, hubo de cesar la llu-

via, mas la tempestad bramaba con toda su fuerza allá á lo lejos en el mar. Era aquel un sublime espectáculo; pero capaz de aterrar al hombre más intrépido. El brillo de los relámpagos se sucedía sin tregua, con tal rapidez, y se presentaba en tantas y tan variadas direcciones, que no parecía, sino que los cielos y el mar se habían vuelto de fuego; pero de ese fuego que produce una luz que deslumbra y hace confundir los objetos. Resolví caminar á la ventura; mas después de dar algunos pasos, encontreme con unas tapias que creí fuesen del hospital; mas no eran, sino del cementerio. Tú sabes que jamás he sido pusilánime; pero me causó tal pavor la cercanía de aquellas tumbas solitarias, cuando yo menos lo esperaba, que hubieron de flaquearme las piernas, y vine al suelo sin sentido. Reparéme; muy luego, incorporéme, y seguí caminando al andar del muro, hasta llegar al ángulo que se forma del lienzo del frente, y del que mira á la banda oriental.

Apenas había asomado la cabeza, un ligero zuzurro de voces humanas vino á herir mis oídos, y al resplandor de un relámpago distinguí dos personas sentadas en uno de los bancos de piedra, que están á la entrada del cementerio. Poco faltó para que este segundo susto me causase el mismo efecto que el anterior; pero por fortuna antes de sufrir

la impresión de terror, conocí perfectamente á Regino á al hombre misterioso. No pude escuchar cosa alguna de su conversación, porque en ese propio instante un pequeño farol venía acercándose á aquel sitio, y otros varios vagaban por las inmediaciones del hospital. Era que suponiendo el administrador que nos hubiésemos extraviado en la tormenta, había dispuesto que algunas gentes saliesen á buscarnos con luces, que nos sirviesen de guía. Separáronse, pues: el hombre misterioso se encaminó á la playa, y Regino fué á encontrarse con el más próximo de los que traían los farolillos. Así que se había alejado Regino, dirigíme á la playa; pero nada adelanté. Volvíme al hospital á entregarme á nuevas cavilaciones.

Tal es el estado de los sucesos, que verdaderamente no puedo explicarme. Para colmo de todo, no hace un minuto que dejé esta carta para ir al aposento de Regino en busca de una barretilla de lacre que tenía yo en un cajón de su mesa, y le he sorprendido hablando con un marinero de mala figura, que estaba arrimado á su ventana por la parte exterior, lo cual me ha sorprendido. Sin embargo, nada le he dicho, ni he aventurado ninguna obsevación, porque sería inútil. El no quiere hablarme ni una sola palabra.

Adiós, Manuel mío. Pide al cielo consuelos para tu amigo, porque realmente los necesita.

Post Data.

Somos á 12.

Regino, por fin, ha cometido la villanía de fugarse anoche, como yo había comenzado á suspechar. Nno puedo entrar en ningún detalle, porque esta carta va caminar ahora mismo, que son las siete de la mañana. Considera no más cómo me habrá dejado este dioso suceso, y compadécete de ese desgraciado. Adiós otra vez.





CARTA XIV.

ANTONIO A MANUEL.

S. Lázaro, 25 de Junio de 1824.

Querido mío. Si no fuera por las reflexiones consolatorias del buen capellán y del respetable Dr. Frutos, que hubo, en fin, de volver á la tranquilidad de su casa, mi situación sería hoy de todo punto insoportable, después del desgraciado suceso de Regino. ¡Dios mío! Cuando yo me creía libre, en lo posible, del funesto efecto que engendran las raras combinaciones de una vida agitada; cuando esperaba que aquí, en mi horrendo destierro, sólo me vería frente á frente con mis dolencias físicas, y con uno ú otro recuerdo que al cabo lograría extirpar de mi

ánimo afligido; sobrevienen entonces tales incidentes, que me hacen reportar todos los males de la vida social, sin gozar de ninguna de sus ventajas. ¡Ah! Yo no sé si acertaré nunca á perdonar á Regino la conducta poco leal que ha observado respecto de mí, arrancándose cautelosamente de los brazos de un amigo que le amaba tanto, fugándose indignamente, y dejándome comprometido en el concepto de las personas que, en obsequio mío, se interesaron, porque tuviese licencia de salir fuera de estos muros á que la policía le había confinado, á fin de que su mansión en San Lázaro le fuese menos dolorosa. Te referiré circunstanciadamente lo acaecido, puesto que en la breve "postdata" que añadí á mi anterior carta, apenas tuve tiempo de anunciarte el hecho de la fuga de Regino, sin entrar en ninguno de sus pormenores.

Recuerdo haberte dicho que le sorprendí hablando con un marinero de mala y siniestra figura, que estaba arrimado á la parte exterior de su ventana, circunstancia que me pareció tanto más sospechosa, cuanto que el mal catado marinero desapareció del sitio, apenas sus ojos torvos se encontraron con los míos. Regino, sin curarse de volver la vista hacia donde yo andaba, sintió mis pasos en el aposento, y permaneció indiferente miran-

do á la mar, como si tal cosa ocurriera. Confieso que me asaltaron vehementísimas sospechas de que mi desgraciado amigo estaba maquinando su evasión, con la ayuda de algún extraño que se recelaba de mí. Desde su entrada en el hospital, triste y melancólico habitualmente, sólo tenía estrechas relaciones conmigo, y ninguna con los de fuera. Huía de todo el mundo, y aunque al fin le ví alternando con el hombre misterioso, no me figuré que extendiese más allá la esfera de sus comunicaciones. Por tanto, después de aquella sorpresa, sin participar á ninguno de la casa mis conjeturas, resolví ponerme á la espectativa, é impedir, si fuese posible, que mi pobre amigo se escapase, sin más razón que evitarle el inminente peligro de volver á los extravíos y excesos de que se hallaba libre en el hospital, por beneficio de la Providencia.

Luego que cerré y sellé las cartas que habían de dirigirme á Mérida al siguiente día, tomé un libro bajo el brazo, coloqué una silla en la puerta del hospital por la parte de afuera, arrellanéme en ella, y fingiendo leer, no hacía yo sino, observar escrupulosamente todo cuanto pasaba por aquellas cercanías. Aún no se habia puesto el sol, pero espesos y negros nubarrones interceptaban sus ardientes rayos: las aves marinas revoloteaban aquí y allí: le-

vantábanse fuertes ráfagas de viento; y había señales ciertas de una próxima tempestad. Los leñadores y algunas gentes del campo caminaban más que de prisa para alcanzar las casas del barrio, y librarse de la lluvia que amenazaba. En medio de aquella agitación, de aquel movimiento general, una persona sola, cuyas facciones me era imposible distinguir por la distancia, permanecía inmóvil en la zapata de San Fernando, vuelta la cara al hospital, como en actitud de examinar atentamente lo que allí pudiese ocurrir. Esta persona, pues, excitó mi curiosidad y provocó de nuevo mi vigilancia, porque esto rayaba en lo serio. Corrí á mi aposento en busca de un pequeño anteojo, que sin llamar la atención de nadie podía servir pesfectamente para el objeto que yo me propuse. En medio minuto estaba de vuelta en mi puesto; pero ya no ví en el suyo al hombre á quien deseaba reconocer. Mi primera idea fué dirigirme á San Fernando, registrar el edificio por dentro y fuera, y asegurarme de la identidad de aquel hombre con el marinero que una hora antes tenía pláticas con Regino. Pero reflexioné luego que este recurso sobre comprometerme con un sujeto desconocido, cuya conducta no me tocaba censurar, sería del todo inútil, supuesto que yo me había hecho el ánimo de evitar por mi sólo la evasión de Regino, sin que inter-

viniesen las gentes de la casa, por temor de que una funesta equivocación llegase á causar á mi desventurado amigo un mal todavía más grave del que yo realmente me temía. Mi perplejidad se aumentaba por instantes, y no sabía yo qué partido sería el más prudente, para adoptarlo en semejante conflicto.

Engolfado me hallaba en estas cavilaciones, cuando maquinalmente fijé el pequeño anteojo que tenía en la mano sobre una de las muchas canoas pescadoras que hacían fuerza de vela por atracar á la playa, antes de que el chubasco las pusiese en riesgo de perderse, sozobrando ó estrellándose contra la playa pedregosa de sotavento. Extraordinaria fué mi sorpresa cuando distinguí, apoyado al pie del diminuto mástil del equipaje, á un hombre que, por el traje y la cachucha de piel, reconocí perfectamente ser el misterioso personaje, cuya aparición desde el primer día había producido en Regino y en mí una revolución tan completa é inusitada. Y creció más mi admiración, cuando en aquel propio instante, pasando junto á mí sin mirarme, salió Regino embozado en un capotón de barragán, sin que le detuviesen los signos precursores de la tempestad, que, en efecto, á pocos segundos estalló en millares de relámpagos, truenos, viento impetuoso, y un aguacero que sólo hubo de cesar hasta pasada la media noche.

Habría querido salir en pos de Regino y hacerle volver, de grado ó por fuerza, so pretexto de aquella horrible borrasca que ya teníamos encima. Más el pronto y fulminante desarrollo de ésta no me dió lugar para nada, y temí lanzarme en persecución del pobre mozo sin esperanza de conseguir mi objeto enmedio de aquel desorden espantoso de los elementos á lo cual podía agregarse la resistencia desesperada del fugitivo. Además, yo había perdido la dirección de sus pasos, porque le ví tomar el rumbo que guía á espaldas del edificio, seguramente para no excitar mi curiosidad, y desorientarme si yo intentaba seguirle. Casi tenía tenía certidumbre que en esa intempestiva salida no llevaba más objeto, sino el de fugarse. Nada podía remediar, sin embargo, pues aunque el mal temporal me hubiera permitido dar algunos pasos, yo no sabía, á punto fijo, cuál podía ser el sitio en que iba á reunirse con los que le facilitaban su evasión. Lo que me pareció indudable fué que el hombre misterioso tenía una parte muy activa en este suceso. Cómo y con qué fin, eso no sabría yo explicármelo.

Entre tanto la noche cerró enteramente; la tempestad seguía bramando é iba en aumento; el mar, azotándose contra la playa vecina multiplicaba la confusión, los enfermos estaban recogidos, los em-

pleados de la casa dormían, y sólo el padre capellán sentado en un sillón junto á la puerta de su aposento observaba y vigilaba la casa mientras venía la hora en que la puerta exterior del edificio había de cerrarse definitivamente. Me veía ir y venir de un extremo á otro de la galería, entrar y salir de mi habitación; y conoció al cabo que yo era preso de alguna oculta agitación, ó tal vez se figuró que yo también quería fugarme. Con mucha discreción, acercóse hasta donde yo me hallaba, tomóme las manos y, á la escasa luz de un farolillo, observó, sin duda, alguna alteración en mis facciones.

—¡Qué hay mi buen Antonio! exclamó: Vd. se encuentra agitado. ¿Sufre Vd. alguna cosa, amigo mío?

—Yo...... nada. Estoy.... un poco triste.

—¡Vamos! Vd. se impresiona muy fácilmente. Ya entiendo: la situación de Regino tal vez le tendrá consternado y afligido de esa suerte.

—Muchísimo, padre mío, se lo confieso de todas veras.

—Tenga Vd. un poco más de sangre fría. Lo que Vd. observa y á mí no se me ha escapado; es alguna crisis moral que terminará en bien. La melancolía y el consiguiente abatimiento del espíritu, males son harto frecuentes en esta casa. Pero todo eso se extinguirá al fin: el en-

fermo se habitúa á verse en su deplorable estado, pasa la novedad, la religión y la filosofía vienen en seguida, y todo desaparece. ¿No lo ha probado Vd. por sí mismo?

—Sí, padre mío; pero lo que yo me temo es que á Regino le haya sucedido algo peor que una crisis.

El capellán me miró un tanto azorado. Luego hizo ademán de dirigirse al aposento de Regino.

—Es inútil que Vd. vaya á buscarle allí, continué. Regino está fuera del hospital.

—¡Válgame Dios! ¡Fuera del hospital, en medio de un tiempo semejante... después de los riesgos y trabajos de la noche pasada! Esto rayó ciertamente en locura si vió venir la tempestad y se quedó fuera. No se aflija Vd. por esto; ahora mismo lo remediaremos.

—Es el caso que se ha marchado en el momento mismo en que comenzaba, pues no parece sino que de propósito salió á desafiar á los elementos.

—¡Este Administrador que lo permite, siendo tan notorio el extravío de ideas del desgraciado muchacho!

—Acaso habrá salido sin permiso: yo tengo motivo de creerlo.

—Entonces preciso es dictar algunas medidas para averiguar su paradero.

Alarmóse el administrador luego que se enteró de lo que ocurría. Al momen-

to se pusieron en pie los criados de la casa, y , sin embargo de que diluviaba, marcharon en busca de Regino, tomando varias direcciones. Yo conseguí á fuerza de instar mucho el que se me permitiese salir también en demanda de mi amigo.

Todo fué inútil.

Después de las más diligentes pesquisas, que extendimos hasta la plazuela de San Román, volvimos á las dos de la mañana al hospital, sin haber hallado vestigio alguno de Regino. La fuga se había consumado, y sepa Dios si alguno llegó á creerme cómplice en ella.

Entre tanto, me deshacía en conjeturas á cual más extrañas. En aquellos momentos estaba yo realmente airado contra Regino, y su conducta, no solamente me parecía villana é indigna, sino gravemente criminal. Los antecedentes que ya tenía, y que no había comunicado á persona alguna, me llevaban á creer tales cosas que me horrorizaban. Verdad es que intervenía en aquel suceso una persona que, según todas las apariencias, se hallaba revestida de los más nobles y elevados sentimientos, y cuyo sólo aspecto predisponía en favor suyo. Pero también yo había visto á un marinero de siniestra figura tomando una parte muy activa en aquel escándalo. Un tropel de encontradas ideas me asaltaban, y no podían fijarme en una sola, que me pareciese plau-

sible. Recordaba aquellas palabras fatídicas del misterioso personaje, cuando me dijo conmovido que su misión sobre la tierra era la de repartir el mal en donde quiera que se presentaba: que su corazón era bueno y sensible; pero que un genio maligno, un demonio invisible le constreñía á hacer daño á todo el mundo. Comenzaba yo á entrever al través de aquel extraño lenguaje, cierto abismo peligroso, infernal, que podía tragar á mi desventurado amigo, sin esperanza de remedio. Porque esas palabras, significaban algo seguramente, y no podían ser vertidas al acaso cuando salían de lo más profundo del corazón y en un momento solemne é imprevisto. Sobre todo; esas palabras, palabras eran de acusación, de remordimiento y de dolor. ¿Eran un grito de maldición, lanzado por un réprobo?......

En fin, yo esperaba con ancia que el día viniese para fundar mejor mis conceptos: esto iba á depender ya de una circunstancia que á mi juicio tenía estrecha conexión con la fuga de Regino. Arrojéme, pues, en el lecho: rebullíame en él sin descanso, y despabilado contaba los instantes que faltaban para que el sol se elevase iluminando completamente todos los objetos de la tierra. Cuando yo creí llegado el momento, incorporéme, vestíme de prisa y, con el antejo en la mano, corrí á situarme en un punto con-

veniente desde el cual pudiese registrar todo el puerto y los objetos que en él hubiese. Miré........ ¡Ah! Yo lancé entonces un hondo gemido de angustia inexplicable.. .. ..

.. ..

Aquella embarcación lejana fondeada en la bahía desde muchos días atrás, había levado ancla, largado velas y echádose á la mar. Allá en los confines del horizonte aparecía un punto blanco y casi imperceptible. Allí seguramente iba Regino, y volvía á la infame vida de los piratas. ¡¡Infeliz!!

Vuelto al hospital, y con el ánimo triste y abatido, escribí la "postdata" de la última carta, que te dirigí en aquel día aciago.

Más de seis horas permanecí en una especie de letargo doloroso. Tantas protestas, tantas lágrimas, tantos consejos saludables..... ¡Todo se había malogrado! Yo que con tanto entusiasmo había recibido á aquel mi nuevo amigo: que había esperado que esa amistad fuese eterna, y que juntos partiríamos los horrores del destierro.... ¡Ay de mí! Yo volvía tristemente á mi soledad antigua. El capellán vino en mi socorro, y procuró sacarme de aquel profundo abatimiento. Pero en pos de Germán había marchado Regino: ya me parecía que comenzaba á disolverse la única cadena, que en el

hospital había vuelto á atarme el carro de la vida. ¿Sería esto un mal? ¡¡Apiádese Dios de las pobres criaturas! Parecíame marchar á grandes pasos hasta la orilla eterna del olvido.... hasta la muerte que, fiera y sañuda, volvía de nuevo á abrirme sus secos y descanados brazos. ¡Ay! qué horas Manuel mío, que horas de tormento! El cielo recompense á este santo y caritativo sacerdote, por su filantropía y amor á la miserable humanidad. Yo le debo el haber vuelto en mí de aquel profundo decaimiento, que podía haberme acarreado lamentables resultados.

Cuando salió Regino, la vez postrera, dejó en el mío, la llave de su aposento. Era ya entrada la noche cuando hube de verla, y al punto me vino el deseo de registrar aquella habitación, para cerciorarme si, al partir para siempre, Regino se había acordado de que un amigo suyo quedaba entregado á todos los horrores de un cautiverio, que ya en adelante le será acaso intolerable. Con las lágrimas en los ojos y la angustia en el alma penetré en aquel solitario recinto, en donde habíamos pasado juntos tantas horas, procurándonos recíprocamente todo linage de consuelos, y aprendiendo, en la escuela del dolor y del sufrimiento, á sobrellevar los males de la vida. Sobre la mesa había un libro: dentro del libro un billete escrito para mí. Devoré aquellas

pocas líneas, que no hicieron, sino aumentar mi consternación. He aquí su contenido.

"Incomparable amigo mío! Conozco que todas las apariencias van á perderme en el concepto y estimación del único hombre en la tierra, á quien yo amo y respeto. ¡Antonio mío! Perdóneme Vd. si he abrazado un partido peligroso, sin consultarle para nada, ni manifestarle mis intenciones. El cielo me es un buen testigo, del esfuerzo que he hecho en esta tremenda lucha conmigo mismo. No he podido remediarlo. No está en mi mano resignarme á pasar mis años en esta prisión espantosa. La Divina Providencia me ha deparado un medio de salir..... y yo he debido aprovecharme de ese medio para proporcionarme la salud, perdida aquí sin esperanza; y..... tal vez para proporcionársela á Vd. también. Adiós, mi querido Antonio. Yo prometo á Vd. que nos volveremos á ver, tan pronto como sea posible.—Regino."

Si algún resto de duda podía haberme quedado acerca de la fuga de mi pobre amigo, después de haberse practicado todas las diligencias posibles en averiguación de su paradero, este billete, y la seguridad con que estaba escrito, disipaban todas mis esperanzas. ¡Mancebo infeliz! Lo que seguramente era un castigo del cielo, llegó á figurárselo como un

medio que le deparaba la Providencia, para proporcionarse ese inestimable tesoro, cuyo precio sólo puede conocerse después de perderlo miserablemente en los extravíos de una juventud disipada, recibiendo en recompensa un veneno mortífero y roedor. ¡No ha podido resignarse á pasar sus años en este cautiverio, en esta tumba de los vivos! Tiene razón: es muy difícil, en verdad, conseguir de lleno la resignación tan indispensable para no sucumbir luego, luego bajo el peso del "¡para siempre!" que á tal punto horrorizaba á mi pobre Regino.

Y como si temiese haber clavado un puñal agudo en mi corazón, dejándome abandonado á mi dolor y á mi agonía, quiso abrir la puerta á mis locas esperanzas, anunciándome, que tal vez, mi salud podría volver de resulta de aquella fuga. ¡Oh! A no haber llegado á convercerme de que este mal es incurable: á no haber recibido tantos desengaños, acaso podría caer en la masa de un error tan funesto, que me ofuscase, me dejase ciego y envuelto en perdurables tinieblas. Sin embargo..... ¿por qué te lo he de ocultar, Manuel mío? Algo pasa aquí, aquí en lo más recóndito de mi corazón, que produce en mí cierta ansiedad, cierto deseo vago de que Regino cumpla con sus palabras, vuelva á verme y á sacarme de estos horribles calabozos, tanto más for-

midables, cuanto mayor es el empeño de que no parezcan tales al miserable leproso confinado en ellos...... ¡Yo no se! Este joven predestinado al mal, no sólo ha cometido un crimen abominable con exponerse de nuevo y voluntariamente á los peligros de la vida infame en que pasó sus primeros años; sino que........ ¡Dios se lo perdone!..... ha emponzoñado mi existencia, sobre la cual siento apegarse una nube siniestra, preñada de infortunios y tribulaciones. ¡Ya no hay paz ni tranquilidad de ánimo!

Apesar de todo, yo conozco que la Providencia no me ha abandonado á mí mismo, y que no me escasean sus beneficios. Hace hoy ocho días justos, que un sirviente vino á anunciarme, que un caballero solicitaba por mí. Arreglé mis vestidos, salí del aposento, y encontréme con el doctor Frutos, ese respetable médico que contribuyó eficazmente á hacerme llevadera esta vida de San Lázaro. Su presencia en aquellas circunstancias, fué para mí de un alivio inexplicable. Yo creí ver un rasgo de contento y satisfacción en aquella fisonomía, siempre franca y expresiva, siempre radiante de amor al prójimo. Abrazóme con la mayor ternura y comenzó á examinarme.

—¡Ya Vd. lo ve, mi joven amigo! díjome en tono de reconvención, después de haberse cerciorado de mis alivios. Es-

to marcha, á gran prisa, á una mejoría notable.

—¡Pero yo nunca me pondré bueno, mi querido doctor! exclamé, saltándoseme las lágrimas.

—¡Sólo Dios puede saberlo! me repuso con alguna emoción. Sin embargo, prosiguió; la enfermedad se va ocultando, y todavía es muy factible que viva Vd.... hasta cuarenta años más, sin mayores sufrimientos.

—¡Y el funesto gérmen circulará siempre en mis venas!

¡¡Todos los séres vivientes llevan consigo el gérmen de la muerte y de la destrucción!! La misión de la naturaleza es la de perpetuar las especies, no los individuos.

—Yo, entre tanto, permaneceré encerrado en este hospital, por todos los días de la vida, sin esperanza de volver á la sociedad de los hombres.

—¡Qué sabemos, mi joven amigo! Tales hábitos podría Vd. llegar á adquirir; podría Vd. acostumbrarse de tal suerte á consolar á los pobres enfermos, que al cabo hallaría Vd. en esto una verdadera satisfacción y un placer mucho más puro, que los que busca en esa ruina y preocupada sociedad, á cuyo seno quiere Vd. volver. Las miserias del género humano bien merecen exitar nuestra compasión y dedicarle algunos cuidados y des-

velos. La recompensa de esto, la hallaría Vd. en éste y en el otro mundo.

Yo no pude menos que reflexionar algunos instantes en las promesas de Regino, mientras el buen doctor razonaba de aquella suerte.

Referíle la evasión de aquél, y se mostró admirado. Más lo estaría si supiese todo lo que yo sé, y sospechase todo lo que yo sospecho con tantos fundamentos. Hablamos muy largamente sobre Regino y conociendo, sin duda, que la melancolía que había vuelto á apoderarse de mí, dependía en parte de aquel suceso deplorable, usó de un lenguaje lleno de razón y de fuego para consolarme. Ya te lo he dicho en otra vez: el doctor Frutos no sólo es un médico insigne, sino también un profundo moralista. Despidióse, y no ha faltado á verme diariamente, prodigándome sus consuelos.

Nada sé acerca del paradero de mi viejo Germán, cuya falta, en esta ocasión, me es doblemente dolorosa. El resultado de todas mis averiguaciones, ha sido el de sacar en claro que está ausente de la ciudad y sus cercanías. ¿A dónde ha marchado y con qué objeto? He aquí un misterio que no puedo penetrar.

En la plácida mañana de ayer tuve algunos momentos de distracción y, si cabe, de placer. El cielo estaba hermosísimo, y reinaba una brisa suave y agra-

dable. Derepente se cubrió la bahía de una multitud de lanchas y canoas: los buques mayores desplegaron todas sus velas, é iban y venían de barlovento á sotavento, sobre las ligeras ondas de este mar en leche. Resonaban gritos y aclamaciones de alegría, acompañados de músicas y cánticos harmoniosos. Parecía aquello un lago encantado. Era el día de San Juan, y las familias salían á voltejear en el puerto.

Adiós, Manuel mío. Aunque yo quisiera disimular el estado de mi espíritu, no podrías menos de traslucirlo en esta carta. No te des por entendido, pues, con mi buen padre. Cuida mucha de su salud, ámale, y no te olvides nunca de este pobre prisionero. Adiós, otra vez.





CARTA XV.

EL DR. FRUTOS A D. PABLO.

Campeche, junio 28 de 1824.

Mi dueño y amigo. He visitado á nuestro querido Antonio, y puedo asegurar á Vd. que durante mi ausencia, se ha mejorado tan considerablemente, que al volver á verle, me pareció otro hombre. Está pálido y endeble; pero las manchas de su cuerpo, las úlceras, la contracción de los dedos y la lividez de sus labios, todo ha desaparecido, sin dejar más que uno ú otro vestigio superficial. Es verdad que sus ojos brillan como si fueran de fuego: que su pulsación es rápida: que su piel es una brasa; y que su aliento quema, todo lo cual indica que el mal existe y

se halla concentrado. Mas, en recompensa, no hay deformidad, sus miembros están expeditos, el estómago digiere bien, el censorio conserva toda su energía y la desorganización se ha detenido, perdiendo la enfermedad un terreno considerable. Bendigamos al Supremo dispensador de estos beneficios, y pidámosle que se digne conservarlos. De esto depende la paz de ánimo de ese joven apreciable, y la tranquilidad de Vd., mi bueno y querido amigo. Yo le ofrezco que emplearé cuanto valga, si es que valgo alguna cosa, á fin de auxiliar los esfuerzos de la naturaleza, y conseguir que Antonio conserve, por lo menos, el estado de alivio en que le ha hallado. Cuento para ello con su natural docilidad y con el anhelo que todo enfermo tiene, aún en medio de la postración más profunda, de mejorar su situación triste y doloroso. ¡Cuánto influye en esto la moral!

Y diréle todo cuanto ocurre, para que Vd. y los amigos que tenga Antonio en esa capital redoblen sus consejos y amonestaciones que, en estas circunstancias, no vendrán mal. Si en sus dolencias físicas le he hallado en tan buen camino, no ha sucedido lo mismo respecto de las afecciones de su espíritu. Había aquí un joven enfermo, del cual hablé á Vd. en otra ocasión, como de un infeliz, por quien se interesaba Antonio con toda la suscepti-

bilidad de su alma ardiente y generosa. Por mi medio, se consiguió que la autoridad permitiese al indicado joven pasearse por las cercanías del hospital, sin embargo de las muy fundadas prevenciones que existían para negar este permiso, porque precisamente el día mismo en que la policía adoptó el partido de trasladarle del hospital de San Juan de Dios al de San Lázaro, el tal joven había intentado fugarse; y la cosa no paró en conatos, sino que realmente se escapó de las manos de sus conductores que no pudieron haberlo de nuevo, sino merced á algunos trabajos y fatigas.

Llegaron á hacerse amigos inseparables, y Antonio partía con su compañero de desgracia todas las comodidades que le proporcionaban el amor y la ternura paternal. Según los informes que me ha dado el capellán, eclesiástico virtuoso y de muy bellas prendas personales, estas relaciones se resfriaron por parte del joven favorecido, hasta el punto de negar el habla á Antonio, mirarle con indiferencia y rehusar su compañía; efecto, según cree aquel observador tan modesto como ilustrado, del extravío de espíritu y cabal trastorno de ese infeliz. Desde entonces, Antonio comenzó á abatirse llorando á menudo, sin comunicar á nadie sus pesares; porque otro amigo que se había proporcionado en sus excursiones, sujeto

honradísimo, á quien yo conozco muchos años ha, desapareció intempestivamente dejando abandonado el miserable oficio de sepulturero, á que se ve reducido para poder ganar el sustento diario.

Las cosas estaban allí, cuando el desdichado amigo y compañero de Antonio se escapó del hospital, en medio de una noche borrascosa. Infructuosas han sido todas las pesquisas que se han hecho, á fin de saber á dónde pudo haberse dirijido. La autoridad suspendió momentáneamente el permiso de que disfrutaban algunos enfermos, de salir á respirar fuera el aire libre; pero, por fortuna, esta medida no llegó á noticia de nuestro Antonio, por que fué revocada durante los días que permaneció encarrado, sin manifestar intento de salir.

Tales sucesos han causado estrago al enfermo; y faltaría yo á uno de los principales deberes de médico y amigo, si no pusiese todo esto en su noticia, con el fin loable de que concurramos, de consuno, los que estamos interesados en la salud de Antonio, á la obra de volverle su anterior resignación, á la cual debe, sin duda, la mejoría que ha llegado á conseguir. Demasiado conoce Vd. las relaciones que existen entre lo físico y lo moral del hombre, para que Vd. fuera á extrañar el empeño que manifiesto. Escríbale Vd., pues, en este sentido; y que sea con ur-

gencia, porque el asunto lo merece deveras. Vd. no debe afligirse por estas noticias que en verdad no se las diera, sino fuera, porque tengo esperanza de que los consejos de un padre tan amente como discreto, influirán poderosamente en el éxito que propongo obtener.

Siempre se le veía leyendo, escribiendo ó dibujando. Todo lo tiene hoy abandonado: llora, suspira, pasea poco, y la melancolía vuelve á ocupar su ánimo, aun con más fuerza y vehemencia, que en los primeros días de su entrada en el hospital. Esto demanda remedio, porque en un pobre lazarino, un abatimiento semejante puede llegar á producir los más deplorables resultados.

Una de las cosas que más le preocupan, según he podido traslucir de sus exclamaciones y frases entrecortadas, es la de que los médicos desconocen la naturaleza de su enfermedad, ó que se han equivocado al calificarla de incurable. Yo no sé quién ha podido sugerirle una especie semejante, que si llegara á hechar raíz en su ánimo, todo esfuerzo para hacerle conformarse con su desgracia, sería lo mismo que hacer rayas en el agua. Yo no he consentido en que lea ningún libro de medicina, porque yo conozco la impresión que puede dejar en un cerebro exaltado, tal clase de lectura. De manera, que esa creencia tiene algún orígen

diferente, si ya no fuese efecto de las cabilaciones á que se ha entregado desde la fuga de su amigo. Todo esto debe servir á Vd. de gobierno, para que mida su lenguaje al escribirle.

Dios consuele á Vd., mi buen amigo, y le tenga en su santa guarda, como se lo pide este su obediente y affmo. servidor q. s. m. b.



CARTA XVI.

MANUEL AL DR. FRUTOS.

Mérida, 12 de Julio de 1824.

Mi respetable amigo y señor. Después de la que Vd. escribió á mi deudo y protector D. Pablo, nos hallamos en el mayor sobresalto y consternación acerca de nuestro querido Antonio. El debía habernos escrito con el criado de casa, que solemos enviar á Campeche á llevarle nuestra correspondencia: éste ha vuelto, y no hemos hallado una sola carta del ídolo de nuestro corazón. No puedo expresar á Vd. la intensidad del dolor y amargura de este atribuladísimo padre, cuyo hijo único, objeto de todo su amor y de sus más fundadas esperanzas, le ha

sido arrebatado de improviso, en lo más florido de su edad juvenil, para arrojarle en un hospital, en donde sólo hay miseria y dolor. Necesitaba este buen anciano de todos los recursos de la religión, para no haber sucumbido en fuerza de aquel suceso, que dejó en su alma una herida tan profunda como incurable. Hasta hoy, las cartas de Antonio eran un lenitivo que, en parte mitigaban sus penas y aflicción. De esto podrá Vd. conjeturar cuál ha sido su angustia, al descubrir la vuelta del criado sin las suspiradas cartas que esperaba ansiosamente, para cerciorarse del efecto que hubiesen producido las que escribimos, en el sentido que nos fué indicado por V. El respetable caballero se ha visto en la precisión de hacer cama, en consecuencia de este desgraciado incidente; y he aquí un nuevo motivo de aflicción para esta casa harto desgraciada, sin merecerlo.

En semejantes circunstancias sólo V., respetable Sr. y amigo, puede ilustrarnos y decirnos lo que realmente pasa. Depositamos en V. la más franca é ilimitada confianza, á que es tan justamente acreedor, y yo le ruego encarecidamente que si no á D. Pablo, por temor de consternarlo más, á lo menos á mí me comunique en todos sus detalles lo que está pasando en San Lázaro. Yo tomaré mis medidas para comunicar á este señor lo

que yo crea conveniente manifestarle sin peligro. Tiene amigos muy ilustrados y sensatos, que podrían coadyuvar conmigo á hacerle más soportable cualquiera desgracia. Esto supuesto, Vd. puede hablarme sin misterios y con entera libertad. Así se lo suplico de todas veras en nombre de la humanidad, que debe á Vd. tantos desvelos y amor.

Yo soy amigo y como hermano de Antonio, pues me he educado en su propia casa; desde la infancia hemos vivido juntos, y ningún secreto hemos tenido oculto entre nosotros. Nuestra correspondencia, desde que se halla encerrada en el hospital, pudiera probárselo á Vd. Las cartas de mi amigo son la historia de todas sus emociones, de todas sus ideas y afectos, y me ha dado cuenta de todo, sin reserva ni limitación. Hágole esta advertencia, para que si juzgase conveniente escribirme, como me atrevo á rogarle lo verifique, hurtando algunos momentos al noble ejercicio de su profesión, que comprende Vd. y desempeña tan bien, pueda usar conmigo de franqueza, y hacerme las confianzas que juzgue necesarias y convenientes.

Escribimos hoy á Antonio en el adjunto paquete, que con esta le será entregado, á fin de que, según la situación de mi pobre hermano, haga Vd. uso de su contenido. El criado portador lleva la orden

expresa de estar allí á la disposición de Vd. por todo el tiempo que sea necesario, sin perjuicio de que si algo ocurre de particular, nos escriba Vd. también por el correo.

Dios conserve á Vd. para bien de la humanidad, como se lo pide este su obediente y respetuoso amigo q. s. m. b.



CARTA XVII.

EL CAPELLAN DEL HOSPITAL AL DR. FRUTOS.

San Lázaro, 15 de Julio de 1824.

Mi querido amigo. Peor fué la última que las noches anteriores. Me parece que la fiebre crece por instantes de una manera que ya comienza á inspirarme temor de que el enfermo no la resista. Hágase Vd. un lugarcito en sus ocupaciones de la ciudad, y véngase tan pronto como le sea posible. Este joven me interesa sobremanera por su amabilidad, por su ilustración y, sobre todo, por sus muy buenos sentimientos religiosos. Un hombre siempre merece nuestra particular benevolencia y caridad; pero un joven semejante debiera conservarse á todo costa.

El médico del hospital también reclama el auxilio y la concurrencia de Vd., y ya verá por esto, que la cosa es demasiado seria. ¡Pobre joven! Con harto dolor me he separado de su lecho, para dirigir á Vd. estas cuatro letras rogándole, como vuelvo á hacerlo con encarecimiento, que venga hoy sin falta. Mientras V. no le vea, yo no puedo estar tranquilo.

Esta mañana amaneció en la puerta del hospital nuestro amo Germán, el sepulturero, cuya larga y misteriosa ausencia ha contribuído, en mi concepto, á redoblar las penas y amarguras de Antonio que, como Vd. sabe, ama con ternura á este pobre anciano. El sepulturero se torció las manos de dolor y virtió lágrimas copiosísimas al enterarse de lo que pasaba, y desde aquel instante no ha abandonado la cabecera del enfermo, asistiéndole con el mayor cuidado y miramiento. Verdad es que no hace sino corresponder á Antonio lo que éste hizo por él en otra grave dolencia que el sepulturero pasó en mi habitación, cuando Vd., con motivo de la columna, se hallaba ausente en el campo.

Antonio no ha reconocido la voz ni la fisonomía de su viejo amigo, lo cual, sobre las extraviadas palabras que se le escapan, y las miradas sombrías que arroja al rededor de sí, me indican que el delirio va á apoderarse de él muy luego,

luego, Tenga V. todo esto presente, y vuelva, en tal virtud, á ver y socorrer á este amigo querido, que nos debe, á Vd. y á mí, tanto amor y estimación.

Suyo que le ama.



CARTA XVIII.

EL DR. FRUTOS A MANUEL.

Campeche, 18 de Julio de 1824.

Muy bien ha hecho Vd. en dirigirse á mí, querido joven, para tener nuevas seguras de lo que sucede en San Lázaro. De esta suerte me proporciona Vd. la ocasión de explicarme acerca de nuestro pobre Antonio, sin temor de causar un golpe de sorpresa á mi buen amigo el Sr. D. Pablo, cuyos pesares y amarguras comprendo perfectamente y...... ¡sábelo el cielo...! quisiera yo aliviar. Nada le reservaré de cuanto ha ocurrido en estos días, y de esta manera podrá Vd., con miramiento, hacer uso de lo que voy á comunicarle.

Hace hoy trece días que Antonio está acometido de una fiebre de tan mal carácter, que he comenzado á dudar de su curación, y es muy probable que sucumba en la última crisis de la enfermedad. Retengo, pues, las cartas que Vdes. le escribieron por mi conducto; y por lo que respecta al portador, me ha parecido conveniente que permanezca algunos días en la ciudad. Su presencia en Mérida, sin contestación ninguna de Antonio, sería una puñalada atroz para el infeliz D. Pablo; y yo he querido ahorrarle ó diferirle, por lo menos, una nueva pesadumbre. Vd. verá el modo de explicar plausiblemente esta moratoria.

Desde que volví del campo y comencé á visitar á Antonio, conocí que la fuga de su amigo Regino había hecho en su ánimo una extraordinaria impresión, que se hacía más patente con sus discursos algún tanto extravagantes. Ya Vd. se enteró de lo que escribí á su padre con tal motivo; y ahora agregaré que me pareció notar algunos síntomas de trastorno en el cerebro ardiente del enfermo. Redoblaba mis esfuerzos constantemente, y sin embargo el mal iba adelante, sin detenerse. En vez de responder á mis preguntas, lloraba: en vez de escuchar mis consejos, declamaba; y aun, en cierta ocasión, me dijo que la decantada ciencia de los médicos era un engaño y una falacia,

con que se quería tupir el entendimiento hasta de la gente sensata. Para mí nada habría tenido de extraño este modo de razonar algo brusco, porque yo mismo suelo abrigar mis dudas en ciertas materias que la ciencia da por demostradas; pero me sorprendía que ahora, más que en otras veces, fijasen la atención del enfermo estas ideas, y le ocupasen el espíritu con tal intensidad y exclusión, que no le diesen tiempo para pensar en otra cosa. Y ¡en qué circunstancias! Precisamente cuando su dolencia ha perdido tanto terreno, y cuando más motivos tenía de estar agradecido á los esfuerzos de su médico, por cuyos consejos, estrictamente observados, había llegado á experimentar tan notable alivio, lo cual debía producir en él una convicción totalmente contraria á la que manifestaba contra la medicina y los médicos. ¿Cuál podría ser el orígen de semejante preocupación? Perdíame en conjeturas vanas, porque lectura de libros facultativos no era, supuesto que me constaba no poseer uno sólo de ellos; y además, en esos días lo que menos pensaba era en leer. Puede Vd. figurarse muy bien cuál sería mi afán en extirpar de aquella fantasía volcanizada unas impresiones que podían degenerar en verdadera locura. Yo predicaba en desierto, porque lo que más conseguí obtener, fué cierta sonrisa sardónica, que parecía

hacer burla de mis discursos. Entonces era cuando mis temores de un funesto extravío subían de punto, y me hallaba desarmado para combatir el mal. ¿Qué quiere Vd. hacer de un enfermo que no tiene fe en su médico, y que desprecia altamente los recursos de la medicina? Buscaba, pues, el principio de donde provenía aquel escepticismo funesto, y no lo hallaba. Todo era machacar en hierro frío.

Por fin, en la noche del día cuatro recibí un billete del capellán, en que me instaba á marchar inmediatamente á San Lázaro. Aunque yo estaba constipado, lloviznaba, hacía un brisote fuerte y era preciso exponerme á él en la desabrigada playa de San Román, metíme en la volanta y partí de luego y luego. Halléme con la novedad grave de estar Antonio asaltado de una fiebre voraz. Según supe, en aquella tarde había salido del hospital, como tenía costumbre, á pasearse por la playa ó sus espléndidas y frondosas cercanías. Sepa Dios lo que en esa tarde le acaecería, porque volvió desatentado, con los ojos desencajados erizado el cabello y con señales de haber tenido algún extraordinario encuentro; si ya no fuese su alterada fantasía la que hubo de presentarle alguna visión funesta ó monstruosa. Corrió á echarse en los brazos del capellán, á quien pedía, lleno de pavor y

angustia, que le librase de un malvado infame que le perseguía. Por más que hizo el buen sacerdote para tranquilizarle, y hacerle ver que estaba en un lugar seguro, y bajo la protección y amparo de un amigo suyo, nada bastó á tranquilizarle. La fiebre había ya comenzado,

De entonces acá he apurado todos los medios, y no he podido lograr nada. Su delirio ya es espantoso: habla de unas mujerzuelas que la han perdido, lo cual no creo, pues su conducta moral en San Lázaro ha sido irreprochable: maldice á un perverso que le ha engañado: habla con ternura de Regino, é invoca sin cesar el auxilio de Germán el sepulturero, que ya está á su lado; pero que no ha podido reconocer. Yo he pasado algunas noches á la orilla de su lecho; y mis visitas por el día han sido con toda la frecuencia que me permiten las ocupaciones de la ciudad y la distancia en que se halla situado el hospital. Ningún auxilio, de ningún género, le ha faltado; y si llegase á sucumbir, yo le aseguro á Vd. que será por haberse cumplido, siendo aún tan joven, su carrera en este mundo.

Avisaré á V. puntualmente de cualquiera cosa que ocurra. Si yo tuviera seguridad de que el éxito de la curación, que he emprendido, va á ser conforme con mis ardientísimos deseos, podía anunciarle desde hoy que nuestro querido An-

tonio sanará sin remedio; pero tengo el sentimiento, ó más bien la honda pesadumbre, de repetirle lo que le dije al principio; á saber que es muy probable el funesto término de la enfermedad. Y como no quiero ocultarle mis esperanzas más lisonjeras, añadiré que la única que me resta es la que ofrece la juventud y buena constitución del enfermo.

Quiera el cielo colmar á Vdes. de todo linaje de consuelos, y con esto, me ofrezco á sus órdenes como su afectísimo amigo y obediente servidor q. s. m. b.



CARTA XIX.

MANUEL A MELCHOR.

S. Lázaro, 5 de Agosto de 1824.

Querido Melchor. Aprovechándome de una tregua que se me presenta, puedo, en fin, tomar la pluma, y enterarte de lo acaecido en este viaje, cuyo término, contra todo cálculo y esperanza, ha sido ver y abrazar á nuestro desgraciado Antonio. Mis cartas dirigidas á D. Pablo, te habrán tranquilizado al saber que el enfermo está fuera de peligro. Hay, sin embargo, ciertas confidencias que sólo pueden transmitirse á tí únicamente; porque si bien ese respetable caballero sospecha acaso todo lo que hay acerca de su hijo, no me parece oportuno convertir sus

presunciones en certidumbre, é hincar el puñal de una tribulación nueva en un pecho tan contristado y herido por demás. No ignoras cuál ha sido mi conducta para con él, respecto de mi correspondencia con Antonio. Verdad es que su inalterable circunspección jamás ha pretendido exigir de mí cosa alguna acerca de esto, y se ha conformado con solo aquello que me ha parecido conveniente comunicarle. Sírvate esto de regla, y no te olvides (que no te olvidarás) de seguir el propio camino. Yo estoy persuadido que D. Pablo, conocedor del mundo y de la necesidad que tiene su hijo de explayar su ánimo en el seno de sus amigos de la infancia, no querrá hoy obrar de diversa manera que antes.

Testigo fuiste de la desolación que reinó en aquella casa el día 21 del pasado, día funesto en que se recibió la última carta del Dr. Frutos. La impaciencia y el sobresalto del buen padre no me permitieron adoptar ninguna precaución para evitar que recibiese de lleno tan tremendo golpe. Habría partido volando, arrojándose á emprender un viaje que su edad y sus achaques hubieran hecho funesto. A duras penas, y no sin angustiarse demasiado el respetable anciano, hubo de conformarse con que yo solo me pusiese en marcha, y viniese á recibir el postrer aliento de un hijo nunca más ido-

latrado que cuando se hallaba ausente y en peligro. Pensar en un viaje por tierra en estación tan cruda, y cuando aún no existe una carretera formal entre Mérida y Campeche, habría sido una locura, pues consumiéndose seis ú ocho días en tan malos caminos, era imposible llegar á tiempo, si realmente era la fiebre de Antonio, como se figuró el Dr. Dancourt, una fiebre perniciosa, que en pocos accesos temina con la vida del paciente, si no puede cortarse desde el principio. No había más recurso que venir por mar, porque si bien era incierta la duración del viaje, había muchas probabilidades de terminarlo en menos tiempo que por tierra. Partí desde luego para Sisal, á donde llegué en cinco horas, y encontréme con que el "tío Moy," patrón de la barca "Envidia," iba á salir en la mañana próxima para Campeche. No malogré tan feliz ocasión, y á las nueve del día nos hicimos á la vela con viento favorable y mar en bonanza.

Jamás había presenciado un espectáculo tan magnífico como el que se cfreció á mi vista cuando, después de una noche tranquila y apacible, el sol de la mañana coloreó con hermosos y variados tintes el fantástico diorama que presentaba la bahía de Campeche, enfrente de la cual nos hallábamos entonces. Ocupaban el centro de una espléndida ense-

nada la ciudad, sus murallas, torres y baluartes. Prolongábanse á derecha é izquierda las afueras, pirdiéndose los edificios entre bosques frondosos, sobre los cuales descollaban, con todas sus copas, los infinitos cocoteros que dan al puerto una vista verdaderamente asiática. Una serie de colinas, cubiertas de verde y espesa arboleda, servía de fondo á ese cuadro, que entero se reflejaba en un mar terso y tranquilo como un espejo, sobre el cual se deslizaban ligeros los barquillos de los pescadores, y permanecían como engarzadas las embarcaciones mayores.

Según se había explicado Antonio en sus cartas, desde el puerto en que me hallaba á bordo de la "Envidia," una legua mar en fuera, debía verse la fachada del hospital de San Lázaro. Descubríla, en efecto, sin necesidad de que me la indicasen. ¡Tan profunda ha sido la impresión causada por los relatos de mi amigo! Experimenté entonces un sentimiento tan vivo de dolor y de tristeza, que ya no me fué posible contemplar por más tiempo el espectáculo que se desarrolla á mi vista. Mis ojos fueron á clavarse fijamente en el siniestro y solitario edificio que servía á mi pobre Antonio de prisión y de tumba, sin otro término que la muerte, si aun ésta no había venido á arrebatarle de una vez para devorar su

presa. Creía por instantes mi afán de llegar y saber de cierto si aún era tiempo de recibir su postrer suspiro; y sin embargo temía salir de aquella cruel incertidumbre. El cielo quiso poner á prueba mi conformidad con sus designios. Salió por la proa un viento fuerte, que nos obligó á navegar á la bolina, manteniéndonos de vuelta y vuelta casi todo el día, sin poder llegar al punto de nuestro destino. Cuatro ocasiones pasamos tan cerca del hospital de San Lázaro, que con la simple vista descubrí hasta las personas que entraban y salían, siendo tal la ilusión que esto me causó, que llegué á representarme algunas escenas funestas, de las cuales no quiero hoy acordarme. Al fin tuvo Dios piedad de mi angustia, y llegamos al muelle de Campeche ya que el sol iba á ocultarse en el ocaso.

Dadas ligeramente algunas disposiciones, dirigíme al instante á casa del Dr. Frutos; y su familia, que no estaba en los pormenores del suceso del San Lázaro, sólo me instruyó de la ausencia del doctor, sin poder asegurarme en dónde le hallaría. Entretanto la noche cerraba del todo, y creí que más tarde sería imposible vencer los obstáculos con que podía encontrarme para entrar libremente en el hospital. Me informé de la morada del padre Chacón, antiguo y fiel amigo de D. Pablo; y supe que estaba á muy

pocos pasos de la casa del doctor. Aunque no llevaba recomendación ninguna para él, resolví, no obstante encaminarme á su casa, y rogarle me instruyese de lo que yo debía practicar para conseguir al punto el objeto que me proponía. El padre Chacón estaba fuera; pero encontréme felizmente con dos clérigos jóvenes, sobrinos suyos, uno de los cuales, con una luz por delante, ocupábase en iluminar un precioso dibujo, mientras que el otro, colocado enfrente de su hermano, se entretenía en coordinar los fragmentos de algunos antiguos idolillos y vasos de barro, dispersos con algún desorden sobre una corpulenta mesa, pintada caprichosamente. Desconcertéme un tanto al hallar de menos al padre Chacón; mas el clérigo anticuario acudió luego, preguntándome si en algo podría servirme.

—En mucho, señor mío, repuse al momento, resuelto firmemente á no malograr aquella ocasión propicia de salir del conflicto en que me veía.

El de los dibujos suspendió su obra; y el que me había dirigido la pregunta dejó de la mano sus tiestos, sorbió una regular dosis de rapé, y acercándose hasta donde yo estaba, díjome de la manera más franca y expresiva.

—Me tiene Vd. enteramente á sus órdenes.

—Me urge, continué yo, me urge mucho pasar de luego á luego al hospital de San Lázaro, en donde un hermano mío está en los últimos instantes de su vida, si es que aún no ha sucumbido. Vengo de Mérida, no hace una hora que estoy en tierra, jamás he visto á Campeche, y apenas sé lo que debo practicar para conseguir lo que tanto necesito: ver á mi hermano.

—Lo que debe Vd. hacer es venirse conmigo, dijo mi interlocutor, empuñando un bastón negro con guarnición de plata, calándose el sombrero clerical, y tomando la puerta sin mucha ceremonia.

Yo marché en pos.

Entró en un almacén cercano, habló dos palabras con el dueño, recibió de su mano una boleta, y continuó andando tan de prisa que apenas podía seguirle. Salimos de la puerta de San Román, atravesamos la lóbrega campaña sembrada de unos cuantos árboles antiguos, entramos en la pequeña iglesia é hicimos de rodillas una breve oración, proseguimos nuestra rápida marcha, y ya que habíamos dejado muy atrás las últimas casas del barrio, se detuvo, me entregó la boleta, y señalándome con el dedo un edificio que apenas se percibía en medio de la lobreguez que reinaba, díjome sentando su mano derecha sobre mi hombro izquierdo:

—Allí tiene Vd. el hospital de San Lá-

zaro, en el cual puede Vd. entrar sin obstáculo, y (añado yo de mi propia autoridad) sin escrúpulo ni temor. El "lazarino" sóolo es contagioso cuando Dios quiere, y no cuando lo mandan los médicos.

Mientras mi vista se esforzaba en penetrar las tinieblas, y enterarme de la situación del hospital, desapareció el buen eclesiástico, sin darme tiempo de expresarle mi gratitud por tan buena acción. Al encontrarme solo en aquel sitio de tan fúnebre apariencia, quedé petrificado de estupor. El murmurio de las olas, el fuerte soplo de la brisa, la profunda oscuridad de la noche, el brillo efímero de algunos insectos fosfóricos.... todo venía á dar á mis ideas, harto melancólicas ya, un giro horrible que hacía estremecer las carnes, crugir los dientes y erizarse el cabello. Hallábame en una verdadera agonía.

Hice un esfuerzo, y comencé á encaminarme hacia el objeto que tenía delante. A poco andar, halléme frente por frente de la puerta, que estaba cerrada; pero escapábase por las rendijas uno ú otro rayo de una luz débil, que solía desaparecer por la frecuente interposición de algún objeto. Guiado de tan extraño fanal pude al fin acercarme, subí por una rambla, tomé el aldabón y dejélo caer sin esperar que produjese un ruido tan agu-

do como el que sentí prolongarse por algunos segundos, causando un eco lejano y estrepitoso que cuajó toda la sangre de mis venas. La enorme puerta giró al punto sobre sus goznes, y un anciano, ataviado de un modo raro, acercó á mi rostro una linterna para examinarme, preguntándome aquella visión con voz de trueno.

—¿Qué busca Vd. en este sitio y á esta hora?

—¡Dios mío! exclamé yo sobrecogido de un terror profundo. Pues ¿en dónde estoy?

—¡En un cementerio!

Sentí que la vista se me oscurecía y se me doblaban las rodillas. Nada más supe de lo que ocurrió después, porque caí como muerto en el dintel de la puerta. Creí positivamente que había sonado mi última hora.

Cuando, pasado mucho tiempo, volví en mi acuerdo, la luna estaba ya sobre el horizonte, y dejaba caer oblicuamente sus pálidos reflejos, iluminando con su luz mortecina la tranquila escena que me rodeaba. Hallábame al aire libre, echado en una manta al pie de una cruz, y en medio de un recinto amurallado. A pocas horas descansaba tranquilo, sentado sobre un hosario, el extraño personaje, cuya voz me dejó sin sentido.

Aterrado de lo que veía y recordaba,

habría vuelto á caer en nuevo deliquio, si el anciano, dulcificando su acento, no hubiese procurado tranquilizarme.

—Vd. se ha alarmado sin motivo, rezongó mi interlocutor . Ruégole me perdone si mi presencia ó mis palabras han podido influir en su espíritu de la manera siniestra que su turbación me ha dado á entender. Repóngase Vd. de su infundado temor, y prosiga en paz su camino, supuesto que este sitio no es seguramente el punto á que se dirigía; y ni Vd. ni yo debemos permanecer aquí por más tiempo.

—¡Ah! exclamé. Ignoro cómo he podido equivocarme: yo me dirigía al hospital de San Lázaro, y he venido á llamar á la puerta de un cementerio.

—De ordinario sucede de otra manera. Venir de San Lázaro y caer en este cementerio, que está bajo mi cuidado y vigilancia.

Un pensamiento cruzó rápidamente por mi alma.

—Perdóneme Vd., dije entonces. ¿Será Vd. por ventura nuestro amo Germán?

—Sí, señor: nuestro amo Germán el sepulturero.

¡Ah, qué felicidad tan inesperada!

Incorporéme al instante y estreché contra mi corazón al amigo sincero y desinteresado de Antonio. El sepulturero entretanto permanecía inmóvil, con los bra-

zos caídos, sin dar muestras de corresponder á mis arrebatos de ternura. Mirábame de hito en hito, como sorprendido de aquella familiaridad inesperada, pero que recibía con cierta especie de benevolencia. El ademán brusco de un hombre desconocido, que acababa de experimentar un arrebato de terror, no podía menos de llamarle la atención y picar su curiosidad.

—Permítame Vd. preguntarle, me dijo al fin: ¿qué halla Vd. de feliz en mi encuentro, y más en un sitio en que todo debe recordarle el término de la vida? Por lo que á mí hace, confiésole que me ha hecho perder dos buenas horas, que según la necesidad que yo tenía de emplearlas, me han parecido dos siglos. Esto no es decir que no estime la bondad con que se digna Vd. tratar á un viejo pobre y desvalido.

Ocasión era aquella de hablarle acerca de Antonio, pedirle me guiase al hospital, y me sacase de una vez de situación tan embarazosa. Mas de improviso agrupáronse en mi mente mil ideas fúnebres que me dejaron mudo. ¿Qué hacía allí nuestro amo Germán, cuando estaba prohibido sepultar en hora excusada? ¿Por qué había abandonado el lecho de su amigo moribundo para venir al cementerio? ¡Dios mío! ¡Si se habría consumado la desgracia que yo temía, y el sepulturero

oraba sobre la tumba de su amigo, cuando mi presencia vino á interrumpirle! Agobióme de tal suerte este negro pensamiento, que mis ojos comenzaron á vagar horriblemente sobre las fosas que me cercaban, algunas de las cuales estaban abiertas, y otras tenían la tierra recientemente removida. Algo de extraordinario hubo sin duda de pintarse en mi frente, sobre la cual caían de lleno los rayos de la luna, porque el anciano acudió luego en mi auxilio sacándome de aquel piélago en que había caído.

—Vamos de aquí caballero: este aire le hace á Vd. mucho daño: ya está visto. Nunca se penetra en el recinto de un cementerio, sin que el pensamiento de la muerte venga á fijarse tenazmente en nuestra alma, como un remordimiento en el corazón de un criminal. Esto es un martirio para la generalidad de los hombres; pero á mí..... gracias al Señor me sirve de un grato é inefable consuelo. Cuando vengo á visitar, en estas horas de misterio y de silencio, las sepulturas de mi cementerio, encuéntrome en comunicación con el mundo invisible en donde moran mis amigos y mis conocidos, olvidados ya en la tierra por todo el género humano. Entonces siento que mis penas se alivian, y la dulce paz del cielo vuelve á mi corazón.

El anciano lanzó un profundo suspi-

ro. Y como si hablara consigo mismo, prosiguió luego.

—La ausencia de algunas semanas.... y... después... ¡Hasta hoy no he podido venir á llorar sobre la humilde sepultura de un desgraciado! En fin, (dijo convirtiéndose á mí), sea Vd. quien fuese, me parece que preferirá Vd. salir de este sitio, más bien que permanecer en él. Vamos.

Yo me dejé guiar maquinalmente hasta la parte exterior del cementerio. Había tal trastorno y confusión en mis ideas, excitadas por aquella posición tan singular en que había venido á caer, que me fué imposible aventurar ninguna observación, ni decir una sola palabra. Descendimos de la rambla al camino, y desde allí pude ver y reconocer el hospital de San Lázaro, al cual yo me había acercado varias veces durante el día, cuando aún no habíamos podido echar el áncla y venir á tierra.

—Supuesto que Vd. se dirige á San Lázaro, observó el sepulturero, acompañaré á Vd. hasta allí; yo estoy alojado provisionalmente en su recinto: Démonos prisa en llegar, que tengo un deber sagrado que cumplir junto á un amigo, que se ha visto en inminente peligro de muerte.

—Sí, apresurémonos, porque yo también debiera estar ya junto á ese amigo de Vd.: mi pobre hermano Antonio.

Detúvose un instante el sepulturero, y me miró con fijeza.

—¡Cómo! exclamó. ¿Sería Vd. el hermano de Antonio?

—¡Sí, nuestro amo.

—¡Es posible, amigo, y Vd. se estaba sin decirme una sola palabra, cuando su hermano nos ha partido el corazón á todos clamando por Vd. enmedio de su delirio! ¡Ya se ve! ¿Qué se habría remediado con su presencia? Vamos, viene Vd. en muy buena ocasión. Cuando salí á las seis de la tarde, llevaba ya doce horas de reposo y de sueño tranquilo: si aún permanece en tal estado, el doctor tiene esperanza de salvarle.

De todo quedé instruído con este breve razonamiento. Redoblamos el paso, y dentro de poco estábamos ya á la puerta del hospital. El sepulturero tocó ligeramente una vidriera próxima, y al momento abrióse un postigo de la puerta principal, por donde entramos á una espaciosa galería, que se extendía á derecha é izquierda. El administrador recibió y leyó la boleta que le presenté, y al punto me permitió dirigirme al aposento de Antonio, á donde me guió nuestro amo Germán. Eran dadas las once de la noche.

Es preciso renunciar á manifestarte, amigo mío, lo que experimenté en aquel momento crítico, al cual tocaba yo después de haber recibido tantas y tan fu-

nestas impresiones, y hallarse predispuesto el ánimo á conmoverse. Mi corazón latía con vehemencia, agolpábase la sangre á mi cerebro, faltábame la respiración, sentía entorpecidos los pies y pegada la lengua al paladar. La apariencia interior de aquel vasto y sombrío edificio, la historia viva de dolores y miserias que representaba, el recuerdo de algunas escenas que allí habían pasado, las cartas de Antonio, las memorias de Regino.... todo se pintó en mi alma con los más vivos coloridos.

Entramos en el aposento de Antonio. Reinaba en él un silencio solemne, como el que rodea á un moribundo en sus últimos momentos, cuando todos están pendientes de su respiración, y sólo se comunican por signos y ademanes mudos. En una mesa redonda, colocada en medio de la habitación, ardía una candela de esperma cubierta con una guardabrisa de cristal morado, que comunicaba á todos los objetos un tinte suave y sombrío. A espaldas de un ligero biombo hallábase el lecho del enfermo, resguardado con hermosas cortinas de damasco. En una poltrona, cerca de la cabecera, dormía tranquilamente un caballero, entrado en edad y vestido con decencia. Un sacerdote estaba de pie, á cierta distancia, contemplando en silencio aquella escena, y elevando seguramente su voz hasta el

trono del Excelso en favor del enfermo.

Este era el capellán: aquel, el Dr. Frutos.

Nuestra presencia en nada alteró el silencio y recogimiento. El cuadro solo recibió nuevos personajes ó figuras, pero ningún movimiento. Arrodilléme al pie de la cama, alzando un tanto las cortinas para contemplar aquel espectáculo.

¡Allí estaba Antonio, nuestro querido Antonio, á quien yo volvía á ver después de su destierro, y de tenerle por muerto! Mis lágrimas corrieron abundantemente.

El capellán cambió unas cuantas palabras con el sepulturero, y en seguida se acercó á mí, me estrechó la mano, y en voz remisa me invitó á pasar á su habitación para tomar un ligero descanso. Resistíme, manifestando que sería mejor que nos dejase el cuidado de velar al enfermo y se retirase por algunas horas. Permaneció allí; pero echóse en un catre de viento, que había cerca, mientras que Germán y yo quedamos á la guarda del enfermo.

A la una abrió los ojos el doctor, y sin mirarnos acudió luego á tomar el pulso del paciente, en el cual no se notaba otro movimiento que el muy suave y tranquilo que producía su respiración.

¡Va bien, muy bien! Murmuró el doctor después de tres minutos de examen.

Volvió la cabeza al otro lado de la pol-

trona, y siguió durmiendo apaciblemente.

El doctor despertó dos veces más en el resto de la noche, mientras que Germán y yo continuábamos en nuestra vigilia, y siempre dió muestras de satisfacción, porque la mejoría del paciente progresaba.

Venido el día, pude distinguir mejor las facciones de Antonio, que tanto deseaba reconocer. Está flaco, cubierto de una palidez mortal, crecido el cabello, y muy hundidas las mejillas; pero no observé en la piel ninguna de aquellas horribles manchas que dan á los infelices leprosos un aspecto tan repugnante. Sus labios conservaban un ligero sonrosado y su nariz una forma regular. Era, en fin, aquella misma fisonomía interesante, movil y llena de gracia juvenil, sobre la cual el dolor había sentado una mano poderosa, y la melancolía estampado una huella profunda. Tomé una de sus manos, y aunque los dedos mantenían alguna hinchazón, nada ofrecía de chocante: yo cubrí de besos aquella mano querida, mientras que el doliente continuaba en su letargo. Los vivaces ojos del sepulturero parecían humedecerse cada vez que se fijaban sobre la fisonomía lívida de nuestro pobre amigo.

El Dr. Frutos, luego que se hubo informado, mientras tomaba el café, quién era yo, me dió la bien venida con cierta

sonrisa de satisfacción que me fué muy consolatoria.

—Celebro mucho, me dijo, que el enfermo pueda verle en el momento en que vuelva del sopor profundo y tranquilo en que fué preciso hacerle caer; y aunque siempre conjeturé que Vd., amigo mío, se resolvería á venir, hablándole francamente, sospeché que este viaje sería inútil y demasiado tardío.

—Tal me había yo figurado, mi respetable doctor, no obstante la ciega confianza que tenemos en los vastos conocimientos que Vd. posee, y en la generosa amistad que dispensa á mi desventurado hermano.

—Aunque lo primero fuese cierto, eso no sería suficiente para combatir una enfermedad grave y mortal, que siempre opone una tenaz resistencia á la sabiduría del médico.

—Pero en fin, ¿puede Vd., señor, darme alguna esperanza positiva?

—Si la sabiduría infinita, cuyos medios siempre son ocultos á la débil é imperfecta inteligencia de los mortales, no deja fallidos los cálculos de la medicina, hemos logrado un completo triunfo. Antonio está fuera de peligro.

—¡Ah! Dios recompense á Vd. esa bondad con que se ha empeñado en la curación del enfermo.

—Agradezco tan buenos y generosos

sentimientos, mi joven amigo. Pero yo nada he podido hacer, sino llenar un deber sagrado: mi deber de médico. Cada enfermo que la divina Providencia pone en nuestras manos, demanda toda la atención, todo el cuidado, todo el amor de que es capaz el médico, para desempeñar fiel y cumplidamente su noble oficio. El que tiene una conducta diversa no es médico, sino un traficante en carne humana. El ejercicio de la medicina es una especie de sacerdocio, al cual no debieran ser admitidos ciertos hombres fríos, duros é insensibles, sobre cuyo corazón no ejerce ningún influjo el dolor ni las miserias de la pobre humanidad, sino sólo la sórdida avaricia. Líbrele á Vd. el cielo de caer en manos de semejantes bandidos.

Mientras el doctor lanzaba este apóstrofe contra los malos médicos, parecía poseído de una terrible indignación, y sus manos temblaban al atarse el corbatín.

—Volviendo á Antonio, continuó algún tanto sereno, espero que hoy terminará este letargo: entonces creo que ya no habrá nada que temer, porque el momento de la crisis ha pasado ya. Voy ahora á visitar algunos enfermos de la ciudad, y dentro de un par de horas estaré de vuelta. Recomiendo á Vd. el propio silencio que se ha guardado durante la noche, y la misma vigilancia con el en-

fermo. Los que han estado en vela tantas noches consecutivas, principalmente este viejo Germán, que procuren descansar. Yo jamás paso una mala noche á la cebecera de un enfermo, sino es que demande la enfermedad tener constantemente el ojo abierto sobre el paciente: mi larga práctica en este ejercicio, me permite dormir, aun teniendo en mi oído el estertor de un agonizante Con que vigilancia, y hasta la vista.

Marchóse en efecto.

Durante su ausencia, instruyóme el capellán en todos los detalles de la enfermedad de Antonio. En su concepto, algún extraño suceso, diverso del de la fuga infame de su desleal amigo Regino, alguna aventura singular de muy odioso carácter, era el funesto origen de aquella fiebre que le había puesto á la orilla del sepulcro. Lo mismo creía yo; pero mientras él no estuviese en disposición de explicar aquel misterio, todo habría sido duda y vacilación. Yo estaba seguro de que ni el capellán ni el sepulturero sabían ciertos pormenores de que yo estaba enterado: por lo mismo no me atreví á aventurar ninguna reflexión. Escuché en silencio, y me resolví á esperar una explicación de Antonio, si el cielo quería conservarnos su preciosa existencia. El pobre sepulturero, cuya historia sabía yo en gran parte, sin que él lo

sospechase, parecía engolfado en un mar de meditaciones.

A las nueve estaba ya de vuelta el doctor en el hospital. Examinó al enfermo con la mayor atención y escrupulosidad, y nos anunció que al medio día ya estaría terminado el letargo. Cumplióse su pronóstico al pie de la letra, porque entre doce y una Antonio hizo un vigoroso esfuerzo para volverse al otro lado, lanzando un profundo suspiro.

El doctor se frotó con fuerza ambas manos, y dándome al hombro una ligera palmada de satisfacción, me dijo remísamente al oído:

—Bien: perfectamente bien. Ya no hay nada que desear.

—¡Yo, Dios mío, estoy muy cansado: tengo una sed que me abrasa las entrañas! Exclamó Antonio con toda entereza, y en aquel mismo acento firme y sonoro que tú y yo conocemos tan bien.

Intenté acercarme á la cama, olvidándome de lo peligroso que esto podía ser;
delicadísima, y no puede recibir impreciencia; pero la situación de Antonio es
—Tenga usted, añadió, un poco de paque saliese de allí, hasta que fuese tiempo de entrar de nuevo en el aposento, y poder cambiar algunas palabras con el enfermo.
pero el doctor me repelió suavemente, ordenándome, con un poco de severidad,

siones subitáneas. Le prepararemos, y yo haré que avisen á usted cuando sea oportuno: por hoy hará usted muy bien si acepta la habitación del padre capellán, y se echa á descansar de su viaje.

Fué preciso obedecer.

Hasta el siguiente día, enterado Antonio de que yo estaba allí, y amonestado severamente por el doctor á fin de que no hiciese ningún esfuerzo doloroso al verme y hablarme, pude penetrar... ver á mi amigo, y llorar con él... porque yo no pude menos de llorar amargamente, sin poder evitarlo. Mirábanos alternativamente á Germán y á mí: parecía su satisfacción superior á todo lo que podía haber esperado, y derramaba lágrimas en abundancia. Díjele que su padre estaba bueno, que pronto recibiría nuevas muy lisonjeras de la salud de su hijo, y que yo estaba allí para acompañarle; pero que procurase no hablar para no agitarse, y le fuese de modo más fácil recuperar su tranquilidad y serenarse.

Inclinó la cabeza, y estrechó mis manos y las de su amigo el sepulturero.

Su convalecencia ha durado poco, y hace hoy cinco días que el doctor sólo hace una visita en las veinte y cuatro horas, y le ha permitido conversar con entera libertad, encargándole únicamente que guardase el encierro de su cuarto por algún tiempo más.

Voy ahora á darte cuenta de la revelación que debo á Antonio, acerca de aquel extraño suceso que fué origen funesto de su enfermedad.

—Manuel mío, díjome antes de ayer: yo estoy amenazado de algún gràve peligro.

—No vuelvas á preocuparte, mi querido Antonio, le repuse. Tu imaginación exaltada te habrá hecho ver peligros en donde no hay cosa que valga la pena. Ya ves cuánto mal te ha causado esto. En el día estás bueno, descansas en el seno de la más tierna amistad, y mil ojos te guardan y te protegen. ¿Qué peligro puedes temer?

Antonio me suplicó entonces que cerrase con llave la puerta del aposento, porque iba á comunicarme un asunto reservado é interesante, y no quería ser interrumpido. Estos preparativos me hicieron sospechar ligeramente que aún no estuviese bien sentado su cerebro. Luego prosiguió hablándome en un tono enfático.

—¡Ah! escucha y comprende cuál es mi temor. He visto á Juan Cruyés, el vil corruptor á quien debo todas mis desgracias.

—¡Si por ventura te hubieras preocupado, mi querido Antonio, y una fatal equivocación...

—¡Oh, no, imposible! Los rasgos de

su fisonomía están hondamente grabados en mi alma: su voz, su acento, sus ademanes... todo lo he visto y oído. ¡Yo no he podido equivocarme! Además, si alguna ligera sombra de duda pudiera haberme impedido ver con toda claridad en este asunto, hay otra circunstancia más horrible todavía que la infernal aparición de Cruyés. También he visto... ¡Aún me estremezco al recordarlo!... También he visto á Paulina y á Juanita, las infames cómplices de aquel desalmado pirata.

Traslucíanse en la frente de Antonio el asombro y el terror. Yo me enternecía escuchando su relato, y temiendo que su débil salud se alterase de nuevo.

—Sí: prosiguió. Esa escoria vil é inmunda, esa reunión de bandidos, está en Campeche. Los perversos son recibidos en una sociedad que infestan con su presencia y emponzoñan con su aliento.

Antonio, con aire distraído, permaneció algunos momentos sin hablar. Luego prosiguió:

—Una mañana, la del día en que yo caí enfermo, hallábame junto á esa ventana mirando, casi sin reparar en ello, el mar y la carretera de Lerma. Sacóme de mis meditaciones el ruido de varios carruajes que pasaban acompañados de muchas personas á caballo. Yo me figuré naturalmente que un día de campo en buena compañía de amigos, sería el obje-

to; y no volví á pensar más en el asunto, pues había pasado en mi mente como desapercibido. Tan olvidado me hallaba del suceso, que por la tarde, viéndola tan serena, encaminéme á la hacienda Buenavista, sin sospechar que las personas que en la mañana pasaron por frente del hospital, pudieran haberse dirigido á aquel sitio. Entregado á mis tétricas meditaciones, fuíme acercando distraído hasta las tapias de la finca, cuando una voz vino á herir mi oído, y á penetrar hasta la médula de mis huesos, como un hierro candente que hubiese taladrado y dilacerado todas las fibras del corazón. Alcé los ojos...

—Y bien, acaba.

—Pues bien: mis ojos se fijaron en un objeto horrible, cuya presencia me dejó petrificado. Yo ví al mismo Juan Cruyés en persona, que se paseaba de bracero, por aquellas avenidas, con dos jóvenes caballeros.

—¡Oh, es imposible tamaña audacia! exclamé.

—¡Imposible! repuso Antonio. ¡Imposible y le he visto ¡santo cielo! tan cerca de mí! Lo mismo habría creído si del hecho no tuviese una certidumbre tan incontrastable. Oculto detrás de algunos árboles, quedé como clavado en aquel sitio, siguiendo con la vista fascinada todos los ademanes y movimientos de aquel

hombre de Satanás. Víle encaminarse á un corredor en que había varios grupos de señoras y caballeros: entre las damas hallábase Paulina y Juanita.

—Esto es horrible.

—Pues lo que hay para mí de más horrible todavía, es saber que esas harpías y ese brutal Juan Cruyés eran el objeto de aquella fiesta rústica dada en honor y obsequio de tan famosos criminales. Mi cabeza era un mundo en aquel instante, según la multitud de ideas y proyectos que me asaltaron de improviso. Quise delatar aquellos malvados al ódio y al desprecio de las gentes que engañaban, publicar sus crímenes horribles, y justificar en el acto mi acusación presentando su víctima á la vista de todos, resuelto á arrostrar las consecuencias de un escándalo semejante. Luego pensé que sería mejor darles muerte, y librar al mundo de su odiosa presencia, aunque el resultado fuese perecer en un patíbulo. Apoderóse de mí tan horrible tentación en un rapto de delirio: todos los sentimientos religiosos desaparecieron: las pasiones gritaban alto. Corrí á buscar unas pistolas que yo tenía aquí... y Dios por su infinita misericordia quiso preservarme de aquel negro abismo: la comitiva pasó junto á mí, antes que yo hubiese alcanzado el hospital. Juan Cruyés y sus dos mancebas volvieron á presentarse á mi

vista; y se realizó al punto una metamórfosis completa en mis afectos. En vez de ira, comencé á experimentar temor y angustia... Apenas recuerdo lo que después ocurrió, porque yo estaba realmente fuera de mí.

Tan admirado quedé al escuchar aquel extraño relato, que permanecí en silencio contemplando por mucho tiempo las miradas de Antonio, para ver si descubría en ellas algún signo de locura. Su aire de seguridad y convicción me demostró que en todo lo que había escuchado sólo había verdad y cordura. Entonces subió de punto mi asombro.

Por fin, hemos quedado de acuerdo en que partiré mañana para la ciudad, estableceré mis relaciones con todas las personas á quienes vengo recomendado, y haré forma de averiguar con destreza todo lo que hubo en el suceso de Buenavista. Reflexionaremos después cuál será el partido que adoptaremos.

Tal es lo que por hoy ocurre, mi querido amigo. Procura ilustrarnos con tus consejos; que yo te daré cuenta de lo que sobrevenga.

Ponme á los pies (Q. B.) de tu amable y modesta María: recibe mil finos recuerdos de Antonio, y el sincero afecto de tu amante amigo.



CARTA XX.

MANUEL A MELCHOR.

S. Lázaro, 15 de Agosto de 1824.

Muy querido amigo. No he podido dispensarme de venir á pasar algunos días á casa del apreciable D. N**, nuestro antiguo corresponsal en Campeche. Esto ha servido perfectamente á nuestras miras; y al aceptar la invitación con que fuí honrado, no he hecho más que obsequiar la decidida voluntad de Antonio, en cuyo favor esta familia ha empleado los más delicados miramientos. Además, yo he impuesto la condición de que por la noche se me permitiera volver á San Lázaro, á pasarla junto á nuestro amigo; y aunque no faltan sus escrupulillos sobre esto, porque al cabo no todos pueden ven-

cer la arraigada preocupación que existe contra los lazarinos, sin embargo, la condición ha sido aceptada, y es así como yo permanezco en la plaza, hasta que la situación de Antonio me permita volver á Mérida, á cuidar de la triste y solitaria existencia de D. Pablo.

Sensible me es entrever que esa situación de nuestro pobre amigo presente un carácter funesto. Hállase enteramente libre de la última enfermedad, y ha emprendido de nuevo, hace tres días, sus excursiones fuera del hospital; mas sus miramientos y ademanes llevan algo de sombrío y terrible. Engólfase á menudo en misteriosas pláticas con el sepulturero: sus ausencias, según me ha referido el capellán, son prolongadas; y sus maneras bruscas están indicando que algo de extraordinario pasa dentro de aquel cerebro ardiente. La duda, la funesta duda, que es como un cáncer roedor cuando se apodera de un corazón susceptible, está hoy ejerciendo un formidable influjo sobre nuestro desgraciado amigo. ¡Sospecha que no está leproso! y así al verle encerrado en el hospital de San Lázaro, condenado á un perpetuo destierro, muerto civilmente y reducido á alternar con otros infelices cuyo solo aspecto infunde horror, juzga que se ha cometido contra él un acto premeditado de la más atroz injusticia, y se cree con derecho á mal-

decir de la sociedad y de la tiranía que impunemente ejerce, porque se encuentra apoyada en la fuerza.

Pues bien, me decía anoche sacudiéndome con violencia el brazo, é hincando en él sus dedos cual si fuesen tenazas: pues bien, si la sociedad emplea su fuerza brutal contra un individuo indefenso, quédame el derecho á salvo: puedo y debo "insurreccionarme" para combatir un despotismo tan odioso.

Paréceme excusado decirte que no he permanecido indiferente al escuchar semejantes especies, y que las he combatido con calor porque si llegasen á arraigarse, sabe Dios los funestos resultados que esto produciría. Sus ideas religiosas, sus nobles y elevados sentimientos, su fe misma, experimentarían entonces una completa revolución. No hay remedio: aquel billete funesto de Regino ha emponzoñado la existencia de nuestro pobre amigo, engendrando en su ánimo esperanzas quiméricas, y minando la base de su fe y resignación. Todavía ese joven maligno ha de causar mayores males en el mundo, que los esparcidos en el principio de su fatal carrera!

Nada quiero decirte por hoy acerca de mis pesquisas y averiguaciones sobre el suceso de Buenavista. Estoy en buen camino, y confío que llegue al término que me he propuesto. Basta que sepas que

Antonio no se equivocó. Me urge concluir aquí, pues voy ahora mismo á dar un paso importante.

Adiós, mi buen amigo: sabes que soy todo tuyo. (1)

---

(1) Esta carta, aunque parece en la colección fechada en San Lázaro, no lo fué seguramente sino en Campeche.

FIN DEL TOMO PRIMERO

INDICE

Págs.

